

LIBRO 2: BIOLOGÍA MASCARAS VENECIANAS

CARNAVAL
DE
CENIZAS



LENA SALVATORE

LIBRO 2: BILOGÍA MASCARAS VENEZIANAS

CARNAVAL DE CENIZAS

LENA SALVATORE

Copyright © 2024 Lena Salvatore

Carnaval de cenizas (segundo libro de la bilogía Máscaras venecianas) ©

2024, Lena Salvatore

De la edición y corrección: Lena Salvatore

De la maquetación: Lena Salvatore

Del diseño de la cubierta y contracubierta: nδες_ign

1ª edición: marzo de 2024

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código penal).

EPÍGRAFE

«Y entonces reconocieron la presencia de la Muerte Roja. Había venido como un ladrón en la noche. Y uno por uno cayeron los convidados en las salas de orgía manchadas de sangre y cada uno murió en la desesperada actitud de su caída. Y la vida del reloj de ébano se apagó con la del último de aquellos alegres seres. Y las llamas de los trípodes expiraron. Y las tinieblas, y la corrupción, y la Muerte Roja lo dominaron todo».

La máscara de la Muerte Roja - Edgar Allan Poe

1

El horror en su máxima expresión se había apoderado de todos los allí presentes al contemplar el espectáculo macabro en demasía que tenían ante sí.

El cuerpo de Constanza Grimaldi colgaba laxo y flácido de la lámpara de araña del salón principal, con una soga atada al cuello y una silla que permanecía justo a sus pies, dando a entender que se había quitado la vida ella misma. Todos se quedaron petrificados.

El grito de Alessandra retumbó en las paredes de aquella mansión de tal manera que acabó calando en el alma de todos los presentes. Había tanto dolor en aquel aullido rasgado que nadie pudo permanecer insensible a su sufrimiento.

Carlos la sujetó cuando intentó ir hacia ella. Mientras Emilio y sus hombres desalojaban a la gente, que huía despavorida, Sandro y Maurizio – con ayuda de algunos hombres más – subieron a la mesa para descolgarla del techo.

Baldassare había caído de rodillas al suelo, entre alaridos de dolor y Marcello, junto a él, sollozaba, con la mirada perdida.

Aquella noche había pasado de ser una velada de ensueño a convertirse en una pesadilla dantesca en décimas de segundo. Y todavía no lograban asimilar cómo.

Lo peor de todo era que, como Donna pareció estarle reprochando a Emilio con una mirada, Constanza había previsto lo que iba a suceder y trató de advertirles. Pero no la escucharon.

Nunca lo hacían.

Y ahora aquellas eran las consecuencias. Ella había pagado el precio de su soberbia y orgullo. Estaba devastado. Y su amigo Baldassare...quiso

acercarse a él para consolarlo, pero la vergüenza que sentía le impedía hacerlo. Era culpa suya y sabía que se lo echaría en cara, con motivos.

Los gritos de Alessandra eran los más insoportables por todo el dolor que dejaban traslucir. Carlos se las había arreglado para contenerla, a pesar de su creciente ataque de histeria.

Marcello logró sacar fuerzas de flaqueza para levantarse y le pidió a Carlos que se la llevara, para que no viera a su madre así.

No fue fácil.

—¡No! ¡Carlos suéltame! ¡No voy a dejarla...ella no...! — sollozó tan fuerte como si estuviera al borde de la asfixia y a continuación echó la cabeza hacia atrás y chilló con toda la fuerza de sus pulmones. —ELLA NO PUEDE ESTAR MUERTA.

Intentó darle un cabezazo y le clavó las uñas en los brazos, pero ni por esas él la soltó.

La alzó en volandas y la sacó a rastras de allí. Necesitaba calmarla o corría riesgo de sufrir un infarto.

Dentro, el panorama no era mucho más alentador. Marcello tuvo que ocuparse de Baldassare, que daba puñetazos y se golpeaba la cabeza contra el suelo.

Emilio y sus hombres fueron tras el asesino, resueltos a dar con su escondite como fuera.

El trayecto escaleras arriba hasta llegar a su cuarto se le hizo interminable.

En cuanto entraron, echó el pestillo. Justo a tiempo, porque ella se lanzó a la salida echando fuego por los ojos y con los puños por delante.

—¡¡¡Déjame salir!!!! — rugió, totalmente fuera de sí, volcando una cómoda a su paso. Su respiración era tan errática que parecía que el corazón se le saldría del pecho y tenía las mejillas al rojo vivo —. VOY A

ENCONTRAR A ESE BASTARDO Y LO HARÉ PEDAZOS CON MIS PROPIAS MANOS.

—Ya se ha ido — apuntó, a sabiendas de que sus palabras la harían explotar de cólera. Y así fue.

Dejando escapar más alaridos que se clavaron en sus tímpanos, arremetió con los puños cerrados hasta barrer todos los objetos que tenía en el tocador, el cual alzó en peso y arrojó contra la ventana con una fuerza descomunal.

Luego se volvió, jadeante y en busca de más objetos que destrozar. Estaba fuera de sí por completo. Estrelló varios jarrones contra el suelo y la pared, incluso le tiró uno a la cabeza, que esquivó sin problemas.

Carlos la dejó desfogarse un poco. Sabía que nada podría calmar su dolor en aquel momento, pero descargar toda la ira y la adrenalina aplacaría a la bestia que rugía dentro de ella en aquellos instantes.

Se había hecho cortes en las manos al atravesar los cristales de los espejos con los puños, pero el fragor de la adrenalina en sus venas no la dejaba sentirlo. No quedó nada en pie. Arrasó con todo, emitiendo sonidos estrangulados que estaban a medio camino entre un grito y un gruñido.

Entonces Carlos actuó, decidiendo que ya era suficiente cuando ella arrancó el colchón y lo tiró a la otra punta de la habitación, como si no pesara nada.

La sujetó desde atrás, enroscando los brazos en torno a su cintura y pegándose a su cuerpo por completo para evitar que le diera un cabezazo.

Enloquecida, ella se resistió con todo su ímpetu. Y era tal que tuvo que hacerle una llave para inmovilizarla en el suelo.

Gritando todavía con más violencia, se debatió como una serpiente entre sus brazos. Tenía todo su peso sobre él y la contenía desde abajo, aferrando su cuello con el antebrazo, mientras que con la otra agarraba su cintura y apresaba sus piernas entre las de él para evitar que le machacara la entrepierna con sus tacones kilométricos.

Una fuerza bestial se había apoderado de ella y le estaba costando mantenerla quieta.

Tuvo que ejercer más presión cuando intentó morderle.

—¡¡¡¡DÉJAME!!!! — aulló, como una salvaje. Menos mal que le había conseguido inmovilizar las manos detrás de la espalda antes de tumbarla, porque si no...—. ¡¡¡PIENSO ARRASAR VENECIA HASTA DAR CON ESE PERRO! ¡EL BAÑO DE SANGRE QUE HARÉ SERÁ INOLVIDABLE!

Cada vez estaba peor. Podía sentir cómo el corazón le iba al borde de la taquicardia.

Intentó hablar con ella. Aunque conocía de primera mano cómo era aquello y sabía que era inútil. No escucharía ni razonaría con nadie, solo lo veía todo rojo y quería matar. Pero no podía soltarla.

Fue entonces cuando apareció Marcello con un sedante y le hizo una seña para que la sujetara. Él obedeció y aprovechando que Alessandra no se había percatado de su presencia —estaba demasiado cegada por la ira - se lo inyectó en el brazo.

Ella abrió mucho los ojos y gruñó, colérica, al haber sido tomada por sorpresa.

—Lo siento, hermana —musitó Marcello, pesaroso.

—¡Te voy a...ma-tar...!

La debilidad comenzó a invadirla y sus párpados se fueron cerrando poco a poco, el sedante estaba haciendo efecto rápido. Era de los fuertes.

Una vez que se hubo quedado dormida, Marcello la cogió en brazos para llevarla a su habitación. No podía quedarse allí en esas condiciones. Observó el caos, incrédulo.

—¿Todo esto lo ha hecho ella? Parece que ha pasado un tornado — le preguntó a Carlos, incrédulo.

—Ella solita — confirmó, dejándolo impresionado.

—Debe sentirse...joder, ni yo mismo sé lo que siento — se sinceró con él y Carlos se congeló. No era bueno escuchando. Pero se le veía muy afectado.

—Lamento su pérdida...— le dijo. Y era cierto.

Sus palabras sinceras parecieron sorprenderlo, pero acabó asintiendo y le dedicó una débil sonrisa.

—Gracias, Carlos. Siento si te he tratado mal alguna vez, no fue mi intención...solo quería cuidar de mi hermana. Y ahora todo se ha ido al demonio —. Tras la disculpa, apartó el rostro para evitar que lo viera tan vulnerable.

Carlos suspiró, incómodo. Al final le dio unas palmadas en el hombro, intentando consolarlo.

—No se preocupe por mí. Esto...ha sido duro. Pero vamos a encontrar al responsable y pagará, debe ser fuerte por ella y por la familia — le aconsejó.

Él enseguida se repuso y le dio la razón. En sus ojos se veía el dolor desgarrador que estaba atravesando, pero también la determinación de vengar a su madre.

—¿Sabes? Es irónico. Llevo toda mi vida intentando huir de este mundo — decidió confesárselo porque necesitaba desahogarse con alguien —. Y ahora que estaba a punto de lograrlo pasa esto. Es...es como un jodido laberinto que no tiene salida, por mucho que me esfuerce en encontrarla. Así que ya me he resignado, se lo debo a ella.

Carlos lo escuchó en silencio. Al final, cuando era evidente que esperaba una respuesta por su parte, comentó:

—Bueno, tal y como yo lo veo es una oportunidad para demostrarle a todo el mundo de lo que es capaz. Después podrá retomar su vocación, cuando la pesadilla acabe. Porque acabará, eso se lo puedo jurar — prometió, con un tono tan siniestro y escalofriante que Marcello tragó saliva. Seguía dándole miedo ese hombre.

—Tienes razón. Y gracias por...calmar a mi hermana. Ella siente las cosas con mucha intensidad, desde que era niña.

Carlos le restó importancia con un gesto.

No entendía por qué todos le agradecían por hacer su trabajo.

—No me las dé, como ya le digo, es mi trabajo.

—¿Es solo trabajo? ¿De verdad? —cuestionó Marcello, escéptico.

Carlos esbozó una sonrisa irónica. No lo entendía. Nadie podía entender lo que había entre ellos dos. Tan complejo e inusual...

—Mire...no es buen momento y no quiero ofenderlo — advirtió, evitando un posible conflicto. Pero él insistió.

—Suéltalo ya.

Gruñó, pasándose las manos por la barba.

—Alessandra y yo disfrutamos del placer que podemos darnos en la cama...y tenemos una complicidad especial, pero no siento nada por ella más allá. Nada...romántico, ¿entiende? Y sé que ella tampoco — intentó explicarle.

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Nada más? ¿Es posible tener sexo con alguien sin acabar enamorándose tarde o temprano?

Carlos rio.

—Claro que sí. Nosotros somos la prueba. No le busque cinco patas al gato, conmigo es eso o no es nada. Y ella es igual, por eso ninguno de los otros con los que se ha acostado la han satisfecho. Porque no sabían complacerla.

—Vale, suficiente. Gracias — lo cortó, rígido. Era evidente que tenía sus límites respecto al tema.

—Bueno, como sea...ahora mismo eres un gran apoyo para ella. No sé cómo funcione esa...complicidad que tenéis. Pero no la dejes sola, por favor. No soportaría que le pasara nada, a ella no. Ya he perdido bastante — le suplicó, con los ojos brillantes.

El aludido sopesó sus palabras con cuidado. No le gustaba sentirse atado a nada ni nadie, porque estaba acostumbrado a ser un espíritu libre. Sin embargo, lo tenía muy claro y así se lo hizo saber.

—Tranquilo, no pienso separarme de su lado.

Lo había jurado y él siempre cumplía sus promesas.

Marcello asintió, agradecido. Y fue a añadir algo más, pero alguien los interrumpió.

—¿Cómo está mi prometida?

Los dos a una se volvieron para contemplar la pérfida sonrisa de Luca Ferragni allí, frente a la puerta de la habitación donde descansaba la joven.

Inconscientemente, Carlos cerró los puños. Marcello se puso delante de él con disimulo. Un movimiento aparentemente casual, pero que tenía como objetivo evitar que el mexicano le arrancara la cabeza.

Se obligó a calmarse.

—Está sedada, Luca. Déjala dormir — advirtió Marcello, con el tono más hosco que Carlos le había oído en mucho tiempo.

—Tranquilo, hombre. Solo quiero verla, es mi derecho a fin de cuentas, ¿no? — replicó, con cinismo.

Carlos gruñó, si seguía así no se iba a poder controlar.

—¿Y este qué? ¿Es acaso su perro? Digo, como no deja de gruñir...

Con eso tuvo suficiente. Le hervía la sangre.

—Sí y también muerdo. ¿Quiere comprobarlo? No, ¿verdad? Tiene tres putos segundos para largarse de aquí antes de que se me agote la paciencia — espetó, con la voz ronca y agresiva.

La única razón por la que no le había roto los dientes ya era porque Marcello estaba en medio, intentando contenerlo.

Luca se rio, sin captar —por lo visto— la gravedad de la situación. O eso, o que no le importaba.

—Ya veo por qué el *Capo* habla maravillas de ti. Eres un loco.

Aquello descolocó un poco a Carlos, pero seguía a la defensiva. No iba a entrar en aquel cuarto. Punto final.

—Pues tenga cuidado entonces — lo amenazó, sin cortarse un pelo —. Ahora vuelva abajo.

—No eres nadie para darme órdenes — se le encaró.

Aquel tipo se estaba ganando un pasaje gratis al otro barrio...

—Tranquilo Carlos, tranquilo — intentó aplacarlo Marcello.

—Y tú Luca, no hagas que tenga que pedírtelo por las malas. Querías a mi hermana y ya la tienes, respeta nuestro duelo — le advirtió, con las pupilas centelleantes.

Sus palabras parecieron hacer mella en él, porque asintió y se pasó las manos por el pelo.

—No era mi intención faltar al respeto, Marcello. Solo quería saber cómo está la bella Alessandra. Lamento lo ocurrido, en serio.

Aunque sus palabras parecían sinceras, el joven doctor no supo si creerle. Carlos lo tenía claro, o eso parecía a juzgar por lo tenso que estaba. Su cuerpo emanaba olas de violencia por todas partes y supo que le costaba controlar sus instintos asesinos.

—Gracias. Ella no está bien, ha tenido una crisis y necesita recuperarse — lo informó, para que se fuera cuanto antes—. Podrás verla cuando esté mejor.

Sorprendentemente, funcionó. Luca le sonrió. Era una sonrisa difícil de descifrar la suya. Parecía normal, pero había un trasfondo oscuro en sus pupilas que...a Marcello no le daba buena espina.

—Está bien. Cualquier cosa que necesitéis, estoy aquí. Ahora me reuniré con mi padre y los hombres de Emilio, están peinando toda la finca en busca del homicida — aseguró.

—Bien, lo tendré en cuenta.

Cuando por fin se hubo marchado, Marcello dejó escapar el aire contenido.

—Tienes que dominar ese carácter tuyo o todos te van a descubrir. No puedes tratar a mi hermana como si fuera de tu propiedad frente a todos — lo regañó, provocando que resoplara.

—Lo sé. Créame que intento controlarme...pero me cuesta — admitió, lleno de rabia.

—Lo entiendo, pero haz lo posible. Quisiera estar a solas unos minutos con Alessandra, verla me da paz y ahora mismo...lo necesito — se quebró. Carlos no sabía qué hacer, no era bueno con esas cosas. Por suerte, se recompuso enseguida —. ¿Me dejas pasar?

Entonces se dio cuenta de que, involuntariamente, se había apostado delante de la puerta como un bloque de hormigón, impidiendo el paso. Una parte de

él no quería que nadie entrara, pero se tranquilizó y asintió. Era irracional y no debía ser tan posesivo.

—Claro, entre. Iré...a ver en qué puedo ayudar mientras tanto — se estaba despidiendo cuando recordó algo —. ¿Su padre está bien? ¿Ha ido con los demás?

—Sí, no me dejó ponerle un calmante. Se empeñó en ir con los demás a cazar a ese monstruo — le aclaró. Él asintió.

—Entiendo. Volveré luego.

Y se fue, todavía reticente.

Bajó las escaleras negando con la cabeza, sintiéndose furioso consigo mismo por ello.

En el salón estaban las mujeres, llorando desconsoladas mientras esperaban noticias de los hombres. Incómodo a más no poder, entró para ver si necesitaban algo.

No esperó que Donna Testa Di Santorini se le echara a los brazos, llorando a lágrima viva.

—¡Se lo dije, maldito sea ese terco de mi esposo! ¡Constanza y yo lo sabíamos y no nos hicieron caso! ¡Ahora mira lo que ha pasado! — clamó, desconsolada — ¿Y si todavía está aquí y viene a por nosotras?

Estaba presa del pánico y con ello solo incrementaba la histeria de las demás. Catarina estaba seca de tanto llorar y Stella se estaba tomando una tila doble, con las manos temblorosas e hipando. Su madre se había desmayado de la impresión y reposaba en una de las habitaciones de invitados.

Los invitados...Carlos no quería ni pensar en el hervidero de chismes que estaría corriendo por toda la ciudad. No era el momento.

Y Chiara...la pequeña Chiara estaba encogida sobre sí misma en el sillón, temblando de miedo. Algo en su interior se ablandó.

Tomó por los brazos a la señora de la casa para calmarla – y de paso quitársela de encima – y habló, tratando de infundirles calma.

—Escuchen, sé que tienen miedo, pero deben mantener la calma. Nadie les hará daño, quienquiera que hiciera esto ya se ha marchado. No se arriesgaría a que lo atraparan. Además, yo estoy aquí mismo y hay más soldados afuera. Ha sido terrible pero deben relajarse, el peligro ha pasado...

Por el momento, quiso añadir. Pero se contuvo.

No quería ponerlas peor.

Sin embargo, lo que había dicho era cierto. Sabía que el asesino del carnaval había escapado.

—¿Cómo lo sabes? — le preguntó Stella, mirándolo por encima de su taza.
—¿Cómo sabes que ya se ha ido?

Porque era lo que él haría. Pero eso, claro estaba, se lo calló.

—Cuando todo ocurrió...la gente se dispersó formando una estampida. Era la distracción perfecta para escapar. Sabía que le sería fácil pasar desapercibido entre tantos invitados con sus disfraces y máscaras...y eso hizo. Buscan en vano, ya se lo dije al señor Emilio — expuso sus puntos de vista con seguridad.

No era la primera vez que se enfrentaba a algo así. No debían olvidar que él había sido un asesino a sueldo por un tiempo, solo que ahora sus intereses habían variado ligeramente.

—Tiene sentido...— estuvieron de acuerdo todas. Y eso las alivió considerablemente.

—Aun así, quédate cerca por favor. Thiago se fue hace lo que parece una eternidad y tengo miedo por él — confesó Catarina, presa de los nervios.

Carlos asintió.

—Señorita Chiara, ¿necesita algo? Está muy pálida...— le preguntó, reparando en su nerviosismo.

La joven abrió los ojos como saliendo de un trance y asintió.

—Necesito ver a Mauro.

La respuesta sorprendió a todos los presentes.

—Comprendo. Eso no va a poder ser, porque ha ido con los demás. Pero... ¿quizá un chocolate caliente podría animarla? — le ofreció, sorprendiéndose incluso a sí mismo. ¿Qué diablos pasaba con él?

Dubitativa, la pequeña de los Santorini miró a su madre para pedirle permiso y la mujer asintió, con una débil sonrisa.

—A todas nos vendría bien. ¿Podrías pedirle a Bennedetta que lo preparara? Dudo que la nana Ofelia esté en condiciones, la pobre — le pidió.

Carlos se tensó. Bennedetta también había perdido a su padre, pero no podía ni debía replicar a la señora, así que asintió y se marchó a la cocina.

Allí, efectivamente, Bennedetta y la nana estaban sumidas en un llanto desgarrador, la una aferrada a la otra.

Al verlo entrar, intentaron sosegar, sin éxito.

La joven sirvienta se lanzó a abrazarlo como si se fuera a acabar el mundo y él correspondió, incapaz de apartarla de sí en un momento tan duro.

Enseguida la anciana se les unió, dejando a Carlos de piedra. ¿Qué les pasaba a las mujeres con él aquella noche?

A regañadientes, las dejó llorar en su hombro cuanto quisieron.

—Ya está, tranquilas.

No sabía ni qué decir para calmarlas.

—Nadie se acuerda de mi padre, Carlos — sollozó Bennedetta —. No sé cómo voy a explicárselo a Mateo, cuando lo he acostado estaba aterrado y yo...no me hago a la idea. ¿Qué ha hecho para merecer una muerte tan horrible? Él era un buen hombre...

Estalló en llanto de nuevo.

—Él lo sabía, hija...le advertí que esto pasaría — intervino entonces la nana Ofelia, en un ataque de lucidez que los dejó mudos —. Tu padre conocía los secretos más oscuros de esta casa — reveló.

Luego, al percatarse de que había hablado de más, enmudeció como si la hubieran pinchado y empezó a ojear los alrededores, paranoica.

—¿De qué hablas Ofelia? — quiso saber la joven, asustada y recelosa.

Carlos le pidió silencio. Se agachó junto a la silla en que se había desplomado la buena mujer, intentando no presionarla demasiado.

—Ofelia, si usted sabe algo...es el momento de hablar. Ya han muerto dos inocentes.

La mujer negaba con la cabeza.

—Yo no sé nada señor. Solo soy una anciana que desvaría. Solo...me imaginé que ese podía ser el motivo.

Mentía. Su nerviosismo la delataba.

Pero entendía que tuviera miedo, después de cómo habían acabado su amigo y la mujer a la que había criado como a una hija.

—No es eso lo que has dicho hace un rato —la acusó Bennedetta, dejándose llevar por la desesperación. Carlos la apartó con delicadeza.

—Ofelia, sé que tiene miedo, lo entiendo. Pero, por favor, sea valiente. No le pasará nada, puede estar tranquila — intentó convencerla. Pero supo que era en vano antes incluso de que negara y empezara a tararear una canción

de cuna, con lágrimas en los ojos, aislándose del mundo y del secreto que tanto daño le estaba haciendo a ambas familias.

Se alejó, lleno de impotencia.

Así no iban a ir a ninguna parte.

La abrupta irrupción de Maurizio en la estancia cortó el silencio de cuajo, trayendo consigo más malas noticias.

Las peores de todas las que habrían imaginado posibles.

—¡Benedetta, tienes que venir ya! — bramó, desquiciado. —¡Mateo no está en su habitación!

2

Las palabras del joven cayeron como un rayo sobre los presentes. Bennedetta saltó de la silla como un resorte y salió corriendo hacia el jardín, gritando desaforada el nombre de su pequeño.

Carlos hervía por dentro. Salió tras ella, con el arma a punto.

—No sé quién es ese hijo de puta, pero ha cometido el peor error de su vida — masculló, en voz baja y siniestra.

—Joder y tanto. De esta no sale vivo — aseguro Maurizio, con el rostro contraído de furia.

Sin perder tiempo, salieron a la gélida madrugada en busca del pequeño. ¿Cabía la posibilidad de que hubiera salido por su cuenta? Ninguno lo creía. Mateo era un niño muy inteligente y le habían advertido en incontables ocasiones que no debía alejarse solo bajo ninguna circunstancia, pues era peligroso con todo lo que estaba sucediendo.

Fácilmente cualquier clan rival podría tratar de secuestrarlo y así extorsionarlos por el control de la ciudad. Pero hasta entonces jamás había sucedido algo así, tenían la mejor seguridad. ¿Qué diablos estaba fallando?

No saberlo los estaba llevando al borde de la histeria. Por más que se esforzaba en enfriar la mente, aquel niño era importante para Carlos y el simple hecho de pensar que ese enfermo pudiera hacerle daño, le despertaba los instintos asesinos.

—¡Matteo! — llamaron, a gritos, dividiéndose para buscarlo.

A lo lejos, en la vasta extensión de Villa Santorini, unos disparos resonaron en la lejanía, provocando que los dos hombres se tensaran.

—¡Por favor, encontrad a mi hijo! — suplicaba Bennedetta, jadeando por la carrera que se había pegado para alcanzarlos. Había recorrido todas las

habitaciones sin hallar ni rastro del pequeño y la desesperación amenazaba con robarle la escasa cordura que poseía.

—Haremos todo cuanto esté en nuestra mano para traértelo sano y salvo, bonita — le prometió Maurizio, besándola en la mejilla con gentileza.

—Gracias — sollozó la joven —. Ya no sé dónde más mirar, incluso las señoras me están ayudando. Es...es una pesadilla. ¿Cuándo va a terminar esto? ¿Qué quiere de nosotros? — clamó al cielo, rota de dolor. Si Maurizio no la hubiera sostenido, se habría dejado caer de rodillas al suelo.

—Jugar con nosotros — saltó Carlos, oteando los alrededores de la finca como un halcón al acecho. Se lo imaginó por allí rondando como un fantasma, bien escondido, mientras se recreaba en el desastre que había provocado. Y le hirvió la sangre. Se creía muy listo, pero él lo sería más. Tarde o temprano lo atraparía —. Quiere volvernos locos, destruirnos desde dentro hasta que no quede nada más que cenizas. Y así asestar el golpe maestro — afirmó.

—Pero no lo permitiremos — replicó Maurizio, con el rictus severo.

—Por supuesto que no — estuvo de acuerdo él, con una sonrisa mortífera.

—Vamos, ve dentro Bennedetta. Daremos con él — le pidió, pero ella se negó.

—Quiero ir con vosotros.

—Bien, acompaña a Maurizio.

Obedeció y ambos se fueron hacia el este, mientras Carlos optó por mirar en las caballerizas.

Todo estaba oscuro y en silencio, los animales disfrutaban de un sueño apacible — señal de que no había peligro, o lo habrían detectado enseguida — y reinaba la calma.

Sin embargo, Carlos no se confió.

Alerta, fue avanzando mientras dejaba al descubierto los compartimentos de los respectivos boxes. Hasta que, cuando ya solo le quedaban los dos últimos, el ruido de unas pisadas desde el interior le hicieron ponerse en alerta.

Se acercó, poniendo buen cuidado en no hacer ruido. Esperó, se preparó y a la cuenta de tres abrió la puerta.

Soltó un suspiro que era una mezcla de alivio y frustración cuando unos pequeños ojos azules le devolvieron una mirada entre traviesa y asustada.

Había encontrado a Mateo.

Bufó, debatiéndose acerca de si debía regañarlo o abrazarlo. Al final, al ver la sonrisa aparentemente inocente que le dedicó, optó por lo segundo. Primero lo pondría a salvo y luego tendrían una seria conversación los dos.

El niño se cobijó entre sus brazos como si fuera un salvavidas y solo entonces se percató de lo rápido que le latía el corazón. Estaba asustado.

—Matteo, ¿qué haces aquí? Vamos, ven dentro, tu madre está desquiciada buscándote.

El pequeño se dejó conducir de su mano, obediente.

—He salido a buscar al abuelo, siempre viene a darme un beso de buenas noches y hoy no ha aparecido — explicó, apesadumbrado —. No lo he visto en todo el día, ¿dónde está? — inquirió, con los ojos abiertos de par en par — estaba tratando de encontrarlo cuando he oído un ruido horrible y me he escondido. Lo siento... ¿estoy en un lío? — musitó, temeroso de recibir un castigo por salir sin permiso.

Había oído los disparos...menos mal que ninguno lo había alcanzado por accidente. Podría haber ocurrido una tragedia.

Sin embargo, Carlos no podía enfadarse con él. ¿Cómo iba a hacerlo, si el pequeño solo quería saber de su abuelo y no tenía ni idea de la tragedia que estaban viviendo?

Se imaginó su reacción, sus lágrimas de dolor y apretó la mandíbula.

Se agachó para quedar a su altura. No sabía si le correspondía a él darle la noticia de lo de Phillippo, el caso era que no le gustaba verlo así de triste.

—No, esto ha sido una pequeña travesura. No quiero que vuelvas a hacerlo, ¿vale? Si me lo prometes no se lo diré a tu madre, pero tienes que hablar con ella...

Satisfecho, el niño asintió y caminaron hasta la casa grande compartiendo la complicidad que solo da guardar el secreto de una acción impulsiva.

Él mismo las había cometido - y mucho peores - cuando era pequeño. Pero nadie había acudido en su busca. Ojalá.

Apartando esos sombríos pensamientos de su mente, dio gracias por haberlo encontrado sano y salvo, pues si se lo hubiera llevado el asesino habría enloquecido. No soportaba las injusticias.

En la cocina encontraron a una Bennedetta al borde de un ataque de histeria, a la que Maurizio trataba de tranquilizar en vano.

En cuanto vio al niño corrió a abrazarlo como si su vida dependiera de ello, protagonizando ambos una tierna estampa.

—¡Mtateo! ¿Pero dónde estabas? ¡Me has dado un susto de muerte! — lo regañó, besándolo y achuchándolo por todas partes. El solo hecho de pensar en lo que podría haberle pasado si ese psicópata enmascarado lo hubiera encontrado solo, ahí fuera, le ponía los pelos como escarpas.

Todos habían estado con la sangre pendiendo de un hilo por él, pero era un niño y su inocencia le impedía darse cuenta de la gravedad de sus actos. Ya hablaría seriamente con él.

Confundido, el niño dijo:

—He salido a buscar al abuelo. Quiero que me dé mi beso de buenas noches o no podré dormir.

En su ingenuidad, no se dio cuenta del gesto de dolor que apareció en los ojos de su madre al oír aquello.

Por muy duro que fuese, tenía que decirle la verdad. Y no iba a ser fácil.

—Ven, vamos a tu cuarto. Gracias por traerlo sano y salvo, Carlos.

El aludido le restó importancia y ambos se perdieron escaleras arriba.

Entonces Maurizio y él marcharon a reunirse con el resto de hombres en la búsqueda del asesino. Ya era hora de que aceptaran que, a aquellas alturas, se había esfumado en la madrugada. Seguramente estaría satisfecho con el caos que había provocado...hasta su próxima actuación.



—¡¡Todo esto es culpa tuya!! — clamó al cielo Baldassare, efectuando varios disparos al aire para descargar su furia.

Emilio acusó el golpe con elegancia, reconociendo que se lo merecía.

— Entiendo que estés enfadado, créeme que me sentiría igual de estar en tu pellejo, pero creo que lo mejor será que...— enmudeció ante la mirada que le dedicó.

—Pero no lo estás. Ese es el problema, que nunca lo has estado — apostilló, con una saña nacida del dolor más profundo.

Quiso reprocharle tantas cosas...pero tuvo que callar, pues no estaban solos. Sin embargo, sus ojos gritaban todo lo que él reprimía. Nunca una mirada había pesado más entre los dos.

Incluso Dante trató de mediar entre ambos.

—Calmaos, por favor. No podemos dividirnos, ¿no veis que eso es lo que quiere ese maldito? — apuntó, intentando que recobraran la cordura.

Se había tenido que poner en medio, con una mano en el pecho de cada uno para frenarlos. Parecía, a juzgar por las miradas cargadas de rabia y reproche que se estaban dirigiendo, que estaban a punto de llegar a las manos si no intervenía para calmar los ánimos.

—¡¡Pues lo está consiguiendo!! — bramó el Grimaldi, fuera de sí por completo, intentando alcanzar al *Capo*, a quien le dolía ver la furia en los ojos de su amigo al mirarlo. Pero se ponía en su pellejo y él habría reaccionado peor —. Es mi mujer la que está muerta, no la tuya. A lo mejor por eso estás tan tranquilo, ¿eh? ¡Vamos admite que no te importamos! — explotó, empujando a Dante para aferrarlo por las solapas de la camisa.

De inmediato, varias armas apuntaron a su cabeza, pero Emilio les ordenó que las bajaran de inmediato. Aquello lo resolvían entre los dos.

Dante se incorporó, alerta por si tenía que separarlos. La mirada del *Capo* ardía, advirtiéndoles tácitamente a todos que se mantuvieran al margen.

—No metas a mi mujer en esto, Baldassare — gruñó, empezando a perder la compostura. Su amigo de la infancia, el que quería como a un hermano y había hecho tantos sacrificios por él se rio en su cara. La sangre se le calentó y lo aferró por el cuello de la camisa a su vez.

Los dos se encararon, a un palmo de distancia. Aquel enfrentamiento en el que todas las palabras fueron pronunciadas con un potente intercambio de miradas estaba siendo tan agresivo que todos los hombres estaban nerviosos, sin saber qué hacer. Aquello podía terminar muy mal.

—¿Que no meta a tu mujer? — el tono del *sottocapo* era afilado como un cuchillo y no hizo sino tensar el ambiente todavía más —. Tu mujer es tan parte de esto como nosotros, como lo era mi Constanza. Si hubieras hecho caso de mi consejo, ahora tu...

—¡BASTA YA, CÁLLATE! — bramó, levantando el puño con tanto brío que se le marcaron las venas de la frente al emplear toda su fuerza de voluntad para detenerse antes de golpear a su amigo, que sin embargo, embistió y solo la intervención del *consigliere* pudo impedir la pelea.

Los hombres se metieron y los sujetaron a ambos, hasta que se aplacaron. Así no arreglarían nada.

Los dos respiraban con fuerza, el rencor acrecentándose a pasos agigantados. Su amistad ya nunca sería la misma.

Él estaba consiguiendo lo que quería y eso lo enfermaba.

—Volvamos Baldassare, necesitas descansar y es obvio que ese miserable ya ha huido hace rato —propuso Dante, queriendo rebajar tensiones.

Por mucho que el aludido quiso protestar y enfrentarse a todos de ser necesario, sabía que era cierto. Y ahora que la ira lo había abandonado, reconocía que no podía luchar contra una evidencia de tal calibre. Habían peinado hasta el último rincón de aquella mansión y la búsqueda resultó infructuosa.

Accedió.

Era hora de asumir la derrota.

Por el momento.

Se lamerían las heridas y se levantarían con más fuerza que nunca. Porque quienquiera que le hubiera hecho eso a su esposa pagaría un precio mil veces peor que la muerte.

Iba a encontrarlo aunque se escondiera en el fin del mundo.

3

Alessandra despertó confusa y desorientada de los efectos del sedante. Se sentía como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Su boca estaba seca y le pesaban los ojos como losas.

Necesitó unos minutos para ubicarse y los recuerdos de aquella traumática fiesta empezaron a aparecer en su mente como un borrón caótico.

La carrera en pos del enmascarado.

El mensaje con sangre en la pared.

Los fuegos artificiales en el jardín.

Su madre...asesinada.

Dios, esa imagen...jamás podría olvidarla. Por más que lo deseara.

Cerró los ojos, intentando retener las lágrimas en su lugar a base de fuerza de voluntad. Ahora no era momento de llorar, sino de actuar.

Ese miserable todavía no se hacía una pequeña idea de con quién se había metido.

De buena gana se habría quedado allí, entre las sábanas, a esconderse del mundo en su dolor, pero se bañó, se maquilló para ocultar las ojeras y se vistió con lo mejor que tenía, para demostrarle al mundo que a ella nadie la hundía, por más terribles que fueran los golpes.

Abajo, la recibió una escena de profunda desolación que amenazó con hacerla flaquear.

Su padre tenía una pistola en la mano y se apuntaba a la cabeza, con el dedo en el gatillo.

A su alrededor, Marcello, Emilio, sus hijos y Dante trataban de disuadirlo, mientras los demás miraban la escena con impotencia.

¿Dónde estaba Carlos? También faltaba ese presuntuoso de Luca, pero mejor.

Con el corazón desbocado, Alessandra se abrió camino en la estancia.

—¡Baldassare, por Dios, suelta eso! ¡Hablemos! — intentó razonar con él Emilio, por lo visto no por primera vez.

Pero el hombre estaba reacio. Temblaba y tenía los ojos enloquecidos, incluso hablaba solo.

—¡¡NO!! — bramó —. Voy a terminar con esto, Emilio. Haré lo que tú no has tenido el valor de hacer. ¡Nos quiere a nosotros! ¿No te das cuenta? No se detendrá hasta que estemos muertos, voy a ponérselo más fácil y dejaré a nuestra familia al margen de esto, como siempre debió ser.

Alessandra tragó saliva. ¿De qué estaba hablando? ¿El asesino los quería a ellos? Era su oportunidad, no dejaría que su padre se suicidara por guardar un estúpido secreto del pasado. ¡¿Qué locura era aquella?!

—Padre, te lo ruego, no lo hagas...

Tampoco a Marcello le hizo caso.

Emilio, colérico y desesperado, fue a hablar, pero ella se le adelantó interponiéndose entre ambos hombres cuando de repente su padre lo apuntó en el pecho. Emilio hizo lo mismo.

— Piensa bien lo que haces — advirtió.

—¡Alessandra hija, apártate! — le suplicó, derrotado.

Ella no obedeció. Fue como si el mundo se parara en aquel salón. Todo el mundo estaba histérico.

—No voy a hacerlo, padre — sentenció, rotunda e inquebrantable —. Si quieres irte de este mundo, vas a tener que llevarme a mí contigo porque no pienso permitir esta locura. ¡Dinos qué diablos pasa! ¿Quién es ese maldito asesino? ¡Emilio! — exigió, al ver que su padre no pensaba hablar.

Thiago aprovechó ese momento de distracción para desarmar a Baldassare, que se quedó sin fuerzas y tuvo que dejarse caer en una silla. Tenía los ojos inyectados en sangre fruto de una larga noche en vela, su piel era pálida y su aspecto demencial. Algo le reconcomía la conciencia hasta el borde de la locura. Y Alessandra no iba a parar hasta averiguarlo.

Bruno también hizo bajar el arma a su padre, que ahora era el centro de todas las miradas. Pero no parecía dispuesto a hablar, su semblante era tan férreo e impenetrable como siempre.

En ese momento, Luca entró en la estancia seguido de cerca por un Carlos más sombrío que nunca. Alessandra frunció el ceño. Lo último que esperaba era ver a esos dos hablando.

Como fuera, aquel no era momento de pensar en eso.

—Villa Grimaldi está ardiendo, ha salido en todos los noticieros — informó el soldado, tenso.

Baldassare, que apenas se había repuesto de su arrebató, se tiró del pelo y maldijo en su desesperación. No podía soportar una sola mala noticia más.

Marcello y Alessandra compartieron una mirada de consternación, allí estaba toda su vida. Pero después de haberle arrebatado a su madre aquello ya no era nada. No les quedaba nada.

No quisieron verlo por televisión, eso solo echaría más sal en la herida. Así que todos volvieron a centrar su atención en Emilio, exigiendo explicaciones.

Este mantuvo la sangre fría.

—Ya os he dicho que solo es un maldito lunático obsesionado conmigo y con Baldassare, es lo que tiene ser los reyes de Venecia — espetó, con despotismo.

Aquello no había quien se lo creyera. Ni siquiera Chiara lo hacía. La misma Chiara que se hartó y se puso en pie para alzar la voz, siguiendo el ejemplo de Alessandra.

—Papá no mientas más y di la verdad, por favor. Ha muerto tía Constanza y...quién sabe qué más podría pasar. ¿Vale la pena guardar silencio a costa de nuestras vidas?

Su arrebató dejó mudo al hombre. De entre todas las personas que había en aquella habitación, su hija Chiara era la última de quien hubiera esperado tal impertinencia.

—¡No seas insolente, niña! ¿Cómo osas insinuar que miento? — la reprendió, con dureza.

—¡No le hables así a mi hermana! — le defendió Thiago, pasándole un brazo por los hombros a la chica —. Todos sabemos que mientes, mira a Baldassare por Dios, mira a tu amigo. ¿De verdad tienes la conciencia tranquila después de esto? — cuestionó, diciéndole las verdades a la cara.

Y no pudo soportarlo. Porque sabía, en lo más hondo de su ser, que tenían razón.

Pero no lo entendían. Eran incapaces de ver más allá y darse cuenta de que la verdad destruiría ambas familias.

Baldassare estaba demasiado cegado por el dolor de la pérdida y su falta de juicio podía costarles muy cara. Si hablaba...todo se iría al infierno. Sería como tirar veinte años de esfuerzo a la basura.

No, no lo permitiría. Nadie lo sabría nunca y devolverían a ese miserable a la tumba de la que nunca debió salir para que se llevara su secreto consigo.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad. Era el *capo di tutti capo*. E iba a arreglar aquello.

Su esposa, Donna, se puso en pie con parsimonia. Eran pocas las veces que se imponía, pero cuando lo hacía, causaba expectación.

—Emilio, va siendo hora de que dejes de comportarte como un maldito dictador y escuches a tu familia — le echó en cara. Aquello fue como una puñalada para él.

Avanzó hacia ella, con los ojos relampagueantes. Pero Bruno se interpuso, con las cejas enarcadas en señal de advertencia.

Resopló una risa sin humor.

—Por esta familia es que lo he hecho todo.

—Lo has hecho por ti — lo contradijo Thiago, más desafiante que nunca —. Para tapar tus trapos sucios.

Con un grito, fue a darle un puñetazo para que aprendiera a respetar, pero Dante lo contuvo.

Entonces Baldassare, que había permanecido con la cabeza entre las manos, se levantó y se hizo cargo del caos que había provocado.

Había recobrado la lucidez y estaba arrepentido. Esa no era la manera de vengar a Constanza, no podía dividirlos de ese modo.

Emilio tenía razón. Siempre la tenía. Su momento de locura podía costarles muy cara si no hacía algo.

—Era un trabajador de nuestra fábrica — empezó a relatar, tenso —. Estaba obsesionado con Constanza. Por aquel entonces nosotros éramos muy jóvenes y ella y yo tonteábamos. Pero él no lo soportaba, a pesar de que ella no lo correspondía. Me envidiaba.

«Un día, unos hombres me siguieron al salir del trabajo. Yo por aquel entonces todavía no había asumido mi cargo en la *famiglia* y era

descuidado, pero siempre iba armado. Me defendí y logré sacarles quién los había enviado. Era él.

Cuando lo supe, monté en cólera, lo admito. El miserable le hacía regalos a Constanza, prácticamente la acosaba hasta que perdió los nervios. Así que una noche Emilio y yo tomamos cartas en el asunto».

—¿Qué le hicisteis?

Marcello fue el primero en preguntarlo.

—Baldassare, no...

Interpretando su papel, Emilio le siguió el juego. Debía ser convincente.

—Tengo que decirlo, Emilio —. Baldassare hizo lo mismo y terminó con aquello — Le prendimos fuego a su casa, con él dentro. Pensamos que había muerto, hasta ahora. Y...allí estaba también su madre, pero eso no lo sabíamos. Nunca habríamos dañado a una inocente — mintió.

«Perdóname, Constanza» pensó, al finalizar su relato.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

En aquella ocasión, fue Alessandra quien hizo la pregunta que más temían. Finalmente, tras compartir una mirada en la que se dijeron cientos de cosas, fue Emilio quien habló.

—Francesco. Francesco Ventura.

Ella asintió, con una expresión torva y sombría.

Ese nombre se le había quedado grabado a fuego, porque a Francesco Ventura más le valía haber muerto en aquella ocasión.

Ella no fallaría.



Golpes quedos y uniformes resonaron en la puerta del dormitorio de Alessandra, haciéndole saber que la hora había llegado.

Tendría que despedirse de su madre para siempre.

El funeral sería en la basílica de San Marcos, con carácter estrictamente privado para la familia. Los guardaespaldas estarían apostados en la entrada con instrucciones precisas de repeler a los curiosos y a la prensa.

Y ella no estaba lista para aquello. Pero no quedaba de otra.

—¡Ya voy! — gritó, desde el interior, terminando de ponerse unos pendientes negros a juego con el vestido.

Sin embargo, quien fuera hizo caso omiso y optó por entrar. Exasperada, ella bufó. Empezaba a agotársele la paciencia.

Llevaban todo el día detrás de ella, pendientes de su estado como si fuera a quebrarse de un momento a otro.

Se relajó al ver que solo era Marcello.

—Ya sé que lo odias, pero he venido a ver cómo estás. Y quiero la verdad — inquirió, anticipándose a sus intenciones.

Puso los ojos en blanco, molesta. Pero su interior se ablandó un poco cuando él se acercó y pasó ambas manos sobre sus hombros con ternura.

— No lo sé. ¿Eso quieres oír? Siento como si todo mi interior estuviera en llamas, ardiendo en un fuego que no se apagará hasta que tenga la cabeza de ese hijo de puta — se desahogó, temblando de furia.

Su hermano la abrazó, calmando su dolor. Él también estaba destrozado y exhausto por tener que guardar las apariencias y ya no podía más.

—Lo sé, pequeña. Te prometo que haré que se apague, lo haremos pagar por todo el daño que nos está causando.

Eso la dejó más tranquila. Sabía que Marcello hablaba en serio porque siempre cumplía sus promesas.

—Prométeme también que no te vas a ir y no me vas a dejar. Tú también no...— suplicó, vulnerable. Era la primera vez en mucho tiempo que se quitaba la coraza y no estaba acostumbrada, tal vez por eso dolía tanto.

Marcello suspiró, depositando un tierno beso sobre su frente.

— No me iré a ninguna parte, te lo juro. Ahora tenemos que bajar, nos están esperando — la instó, comprensivo.

Él tampoco se hacía a la idea, pero si lo pensaba acabaría por volverse loco.

— Supongo que es mejor acabar con esto cuanto antes — concedió ella, siguiéndolo hasta el vestíbulo.

Marcello no había mentido al decirle que todos los esperaban. Eran los últimos en bajar.

De entre todos los presentes, sus ojos fueron a posarse discretamente en Carlos, que esperaba junto con los demás guardaespaldas en un discreto segundo plano. Siempre en las sombras, pero con un ojo puesto en ella.

Cualquier otro día, eso le habría arrancado una sonrisa. Pero no aquel.

Emprendieron la marcha en un silencio sepulcral, acorde con el ánimo de los presentes. Ella subió al coche con su padre y su hermano. Carlos conduciría hasta *Piazzale Roma* para aparcar allí el vehículo, debido a lo apartada que estaba la mansión.

Sin embargo, el ambiente estaba enrarecido. No se sentía cómoda compartiendo el mismo espacio con él sin poder coquetear o provocarlo a su antojo, como acostumbraba.

Se preguntó si a él le sucedería lo mismo y quiso pensar que sí, pues no tenía manera de saberlo.

Una de las cosas buenas que tenía el hecho de que en Venecia apenas hubiera tránsito a causa de los canales, era que llegaron pronto para estacionar e hicieron el resto del camino a pie hasta llegar al embarcadero, donde los esperaba un *vaporetto*.

Alessandra agradeció ese momento de paz, pero lo bueno duró poco y cuando llegaron la realidad se impuso.

Tal y como había previsto, cuando llegaron los esperaban cientos de curiosos respaldados tras los medios de comunicación.

Carlos les abrió paso, manteniéndolos a todos alejados con un gruñido bajo y agresivo y un par de miradas que los disuadieron de acercarse demasiado. Aun así, persistieron con las preguntas hasta que Baldassare tuvo que pedir respeto por el duelo que estaban viviendo.

Por fortuna, atravesaron la entrada a la carrera y las puertas se cerraron, dando la bienvenida al silencio. Todos lo agradecieron.

Era irónico; siempre que iba allí, Alessandra solía detenerse a admirar aquella maravilla arquitectónica en todo su esplendor, pero aquel día ni siquiera eso le quedaba.

Ocupó su lugar en primera fila, junto a su padre, su hermano...y los Ferragni. Los Santorini se situaron en el banco contiguo.

Carlos, Mauro y el resto vigilaban las entradas y salidas. Debían estar atentos al más ínfimo movimiento.

Silencio y dolor.

Eso era todo lo que se respiraba en el ambiente.

El sacerdote no tardó en hacer acto de presencia. Aquella ceremonia era sumamente inusual, pues la basílica no se abría al público salvo para visitas turísticas. Pero ellos eran Venecia y no se les cuestionaba.

Alessandra bloqueó el sermón vacío del hombre, dando vueltas al rosario que portaba entre las manos, absorta en pensamientos oscuros y sangrientos...sin duda pecaminosos para el lugar donde se hallaba. Pero no le importó.

Su rostro era una máscara ilegible, asegurándose de que nadie atisbara en la oscuridad de su alma. Luca no la dejaban en paz, a cada rato le cogía la mano y le daba muestras estúpidas de un afecto que no quería. Pero tenía que poner buena cara.

El último pensamiento que tuvo antes de que finalizara la misa fue para su madre. Su ausencia le ardía en el pecho, pero por ella sería fuerte y acabaría con ese monstruo antes de que terminara su propósito.



La parte más dura vino cuando, ya en el cementerio para proceder a la inhumación, el féretro comenzó a descender.

El sacerdote alababa las virtudes de su madre, como homenaje a su último adiós, y ella sentía que – como no acabara pronto – sería incapaz de aguantar ni un segundo más allí de pie, aguantando la lástima de todos.

Hablaban de ello como si su madre hubiera despertado una mañana cualquiera y hubiese decidido poner fin a su vida. Entendía que seguramente esa fuera la tapadera que se dio de cara a los medios, pero no podía soportarlo. Porque no era así.

A su madre la habían asesinado a sangre fría, como parte de una venganza del pasado que había ido demasiado lejos.

Se retrajo sin poder evitarlo cuando su padre intentó pasarle un brazo por los hombros. El dolor que asomó a su mirada la lastimó, pero en aquel momento solo quería estar sola y llorar a la madre que había perdido.

Todo el mundo veía a Constanza Grimaldi como la mujer frágil, quebradiza e inestable de sus últimos años, pero ella prefería recordarla como la madre alegre y dulce de su infancia. No sabía qué podía haberse torcido tanto para ella, qué la obligaba a estar siempre nerviosa y asustada, pero iba a echar de menos a la extraordinaria mujer que fue en sus días buenos.

Marcello tiró una rosa blanca sobre el sepelio y le cogió la mano, dándole fuerzas. Lentamente, con su padre al lado, avanzó hasta colocarse a escasos palmos de aquel surco de tierra húmeda y oscura que de ahora en adelante sería el lugar donde descansaría su madre.

Al menos esperaba que pudiera descansar, porque ella no podría hacerlo hasta no haber acabado con ese monstruo.

Tras depositar un beso sobre la blanca flor, la dejó caer. Allí también yacería su promesa.

Entonces volvió a ponerse la máscara para ser la mujer fuerte e inquebrantable que se esperaba de ella y aguantó los abrazos y las palabras

de consuelo, hasta que terminó la pesadilla.

—Ya está cielo, ha terminado. Nos vamos a casa — dijo su padre, besándola en la frente.

Ella se dejó hacer, pero en cuanto se hubo separado de ella, se negó.

—No, quiero quedarme aquí un rato más.

Fue categórica.

Ese gesto despertó el asombro de todos, que trataron de disuadirla.

—Alessandra es muy peligroso...—Quiso convencerla Marcello, pero todo fue en vano.

—Carlos estará conmigo, él no dejará que me pase nada. ¿Verdad? — inquirió, con los ojos fijos en él y el semblante duro.

—Si así lo dispone, no me separaré de ella señor — aseguró, tratando de imprimir indiferencia a su tono.

Emilio asintió, displicente, y Baldassare estaba demasiado cansado para pelear, así que acabó cediendo. Marcello también lo hizo, aunque algo intranquilo. Pero confiaba en que Carlos cuidaría bien de su hermana.

El único que no parecía nada contento era Luca Ferragni, quien carraspeó y se aclaró la garganta, antes de intervenir.

—Yo también me quedo, es mi deber como tu prometido velar por tu seguridad.

Alessandra le dedicó una dura mirada, antes de replicar.

—No. He dicho que deseo estar sola.

El joven, airado, hizo amago de rebatirle, pero los ojos de la Grimaldi tenían un fuego peligroso y, humillado, calló y se marchó de ahí como una exhalación.

— Procurad que no se os haga noche cerrada, Carlos. No quiero que corráis riesgos — le pidió Baldassare, a lo que él asintió, haciéndole saber que lo tendría en cuenta.

Todavía dubitativo, el hombre se dio la vuelta y encabezó la comitiva hacia la salida. Varios pares de ojos se volvieron para mirarlos una vez más, reticentes por dejarlos allí. Pero era la voluntad de Alessandra y su tozudez hacía imposible discutir con ella. Así que lo dejaron estar. Quedaba en buenas manos.

En cuanto se hubieron marchado todos, la joven – que había permanecido estoica allí de pie frente a la tumba todavía fresca de su madre - no pudo resistirlo más y se abandonó al dolor que estaba sintiendo, cayendo de rodillas al suelo y derrumbándose cual castillo de naipes.

Y, tal y como había prometido, él estuvo allí en todo momento para sostenerla.

4

Carlos entendía por qué Alessandra quería quedarse a solas en el cementerio. Durante el entierro, no se había permitido derramar ni una sola lágrima, sino que se mantuvo fuerte e imperturbable para dar aliento a su familia.

Además, ella era la mujer más orgullosa que había conocido. No quería que la vieran deshecha. Así que, ahora que se habían quedado solos, supo que no tardaría mucho en dejar salir todo aquello que se estaba guardando.

Y así fue.

Toda esa coraza se esfumó como una fugaz nube de tormenta y se dejó caer, con los ojos arrasados de lágrimas y la respiración irregular.

Sus uñas se incrustaron en la tierra removida por la reciente inhumación, abriendo un profundo surco y de su garganta salió un grito desgarrador. Sus hombros convulsionaron a medida que el llanto se hacía más intenso y visceral.

Carlos le dio su espacio. Sabía que lo necesitaba.

La gente tendía a intentar consolar a los demás sin tener en cuenta que a veces lo más sano no es ignorar el dolor, sino dejarlo fluir. Nadie podía entender lo que pasaba otra persona, eso era algo que él sabía bien. Cada individuo era único en el mundo y tenía sus circunstancias y su manera de afrontar los golpes de la vida.

Había que respetarlo.

Al final, cuando se hubo desahogado, se inclinó desde atrás y la sujetó por la cintura para ayudarla a ponerse en pie.

Al principio ella pareció perdida y confusa, como si acabara de reparar en su presencia y le avergonzara que la hubiera visto flaquear así. Sin

embargo, enseguida se repuso y entendió que con él no tenía que esconderse. Así que le cogió la mano y asintió, dejando que poco a poco la Alessandra fuerte y dura como una roca tomara el control.

Ya estaba bien de llorar y lamentarse.

Cualquier otro le habría preguntado si estaba bien, pero él no. Le molestaba cuando la gente hacía ese tipo de preguntas cuando saltaba a la vista que la respuesta era un no rotundo. El silencio era mucho más elocuente.

—¿Sabes? Todos la subestimaban. Ella era más fuerte de lo que aparentaba — le confesó, en un repentino arranque. Necesitaba decírselo a alguien y sabía que él no la juzgaría. Carlos asintió, esperando a que terminara de desahogarse. Sonrió, había aprendido a conocerla bien —. Creo que esa era su forma de protegerse de lo que la dañaba, pero vio venir lo que pasaría antes que nadie. Lástima que no la escuchamos, ¿verdad? — se lamentó.

—Aunque lo hubiéramos hecho, ese bastardo habría hallado la manera.

Sabía que dolía, pero no iba a mentirle. Aquella era la realidad; Constanza Grimaldi estaba sentenciada en los planes de ese maniático desde hacía mucho.

Carlos se preguntó cuánto tiempo llevaría planeando aquello. A juzgar por lo milimétricamente calculado que lo tenía todo, probablemente desde hacía veinte años. Cuando ocurrió todo.

Pero tenía que contar con ayuda. Tanta como fuera posible, teniendo en cuenta sus propósitos. No era fácil acabar con la familia del Capo así como así.

Estaba convencido de que debían remontarse al origen de todo aquello y conocer bien lo sucedido para poder anticiparse a él. No se tragaba la historia que Baldassare contó en el comedor, ni por asomo. Ahí faltaba una importante pieza del puzle, una que no les convenía que descubrieran.

Pensó que, en cuanto Alessandra asimilara un poco su pérdida, se lo comentaría. Pero no tuvo tiempo de añadir nada más, porque un ruido

sospechoso proveniente del follaje silvestre que creía en el camposanto, lo puso en alerta.

Veloz como un lince, llevó su mano derecha hasta el cinto donde guardaba la pistola, preparado para desenfundarla. Sin embargo, no movió un músculo.

No quería alertar a quienes estuvieran espiándolos. Porque sabía que los observaban, buscando el mejor ángulo y momento para atacar. Es lo que él haría.

Y para anticiparse a sus movimientos, tenía que ponerse en su situación, como tantas veces había estado del otro lado. Eso le daba ventaja.

Alessandra, cegada por la magnitud de su dolor, todavía no se había dado cuenta. Y no podía advertirla porque eso sería poner sobre aviso a los tiradores.

Empezaba a anochecer y eso podía jugar a su favor, pues mermaría su puntería. La de Carlos, en cambio, no variaba un milímetro fuera la situación cual fuese.

En silencio, inició una cuenta atrás de diez segundos, al tiempo en que se acercaba a ella con disimulo, preparado para cubrirla.

Entonces Alessandra se dio la vuelta, como movida por un resorte, y supo por su expresión que los había visto.

Eso fue todo lo que necesitó para arrastrarla hasta parapetarse detrás de la tumba. Varias balas les pasaron rozando, mismas que iban a su cabeza. Por los pelos.

Disparando de vuelta, echó a correr con ella de la mano hasta que llegaron a una zona de mausoleos. Los disparos no cesaban, haciéndoles saber que los sicarios no pensaban detenerse hasta cumplir su objetivo.

Ese cabrón los estaba reclutando para su *Vendetta*. Carlos reconoció el calibre. Era munición muy potente.

Tenían que salir de allí. Había contado por lo menos a quince.

Intentó tirar de Alessandra, pero ella se había soltado de su agarre y su expresión era tan fiera y desatada que no auguraba nada bueno. No pudo evitar que una parte de él vibrara de excitación al verla plantarles cara de ese modo.

Pero el más sensato le recordaba que se la habían encomendado y si llegaba a pasarle algo la primera cabeza que rodaría sería la suya.

—¡¡Vamos, bastardos, matadme si tenéis lo que hay que tener!! ¡Estoy aquí mismo! — bramó, poseída por una adrenalina salvaje, al tiempo en que vaciaba un cargador entero repartiendo tiros sin piedad.

Carlos hizo lo propio. Ellos contaban con la ventaja de que al ser menos podían ocultarse mejor y sabían aprovechar cada recoveco en su favor. Además, eran rápidos y letales.

Pronto, siete de los mercenarios estuvieron fuera de juego. Alessandra le sonrió, en pleno chute de energía.

—Formamos un buen equipo, soldado — dijo, guiñándole un ojo.

El amago de sonrisa que iba a dedicarle se esfumó cuando eliminó a un objetivo que se las había ingeniado para anticiparse y trató de sorprenderlos saliendo de detrás de un panteón.

Fue un iluso al pensar que podría conseguirlo. Carlos le regaló dos tiros entre ceja y ceja.

—Es la segunda vez que te salvo el culo — la pinchó. A lo que ella entrecerró los ojos, dejando traslucir cuánto le había molestado aquello.

Entonces sus labios pintados de carmín se curvaron en una mueca maliciosa y disparó por encima de su cabeza.

Aquello ya parecía un *déjà vu*.

—Lo mismo digo. Parece que esto se ha vuelto una costumbre — bromeó.

Estaban escondidos tras la construcción de piedra, que a juzgar por los relieves de grabado en oro, debía haber pertenecido a alguien ilustre en vida, y hasta sus oídos llegó el ruido de las pisadas de sus perseguidores, delatados por la espesa madreselva que crecía salvaje en el lugar.

—Vamos — la instó, con intención de llevarlos a su terreno. La entrada les otorgaría una mayor visibilidad y oportunidades de eliminarlos sin necesidad de despeinarse.

Durante la carrera, él consiguió acertarle a otro en el pecho y cayó fulminado. Alessandra lo tuvo un poco más complicado por culpa de los tacones de aguja que llevaba — mismos que limitaban sus movimientos, aunque se defendía bastante bien — pero hirió a otro de ellos en una pierna.

—La próxima vez deberías escoger mejor tu calzado, ¿no crees? — atinó a decir él, jadeando ligeramente por la carrera.

La mirada que le lanzó fue de absoluta indignación.

—No te metas con mi calzado — advirtió muy seria —. Cúbreme — ordenó al cabo, agachándose tras una lápida vieja y apuntando con maestría. Él obedeció y asintió con aprobación cuando el blanco al que disparó cayó fulminado. Ese había sido un buen tiro, aunque le fastidiara reconocerlo — ¿Decías? — lo retó.

—¡Al suelo! — gritó, tirándose sobre ella para cubrirla. Los malditos se estaban dividiendo y venían desde todos los flancos.

Una bala le rozó la palma de la mano por protegerla y gruñó, con los instintos asesinos al mil.

Tan solo unos metros los separaban de la entrada, pero no iban a tener tiempo de llegar.

—¡Carlos, suelta a la chica y te dejaremos vivir! ¡Por los viejos tiempos! — oyó que le gritaban.

En medio del fragor del tiroteo incesante, reconoció la voz.

—¡Demetrio! ¡Dales el alto al fuego y os perdonaremos la vida! Podemos intercambiar información — alzó la voz para hacerse oír por encima del clamor.

Esa era la única oportunidad que le daría para salvar su vida. Por la amistad que compartieron tiempo atrás, cuando se entrenaban para que los reclutaran. Demetrio era un buen tío.

Hubo un silencio que se les antojó eterno.

—¿De verdad crees que funcionará? — cuchicheó Alessandra, a su espalda. Él se encogió de hombros. Demetrio solía ser un hombre razonable, pero dependía de con quiénes estuviera cumpliendo aquella misión y la recompensa que le hubieran ofrecido. Así funcionaba aquello.

—Nos arriesgaremos, confía en mí — le pidió, concentrado en estudiar su alrededor.

Si de verdad Demetrio aceptaba una tregua, no tardaría en dejarse ver para negociar.

Si no...sería una lástima, porque tendría que mandarlo al otro barrio y no pestañearía a la hora de hacerlo. Pero nadie le tocaría un pelo a Alessandra Grimaldi.

—¿¡Qué crees que estás haciendo, Demetrio!? — lo confrontó la única mujer del grupo que lideraba.

Alessandra no pudo contener su curiosidad y se asomó para echar un vistazo. Carlos puso los ojos en blanco, pero no tardó en imitarla.

Justo a tiempo para presenciar cómo la mujer alzaba su arma para dispararle al intuir sus intenciones, pero él fue más rápido y no solo se la quitó de en medio a ella, sino también a varios más.

Con un grito de júbilo, Carlos lo ayudó a terminar el trabajo, cosiendo a tiros a los cinco que quedaban en pie, ante la atónita mirada de Alessandra, que no entendía nada.

No obstante, ver a su guardaespaldas tan relajado mientras acudía al encuentro del tal Demetrio hizo que mitigara la tensión que le embargaba el cuerpo. Aun así, no bajó del todo la guardia. Nunca se sabía.

Demetrio levantó las manos, haciéndoles saber que estaba dispuesto a firmar una tregua.

Al ver lo tensa que estaba, Carlos la tranquilizó.

—Tranquila, déjame a mí. Puede ser un aliado.

—¿Mataste tú a Constanza Grimaldi, mi madre? — lo interrogó, haciendo caso omiso. Su tono se volvió unas octavas más grave, delatando la ira que la corroía.

Demetrio negó.

—No, creo que de eso se encargó él mismo o quizá su cómplice. Desde luego, no mandó a nadie de la organización a hacerle el trabajo sucio — le aseguró. Y era sincero.

Entre aliviada y decepcionada, ella sintió y no puso más objeciones. Se fiaba del criterio de Carlos y si él confiaba en ese hombre, entonces ella también lo intentaría.

—Vale, vamos a hablar Demetrio...— propuso, cuando ambos estuvieron frente a frente. Alessandra lo detalló sin disimulo; castaño claro, alto, corpulento y con un brillo de inteligencia en la mirada. Él también la miró sin cortarse y le dedicó una sonrisa astuta. Quizá Carlos tuviera razón, era lo bastante listo como para no arriesgar su vida por una misión suicida —. Dame el nombre del tipo que os contrató y aquí no ha pasado nada.

El aludido esbozó una media sonrisa y se encendió un cigarrillo.

—¿Podemos hablar en un sitio más privado? — inquirió, oteando los alrededores con pericia.

—Vamos al coche — sugirió Alessandra, a sabiendas de que, en el hipotético caso de que alguien rondara por allí, nadie escucharía su conversación.

—Las damas primero.

Una vez se hubieron puesto cómodos, Carlos se encargó de hacerle saber con sus miradas más hoscas que se le estaba agotando la paciencia. Demetrio sonrió.

—Veo que sigues teniendo el mismo genio de siempre — comentó, alegre.

—Déjate de historias y habla.

Eso hizo que se pusiera serio y asintió, rascándose el mentón.

—Está bien. Siento decepcionarte, pero ese hijo de puta no nos dio un nombre. No es estúpido, sabe muy bien lo que se hace — explicó, anticipándose a la explosión de Carlos y queriendo calmarlo —. Pero nos dio esto — añadió, mostrándoles un móvil de prepago con un único número grabado para que contactáramos con él cuando el trabajo estuviera hecho.

—El objetivo era liquidarme, ¿no es así? —intervino Alessandra, furiosa.

Demetrio asintió.

—Él no sabía que te quedarías a solas, así que el plan era todavía más retorcido: Acabar contigo en pleno funeral. Sin embargo, la seguridad era demasiado fuerte. Y entonces te vi — añadió, dirigiéndose a Carlos —. Busqué la forma de parar esto porque puedo ser muchas cosas, pero jamás me cargaría a un amigo por dinero — aseguró, con firmeza inquebrantable.

Sus palabras parecieron sorprender a Carlos, pero no dijo nada.

—¿Y no le has visto la cara? — le preguntó la Grimaldi, ansiosa por atrapar a ese miserable.

Demetrio negó.

—Lleva máscara todo el tiempo. El cabrón es cuidadoso y escurridizo. Pero tiene un cómplice, solo he hablado con él por teléfono y está aún más loco que ese bastardo. Mató a Santino. Si yo fuera vosotros andaría con cuidado...— los advirtió, tenso.

La mandíbula de Carlos se apretó hasta el punto de que Alessandra temió que pudiera resquebrajarse. Dedujo que el tal Santino debía ser alguien importante para ellos y preguntó, porque no pensaba quedarse con la duda.

Al final, fue Demetrio quien se lo explicó.

—Santino fue nuestro mentor. Muchos le debemos todo lo que sabemos y quiénes somos hoy. Cuando tu hombre y yo nos conocimos fue porque él nos tendió la mano. Él ya estaba casi a punto, pero a mí todavía me quedaba mucho que aprender. No tenía por qué matarlo, pero él no quiso ayudarlo y tomó represalias — confesó. Y había pena en su mirada. Se notaba que lo apreciaba de veras —. A veces pienso que me gustaría vengarlo.

La mirada de Carlos relució con un brillo oscuro y primitivo que excitó a Alessandra.

—Pues únete a nosotros y ayúdanos a trincarlo — le ofreció. Y a leguas se veía que hablaba muy en serio.

Hasta el propio Demetrio pareció asombrado. Pero su semblante taciturno indicaba que se lo estaba pensando.

—Bueno, iba a largarme del país...porque sé que vendrá a por mí. Pero, mira por dónde, tu oferta me resulta más tentadora — afirmó, con el mismo tono bajo y peligroso que delataba la rabia que sentía.

Carlos le extendió la mano y el otro se la estrechó sin vacilar. Solo entonces Alessandra se permitió sonreír.

Acababan de ganar a un valioso aliado y eso la puso de muy buen humor. Cada vez estaban más cerca de su objetivo.

Veremos quién acaba antes con quién hijo de perra, pensó exultante.

—¿Qué te parece si me vas poniendo al día de todo lo que ha intentado ese cerdo hasta ahora y yo hago lo mismo? — propuso el sicario, a lo que Carlos accedió.

Arrancó el coche, rumbo a la mansión.

Les esperaba una interesante charla por el camino.

Sin embargo, la conversación amenazó con irse por otros derroteros cuando Demetrio empezó a hacer preguntas.

—Oye, ¿cómo le va a tu hermano y al resto de sicarios? Hace tiempo que no sé de ellos.

Alessandra se envaró al oírlo, pudo notarlo con un simple vistazo desde el espejo retrovisor. Suspiró, dedicándole una mirada asesina a su acompañante, que lo captó al vuelo.

—Vale, mejor solo hablamos de negocios.

5

Tan solo el haber traído a Demetrio consigo salvó a Alessandra de una reprimenda de su padre. Y es que, después de gritar y maldecir, cuando ella le explicó quién era y cómo podía ayudarles acabó accediendo. Tal y como habían previsto.

El tema se trató en la más absoluta discreción, pues nadie de la familia excepto el *Capo*, el *sottocapo* y sus hijos supieron nada acerca del asunto. Nadie más debía saber quién era ese hombre, pues las sospechas de que había un traidor en la mansión cobraban cada vez más fuerza.

Así que ahora se alojaba con el resto de guardias, pasando como uno más. Pasar desapercibido no sería un problema, era lo que mejor se le daba.

Sin embargo, no todo fueron buenas noticias. Porque su padre no tardó en comunicarle que a partir del día siguiente Luca Ferragni se mudaría a la mansión, ya que los preparativos de la boda comenzarían de inmediato. Tenían previsto celebrar el enlace en cinco días.

Cuando Alessandra supo aquello – su padre la llevó a dar un paseo por el jardín, para preparar un poco el terreno y al mismo tiempo procurarles intimidad – puso el grito en el cielo.

—No te alteres hija — le suplicó el hombre, al borde de la extenuación. Ella bufó.

—¿Que no me altere? ¿Sabes lo que me estás pidiendo? — exigió, con los brazos en jarras.

— Escucha, no es lo que crees. ¿Recuerdas lo que te conté? Bueno, tenemos un plan...— empezó a decir, haciéndole señas a Carlos para que se acercara.

—¿Ah sí? ¿Y qué plan es ese, si se puede saber?

—Aquí no, ven conmigo, vamos — la instó, con aire de secretismo.

A punto de perder la paciencia, se mordió el labio y lo siguió hacia el interior de la mansión en penumbra, preguntándose qué demonios se traería entre manos. Quiso interrogar a Carlos pero él estaba haciendo un trabajo magistral evitándola, cosa que la enfureció después de todo lo sucedido.

Estaba agotada, con el genio a flor de piel y solo deseaba meterse en la cama para que aquel infernal día tocara a su fin. Pero parecía que las sorpresas no habían terminado todavía.

—¿Adónde vamos? — quiso saber, pero no obtuvo respuesta más que un quedo gesto de silencio. Blasfemó por lo bajo, pero no detuvo el paso.

Hasta que llegaron a la biblioteca y su padre prendió la vela de un candelabro con su mechero, para tendérselo a Carlos y hacer lo propio con el siguiente.

Entonces lo entendió; iban a las catacumbas.

La emoción la embargó y apresuró el paso, poniendo buen cuidado de no hacer demasiado ruido con los tacones, pues ni siquiera había tenido tiempo de cambiarse. Pero algo le decía que lo que quiera que la esperara detrás de la puerta bien iba a merecer la pena.

Y no se equivocaba.

—Adelante — le cedió el paso Carlos, sosteniendo la puerta para ella.

Entró, pero no sin antes dedicarle una mirada de “ya hablaremos tú y yo”.

Alzó la vista, sorprendida de encontrar reunidos a prácticamente todos los hombres de la cúpula, con la excepción de Dante.

Ante sí tenía un dispositivo digno de cualquier operativo policial, con equipos de alta tecnología monitorizados y equipados con aparatos anti - rastreables. En el centro del meollo estaba sentado Demetrio, que parecía hallarse en su elemento y a su lado Thiago y Bruno admiraban su trabajo en silencio, mientras que Marcello prefería observarlo todo en un discreto

segundo plano y Emilio deambulaba por el centro de la estancia como un león enjaulado.

—Al fin — exclamó, al verlos.

Carlos cerró la puerta, asegurándose de que no anduviera nadie rondando. Nunca se sabía.

—Todo despejado, jefe.

—Bien, bien. Alessandra querida, toma asiento por favor — le ofreció Emilio, como si estuvieran en una fiesta y fuera su anfitrión. Obedeció, más por educación que por otra cosa.

Ansiaba saber de una vez lo que estaba sucediendo.

—¿Una copa? La vas a necesitar — le ofreció Thiago, muy serio.

—Sí, ah...qué diablos, quiero *vodka* — espetó, quitándole la botella de las manos y dándole un enorme trago. Los hermanos Santorini se rieron y asintieron con aprobación. Aquello les hacía recordar los viejos tiempos en los que se divertían sin ataduras.

Cómo cambiaban las cosas...

Carlos también se sirvió, estudiándolo todo como un halcón. Demetrio lo instó a tomar asiento a su lado, pero rechazó la oferta. No podía quedarse sentado, estaba frenético.

—¿Qué estáis tramando?

Directa e incisiva, Alessandra decidió dejarse de rodeos y entrar de lleno en materia, haciendo sonreír a su padre. La primera sonrisa genuina que le dedicaba desde la muerte de su madre. Todavía estaba muy reciente, pero sabía que le iba a costar recuperarse de aquel golpe.

Tanto así que, si estaba en pie en aquel momento era para proteger a su familia.

—Eres una chica lista, seguro que puedes decírnoslo tú.

Emilio decidió ponerla a prueba y la pasó con sobresaliente.

—Bueno, eso que tenéis ahí son *chips* localizadores y micros, así que deduzco que no estáis estudiando los planos de la mansión para hacer una redecoración de interiores. ¿Quién es el objetivo y cuándo?

—Desenmascarar a esos idiotas. Estoy seguro de que trabajan para Ventura — reveló Baldassare, con el brillo de la venganza en sus pupilas. Luego adoptó un tono más grave, como si supiera que sus palabras no iban a ser del agrado de su hija —. Pero debemos hacerlo el día de vuestra boda.

Ella lo miró mal.

—Si lo hacemos bien, ni siquiera llegará vivo a dar el sí — aseguró Thiago, con un brillo de emoción en los ojos.

—Ya ¿y qué pasa si no podemos demostrar nada? ¿eh? ¿Tendré que compartir la cama con ese bastardo? — rugió, sin poder contenerse.

Vio a Carlos apretar los puños inconscientemente y sonrió, provocativa. Estaba tan colapsada que ni siquiera le importaba que los descubrieran por no disimular. Por suerte, él supo echar mano de autocontrol, justo cuando Bruno intervenía en la conversación para calmar los ánimos.

—Tranquila bella, en ese caso siempre podemos borrarlos del mapa y tú te convertirías en una rica heredera — propuso, como el que no quiere la cosa.

Complacida con la idea, ella le dedicó una inclinación de cabeza al tiempo en que se pasaba la lengua por los labios para saborear los restos de su bebida.

—Estamos investigando sus cuentas bancarias, pero de momento no hay nada sospechoso — explicó Thiago. Y como para reforzar su punto, Demetrio empezó a teclear con frenesí hasta que empezaron a aparecer series de barras de datos codificadas.

—Siento contradecirlo señor, pero esta transferencia apunta a todo lo contrario.

Emilio hizo a un lado a sus hijos para poder ver mejor y en cuanto se hubo cerciorado de que era cierto, maldijo a viva voz.

—¿Qué ocurre? ¿A quién va dirigida la transferencia? — quiso saber Marcello, alarmado.

Demetrio no se hizo de rogar.

—A Giovanni Greco. Les suena, ¿no?

Sobraba decir que estaba siendo irónico, pues Giovanni Greco era el líder de la *N'drangheta* y su gran rival, junto con Angelo Salvatore, de la *Camorra*.

Si Adriano y Luca Ferragni les habían hecho una transferencia por unos cuantos miles de dólares – poco después de lo de la masacre de su familia, los Lombardi – es que estaban confabulados con ellos en su contra.

Los tenían. Solo necesitaban reunir pruebas y después podrían acabar con ellos.

—Giovanni es un cerdo ambicioso, estoy seguro de que si le han prometido nuestro territorio habrá aceptado una alianza sin dudar, lleva demasiados años envidiándonos desde la sombra — aseveró Emilio, con desprecio.

—Si me permite opinar señor, podemos quitarle a Giovanni algo que quiera y que cante como un pajarito — propuso Carlos, con astucia.

Por desgracia, no era tan fácil.

—Ese miserable no arriesgaría el pellejo ni por sus propios hijos, unos perros cobardes como él — desestimó, molesto —. Pero el dinero, ese ya es otro asunto...

Había malicia en su tono y no les costó mucho adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Me gusta — proclamó Thiago —. Creo que es hora de invitarlos oficialmente a la fiesta — satirizó, con una sonrisa burlona.

Bruno brindó con él.

—¿Y al consejo le parecerá bien que les cortemos el grifo? Podría desencadenar una guerra — apuntó Marcello, haciendo gala de su habitual sensatez.

Fue su padre quien le replicó, con las pupilas centelleantes de ira.

—La guerra ya está en marcha desde lo que ese bastardo le hizo a tu madre. Que esos viejos decrepitos se vayan al infierno si no están de acuerdo — rugió.

Alessandra aplaudió, ansiosa por derramar sangre.

—Entonces está decidido — aprobó Emilio, empezando a dar instrucciones a sus hombres.

—Otra cosa — intervino entonces Bruno, como si acabara de caer en la cuenta —. ¿Qué hacemos con Dante? ¿Se lo contamos o no? Imagino que no lo habréis excluido de la reunión por casualidad.

El semblante del gran Capo se volvió pétreo.

—Ha sido una petición de Carlos, de lo contrario jamás lo habría hecho. Ha sido leal a nosotros todos estos años, todavía no sé si me convences chico...

El aludido dio unos pasos hasta situarse en el centro de la estancia y habló con seguridad.

—Con todo respeto, desde lo que pasó en las bodegas con Phillippo, que en paz descanse, su comportamiento resulta sospechoso. No soy quién para decirles qué hacer, solo es un consejo — repuso, seguro de sí mismo pero sin parecer arrogante. Solo exponía un hecho.

Thiago lo secundó.

—Es cierto padre, yo estaba allí y coincidí con Carlos. Por el momento es mejor dejarlo al margen. Si descubrimos que no tiene nada que ver, entonces será bienvenido de nuevo.

Y todos estuvieron de acuerdo.

—Que se preparen todos, porque ahora la *vendetta* es nuestra y no tendremos piedad — declaró Alessandra, con ferocidad, antes de encenderse un cigarro y guiñarle el ojo a Carlos sin que nadie lo advirtiera.

Esperaba que cumpliera su promesa, porque lo necesitaba a su lado más que nunca. Juntos y letales; feroces e implacables.



A pesar de que eran más de las cuatro de la madrugada y estaba rendida, Alessandra era incapaz de dormir.

Así que había bajado a dar un paseo por las caballerizas en busca de su *Diabla*. Montar un poco la despejaría.

Sin embargo, al llegar allí se dio cuenta de que no era la única que había tenido la misma idea, pues allí recostado contra la pared mientras fumaba un cigarrillo estaba Carlos y en cuanto la vio su mirada se oscureció con lujuria.

—El insomnio es una mierda, ¿verdad?

Ella fue la primera en romper el hielo, situándose junto a él y esperando a que le ofreciera un cigarro. Él se lo puso en la boca y lo prendió con su mechero, sin dejar de mirarle los labios como si quisiera devorarla.

—Sí, pero en mi caso es un viejo compañero al que ya me he acostumbrado — contestó, con indiferencia.

Alessandra no pudo evitar que sus ojos se desviaran hasta las duras líneas de sus abdominales, plagados de trazos irregulares de tinta que escondía a duras penas las marcas de las brutales cicatrices que castigaban su piel.

Y en aquella ocasión no se contuvo; las besó y acarició con fervor, hasta que él la detuvo.

No había ira en su mirada, solo firmeza. Y supo que no era por él, sino por ella.

—Así no.

Molesta, se apartó, apretando la mandíbula. Odiaba que se hubiera dado cuenta de sus intenciones. Tenía razón, quería usarlo para desahogarse y olvidar el dolor que estaba sintiendo.

Pero él tenía su orgullo y no lo consentiría. Eso, por extraño que resultara, le encantó. Era un hombre que se daba su lugar.

—Entonces, ensíllame a mi *Diabla* por favor. Cabalgar me despejará la mente — le pidió, algo más suave.

—¿Y piensas hacerlo así? — en ademán inquisitivo, enarcó las cejas y señaló el fino camisón blanco que la cubría.

Le dedicó su sonrisa más provocativa.

—¿Prefieres que me la quite?

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Alessandra...no me tientes, porque me está costando controlarme — advirtió, con el tono ronco.

Ella se acercó más, desafiante.

Jugar era más divertido, le ayudaba a olvidar sus problemas por un rato, lo rota que se sentía...

—No tienes por qué hacerlo — tentó, jugueteando con la hebilla del cinturón de sus vaqueros. Sus músculos se tensaron en anticipación y su respiración se volvió más irregular.

Eso la satisfizo enormemente, pues sabía que no tardaría en caer.

Y ciertamente él la atrajo hacia sí con rudeza, hasta que sus frentes casi se chocaron y sus labios quedaron a milímetros de distancia. Ella jadeó, a un palmo de su boca y abrió las piernas para hacerle saber cuán excitada estaba.

Sin embargo, el beso no llegó a consumarse. Porque el murmullo de dos voces que se adentraban en los potreros hizo que ambos se pusieran en alerta de inmediato, separándose.

Él reaccionó primero, arrastrándola dentro del cuarto de limpieza. Dudaba mucho que alguien entrara allí, menos a aquellas horas.

¿Quiénes eran, de todos modos?

Con rapidez, avanzó en dos zancadas hasta ella y le tapó la boca, para evitar que el ruido de su respiración pudiera delatarlos si se acercaban mucho.

Ella lo fulminó con la mirada y trató de morderle, pero fue más hábil.

Al final, la curiosidad le ganó la partida y se quedó quieta, esperando a que las voces se acercaran más para identificarlas.

No tardaron mucho en hacerlo. Y la revelación vino cargada de asombro.

—¿Seguro que no queda ninguno de los guardias rondando por aquí? —
inquirió la voz de Baldassare, queriendo procurarse absoluta intimidad.

Su interlocutor no tardó en responder.

—Descuida, les he dado órdenes estrictas de no aparecer por aquí hasta que no termine nuestra charla. Ahora dime, amigo, ¿qué te tiene tan inquieto? Deberías estar en la cama, descansando, lo de Constanza...

Incapaz de soportar que mencionara a su esposa, el otro se apresuró a interrumpirlo.

—Bien sabes que no puedo descansar con todo este asunto, Emilio. No lo soporto más.

Pronunció cada palabra como si le costara un mundo. Sufría, arrepentido por muchas de las decisiones que había tenido que tomar.

—Paciencia Baldassare, falta muy poco. Si las cosas salen como las hemos planeado, pronto todo habrá terminado — intentó apaciguarlo, pero él seguía sin estar convencido.

—No debimos decirles el nombre de ese bastardo, ¿qué pasa si descubren la verdad? —le reprochó, a lo que Emilio se encendió.

—Tú no nos dejaste otra opción después de tu arrebató. ¿O qué crees, que para mí es plato de buen gusto recordar a ese desgraciado y lo que hizo? Suerte que improvisaste, porque sabes que nadie está preparado para esa verdad — sentenció, dejando atónita a Alessandra.

Acababan de admitir deliberadamente que les habían mentado. En cierto modo no le sorprendía, pues muchas cosas no cuadraban, pero aun así sintió mucha rabia ante el hecho de que la hubieran tomado por una estúpida.

Estaba tan tensa que le costó controlarse para no salir ahí fuera y encararlos, pero sabía que no debía. Era su oportunidad de descubrir qué demonios estaba pasando allí.

Miró a Carlos, que estaba imperturbable. No tenía dudas de que él ya sospechaba aquello.

Apretó la mandíbula y siguió escuchando a hurtadillas la conversación.

—¿Y qué pasa si decide revelarles la verdad por medio de esas malditas cartas? — rebatió Baldassare, enjugándose el sudor de la frente.

El *Capo* apretó los puños, conteniendo a duras penas su ira.

—No lo hará. Conozco a ese perro. Quiere atacar con el factor sorpresa. Lo que busca es arrebatarme mi imperio — bramó, elevando el tono sin poder contenerse.

—¿Crees que tu padre lo sabía y por eso nunca...lo reconoció? — le preguntó, casi con miedo, Baldassare. Los dos otearon los alrededores, con paranoia.

Alessandra abrió los ojos de par en par.

¿Había entendido bien?

Fijó su mirada en Carlos, como pidiéndole una confirmación y este asintió, haciéndole saber que sus peores temores se habían hecho realidad.

Aquella revelación lo cambiaba todo...

—Sí, no me cabe duda. Y ahora que lo pienso, cada vez estoy más seguro de que él tuvo que ver en su muerte — gruñó, ciego de cólera.

—Así empezó su venganza — completó Baldassare, tenso.

Emilio pateó un puñado de heno.

—El viejo era incapaz de querer a nadie, pero ¿sabes una cosa? Mentiría si dijera que no me dolió su muerte, porque nunca llegó a ver hasta dónde he llegado, todo lo que me ha costado reinar — se lamentó, con profunda amargura, antes de jurar —: Pero te prometo que desmembraré a ese

bastardo como a un animal en el matadero. ¡Cuando terminemos con él no quedará ni el recuerdo! — aulló, perdiendo las formas por completo.

El padre de Alessandra lo secundó.

—Ansío tanto ese día, que no podré dormir hasta que eso pase. Pronto tu hermanito bastardo no será más que una leyenda de nuestra grandeza. Otra más — aseguró, con odio.

Emilio asintió.

—El problema es Donna — cambió de repente el rumbo de la conversación, con el semblante sombrío — si les llegara a contar a Thiago o a Bruno algo al respecto...estaríamos perdidos.

Alessandra frunció el ceño y se asomó más, pero Carlos la arrastró dentro. No quería correr el riesgo de que los descubrieran por su curiosidad malsana.

Entonces la conversación se detuvo y ella tragó saliva, mientras él volvía a taparle la boca.

Por nada del mundo podían descubrirlos...

—Hablaremos con ella y la haremos entrar en razón — propuso Baldassare —. Tu mujer es inteligente Emilio, sabe lo que le conviene.

—Por su bien, eso espero — zanjó, agresivo incluso. Eso sorprendió todavía más a Alessandra.

Su manera de hablar de ella...era como si no le importara. ¿Qué más secretos se ocultaban entre aquellas paredes sombrías?

No pararía hasta averiguarlo.

—Vamos, es hora de retirarnos y algo no me da buena espina. No deberíamos seguir hablando — dijo el Capo.

—Está bien, no tentemos a la suerte. Oye, ¿qué raro que Carlos no estuviera con los demás no? — inquirió de pronto, como si acabara de ocurrírsele.

Emilio le restó importancia con un gesto de la mano.

—Estará con tu hija, ya sabes que ahora mismo es inestable y no debe separarse de ella. Podría cometer cualquier locura.

A Alessandra le dieron ganas de salir y patearlo, pero se contuvo. Carlos estaba tan tenso que se le marcaban todas las venas del cuerpo.

Ella le hizo gestos de calma con las manos.

—Claro, tienes razón. Es solo que...es demasiado inteligente Emilio, temo que nos descubra.

El otro ladeó la cabeza y Alessandra se lo imaginó sonriendo con malicia, antes de contestar.

—Bueno, sería una pena porque es el mejor sicario que he visto en todos mis años de vida, pero...en ese caso, una bala y al río...

Baldassare no se negó a ello. A fin de cuentas, así actuaban con quienes les estorbaban. Debieron hacer lo mismo con Ventura.

Cuando se retiraron, Alessandra se atrevió a mirar a Carlos. Sus ojos estaban más oscuros que nunca y evitaba su mirada deliberadamente.

Lo tomó del mentón, impaciente.

—Di algo.

Él dejó escapar una risa sin humor.

—Si me joden, no me importa que sea tu padre Alessandra, voy a responder. Y no me hago responsable de lo que pase.

Ella era un caleidoscopio de emociones hirvientes. Se mordió el labio, inquieta. Lo entendía, pero su instinto siempre sería defender a su

progenitor, a pesar de todas las cosas cuestionables que había hecho.

—Esta noche no vamos a pegar ojo, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé. ¿Qué te parece una excursión mañana a la fábrica? — le propuso, ya que era demasiado tarde para ir en ese momento. Los ojos de ella refulgieron ante la promesa de adrenalina.

—Me parece perfecto.

Sonrió. Sin saberlo, les acababan de facilitar el trabajo.

6

Carlos había pasado una noche de perros. Tal y como había vaticinado Alessandra, dormir fue misión imposible tras las impactantes revelaciones de las que fueron testigos involuntarios.

Así que, como era demasiado temprano y todos dormían, fue hasta la sala que usaban como gimnasio los Santorini para entrenarse un poco y liberar tensiones.

Sin embargo, en cuanto hubo puesto un pie en el umbral se dio cuenta de que no había sido el único con la misma idea.

Alessandra ya estaba allí.

No pudo evitar admirarla. Se había enfundado en unos pantalones cortos de deporte que moldeaban sus glúteos bien proporcionados y un top minúsculo cubría sus senos. Los músculos de sus brazos se contrajeron al tiempo en que levantaba unas pesas con bastante más carga de la recomendable para su peso y tamaño. Pero era terca. Gruñía y jadeaba por el esfuerzo, pero se había empeñado en levantarlas y eso hacía, una y otra vez.

—Podrías lesionarte haciendo eso, ¿lo sabes? Estás forzándote al máximo — le dijo, adentrándose en la estancia hasta situarse frente a ella, estudiándola con ojo crítico.

Estaba empapada en sudor y se notaba que apenas podía más, pero era tan testaruda que no pararía. Tenía demasiado orgullo.

Altiva, alzó el mentón para encararlo.

—¿Al máximo? Estaba calentando — apostilló, con chulería, antes de levantarlas todavía más alto. El sobreesfuerzo hizo que se pusiera morada, pero aun así no cedió.

Enarcó las cejas, retándolo. Y él tuvo suficiente. Con una mano, las detuvo a medio camino para obligarla a parar, a sabiendas de que de lo contrario ella no daría su brazo a torcer.

Al darse cuenta de sus intenciones gruñó, irascible. Sus ojos echaban fuego cuando tiró hacia arriba para medirse con él.

Estaba desquiciada.

—Alessandra, para de una jodida vez — advirtió, sintiendo la furia empezando a recorrerle el cuerpo con la misma intensidad que la que emanaba de ella.

Ahí estaban de nuevo; sus caracteres explotando cual volcán en erupción para llevárselo todo por delante. Estaban solos. Y nada bueno podía salir de ahí como uno de los dos no se controlara.

—Suéltalas — gruñó, entre dientes, sin dejar de hacer fuerza.

—Suéltalas tú y no me toques los cojones. ¡Si sigues así te harás daño!

—¡¡No me importa!! — le chilló, descontrolada.

Carlos gruñó, soltándolas de golpe. Ella las detuvo por un pelo y enseguida el ruido del metal estampándose contra el suelo le confirmó que se descargaría con él. Como había pretendido.

Conocía bien esa actitud autodestructiva y lo peligrosa que podía ser.

—¡Hoy no es un buen día para cabrearme! — gruñó, embistiéndolo hasta que sus cuerpos impactaron contra la pared y aferrando su garganta con las manos.

La única razón por la que pudo tocarlo fue porque él se dejó hacer, intrigado por ver hasta dónde llegaría.

Era más alto que ella y sus ojos la escanearon desde arriba, con una sonrisa peligrosa.

Sin previo aviso y sin dejar de taladrarla con esos iris de ébano, giró las caderas hasta invertir las posiciones y ahora era él quien la tenía acorralada contra la pared y sujetaba su cuello con fiereza y excitación apenas contenida.

Al estar entre sus piernas pudo percibir la humedad que emanaba de su centro y sus fosas nasales se ensancharon, delatando lo ansioso que estaba por estar dentro de ella y saborearla a su antojo.

—Entonces no juegues conmigo, porque ya te he advertido que te puedes quemar — siseó, a milímetros de su boca, con toda la intención de provocarla.

Ella no se quedó atrás y – conteniendo las ganas de lanzarse a él – le respondió:

—Y yo te he dicho muchas veces que me encanta jugar...y no tengo miedo de quemarme.

Y para probar su punto le pasó la lengua por el labio inferior, jadeando cuando él presionó su cuello con más rudeza. Sin embargo, apretaba el punto justo como para que resultara excitante, sin llegar a hacerle daño. Lo habían hecho muchas veces y era algo que los estimulaba a ambos.

Alessandra tenía que admitir que había servido para calmar su ira, pues podía canalizarla en algo mucho más interesante.

Su respuesta lo enloqueció tanto que su lengua no tardó en abrirse paso hasta la de ella, entre gruñidos. Con una mano la sujetó por la cintura – liberándola – mientras que con la otra tiraba de su pelo hacia atrás en busca de más libertad de movimientos. Ella, excitada por su fiereza, se aferró a su cuello y en aquella ocasión dejó que llevara las riendas, atacando sus pechos con mordiscos y lamidas que sabían a gloria.

Sin embargo, cuando vio sus intenciones de ir más allá y quiso arrancarle la ropa, lo detuvo. Era momento de tomarse una pequeña revancha.

—Ahora no, quiero entrenar un poco más primero — comentó, como quien no quiere la cosa, haciendo gala del excelente autocontrol que poseía. Su toque era tan adictivo que no iba a negar que le había costado, pero valía la pena con tal de ver la cara de intensa frustración que tenía.

—Como quieras — replicó, con aparente indiferencia. Pero Alessandra sabía que por dentro estaba hirviendo, porque a ella le pasaba lo mismo.

Empezó por una sesión de *kickboxing* de lo más satisfactoria y el hecho de que Carlos — que levantaba una cantidad imposible de peso en el rincón opuesto — alabara su técnica alimentó su ego hasta el cielo. Qué bien sentaba.

En cambio, al cabo de un largo rato de desahogo, cuando decidió practicar su puntería con las armas, se puso más exigente y mandón.

—Debes corregir tu postura, estás demasiado tensa y eso hace que tu puntería oscile. Concéntrate y exhala — le indicó, situándose tras su espalda y guiándola desde atrás con sus brazos por encima de los de ella.

Quiso decirle que si quería que se relajara, lo menos que debía hacer era tocarla de ese modo que hacía que su sangre se encendiera por el deseo y sus pensamientos más pecaminosos tomaran el control, pero su orgullo se lo impidió y se concentró en la tarea. Quería impresionarlo y lo logró acertando todos los tiros al blanco con maestría.

Él asintió con aprobación y la soltó.

—Ahora tú, enséñame lo que sabes hacer.

No era una petición, sino una orden. Él se encogió de hombros.

—Si eso quieres...

Se puso en posición; piernas separadas, hombros erguidos, mirada al frente y respiración pausada. El resultado fue insuperable, digno de un auténtico profesional.

Alessandra no era una mujer impresionable y aun así tenía que admitir que sabía lo que se hacía. Ojalá pudiera aprender de él...quería ser así de letal. Estaba cerca, pero sabía que necesitaba perfeccionar muchos vicios.

—Wow, muy bien. A riesgo de alimentar tu ego, te diré que eso me ha excitado muchísimo — confesó, cruzando las piernas.

—¿Ah sí? A ver, ¿cuánto? Porque solo estaba calentando — la pinchó. Y ella no se cortó un pelo en seguirle el juego, deshaciéndose de sus shorts y su top de deporte para revelar un bikini negro que dejaba poco a la imaginación.

Sin interrumpir el contacto visual en ningún momento, se fue acercando hasta el borde de la piscina climatizada que allí tenían y empezó a meterse lentamente, entreabriendo sus labios en una invitación a acompañarla.

Sin embargo, al ver que no se movía puso los ojos en blanco y lo tentó.

—Está perfecta — comentó, como quien no quiere la cosa —. ¿Por qué no vienes? No me digas que te da miedo el agua — le tomó el pelo.

Pero él no le hizo caso en aquella ocasión.

—No, nada rápido y vámonos. Alguien podría venir y no sería adecuado.

—¿Ajá? ¿Y qué pasa si me ahogo? Tendrás que saltar para salvarme, ¿no crees? — aventuró, con una sonrisa maliciosa que lo hizo tensarse.

—Deje de jugar que no estoy para tonterías y salga — ordenó, echando un vistazo por la ventana para asegurarse de que no anduviera nadie cerca.

Afortunadamente, disponían de intimidad.

Ella hizo caso omiso, se la tenía guardada por las dos veces que la había torturado y llevado al cielo con sus dedos a sabiendas de que solo los separaba una delgada puerta de su familia.

—Sácame — retó, adentrándose más en la piscina y sin perder la sonrisa. Sabía que lo estaba sacando de quicio y le encantaba.

Él resopló, llevándose las manos al puente de la nariz como si estuviera conteniéndose para mandarla al diablo.

—Te vas a quedar con las ganas, muñeca — le soltó, con voz profundamente erótica, al tiempo en que se inclinaba por el borde de la piscina para estar más cerca de ella.

Alessandra se rio.

¿La estaba retando? ¿A ella?

Eso ya lo veremos, pensó.

—¿Estás seguro? — inquirió, con las cejas enarcadas, al tiempo en que llevaba las manos a la parte superior del bikini con intenciones de soltárselo.

A aquellas alturas, él sabía lo que se proponía la muy obstinada...pero no quería ceder.

—Segurísimo.

—Ajá.

La prenda se perdió en el fondo de la piscina y sus gloriosos senos quedaron al descubierto en todo su esplendor mientras ella esgrimía una sonrisa victoriosa. Aquel juego lo había ganado.

Él apretó la mandíbula cuando su entrepierna cobró vida propia y, por más que quiso permanecer estoico, las ganas que tenía de hacerle de todo fueron más fuertes.

Así que se quitó la camiseta y los pantalones de deporte, maldiciéndola.

—Eres una caprichosa, ególatra y mimada ¿lo sabías? — espetó, furioso, tras emerger del agua todo empapado.

Ella quiso añadir algo ingenioso, pero la visión que tenía ante sí se encargó de robarle todo el raciocinio. Sus músculos parecían cincelados en piedra, un metro noventa de pura fantasía hecho para hacerla pecar.

—Y tú estás jodidamente sexy cuando te enfadas, ¿lo sabías? — contraatacó, lanzándose a su boca sin que tuviera tiempo de contestar.

Él le siguió el ritmo, ardiendo en las llamas del deseo que los consumía. Aferró sus caderas al tiempo en que ella le rodeaba las suyas con las piernas y se colgaba de su cuello, profundizando ambos el beso entre gemidos hambrientos.

—¿Alessandra? ¿Estás aquí?

Los dos se separaron de golpe al oír la voz de Thiago fuera del gimnasio, acompañada por un par de golpes a la puerta.

Maldijeron su suerte.

—Quédate ahí dentro y no salgas, yo me encargo — le instó, en susurros, abrochándose el bikini con celeridad y saliendo a abrirle, intentando recomponerse para disimular lo excitada que estaba.

—Sí, ya voy — contestó, al ver que insistía.

Carlos hizo lo que le había dicho en cuanto la puerta se abrió. Era una suerte que la piscina estuviera tan lejos y fuera tan grande, porque si no...

—Ya está, estaba nadando un rato. ¿Qué pasa? — inquirió, con tono casual y desenfadado.

Él echó un vistazo al interior, algo receloso. Pero asintió al ver que todo estaba en orden.

—Me han pedido que te avise de que en dos horas va a celebrarse una reunión muy especial, tu padre quiere que estés presente — le informó, sorprendiéndola gratamente.

—Bien, iré a cambiarme ahora. Muchas gracias.

Esperó que se marchara, pero él decidió hacerle una pregunta que la puso en alerta.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? — replicó, a la defensiva.

Thiago se pasó una mano por la incipiente barba castaña, algo cortado.

—Bueno...todo está muy reciente y solo quería decirte que si necesitas hablar o algo...puedes contar conmigo. Todavía recuerdo los tiempos en que veraneábamos en Lampedusa. Bruno, tú y yo solíamos ser inseparables — rememoró, con nostalgia.

Su respuesta alivió a la joven, que le dedicó una sonrisa sincera.

—Sí, fueron buenos tiempos. Estaré bien, tranquilo. Y gracias por preocuparte — le dijo. Él asintió y tras darle un beso en la mejilla se marchó.

No fue hasta asegurarse de que estuvo bien lejos que Alessandra soltó el aire que había estado reteniendo. Por qué poco...

Entonces Carlos emergió del agua, con una mirada asesina. Menos mal que tenía buen aguante...

—Debería matarte — gruñó, secándose el pecho con una toalla.

Alessandra se echó a reír.

—Pero qué genio, será mejor que te salgas cuando esté despejado y te des una ducha...para calmar a tu amiguito — bromeó, con intención de provocarlo.

—Podría decir lo mismo, has sido tú quien me ha saltado encima — le devolvió la pulla, altivo y desafiante.

Ella se mordió el labio inferior. Le encantaba aquel juego que se traían entre manos.

—No he oído que te quejaras. Nos vemos, *amore*.

Y salió de allí dejándolo con ganas de más.

Cuando estuvo en su cuarto bajo el agua hirviente de la ducha, se preguntó a qué se debería aquella reunión.

No veía la hora de averiguarlo.



Alessandra llegaba tarde a la reunión.

Tras lo sucedido en el gimnasio con Carlos – y todo lo que no había sucedido gracias a la inoportuna aparición de Thiago, lo cual la frustró muchísimo – se había dado una ducha y todo estaba en equilibrio en su interior.

Pero al salir todo cambió; estar allí en su habitación fue como un golpe de realidad y los recuerdos se le vinieron encima. La certeza de que su madre nunca más acudiría a darle un beso de buenas noches antes de acostarse, ni Alessandra podría sentarse con ella a cepillarle el cabello porque eso la relajaba cuando tenía una de sus crisis...todos esos momentos que habían

compartido juntas y nunca más volverían, fue demasiado y acabó sucumbiendo al llanto.

Un llanto liberador, porque estaba sola y nadie podía juzgarla, porque podía desprenderse de esa coraza que tenía que cargar a cuestas: Alessandra la fuerte, la orgullosa, la imponente...y lo era, pero también era humana y tenía derecho a sentirse mal. Un llanto, además, de rabia por estar allí ahogándose en lágrimas mientras el asesino de su madre seguía respirando.

Había evitado pensar en todo aquello gracias a la presencia de Carlos, que había sido como una vía de escape. Con él se sentía ella misma y sospechaba que a él le pasaba lo mismo. Quizá por eso aún no se habían aburrido el uno del otro.

Sin embargo, era consciente de que aquello tenía que pasar. No podía eludir su dolor tan fácilmente, sobre todo por lo reciente que estaba, y sentaba bien desahogarse.

Lo que no esperaba era quedarse dormida sosteniendo uno de los retratos familiares contra su pecho.

Hacía tanto que no tenía un sueño tan reparador que cuando despertó tenía el tiempo justo para arreglarse y, naturalmente, no pensaba asistir desaliñada a una reunión tan importante o no la tomarían en serio. Así que se esmeró tanto en maquillarse que el tiempo se le pasó volando y ahora ahí estaba el resultado: diez minutos de retraso.

Subió las escaleras a toda prisa y justo cuando estaba llegando al último piso se topó con Carlos, que bajaba muy serio.

El encontronazo estuvo a punto de hacerla caer, pero él la aferró de las caderas y la atrajo hacia sí provocando que se estampara contra su duro pecho.

—¿Por qué será que tú y yo siempre terminamos así? —aventuró, con la vista clavada en su boca, mientras él se deleitaba con el pico de su escote que dejaba al descubierto el balcón de sus pechos erguidos.

Una media sonrisa adornó su rostro. Se había cambiado y ahora lucía un traje con corbata, todo de negro, que le quedaba de escándalo.

—Dímelo tú, eres la que siempre se atraviesa en mi camino — apostilló, provocándola como tanto disfrutaba.

—¿Y qué, me vas a decir que te molestan las vistas? Porque es la segunda vez que percibo lo mucho que tu soldadito de plomo se alegra de verme — replicó, incisiva e irónica, demostrándole que la reina del juego era ella.

Él se humedeció los labios, pegándose más a su cuerpo. Hasta que no hubo ni un solo centímetro que los separara. Su pelvis se frotaba contra la humedad de ella, que ni siquiera se molestaba en disimularlo a través del fino vestido de tela turquesa que llevaba. Sin ropa interior.

Traviosos, los dedos de Carlos se colaron en su interior y ella gimió, mareada en éxtasis. Era el único capaz de enloquecerla con el más ínfimo toque y el maldito lo sabía.

—Tanto como la humedad de tu coño me reclama cada vez que te acaricio.

Touché.

—Carlos...— pronunció su nombre con un erotismo increíble y él asintió, expectante.

Ella tenía las mejillas rojas y los labios entreabiertos. No podía soportarlo más. Estaba a un paso de hacer lo impensable: suplicarle que la follara.

—¿Qué pasa? ¿La *signorina* está muy desesperada porque la folle duro? — se regodeó, enfureciéndola.

A los dos se les había olvidado por completo la reunión. El deseo les hacía perder la cabeza y, de no haber sido porque el sonido de la puerta de entrada al cerrarse los puso en alerta, se habrían tomado allí mismo, en el pasillo.

Alessandra lo empujó, recolocándose el vestido y tomando varias inspiraciones para relajarse. Nunca nadie la había hecho perder la cabeza de

ese modo. Era tan adictivo que lo quería dentro de ella hasta que la dejara exhausta. Y sabía que era recíproco.

—Ah, ya están aquí — dijo él y al ver que ella no entendía nada, se explicó —. Tenemos un invitado sorpresa, tu padre y el señor Emilio han ido a recogerlo hace un rato al aeropuerto.

Así que ni siquiera había empezado la reunión...

Maldijo, molesta. De haberlo sabido no se habría dado tanta prisa.

—¿Y me lo dices ahora? — recriminó.

Él se encogió de hombros.

—¿Creías que me habría arriesgado a que nos descubrieran sabiendo que estaban en la casa? No me subestimes, *diavolessa* — le susurró, jugueteando con un mechón de su cabello hasta colocárselo detrás de la oreja.

—Sabes cómo jugar tus cartas, lo reconozco — concedió, acariciándole la barba con sus largas uñas antes de alejarse por completo, guiñándole el ojo.

Las voces animadas de los hombres subiendo las escaleras le indicaron que se les había acabado la intimidad y asumieron su rol.

Allí estaba Emilio, presidiendo la comitiva y ataviado con su mejor traje, seguido de su padre y Marcello, igual de elegantes.

Y cerrando la marcha, Thiago y Bruno escoltaban – algo reticentes – a ese misterioso invitado sorpresa, que dejó de serlo en cuanto se mostró ante ella con esa sonrisa sádica suya.

Se quedó atónita.

—Ah, ya estáis aquí — dijo Emilio, satisfecho —. Mejor, así empezamos cuanto antes. Alessandra, creo que ya conoces a...

Pero ella no lo dejó terminar, porque pronunció su nombre todavía con el amargo desconcierto instalado en su cuerpo. Que él estuviera allí no auguraba nada bueno, a pesar de la expresión de satisfacción que portaba en el apuesto rostro.

Solo era la máscara del diablo.

Y esperaba que nadie se dejara engañar por sus buenas formas.

—Angelo Salvatore.

El líder de la *Camorra* italiana.

Y su antiguo amante.

—Qué *piacere* verte de nuevo, bella Alessandra — la halagó, besando su mano.

Oh, eso lo dudaba mucho.

7

El silencio de Alessandra persistió lo bastante como para provocar incomodidad, justo lo que pretendía.

Solo entonces se dignó a contestar.

—Oh, lo mismo digo, Angelo. ¿Qué te trae por aquí? — inquirió, como quien no quiere la cosa.

Pero él se dio perfecta cuenta de la ironía en sus palabras.

—Ha venido para hacer negocios ¿Qué otra cosa si no? — intervino Emilio, imponiendo su autoridad.

La manera en que cambiaba el peso de una pierna a otra delataba su impaciencia y dejaba claro que si había llamado al mayor de los hermanos Salvatore – el único líder de su cúpula por decisión unánime, tras haber asesinado a su propio padre apenas dos años atrás – era por una cuestión de fuerza mayor.

Necesitaban aliados y a él también le convenía. Los Greco le estaban comiendo terreno y para nadie era un secreto que estaba conspirando para borrarlos del mapa. Eso les interesaba mucho.

Sería matar dos pájaros de un tiro.

—Así es — confirmó el aludido, con una sonrisa sardónica —. Disculpad que Fabrizio y Massimo no hayan podido acompañarme, las cosas están complicadas en Nápoles — confesó, con aire melancólico.

Falso, por supuesto. Era un maestro del engaño y la manipulación, pero Alessandra conocía todas sus artimañas.

—No te preocupes, sé que mi llamada ha sido precipitada. Gracias por venir. Estoy seguro de que podremos entendernos — aseguró Emilio,

invitándolo a pasar.

Una vez que hubo tomado asiento y se sirvió una copa de whisky a su gusto, como si estuviera en su casa, su semblante adoptó un tono más grave.

—Me he enterado de lo sucedido con tu esposa — le dijo a Baldassare, circunspecto —. Lamento vuestra pérdida, de veras.

A pesar de dirigirse al *sottocapo*, tenía sus ojos fijos en Alessandra.

—Gracias, Angelo — enunció Baldassare, tratando de mantener el semblante neutral para enmascarar su dolor.

Alessandra, en cambio, conocía su hipocresía y ardía en deseos de cruzarle la cara. ¿Qué iba a sentir un hombre capaz de asesinar a su propio padre por poder? De ángel no tenía más que el nombre. Por fortuna, se contuvo y le dedicó una encantadora sonrisa.

Solo Carlos pareció percatarse de ello. Angelo lo hizo, pero prefirió fingir que no se daba cuenta.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te hemos hecho venir con tanta urgencia ¿no es así? — condujo la conversación el *Capo*, sin sutilezas. Eso se había acabado.

Cuando el aludido asintió, haciéndoles ver que estaba a la expectativa, fue Thiago quien entró en materia, tendiéndole unas cuantas fotografías que el otro estudió con interés.

—¿Qué significa esta patraña? — espetó, con rabia apenas contenida.

—¿Hace falta que te lo explique? — Thiago se permitió ser irónico al señalar con su dedo índice a uno de los hombres de confianza de Angelo... haciendo tratos con Guido, el hijo de Giovanni Greco — Tienes una rata, Angelo.

Encendido de furia, el aludido dio un golpe en la mesa. Tal y como esperaban, sus instintos asesinos estaban emergiendo.

—¿Por qué me estás mostrando esto? ¿Qué quieres de mí? —exigió saber, atando cabos.

El *Capo* sonrió con astucia, listo para mostrar sus cartas en busca de la mano ganadora. Angelo era un hombre que ansiaba poder y si le ofrecía una forma de ganarlo, sabía que no podría negarse.

—Verás, sé que hemos tenido nuestras desavenencias en el pasado... especialmente cuando tu padre aún vivía, pero...

—Me quitaste Cerdeña —acusó, con rencor.

Emilio le restó importancia con un gesto de la mano.

—Es cierto, pero que no se te olvide que vosotros sobornasteis al que era nuestro proveedor de armas y os lo quedasteis —replicó, todavía furioso por ello.

—Ups, lo siento —dijo con ironía, regalándole una sonrisa angelical. Salvo que por supuesto no lo sentía —. Os escucho, ¿qué me ofreces a cambio de una alianza?

—Nos repartiremos a la mitad el territorio de Giovanni Greco...cuando acabemos con la *'Ndrangueta*

A pesar de que su semblante era imperturbable, sus ojos relucían de interés.

—Tentadora oferta, lo admito. ¿Pero cómo sé que no me la jugarás? —reconvino, con desconfianza.

—No lo sabes —intervino Alessandra, mostrando su poderío al cruzar las piernas en su silla y dejando al descubierto la cara interna de sus muslos, sin perder la sonrisa provocativa —. Tendrá que bastarte nuestra palabra y el hecho de que es tu mejor opción. Te estás quedando sin amigos, Angelo.

Él apretó la mandíbula, sin poder ocultar la rabia que sentía porque le echaran en cara sus debilidades. Era un gran estratega y muy poderoso, pero le perdía su impulsividad. El baño de sangre que provocó con sus hermanos al matar a su padre sin contemplaciones así lo demostraba.

Nunca se supo qué había sucedido para que emprendieran tal acción drástica.

—¿En qué habéis pensado? — preguntó, encendiéndose un puro de marca.

Se estaba mostrando receptivo, buena señal.

—No sé si te has enterado, pero Giovanni Greco y su familia han tenido el descaro de instalarse aquí, en Venecia. Y van a dar una fiesta mañana por la noche. ¿Qué opinas? — lo puso al tanto Thiago, sin poder disimular la molestia que eso le causaba.

La risa de Angelo estaba cargada de furia y no auguraba nada bueno. No tenía fama de ser precisamente sutil cuando de ajustar cuentas se trataba.

—Cuenta con el respaldo de alguien importante como para hacer semejante locura — aseveró, con los puños apretados.

—Exacto — reconvino Bruno, igual de tenso —. Así que hemos pensado que esa fiesta no es más que una tapadera para reunirse con su nuevo socio...y hemos decidido darles una pequeña sorpresita.

—Porque si los sorprendemos, habremos descubierto la identidad de ese jodido loco — completó Baldassare, con las pupilas centelleantes de ira —. Todos salimos ganando.

—¿Y si no se presenta y envía a un mensajero en su lugar? — rebatió Marcello, que había permanecido callado y taciturno hasta el momento.

—También hemos pensado en esa posibilidad. Y ese mensajero eventualmente tendrá que trasladar el recado a su jefe ¿no? dejaremos que nos guíe hasta él — sentenció Alessandra, con una sonrisa maquiavélica.

La sonrisa de Angelo dejaba entrever que estaba conforme con el plan, aunque tuviera que ceñirse a algo más discreto de lo que solía ser su estilo.

—¿Quién se infiltrará? Porque Giovanni nos conoce a la mayoría — inquirió entonces Thiago, con curiosidad.

—A Carlos no — repuso Emilio, con malicia. Sabía de lo que era capaz y confiaba ciegamente en él.

—Estoy dispuesto a hacer lo que ordene, señor.

—Es una fiesta de máscaras — dijo como para sí Alessandra, maquinando —. Nada que unas lentes de contacto y una buena peluca no puedan solucionar. Yo iré — declaró, rotunda.

Las protestas no tardaron en llegar.

—¡De ningún modo, no pienso exponerte así! — se opuso su padre, colérico. Pero ella era testaruda.

—No me expondré padre, sé lo que hago. Tengo entrenamiento y cabeza fría para las misiones, no me subestimes por ser mujer porque no lo tolero. Especialmente cuando he probado mi valía cientos de veces — espetó, sacando las uñas y recordándoles por qué no les convenía desatar su ira. Iría a esa misión así el mundo se le pusiera en contra.

—¡Cuida tu condenado tono cuando hables conmigo! — bramó Baldassare, levantándose de la silla con ímpetu.

—¡Entonces no me trates como a una estúpida damisela en apuros! — chilló ella, explotando.

—Vale, vale, basta — medió Marcello, sujetando a su hermana por los hombros para calmarla. Siempre había sido de temperamento fuerte, pero desde lo de su madre era como un barril de pólvora que explotaba a la mínima de cambio. Y le preocupaba, sobre todo porque no quería hablar con él del tema.

Ella respiraba con precipitación mientras escaneaba la estancia, como retando a todo el mundo a desafiarla. No pasó.

—Creo que deberíamos darle un voto de confianza — abogó por ella Thiago, ganándose una sonrisa enorme de su parte en agradecimiento.

—Bien, pero trazaremos un plan b. Un grupo de hombres esperarán fuera, listos para intervenir. Vamos a prepararlo todo — dispuso Emilio, que envió a Sandro a comprobar que no hubiera nadie husmeando antes de preparar las estrategias.

Si alguien se enteraba, estaban perdidos y Angelo querría sus cabezas.

—Emilio, quiero Cerdeña — insistió, antes de que entraran de lleno en materia. El aludido dejó escapar una risa sardónica.

—Tengo una propuesta para ti. Pelea con mi mejor hombre por ella si tanto la quieres. Quien gane, se la queda — lo desafió, sabiendo que no podría resistirse. Miró a Carlos y este asintió haciéndole saber que estaba dispuesto.

Angelo y él se estudiaron como dos depredadores.

—Acepto — gruñó el italiano, entre dientes.

—Bien, entonces primero los negocios y luego la diversión — zanjó la cuestión Emilio —. Alessandra cariño, tráenos el mapa de la mansión que se han comprado los Greco — pidió, guiñándole el ojo a su ahijada, que obedeció gustosa.

Era hora del contraataque.



Alessandra contemplaba el espectáculo inminente con expectación. Nada la excitaba más que dos hombres peleando como bestias, especialmente si eran aquellos dos. Por lo que recordaba, Angelo tenía mucha resistencia y un potente gancho de derecha y a Carlos lo había visto en acción y era un salvaje, sus puños eran como una trituradora de carne y le encantaba repartir cabezazos, así que aquello prometía ser entretenido.

—Le voy a Angelo.

Bruno fue el primero en apostar y a nadie sorprendió su elección. Para nadie era un secreto que detestaba a Carlos. Su orgullo le impedía admitir lo evidente.

—Bah, yo apuesto por Carlos. Mírale, está que echa espuma por la boca. Lo va a destrozar — aseguró.

Y no mentía.

Solo que él no sabía que la causa de su ira era el haber visto la complicidad entre Angelo y Alessandra hacía un rato. Eso lo había hecho enloquecer de celos. Le tenía muchísimas ganas a ese italiano presuntuoso.

—Estoy con Thiago — lo secundó una orgullosa Alessandra, chocando el puño con él. Bruno puso los ojos en blanco, a sabiendas de sus razones ocultas.

Todavía no podía creer que una mujer como ella fuera amante de ese tipo. Pero sabía que no debía inmiscuirse más o ella dejaría de hablarle. Y valoraba demasiado su amistad.

Todos los hombres se congregaron en el jardín para ver el espectáculo, incluidos los guardaespaldas de Angelo Salvatore, que no daban crédito.

Alessandra era la única mujer presente, pues Stella, Chiara, Catarina y Donna se limitaron a observarlo todo desde el balcón sin intervenir. No les interesaba presenciar de cerca una pelea tan violenta.

La Grimaldi, en cambio, estaba impaciente y emocionada mientras fumaba un cigarro. Detalló a ambos contrincantes mientras se despojaban de las camisas; músculos cincelados en piedra, altura y cuerpo no aptos para cardíacos, testosterona pura y dura y carácter explosivo. Interesante y reñido encuentro...

—¿Listos, caballeros? — anunció Emilio, disfrutando de su momento de protagonismo. Echaba de menos los tiempos en los que él había hecho aquello, muchas veces con su amigo Baldassare. Y hubo empate en más ocasiones de las que le gustaba recordar.

Ambos asintieron, con la mirada fija en su oponente. Se estudiaban con tanta fiereza que saltaban chispas.

A la señal del *Capo*, comenzó la pelea y el primero en atacar fue Angelo.

Su impulsividad estuvo a punto de jugarle en contra, ya que el golpe que le dio a Carlos fue algo inestable e hizo que se tambaleara ligeramente por la fuerza del contacto. El mexicano escupió sangre, con una sonrisa letal adornándole el rostro.

Alessandra supo que lo había hecho a propósito para que su rival se confiara.

Y efectivamente, antes de que pudiera reaccionar, ya lo tenía encima embistiéndolo como un toro enfebrecido. Lo desplazó por el pavimento unos metros hasta que el otro recuperó fuerzas y apretó su cuello. Carlos hizo lo propio y le soltó un cabezazo tan brutal que se escuchó cómo crujían varios huesos.

Pero Angelo no se arredró y repelió su segundo ataque con su famoso gancho de derecha. Eso le dio tiempo para llevarse las manos a la nariz y ahogar un gemido. Probablemente se la había roto. Pero Carlos no le dio tregua y le asestó un puñetazo tan brutal que – a juzgar por el desagradable sonido que produjo – probablemente le había dislocado la mandíbula.

Angelo bramó, enfurecido, y se limpió la sangre del rostro antes de volver a la carga. Carlos lo esperaba con una sonrisa que ponía los pelos de punta.

Alessandra estaba entre Thiago y Bruno, que no dejaban de hacer gestos y ruiditos molestos cada vez que uno de los dos daba un golpe. Aquella pelea no estaba dejando indiferente a nadie. Los dos eran despiadados y se golpeaban con todo, pero todos sabían quién llevaba las de ganar.

Tras un intercambio de golpes que quitaban la respiración, Angelo logró zafarse para sujetar a Carlos por el cuello desde atrás y apretó en una llave mortal, pero él rugió como una bestia y moviendo las piernas con habilidad se las arregló para tumbarlo de espaldas.

El italiano ahogó un gemido por la mala caída, pero la ira lo cegaba y era más poderosa, así que se puso en pie justo cuando el mexicano iba a saltar sobre él. El choque fue brutal y los dos rodaron por el suelo, sin soltarse y bramando como animales.

Aquello era un duelo de titanes en toda regla y ninguno de los dos pensaba detenerse mientras el otro siguiera respirando. Los golpes estaban siendo tan violentos que dolía mirarlos.

Carlos no tardó en doblegarlo y se posicionó encima, regalándole una ristra de puñetazos tras otra, con salvajismo. Angelo, a pesar de estar ensangrentado, peleaba por soltarse con fiereza, hasta que logró darle un golpe en el estómago que hizo que perdiera algo de fuerza. Pero no la suficiente como para soltarlo.

Mientras con una mano aferraba su cuello, con la otra capturó su brazo e hizo presión hasta que el aullido animal de Angelo indicó que se lo había roto. Sin embargo, eso no lo detuvo de seguir golpeándolo como un demente. Una y otra y otra vez. La cabeza de Angelo rebotó contra el pavimento, ya apenas se defendía. Estaba demasiado aturdido por la brutalidad de los golpes, pero Carlos estaba fuera de sí y veía rojo.

No tenía intención de parar hasta matarlo.

—¡Tenéis que separarlos, se van a matar! — suplicó a su padre una aterrada Chiara, que no había aguantado más y salió a parar aquello.

Viendo que aquello se había salido de control, Emilio asintió y dio luz verde a los hombres para que los pararan.

Hicieron falta seis hombres para agarrar a Carlos, que se debatía con violencia, enloquecido. Daba miedo, tanto que ni siquiera el gran *Capo* se atrevió a acercarse demasiado cuando intentó calmarlo.

Incluso Alessandra estaba sorprendida.

Angelo se levantó, gritando de ira y trató de arremeter a pesar de que tenía un brazo inutilizado. Cinco de sus hombres tuvieron que contenerlo, pero acabó deshaciéndose con impaciencia de ellos, que intentaban ayudarlo. Escupió sangre a un lado con amargura. Tenía el labio partido, un ojo hinchado y varios cortes en el pómulo que pintaban muy mal. Su nariz también sangraba profusamente. Marcello se ofreció a examinarlo, pero lo desechó con un gesto de impaciencia.

Era orgulloso. Nunca nadie lo había vencido de ese modo tan humillante en una pelea, pues podría presumir de ser uno de los mejores.

Consiguió ponerlos un poco nerviosos a todos cuando le quitó la pistola a uno de sus hombres y efectuó una serie de disparos al aire para desfogarse, con las fosas nasales dilatadas y la respiración descontrolada. Necesitó unos minutos para tranquilizarse y asumir su derrota.

Por lo visto, siempre había una primera vez para todo.

—Soltadme. Estoy bien, no necesito nada — espetó, de mal talante.

Su mirada -llena de rencor pero al mismo tiempo de admiración- se clavó en Carlos, que seguía forcejeando.

Alessandra suspiró y acudió en su ayuda.

—Ya, tranquilo – lo sujetó por los hombros.

Entretanto, Angelo le ordenó a uno de sus hombres que le pusiera el hombro en su sitio.

—Pero señor, ¿no debería ir a un hospital?

—¡Nada de peros Giustiozzi! — bramó, encolerizado —. Ponme ese maldito hombro en su sitio o yo mismo te vuelo la tapa de los sesos, ¿entendido?

Y Angelo Salvatore no amenazaba en vano. Era famoso por sus arrebatos.

Amedrentado, Giustiozzi obedeció. El Don de la Camorra gritó de dolor, pero enseguida hizo crujir los músculos del cuello y se recompuso, poniéndose la camisa y recuperando su porte digno y orgulloso.

Carlos, por su parte, había logrado recobrar un poco el dominio de sí mismo.

—Soltadme, está bien — pidió, intentando ralentizar el ritmo de su respiración desbocada. Los dos hermanos, aunque algo recelosos, dejaron de ejercer presión sobre sus brazos y lo liberaron.

—Un placer hacer negocios contigo Emilio, no negaré que ha sido toda una sorpresa —. Las palabras de Angelo dejaron atónitos a todos los presentes. Si eso era lo que él entendía por placentero...no eran quiénes para discutirlo — Te llamaré para concretar lo de la fiesta.

—El placer es nuestro Angelo, disculpa este...incidente — repuso el aludido, mirando a Carlos de soslayo, que inclinó la cabeza como reconociendo que se había excedido —. Esperaré noticias.

Angelo le estrechó la mano, luego a Baldassare y al resto de hombres. Para detenerse ante Carlos y, para sorpresa de todos, hacer lo mismo. Como si fuera su igual.

Hasta él se asombró. Pero no dijo nada cuando aceptó su mano y se la estrecharon dejando un poco de lado las rivalidades anteriores. A fin de cuentas, había quedado muy claro que a Alessandra no le importaba cuando había acudido directamente a calmarlo a él.

—Admito que me has sorprendido, nunca había visto a nadie pelear como tú —lo felicitó—. Espero poder obtener la revancha.

—Gracias, cuando quiera.

Si quería morder el polvo de nuevo, por él estaba bien...

—Alessandra, encantado de verte de nuevo — se despidió, dedicándole una sonrisa genuina, a la que ella correspondió. Había tenido su pequeña lección.

—Y yo, Angelo. Espero que no nos falles.

Había una sutil advertencia en su voz que él supo captar. Para nadie era un secreto que Angelo Salvatore era como un escorpión que picaba o no según sus intereses. Sin embargo, parecía que de momento eran comunes a los suyos.

—No lo haré, querida. Ese “asesino del carnaval” está muerto, pero todavía no lo sabe. Disfruto mucho una buena fiesta de carnaval — y dicho aquello les guiñó el ojo y se marchó a organizar los preparativos, con toda su escolta.

Ojalá saliera como esperaban...porque de esa alianza dependían muchas cosas.

8

Esperar a la llegada de la madrugada fue una tortura para Alessandra, que ansiaba respuestas desesperadamente.

Los acontecimientos se estaban sucediendo con mucha celeridad, sin concederles prácticamente un minuto de resuello. Y eso no le gustaba. Se sentía en desventaja.

Miró su reloj, que marcaba la una y media de la madrugada. El tiempo iba a contrarreloj y tenía que moverse ya, así que se vistió a toda prisa y salió a los establos, donde había acordado reunirse con Carlos.

Tenía que ser muy sigilosa, porque había media docena de hombres custodiando la entrada y otra media en la verja de hierro.

Su ventaja era la puerta trasera, pero para llegar allí tenía que ser rápida y silenciosa, pues también había guardias apostados dentro de la mansión. Si la sorprendían estaba perdida.

Sintió envidia de Carlos, pues la casita donde se alojaba quedaba cerca de las caballerizas y por allí nadie montaba guardia. Siguiendo su lógica, ¿quién intentaría hacerle daño a un simple sicario pudiendo ir a por los patrones?

De puntillas, se deslizó por los corredores y descendió las escaleras hasta llegar a la puerta de entrada. Por suerte, nadie la sorprendió. Aquello no era fortuito, había estudiado bien los hábitos de los guardias y sabía que los que estaban en el interior pecaban de confiados porque cuando la prioridad es que ningún intruso entre, ¿quién se va a preocupar de que los dueños planeen escaparse?

De nuevo, la subestimaban. Y eso les daba ventaja.

Lo parte más peliaguda vino cuando ya se disponía a salir y escuchó pasos que se acercaban, así que se ocultó tras el rellano de las escaleras a toda

prisa.

—¡Eh, Fioretti, diles a los del segundo turno si quieren una cerveza! Está todo tranquilo, los patrones duermen — le gritó el que parecía estar a cargo de la cuadrilla al tal Fioretti, que se mostró conforme y abrió la puerta para avisar a los de fuera.

Alessandra bendijo su suerte, pues sin saberlo aquel hombre le estaba haciendo un favor. En cuanto entraran, sería el momento perfecto para escabullirse fuera.

—No deberíamos demorar mucho, alguien podría despertarse y estaríamos en problemas —dijo uno de los más jóvenes, que parecía ser también el más sensato—. Pero sí que me apetece beber algo — acabó confesando, algo avergonzado.

—Ese es mi chico, vamos, ven conmigo — lo alabó el otro, dándole palmadas en la espalda mientras los demás lo jaleaban y uno de ellos le tendía una cerveza fría.

Alessandra se dio prisa. Era ahora o nunca.

Veloz como el pensamiento, se escabulló hacia el exterior. Atravesar el camino oscuro que conducía hacia las caballerizas sin ser sorprendida por los guardias que pululaban por allí – mucho más responsables con su deber – fue más complicado, pero haciendo gala de su ingenio y sigilo natural, lo consiguió.

Se adentró en los establos con el corazón desbocado y el cuerpo henchido de adrenalina. Por un momento, al verlo todo tan en calma, temió que Carlos no hubiera podido acudir a su cita, pero eso fue hasta que discernió la figura recortada contra los potreros, que aguardaba en actitud vigilante.

Incluso desde la distancia y con la penumbra jugando en contra, era el hombre más jodidamente sexy y arrebatador que había visto en su vida. Y vibró de emoción por lo que estaban a punto de hacer. Rezaba porque saliera bien.

Enseguida, en cuanto él se percató de su presencia, anuló la distancia que los separaba con sus potentes zancadas y la sorprendió con la estimulante bienvenida que su lengua decidió darle al introducirla en la de ella.

Gimió en su boca y presionó sus senos endurecidos contra la tela de su camisa. Se había enfundado una camiseta fina de manga larga y unos *leggings* para poder moverse con comodidad.

—¿Estás preparada? Tenemos dos minutos para salir antes de que termine el cambio de guardia, así que debes ser rápida saltando la verja. Iré primero, sé dónde están las cámaras y las evitaré, tú me seguirás — expuso, con toda tranquilidad.

Ella le respondió de la misma manera.

—Nací preparada, cariño. Te seguiré, pero no te acostumbres a estar al mando.

Él se rio. Esa era exactamente la respuesta que había esperado. Y no negaba que lo había puesto a tono.

Solo Alessandra Grimaldi podía ponerse a coquetear en medio de una escapada como la que tenían entre manos.

—Vamos, basta de charla — señaló y se puso en marcha.

Ella le siguió el ritmo a la perfección. Tanto así que hasta ellos mismos volvieron a sorprenderse por la forma tan magistral en que se compenetraban.

Antes incluso de que transcurrieran los dos minutos, ellos ya estaban fuera. Prueba superada.

A una prudente distancia para que nadie los escuchara, Demetrio los esperaba con el motor de una furgoneta encendida.

—Buen trabajo, Demetrio — lo felicitó Carlos, con aprobación. Sabía que él podría serles de mucha ayuda desde que se lo topó en el cementerio.

—Para lo que necesites, hermano. ¿A la fábrica Grimaldi? — inquirió, más por asegurarse que por desconocimiento. Alessandra y él asintieron, acomodándose en los asientos traseros.

Lo poco que hablaron durante el trayecto fue para pedirle a Demetrio que los esperara fuera salvo que se presentara cualquier contratiempo y tuvieran que llamarlo, cosa que esperaban que no sucediera.

La fábrica Grimaldi y asociados era un imponente edificio de cinco plantas situado en el hemisferio sur de la calle Campo Manin, en pleno centro de la ciudad. Estaba claro que los antepasados de Baldassare Grimaldi supieron dónde construir su imperio con tal de derrochar ostentación y poderío.

Alessandra se quedó absorta cuando pasaron por el puente di Rialto, contemplándolo en toda su hermosura. Había algo en aquella construcción hidráulica que la relajaba profundamente sin saber por qué. Se prometió que un día iría allí con Carlos, cuando todo aquello pasara y le mostraría sus rincones favoritos de la ciudad.

Se despidieron de Demetrio no lejos de allí, ya que tenían que hacer el camino a pie debido a la estrechez de las calles y el agua que las recubría, atrayendo a las ratas que llevaban de cabeza a los trabajadores de los embarcaderos.

Aun así, los tacones de Alessandra repiqueteaban con decisión sobre el empedrado y tiraba de Carlos con energía, expectante por la tarea que tenían entre manos. Ansiaba descubrir todos los secretos que se le habían ocultado con la misma desesperación con que necesitaba el aire para respirar.

—Vamos a tener que manipular las grabaciones, así que dile a Demetrio que le mandaré un mensaje en clave cuando terminemos — le pidió ella, con toda serenidad. Él asintió y avisó a su compañero.

—¿Estás segura de que no hay nadie? — quiso asegurarse él.

—Son más de las dos de la madrugada, créeme que el sueldo que les paga mi padre es bueno pero no tanto — bromeó, buscando liberar tensiones.

Nunca lo admitiría, pero estaba nerviosa.

Era curioso; querer saber una verdad no anulaba el hecho de que esta le aterrara, inevitablemente.

—Abre la puerta — demandó él, impaciente.

—¿De veras? Pensé que entraríamos por la ventana — insinuó, con toda la intención de pincharlo.

Él resopló, poniendo los ojos en blanco y gruñendo algo apenas inteligible. Lo que la hizo reír, era tan fácil hacerlo enfadar...

No perdieron más tiempo y atravesaron las dobles puertas de acceso. Alessandra, que se guardó las llaves en el bolsillo con habilidad, introdujo su clave en el escáner para que se abriera su despacho. El sistema de seguridad allí era muy riguroso, no en vano estaban en juego cientos de millones.

—La fábrica está en el ala este y oeste, aquí nos encargamos de los detalles administrativos y al sur tenemos los almacenes con los registros, o sea lo que nos interesa — explicó —. Pero antes quiero consultar algo en mi laptop.

Él no puso objeciones y la siguió, admirando lo grande que era aquello. Debía sentar bien estar al mando de una fábrica como aquella y sentarse a embolsarse millones. Eso sin contar los negocios extraoficiales, que eran los más lucrativos.

Ella encendió la luz, revelando una estancia espaciosa y sumamente cómoda para trabajar. En el escritorio descansaba el portátil de trabajo de Alessandra, donde guardaba todo lo relacionado con la contabilidad de la empresa.

Por seguridad, lo guardaba bajo llave en una caja fuerte en lugar de llevárselo a casa. Pidió a Carlos que se diera la vuelta cuando introdujo la secuencia de cuatro dígitos en el panel y lo extrajo.

Lo invitó a tomar asiento mientras ella hacía lo propio y esperaba a que el ordenador cobrara vida.

—¿Para qué lo quieres? — se interesó él.

—Para consultar los registros que hay en la fábrica sobre Francesco Ventura. Si trabajó realmente aquí como dijo mi padre, debe estar en los registros. Pero hay miles y buscarlos desde cero nos llevaría días, así que por eso lo busco aquí — le explicó, tecleando frenéticamente en la base de datos.

Él se pegó a ella para no perderse detalle del proceso.

—Hay que esperar a que se cargue, son muchos registros — señaló, sin poder ocultar su impaciencia.

—Así que este es tu despacho — comentó él, escaneando el lugar con curiosidad y algo más que ella no supo descifrar —. Tiene que estar bien eso de sentarse a dar las órdenes, con el aire acondicionado, un buen café...

Había un toque afilado en su tono que rezumaba amargura y ella no pudo enfadarse, porque lo entendía.

Con suavidad, puso su mano sobre su muslo para calmarlo. El contacto pareció tranquilizarlo lo bastante como para que respirara hondo y desviara la vista, antes de decir.

—Perdona, no tengo que pagar mis mierdas contigo.

—No te disculpes, tienes razón — admitió, dejándolo sorprendido. —Y aunque no lo creas entiendo lo que tiene que ser escalar desde abajo como lo has hecho tú, aguantando tanta basura...así que debes estar orgulloso de ser un soldado. El mejor de todos — remarcó, con tanta rotundidad y orgullo que él no pudo contenerse y capturó sus labios en un beso hambriento y apasionado, que humedeció su centro en cuestión de segundos.

Los besos de ese hombre eran tan ardientes que la bajaban al infierno sin siquiera esforzarse. Era fuego y la quemaba.

—El mejor, ¿eh? — repitió, con una sonrisita engreída. A lo que ella bufó y puso los ojos en blanco con falsa molestia.

—Ya están — anunció, sin poder contener su emoción. Los dos pelearon por ver mejor. Hasta que ganó ella —. En el sótano, tercer pasillo a la derecha, sección 20, casilla 5. Memorízalo.

Él rezongó, molesto. Pero acabó por hacerlo.

—Lo tengo, vamos — la instó, tendiéndole la mano. Con la otra sostenía su arma, pues no se fiaba de nadie.

—No es necesario, este sitio es de acceso restringido. ¿Cómo crees que entraría? — ironizó, con sátira.

Pero al ver lo serio que él estaba, la sonrisa se borró de su rostro.

—No lo subestimes. Si algo he aprendido en mi trabajo es a no infravalorar a un enemigo. Además, no olvides que Dante es sospechoso.

—Tienes razón — admitió, no sin dificultad porque su orgullo se lo impedía —. Dame otra — pidió y quitó el seguro de la *glock* que le tendió.

Llamó al ascensor y pulsaron el botón de la planta baja, las puertas se cerraron dejándolos solos en el reducido espacio del habitáculo.

Honestamente, aunque hubiera sido más amplio les habría dado igual... porque sus cuerpos se atraían con el magnetismo de dos imanes. Quien dijo que los polos iguales se repelían claramente no había oído hablar de ellos.

—¿Qué esperas encontrar en ese informe? — le preguntó él, con curiosidad, acercándose hasta que su respiración le hizo cosquillas en la nariz. Aun así no se apartó.

—¿La verdad? No lo sé. Algo, cualquier cosa que me lleve hasta ese cabrón — confesó, con rabia apenas contenida. No veía la hora de ponerle las

manos encima y hacerlo pagar por todo el dolor que le estaba causando a su familia.

—No podrá esconderse de nosotros siempre, llegaremos hasta él — le prometió, con la misma furia latiendo en sus pupilas.

El botón del primer piso apareció en rojo, mostrándoles que estaban descendiendo al sótano. A unos metros bajo el suelo, podía estar la respuesta a muchos de sus interrogantes y estaban impacientes.

Los tacones de Alessandra repiqueteando contra el suelo de pura impaciencia eran lo único que perturbaba el silencio ansioso que se había instalado entre ambos.

Debían quedar segundos...y sin embargo no se movían.

Y entonces pasó.

El ascensor quedó suspendido unos segundos hasta detenerse en seco, provocando que — con el vaivén — Alessandra estuviera a punto de caer al suelo. Carlos la sujetó por la cintura, logrando estabilizarla a tiempo. Jadeantes, los dos se recompusieron.

Bien podía ser un fallo, pero ninguno de los dos creía en las casualidades. Y en cuanto intentaron abrir las puertas lo comprobaron: acababan de encerrarlos allí.

—¡Maldita sea! — chilló ella, explotando de ira y empezando a dar puñetazos a las puertas a diestra y siniestra. Hasta que Carlos la sujetó de la cintura para calmarla.

—¡Eh, eh, tranquila! Así no vas a conseguir que se abra, hay que mantener la calma, déjame a mí — sugirió, apartándola. Ella bufó, pero lo dejó estar.

Si se dejaban llevar por la furia y el pánico, no saldrían de ese lugar.

Carlos tiró con todas sus fuerzas, hasta que sus músculos se tensaron al borde del desgarro. Pero la maldita puerta no cedía un milímetro.

Alessandra estaba cada vez más tensa, sentía que le hervía la sangre porque nuevamente ese miserable se les hubiera adelantado.

¿Cómo demonios había sabido que irían allí?

Estaba fuera de sus casillas y fue a arremeter de nuevo, pero Carlos la contuvo con su cuerpo y, sin previo aviso, descargó una lluvia de tiros contra las puertas y tiró. No sin esfuerzo, logró que cedieran e hizo que saliera ella primero.

—Vamos — lo instó, impulsada por la adrenalina que le recorría el cuerpo, tendiéndole la mano.

Él saltó fuera y el ascensor emprendió la subida a toda máquina hacia los pisos superiores.

Los dos se miraron, jadeantes y con los nervios a flor de piel.

—Rápido, cojamos el expediente y salgamos por la puerta trasera — lo urgió ella, echando a correr escaleras abajo hacia el sótano.

A Carlos llevaba rato rondándole un sexto sentido que le advertía de que aquello no era buena idea, pero Alessandra ya estaba prácticamente dentro. Así que la siguió, a sabiendas de que hasta que no se desengañara con sus propios ojos no se quedaría tranquila.

La escuchó enumerando el alfabeto completo en busca de la V que le interesaba.

—La u...no, ¡no maldita sea, la y no! — bramó, con tanta ira que estaba seguro de que podría tumbar la fábrica entera si seguía gritando así —. ¡¡No está!!

Intentó llegar hasta ella, pero en su arrebató ya había volcado la primera estantería – que era nada más y nada menos que de hierro – y tuvo que apartarse para que no le cayera encima.

Ella, no satisfecha con ello, hizo amago de volver a la carga. La sujetó, muy consciente de que sería capaz de arrasar todo aquel almacén si no la paraba.

—¡Basta, quieta! Se darán cuenta de que hemos entrado si no te controlas — advirtió, en vano. No dejaba de patear y de retorcerse entre sus brazos.

—¡Suéltame maldita sea! ¡No creas que porque follamos cada vez que tenemos ganas vas a poder controlarme a tu antojo, joder! — rugió, descontrolada.

Las palabras de Marcello le vinieron a la mente y se estaba viendo reflejado en ella, una versión más joven y violenta de él, así que supo que debían hablar antes de que esa ira que tenía dentro la consumiera.

—¡Te soltaré cuando dejes de comportarte como una niña con una rabieta, así que deja de tocarme las pelotas y estate quieta o tendremos un jodido problema!! — bramó, en el mismo tono de voz.

Pero ella era demasiado explosiva para recapacitar y contenerse un poco, no...ella tenía que enfrentarse a él como una fiera. Y eso hizo.

—¡¡¡A mí no me domina nadie!!! ¡Así que si me da la gana de prender fuego a esta porquería lo haré, te reto a intentar detenerme! — siseó, echando chispas.

Él soltó un profundo gruñido y luchó por contener su ira. Nada ganaban con pelear como dos bestias. Debían pensar con la cabeza fría y anticiparse a ese demente.

—¡Sal de aquí, vamos! ¿No hueles eso? ¡Huele a quemado! Vamos, vamos — la instó, empujándola hacia la salida como un desquiciado. Era una sala demasiado amplia...

Cada vez olía más a gasolina y Carlos maldijo que hubieran estado tan absortos con su discusión absurda, porque de lo contrario se habría dado cuenta mucho antes.

El fuego empezaba a propagarse por la estancia a una velocidad de vértigo, confirmando sus sospechas de que se trataba de acelerante.

—Parece que alguien se te ha adelantado a lo de prenderle fuego — gruñó, echándose contra la puerta al ver que, tal y como había temido, estaba bloqueada desde fuera.

Ella gritó para liberar adrenalina y arrojó una silla con todas sus fuerzas, provocando que los cristales estallaran y así él pudiera alcanzar el pestillo y abrirlo desde dentro.

—Bien hecho — tuvo que admitir, reconociendo que por una vez ese genio endemoniado suyo les había servido de algo.

—Yo la fastidio...yo lo arreglo — atinó a decir, entre jadeos ahogados. El humo se estaba extendiendo con demasiada rapidez y su estado de nervios no ayudaba en nada.

—Venga, fuera rápido, puede que todavía esté por aquí. Dispara a lo que se mueva — la instruyó, moviéndose a toda velocidad hacia la salida trasera. Tenían que llegar a los extintores e intentar apagar el incendio antes de que terminara de destrozar el trabajo de varias generaciones.

Corrieron como nunca antes. Él llegó primero y le pidió que esperara en el pasillo mientras entraba a extinguir el fuego, que estaba creciendo en intensidad. Por fortuna, la celeridad de su actuación salvó muchos documentos.

Ella quiso ayudar, pero solo había un extintor. Así que, incapaz de quedarse quieta, subió hasta la planta principal con la única intención de atrapar al asesino.

La ira la controlaba.

—Ha escapado de nuevo — siseó, entre dientes. Carlos no tardó en unirse a ella y negó con la cabeza, haciéndole saber que no había hallado ni rastro de la persona que había intentado matarlos.

Alessandra echó a correr hacia la puerta, pero allí tampoco había nadie.

—Es inútil, se ha largado. Es listo, Alessandra. No lo vamos a sorprender tan fácil.

Ella sabía que tenía razón, pero oírlo en voz alta de boca de alguien tan experimentado en aquellos temas como lo era Carlos la enrabetó todavía más.

—Cuenta hasta cincuenta, respira despacio — le aconsejó él, previendo que aquel podía ser el inicio de un nuevo estallido.

Sin embargo, no se produjo. En su lugar, la lucidez se fue abriendo paso en ella, hasta que una idea se le cruzó por la mente. Una que no le gustaba nada.

Empezó a tocarse el pelo con frenesí, tirando incluso de los mechones y cuando Carlos la miró como si estuviera loca, le pidió que la ayudara.

—Busca cualquier rastreador, de alguna manera tiene que habernos seguido el rastro para saber que vendríamos aquí — expuso en voz alta lo que le rondaba por la cabeza.

Carlos palpó hasta el último rincón de su cuerpo, sin hallar ni el más mínimo dispositivo sospechoso. Estaba limpia.

—No hay nada, revísame a mí — pidió.

Ella obedeció, pero de nuevo nada.

Estaba tan frustrada que podría haber gritado, pero se contuvo. Porque no habían ido allí solos.

—Demetrio — dijo solamente. Y no hizo falta más.

Aunque Carlos lo apreciara, en un mundo como aquel no se podía confiar al cien por cien en nadie.

No perdieron un segundo antes de emprender una alocada carrera por las calles de los canales, hasta llegar al punto de encuentro; sudorosos y jadeantes por el esfuerzo.

Y allí estaba él, esperándolos tal y como le pidieron.

Sin mediar palabra, en cuanto subieron al coche, Alessandra lo apuntó con su arma.

—¿Qué demonios...? — No terminó la frase, porque Carlos le exigió silencio con una mirada letal, antes de empezar a registrarlo a conciencia —. ¿Me explicas de qué cojones va esto? — pidió, tan mosqueado como incrédulo.

—Cállate — espetó él, que no se relajó hasta que no hubo comprobado que estaba limpio. Negó con la cabeza y Alessandra bufó.

Solo entonces lo pusieron al tanto.

—Alguien ha prendido fuego a la fábrica con nosotros dentro, Demetrio. Se nos han adelantado y no entendemos cómo, ¿has visto a alguien sospechoso? — inquirió.

—No, por aquí no ha pasado nadie aparte de un grupo de jóvenes con ganas de juerga. Nada fuera de lo normal — respondió, apesadumbrado.

—¿Nos habrá visto escapar? Eso confirmaría que tenemos una rata — declaró Alessandra, con el tono amargo y envenenado.

—Es lo más probable. Y si no queremos que corra más sangre, debemos averiguar todo lo que podamos acerca del nombre que tenemos...y quién es su cómplice dentro de la mansión — aseveró Carlos, sombrío.

Los ojos de Alessandra se desviaron hasta el puente, pero ya no había paz en sus ojos...solo ira y sed de venganza.

—Juro por Dios que lo desmembraré y tiraré sus restos al río en cuanto lo atrapemos — prometió.

Y tanto ellos, como la madrugada oscura y sin luna, fueron testigos de su juramento.

Fue realmente un milagro que nadie advirtiera su ausencia y pudieran colarse de vuelta en la mansión sin ser vistos. Pero el caso fue que se libraron por los pelos, porque poco después Baldassare recibió una llamada para avisarle del incidente sufrido en la fábrica, que por suerte había podido solventarse a tiempo al extinguir el fuego alguien misterioso. Pues las grabaciones correspondientes a esas horas habían sido borradas sin dejar rastro.

Nadie sospechó de Demetrio, mucho menos de Carlos y Alessandra - que fingieron estar tan sorprendidos como el resto cuando los gritos del *sottocapo* despertaron a todos en la mansión, afortunadamente dándole tiempo a la joven a cambiarse – lo cual fue un alivio. Pero alguien tenía, por fuerza, que estar fingiendo. Porque era imposible que el arlequín se hubiera anticipado a sus pasos sin que le dieran un chivatazo de antemano.

Inmediatamente los dos pusieron rumbo hacia allí, dando órdenes expresas a todos los guardias de que blindaran la mansión como si de una fortaleza se tratara.

Dante quiso ir con ellos, pero lo disuadieron usando la excusa de que sería más útil protegiendo su imperio. Y, aunque se notaba que le molestaba sentirse desplazado, no puso objeciones. Sabía que no le convenía.

—Será mejor que os retiréis e intentéis seguir durmiendo —dijo, tratando de persuadir a las mujeres, que asintieron resignadas.

—¿Volverán pronto? —quiso saber Donna, inquieta. Alessandra la miró con nuevos ojos, reconociendo en ella a una buena fuente de información si lograba ser lo bastante convincente.

A fin de cuentas, ella conoció a Emilio cuando ambos eran muy jóvenes, en los tiempos donde trabajaban en la fábrica para escalar desde abajo por órdenes de Ludovico Santorini, el antiguo *Don* y – por lo que a ella le habían contado – un auténtico tirano.

Solo debía andarse con cuidado, porque a la mínima que se percatara de que buscaba sonsacarle podía ir a contárselo a su esposo y eso la metería en un grave problema.

—¿No entras?

La voz de Dante a sus espaldas la sobresaltó y se giró para encararlo, esforzándose por adoptar un semblante neutral.

—No, voy a esperar aquí un rato...no deberían tardar demasiado, ¿verdad?
— inquirió, solo para molestarlo.

El hombre puso mala cara.

—Tardarán...lo que sea menester para resolver este problema, Alessandra. Mira, es natural que tengas curiosidad, pero deja esto en nuestras manos.

A pesar del tono casi paternalista que empleó, a la joven no le pasó desapercibido el tono de velada advertencia con que lo dijo y no pudo contenerse. ¿Quién demonios se creía que era?

—Tengo tanto o más derecho que tú a estar al tanto de lo que pasa, Dante. Ni por un segundo vayas a creer lo contrario — sentenció, con las pupilas centelleantes.

Al oír aquello el hombre se envaró, endureciendo la expresión y contemplándola con profundo disgusto. Como quien está ante una niña demasiado insolente y no puede aplicarle disciplina.

—No se te olvide que en ausencia de Emilio y de tu padre, yo estoy al mando querida. Así que me temo que debo aconsejarte que cuides tu tono — espetó, con prepotencia.

Ella sonrió, avanzando hasta situarse a pocos metros de él, sabiendo el poder que emanaba con su mirada gélida y la manera firme y segura en que se movía.

—Y yo debo aconsejarte que cuides ese puesto que tanto presumes, no sea que por tus irregularidades vayas a perderlo, querido.

Carlos, que no había perdido detalle de la conversación por si tenía que intervenir y poner en su lugar al *consigliere*, sonrió con plena satisfacción. Una muy buena respuesta.

El rencor brilló en las pupilas de Dante y pareció ir a decir algo desagradable, pero se contuvo en el último minuto, a sabiendas de que no le convenía enfrentarse a ella.

—Haz lo que te venga en gana — masculló, antes de adentrarse en el interior hecho una furia.

Alessandra rio, complacida al haber logrado su cometido y le guiñó un ojo a Carlos con complicidad, aprovechando que los guardias vigilaban el perímetro sin prestarles atención.

Sin embargo, no quisieron arriesgarse y tentar a la suerte — bastante lo habían hecho ya por aquel día — así que ella entró, haciéndole saber con una mirada que ya lo pondría al tanto de su conversación con la esposa del *Capo*.

Tal y como había supuesto, encontró a Donna sentada en una de las butacas, con un té entre las manos. Mientras que las demás habían preferido seguir los consejos de Dante y retirarse a intentar dormir un poco, ella esperaría despierta hasta que llegaran los hombres.

—¿Puedo sentarme, Donna? — preguntó, con amabilidad.

—Por supuesto querida, pensé que te irías a la cama. Ha sido un día de locos...— admitió, llevándose los dedos a la sien y frotando con los ojos cerrados para mitigar un ingente dolor de cabeza.

—Sí que lo ha sido — concedió ella —. Pero al igual que tú, no estaré tranquila hasta que regresen sanos y salvos — aseguró.

Y en parte era cierto, pero sobre todo lo decía porque sabía que era el mejor modo de despertar la simpatía de la mujer. Si algo caracterizaba a Donna Testa di Santorini era la lealtad y la fiereza con que velaba por los suyos. Y eso la honraba.

Alessandra recordaba que cuando era más pequeña solía pensar que le gustaría parecerse a ella. Luego se sentía mal por no desear ser como su madre, pero ella no estaba bien por aquel entonces...y finalmente se dio cuenta de que ni lo uno ni lo otro era bueno.

Ella debía ser simplemente ella. Única, poderosa e inimitable.

Y años después podía presumir que lo había logrado. Se había hecho a sí misma, a su antojo.

Mucha gente se preguntaba cómo era capaz de doblegar la voluntad del *Capo* y del *sottocapo*, cómo se las ingeniaba para que se lo consintieran todo, los había oído murmurar a sus espaldas.

Y la respuesta era muy simple; observando y conociendo sus debilidades para apelar a ellas y usarlas en su beneficio.

¿Quién necesitaba la fuerza cuando el buen uso de la persuasión y el encanto podía abrirle el mundo a sus pies si se manejaban con pericia?

Si en sus manos hubiera estado gobernar ese imperio, las cosas serían bien distintas...pero era imposible. Lo sabía.

Las tradiciones no se cambiaban. El consejo jamás lo permitiría.

Eso era lo que siempre se le había repetido hasta la saciedad. Y, aunque ya se había hecho a la idea, estaba orgullosa de ver hasta dónde había llegado. Lo suficiente alto como para que la gente respetara y temiera su nombre.

No muchas tenían ese privilegio.

—¿Quieres un té querida? — inquirió Donna, contemplándola con ternura. Sus ojos delataban que quería decirle algo, pero que no terminaba de decidirse.

—No gracias, no me pasa nada por el estómago — declinó, educadamente.

El semblante de la mujer adoptó un aire de compasión y Alessandra supo que diría lo que le rondaba por la mente. Que era justo lo que ella esperaba.

—Alessandra, fui amiga de tu madre desde que las dos éramos unas niñas inocentes...que no sabían la clase de vida que les esperaba. La conocí mejor que a nadie y la quise como a una hermana — confesó, estrechando sus manos entre las de ella para reconfortarla —. Y a ti te quiero como si fueras de mi propia sangre, lo sabes ¿verdad? Puedes hablar conmigo sobre ella, o sobre cómo te sientes siempre que quieras. Ha sido muy duro despedirla.

Calló abruptamente, sin poder ocultar que estaba al borde de las lágrimas. Alessandra tuvo que inspirar hondo para contener su propio llanto, que pugnaba por brotar desde las profundidades de su pecho.

Debía ser fuerte. Ya había llorado en el funeral, ahora tocaba centrarse en la venganza...alimentar la ira y el odio que ardía dentro de ella. Apretó los puños intentando dominar la furia que le quemaba las entrañas al pensar en todo lo que ese maldito les había quitado.

Donna la abrazó, percibiendo la rabia que emanaba de ella. El contacto la aplacó un poco y correspondió, luchando por tranquilizarse.

—Shh, tranquila...siempre has sido la más fuerte, pequeña. Pero llorarla te calmará — le aseguró, acariciando su cabello como solía hacer su madre.

Se sintió desprotegida y lo odió. Se separó en cuanto pudo, todavía inestable.

—No puedo llorar cuando necesito respuestas, Donna.

Y ahí estaba, el primer anzuelo había sido lanzado con maestría.

La señora de Santorini se recompuso y la miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres cielo?

Alessandra suspiró. Tenía que proceder con cautela para no ser demasiado obvia.

—Donna...ese hombre que mencionó mi padre, el que cree que está haciendo todo esto, ¿cómo de peligroso es? ¿Tú lo conocías bien cuando eráis jóvenes? Necesito saber algo de ese maldito que nos está jodiendo o siento que me volveré loca, ¿me entiendes? —apeló a su empatía, segura de que era lo único que podría hacer que traicionara el secreto mejor guardado de su marido. Si no por entero, al menos sí una parte que le diera lo que le interesaba averiguar.

La mujer vaciló, con la sombra de la duda atravesando sus ojos cual relámpago. Alessandra supo aprovechar ese instante de debilidad para susurrar un quedo y lastimero “por favor” que terminó de ablandar su coraza.

—Era...al principio era un hombre encantador. Empezó a trabajar en la fábrica cuando tu padre y Emilio llevaban ya unos años y le tocó bajo su supervisión. Emilio era muy severo con él...y se notaba que Francesco tenía una obsesión por imitar hasta el más insignificante de sus comportamientos. Quería ser exitoso como mi marido, pero nunca lograba que nadie se fijara en él. Y eso lo frustraba.

«Un día excedió todos los límites al molestar a Constanza, pues tenía una fijación con ella a pesar de que sabía que estaba prometida con tu padre. Así que Ludovico lo despidió.

Nunca se lo perdonó. Y no solo quiso vengarse sino también a Constanza. Un día intentó raptarla, pero Baldassare y Emilio le dieron una paliza.

Pensamos que se detendría ahí y de hecho pasaron muchos meses sin que supiéramos nada de él, hasta que sucedió lo que tu padre ya te contó y todos lo dimos por muerto».

Alessandra, que había escuchado con atención todo el relato, asintió.

Donna había sido muy astuta, porque había omitido la incómoda verdad que no le interesaba revelar: que Francesco Ventura era el hijo bastardo de

Ludovico y, por ende, el hermanastro de Emilio. Un hermanastro al que odiaba, algo que parecía ser mutuo.

Interesante...

Pero seguía teniendo la sensación de que había algo importante que no le estaban contando. Y no pensaba parar hasta averiguar el qué.

—Ojalá lo hubiera estado — proclamó, con el tono rebosante de amargura.

Donna le pasó un brazo por los hombros en ademán reconfortante.

—Sí, pero tranquila. Solo es cuestión de tiempo que dé un paso en falso y ahí estaremos nosotros, esperándole. Y esta vez no fallaremos — prometió, con una determinación que pocas veces le había visto.

Su seguridad animó a la joven, que asintió. Así sería.

Pareció que la mujer iba a añadir algo más, pero nunca supo el qué, porque la puerta principal se abrió en aquel preciso instante para anunciar la llegada de Emilio y Baldassare, que lucían cansados pero aliviados al mismo tiempo.

Las dos se pusieron en pie como una exhalación, en busca de respuestas.

—Calma, calma — pidió el Capo —. Todo está bien, ya está solucionado. El fuego se pudo apagar a tiempo y apenas han sido dañados unos cuantos archivos, nada que deba preocuparnos...excepto que se borrarán las grabaciones de las cámaras de seguridad. Mis hombres están trabajando para intentar recuperarlas, pero va a depender de qué tan experto sea quien lo ha hecho. Ese miserable bastardo...— gruñó, enfurecido.

Que se hubieran atrevido a meterse con sus negocios de ese modo tan impune le hacía hervir la sangre y golpeaba su ego. Su *sottocapo* no estaba mucho mejor, a fin de cuentas esa era la fábrica que estaba a su nombre.

Alessandra, al oír aquello, tuvo que esforzarse por suprimir la sonrisa que con todo su ser quería esgrimir. Nunca las restaurarían. Demetrio era demasiado profesional y se encargaría de ello.

—Menos mal — disimuló —. Entonces me retiro, con permiso, estoy agotada.

—Claro cariño, que descanses. Mañana será...un día intenso — le deseó su padre, en una forma tácita de referirse a la misión que tenían entre manos y que, en gran medida, iba a depender de Carlos y de ella.

Se despidió con una inclinación de cabeza y subió hasta su cuarto. En cuanto llegó se dejó caer en la cama y no tardó en vencerla el cansancio.

Su padre tenía razón, debía estar fresca para el día siguiente. Por nada del mundo ni los Greco ni ninguno de los invitados podían reconocerla o todo se iría al demonio.

Estaba medio sumida en las profundidades de un sueño reparador, cuando su móvil escogió ese preciso momento para vibrar y avisarla de que tenía una llamada.

Frotándose los ojos y maldiciendo, descolgó lista para insultar a quienquiera que se atreviera a perturbar su descanso.

—¿Quién es? — casi gruñó, levantándose de mala gana.

—Tu futuro esposo, bella — anunció con presunción una voz conocida.

Alessandra bufó.

—Luca, ¿qué demonios quieres a estas horas? — espetó, deseando acabar con aquello para poder dormir. No tenía ganas de hablar con ese idiota en lo absoluto, bastante iba a tener que aguantarlo ya hasta que llegara el día de esa maldita farsa de boda.

Si es que no lo desenmascaraban antes, que era lo que esperaba.

—Hablar con mi prometida y saber cómo está — afirmó, zalamero. Ella puso los ojos en blanco.

—Cansada, ha sido un día duro. No me apetece otra cosa más que dormir, así que si me perdonas...— replicó, con toda la intención de cortar ahí la conversación. Pero el muy testarudo no se dio por aludido.

—Espera, espera...antes de que cuelgues, quisiera invitarte a cenar mañana. Quiero conocerte antes del gran enlace — propuso, con un optimismo ridículo.

Ella suspiró, armándose de una paciencia inexistente.

—No me apetece cenar, ni hacer nada. Te pido que respetes mi duelo si de verdad me quieres como tu esposa — recalcó, empleando sus dotes de manipulación para quitárselo de encima.

Y funcionó porque, aunque lo oyó suspirar con molestia del otro lado, acabó cediendo.

—Será como desees entonces. Te demostraré que no soy un hombre que se rinda fácilmente. Buenas noches, Alessandra.

—Buenas noches, Luca — contestó, con desgana, antes de colgar.

Al fin, se tumbó en la cama de nuevo.

Pero la conversación que acababa de tener con el Ferragni la había dejado intranquila. Y es que, por alguna razón, tenía la corazonada de que estaba tramando algo.

10

El tercer día de carnaval amaneció nublado, como una sombría señal de lo que se avecinaba.

Alessandra despertó al alba, acosada de nuevo por las pesadillas que la atormentaban noche y día. Veía a su madre siendo asesinada despiadadamente de diversas formas por ese lunático y ella no podía hacer nada por ayudarla. Era lo peor que podría haber imaginado que tendría que vivir.

Así que, queriendo despejarse un poco antes de que empezaran los preparativos de la misión que tendría que llevar a cabo aquella noche, fue a entrenar un rato.

Esperaba encontrarse nuevamente a Carlos allí, pero la decepción la golpeó cuando no halló ni rastro de él. No apareció en toda la mañana, por lo que se tuvo que conformar con desquitar su rabia contra el saco de boxeo.

Hasta que llegó la hora de comer y subió a darse una ducha antes. Estaba bañada en sudor por todas las horas que había pasado descargando adrenalina.

Ya salía envuelta en una toalla cuando escuchó voces en el pasillo y se escondió de nuevo, para satisfacer su curiosidad.

Al principio no pudo distinguir a quién pertenecían con claridad, pero a medida que estas se fueron aproximando y haciéndose más nítidas, reconoció que se trataba de Dante e Isabella, la madre de Stella.

Frunció el ceño. ¿Qué tenían que hablar esos dos con tanto secretismo?

—Tienes que dejarlo ya, estás yendo demasiado lejos Dante — le recriminaba ella, con un deje de desesperación que no pasó desapercibido a la joven.

—Cálmate mujer, yo sé lo que hago. Si quieres darte la gran vida de reina, harás lo que yo diga y no hay discusión — espetó, autoritario y déspota.

—¿Y qué pasará si alguien lo descubre? ¿Tienes idea de las consecuencias...? — rebatió, acongojada.

Él bufó con molestia.

—¡Nadie nos descubrirá si haces lo que te mando, *coglione*! Ahora vete, que cualquiera nos podría escuchar. Y disimula, o te las verás conmigo — amenazó, dejando a Alessandra atónita.

¿Con qué autoridad el *consigliere* trataba de ese modo a la tía de Catarina y por qué ella se dejaba? ¿Qué secretos compartían y qué se traían entre manos?

Su conversación había sido escueta y ambigua, pero ella había escuchado lo suficiente como para poner en entredicho la lealtad de ambos. Y, aunque no tenía pruebas de una conspiración todavía, pensaba hacer lo que fuera por hallarlas.

Esos dos bien podían estar confabulados con el asesino, o incluso ser espías de Giovanni Greco. Nunca se sabía.

Y ahora tenía que bajar al comedor y ponerles buena cara...

Iba a costarle, pero no le quedaba de otra. Así que se arregló a toda prisa y ocupó su lugar en la mesa, intentando no mirar el asiento de su madre... ahora vacío. Dolía.

Marcello no hacía otra cosa más que contemplarla, con la mirada perdida. Y supo que estaba recordando tiempos mejores. Le puso una mano en el hombro y él le dedicó una débil sonrisa antes de recomponerse un poco.

Su padre no tenía mucho mejor aspecto. Cada día estaba más pálido y demacrado. Pero a pesar de todo se esforzaba por no flaquear.

El silencio y la tensión que se respiraba en el ambiente eran tales que se podrían haber cortado con un cuchillo y nadie parecía querer ser el primero

en romper el hielo.

Hasta que Emilio se impuso.

—Dante, esta noche quiero que viajes a Palermo para reunirte con los nuevos proveedores de armas. Es importante que nuestra mercancía siga siendo de la mejor calidad — le encargó.

El aludido torció el gesto, tratando de disimular cuánto le había molestado. No era ningún tonto y sabía que se traían algo entre manos, así como que querían dejarlo fuera de nuevo. Pero no podía contradecir la orden de su Capo si no quería sufrir las consecuencias.

—Como tú ordenes, Emilio — aceptó, con falsa sumisión.

Este sonrió, complacido con la respuesta.

Con él fuera de juego, todo saldría a pedir de boca.

Siguió comiendo en silencio y todos hicieron lo propio.



Dante partió a primera hora de la tarde hacia Palermo, asegurando que quería descansar un poco en uno de los muchos hoteles que poseían antes de que empezaran los negocios. Emilio no puso objeciones, pues le convenía que se marchara.

Isabella, por su parte, se retiró pronto a su habitación con la excusa de que le había sentado mal el vino ingerido en la cena.

Y de eso se había encargado Alessandra al verter en su copa sin que nadie se percatara unas gotas de un potente somnífero que tenía en su poder. Simple, pero efectivo.

Después de lo que había escuchado no podía arriesgarse a que informara al *consigliere* de sus movimientos.

Catarina y Stella se resignaron a quedarse al margen, pues ninguno de los hermanos Santorini estaba dispuesto a permitir que les sucediera nada. Y a Chiara su padre le prohibió tajantemente ir con ellos, ni siquiera para permanecer fuera en el camión blindado con el que recogerían a Carlos y Alessandra y desde donde les seguirían la pista. Los dos llevarían micro, así que debían tener mucho cuidado con lo que decían...tenían que comportarse con profesionalidad o todo se podía ir al diablo.

—Alessandra y Carlos, id con Thiago y Bruno. Baldassare, tú vendrás conmigo y con el resto de hombres — dispuso Emilio, liderando la comitiva.

Nadie rechistó.

Se pusieron en marcha.

La fiesta de Giovanni Greco se celebraba en su nueva mansión, un espléndido palacete en la zona más exclusiva del distrito de Castello. Sin duda, sabía cómo ganarse a sus invitados.

Desde la tragedia sucedida en la fiesta de inauguración del carnaval, en la mansión Grimaldi – para todos, se había tratado de un suicidio – la gente no hablaba de otra cosa. Así que era un acontecimiento social aclamado. Todos querían saber lo mismo: ¿estaría el anfitrión que se atrevía a desafiar a Emilio Santorini a la altura?

Lo que no sabían era que no pensaba presentarse. Al menos no directamente. Hacerlo sería darle el gusto y no pensaba entrar en su juego. No, jugarían bajo sus reglas.

Y la partida estaba en manos del peón y la reina; Carlos y Alessandra sabrían qué hacer. Pero debían descubrir como fuera a ese condenado arlequín. Y si Francesco se escondía bajo esa máscara, iba a lamentar hasta haber nacido.

—Aquí tenéis vuestras identidades falsas, está todo cubierto — les aseguró Demetrio, tendiéndoles las identificaciones que sabían que iban a pedirles antes de concederles el acceso.

Giovanni podía ser un hombre petulante, pero desde luego no era estúpido. Sin embargo, tampoco era más inteligente que ellos.

—¿Está todo listo? — quiso asegurarse Baldassare. — ¿Los micros funcionan bien?

No pensaba dejar entrar a su hija a la guarida de los lobos sin asegurarse de que todo estuviera en orden. Bastante riesgo iban a correr ya. Confiaba en que Carlos supiera cuidar de ella.

—No te preocupes papá — lo calmó ella, segura de sí misma y sus capacidades. Marcello le sonrió para darle ánimos. Él también estaba intranquilo, no lo negaba. Pero confiaba en su hermana y en el hombre a cargo de su seguridad.

Tenía la certeza de que Carlos se dejaría matar antes que permitir que le pusieran una mano encima.

—Está todo en orden — corroboró Demetrio, trasteando en las teclas para controlar los transmisores y no perder detalle de nada en cuanto entraran.

Los demás hombres se apostarían en la salida trasera en cuanto les dieran luz verde y así los cubrirían al salir. Rápido acceso; fácil entrada y salida. En principio, discreción.

No obstante, también tenían un plan B. Lo contrario habría sido una estupidez.

Ningún plan era infalible y debían estar preparados para todo.

Salieron de la furgoneta y caminaron hasta el lugar de la fiesta, para no levantar sospechas.

A ojos de cualquiera eran una pareja de enamorados común y corriente y como tal actuaban.

Ella con lentes de contacto marrones y una peluca pelirroja, se veía como otra persona completamente distinta. Mientras que él no llevaba ningún tipo de disfraz más que su máscara, ya que los Greco no lo conocían.

Alessandra estaba muy metida en el papel y aprovechaba para mandarle sutiles indirectas y coquetearle, divertida. En cambio, él se mantenía frío y neutral como siempre, aunque las miradas encendidas de deseo que le dedicaba de tanto en cuanto le confirmaban que no era inmune a ese vestido escotado que llevaba, que le hacía lucir un cuerpo de infarto y le daba una panorámica muy excitante de sus piernas suaves y torneadas. Mismas que quería abrir a su antojo y colarse entre su sexo para hacerle de todo.

Lamentablemente, debía controlarse. No estaban allí para eso.

—Buenas noches, dama y caballero. Su identificación, por favor — les pidió con tono formal el segurata de la puerta. Tal y como habían previsto. Ellos le entregaron los documentos falsos de acuerdo al plan y el hombre leyó en voz alta —. Señor Gian Carlo Moretti y señorita Gianna Allegri, bienvenidos. Pasen, por favor — indicó, haciéndose a un lado para dejarlos pasar, solícito.

Alessandra sonrió, poniéndose su máscara dorada a juego con el vestido que lucía. Carlos hizo lo propio, él iba de negro riguroso. Cómo no...

—*Grazie* — contestaron, a la vez.

Una vez en el interior, una suave música clásica les dio la bienvenida, junto con el rumor de las conversaciones animadas propias de una fiesta y los camareros ofreciéndoles bebidas y canapés, que Alessandra se apresuró en aceptar para los dos.

Cuando tenía una importante misión como aquella por realizar siempre le daba hambre. No podía evitarlo.

Nadie pareció prestarles atención, salvo por un par de miradas curiosas. Nada fuera de lo común.

Eso los alivió. Así tendrían tiempo de estudiar un poco el panorama. El plan de aquella noche era discreto, nada de sangre o enfrentamientos...hasta que no tuvieran al responsable de todas sus desgracias, en cuyo caso las cuentas las ajustarían una vez lo hubieran sacado de allí.

Entretanto, debían observar y armarse de paciencia. La impulsividad nunca traía nada bueno, ya lo habían aprendido de la peor forma.

—Mmm, están de muerte. ¿Quieres? — ofreció, llevándose un sorbo de champán a los labios.

—No, no puedo comer cuando estoy concentrado en cosas más importantes — contestó, tenso y alerta como siempre. Con lo guapo que estaba con ese traje y lo serio que se ponía...

Pero no podía decirle nada o todos descubrirían lo suyo. Recurrió a la ironía.

—Nada es más importante que comer, querido — aseguró, devorando otro canapé. Y entonces algo, o mejor dicho alguien, a espaldas de Carlos llamó tanto la atención de la joven que su expresión cambió por completo y estuvo a punto de dejar caer su copa.

—No puede ser...— murmuró, incrédula.

—¿Qué pasa? — la interrogó él, alerta.

Por toda respuesta, ella le hizo señas para que se diera la vuelta y mirara quién estaba en medio de la estancia, coqueteando muy animadamente con varias mujeres.

Cuando se dio cuenta, la expresión de Carlos pasó de la confusión a la rabia en un segundo.

Eso no era lo que habían acordado, maldito fuera...

—¿Qué va mal? —oyeron preguntar a Emilio por el intercomunicador.

Hubo un minuto de tenso silencio, hasta que la Grimaldi contestó. Su tono era afilado e indicaba que iban a tener problemas como no solventaran aquello pronto.

—Angelo Salvatore está aquí —informó. Y sabía exactamente a qué había ido.

Un tenso silencio sobrevino al descubrimiento de la presencia del líder de la *Camorra* en aquella fiesta.

Que estuviera allí podía complicar las cosas y mucho. Sin embargo, tratarían de mantenerlo a raya para que no interfiriera.

Angelo era impaciente y solventaba los ajustes de cuentas con sangre, para nadie era un secreto. Y aquello era lo último que les convenía.

—De momento nos ceñiremos al plan original, puedo manejar a Angelo —aseguró Alessandra, haciendo gala de su habitual seguridad y firmeza.

Carlos, en cambio, estaba deseando que ese tipo diera problemas para así tener la excusa de darle otra paliza todavía mejor que la del día anterior. No había quedado satisfecho.

—Bien, ¿veis a Giovanni por algún lado? —oyeron que preguntaba Emilio, a través del auricular.

Ambos escanearon la habitación, pero no hallaron ni rastro del anfitrión. Lo cual no dejaba de ser extraño porque, ¿quién llegaba tarde a su propia fiesta?

—No, de momento no está a la vista. Pero sí su mujer y su hijo, Andrea —contestó Alessandra, simulando estar muy ocupada escogiendo qué canapé degustar.

A su lado, Carlos la cubría con su cuerpo sin que se notara.

Carla Sartori era una mujer exuberante y superficial que rondaba los cincuenta. La clase de persona que hacía la vista gorda con las infidelidades de su marido a cambio de poder disponer de cuantos cheques y millones para sus caprichos se le antojaran. Y su hijo mayor, Andrea Greco, era un cerdo abusivo que disfrutaba sometiendo a mujeres en los burdeles que su

familia manejaba. Los rumores decían que era un sádico y no tenía miramientos.

En cuanto a Guido, no se quedaba atrás precisamente.

Eran la familia más despreciable que había conocido.

A Alessandra le repugnaban profundamente.

Ni los Grimaldi, ni los Santorini ni tampoco los Salvatore querían a esa escoria en la ciudad. Y a la joven le daba miedo que la impulsividad de Angelo tirara por la borda todo su plan.

Lo observó. Había acudido solo, ni rastro de sus hermanos; Fabrizio y Massimo.

Apostaba lo que fuera a que estaban esperando en algún punto estratégico para el ajuste de cuentas. Una de las ventajas de haberse acostado con Angelo varias veces - gracias a él puso la regla de no repetir el plato, regla que se fue al traste cuando llegó Carlos – era que lo conocía lo bastante para saber cómo pensaba y cómo reaccionaría ante situaciones como aquella.

Y eso era lo único que les daba ventaja. Debían anticiparse y ser más listos o de nuevo perderían la posibilidad de atrapar a ese condenado arlequín.

Como si les hubiera leído el pensamiento, Angelo se zafó con elegancia de las dos mujeres que no dejaban de perseguirlo por todo el salón, para mirar en su dirección y dedicarles una sonrisa retadora.

A Alessandra le dieron ganas de ir allí y patearle las pelotas, pero se contuvo. Tenía que recordar el plan.

—Calculo que habrá más de doscientos invitados. No hay cámaras, al menos no en el salón y la vigilancia está fuera — informó Carlos, escrutando a su alrededor como una pantera a su presa. Mientras, Alessandra se deleitaba contemplándolo sin disimulo.

La temperatura ascendió unas octavas cuando empezaron a aclimatarse al ambiente de la fiesta y él le ofreció su mano, con una sonrisa canalla en el

rostro.

Sus ojos le transmitían todo lo que le estaba vetado expresar con palabras y sabía que no necesitaba permiso para disponer de su cuerpo como si fuera una extensión más del suyo propio.

Elegante y regia, ella lo guio de la mano hasta el centro de la ya considerablemente abarrotada pista. Una sonrisa indecente curvó los labios de la Grimaldi al reconocer la canción: *Apologize* de One Republic.

Y Carlos pensó que no podría haber sido más oportuna. En su opinión, siempre era mejor pedir perdón que permiso. De todos modos, no podían decirles nada por meterse en su papel todo lo posible.

Y, ¿qué diablos? le encantaba mantener esa tensión y el carácter clandestino de lo que tenían era lo que más lo estimulaba. Un loco suicida, lo habrían llamado muchos.

Pero solo quien hubiera probado los labios peligrosos y adictivos de aquella mujer cuya carne era el pecado y la tentación entendería que era imposible resistirse a su piel, a toda ella.

—¿Ves algo sospechoso? — lo sacó de su trance "su esposa", a lo que él negó. Desde esa posición estratégica en el centro de la habitación, podía disponer de una vista privilegiada de todos los invitados.

—No, todo marcha como en cualquier fiesta normal y corriente. Aburrido, incluso. Quizá podríamos romper el hielo, ¿sería muy escandaloso derramar un poco de sangre en territorio enemigo? — bromeó, aunque solo en parte. Él siempre tenía sed de sangre, no importaba cuánto se esforzara por dominar sus instintos. Demasiados años siendo un soldado no se borraban de la noche a la mañana.

La risa vibrante y eléctrica de la joven, que acababa de inclinar la cabeza hacia atrás mientras rodeaba su cintura con la pierna derecha en una sincronía perfecta con sus propios movimientos, aplacó un poco sus demonios.

—Tal vez te tome la palabra pronto. Necesito un poco de adrenalina — admitió, sin dejar de sonreír. Pero ya le parecía a Carlos que todos estaban muy callados del otro lado del auricular y enseguida vinieron más instrucciones que ya sabían.

—Sí, lo sé. Esta es la distracción, padre. ¿Quizá podría colarme dentro si finjo que necesito el baño? — aventuró, dirigiéndose a Carlos. Él lo evaluó.

No había guardias dentro, no. Eran los propios camareros quienes discretamente se habían apostado en cada uno de los rincones que conducían a otras habitaciones. Discreto pero eficaz.

—Arriesgado, sabes que tendrían que pasar por Giovanni y si él...

Se quedó callado a mitad de la frase y antes de que Alessandra pudiera procesar lo que estaba pasando, ya tenía sus labios presionando los de ella con una pasión desbordante que la estremeció de pies a cabeza. Menuda intensidad...

Hasta que vio cómo un hombre de cabello ralo y entrecano, enfundado en un esmoquin demasiado apretado y con una máscara bastante hortera, se acercaba a ellos y lo entendió todo.

Tenían ante sí al mismísimo Giovanni Greco.

Ellos siguieron acaramelados y se comportaron como una pareja de enamorados cualquiera. No debía reconocer a la menor de los Grimaldi o tendrían que aplicar el plan B.

—Buenas noches — saludó el hombre, con unos modales impecables que podrían haber engañado a cualquiera que no le conociera los trapos sucios.

—Buenas noches. El señor Giovanni Greco, ¿no? — inquirió Carlos, intentando ser amable.

El aludido asintió, satisfecho con que le reconocieran.

—El mismo. Sean bienvenidos a la fiesta, ¿con quién tengo el gusto de hablar? Me gusta conocer a mis invitados — manifestó. Y a través de su máscara oscura a Alessandra le pareció atisbar un rastro de sonrisa taimada.

¿La habría reconocido? No, no lo creía.

Pero puede que le resultara familiar.

—Gian-Carlo Moretti — se presentó Carlos, extendiendo su mano hacia el hombre, que la estrechó sin dejar de mirarlo con curiosidad. Lo estaba estudiando, porque eso era lo que hacía con aquellos a los que no conocía, ver de qué forma podía usarlos en su beneficio —. Y ella es mi mujer, Gianna Allegri — añadió, rodeando a Alessandra por la cintura en un gesto acaparador y posesivo que le encantó.

En las pupilas de Giovanni había deseo y algo más, una chispa de familiaridad que a la joven no le gustó nada. Le regaló una sonrisa ingenua y tímida, todo lo opuesto a lo que era ella.

Él parpadeo por una fracción de segundo, confundido. Se felicitó a sí misma en su fuero interno.

—Oh, ¿están casados?

—Aún no, pero pronto lo estaremos. ¿Verdad amor? — declaró él, dejándola sorprendida cuando la besó en la mejilla.

—Claro, cariño — le siguió el juego, satisfecha.

Giovanni no insistió. El recelo había desaparecido.

—Bien, pues les deseo mucha suerte. Espero que disfruten la velada — les deseó, a lo que le reiteraron su agradecimiento.

No tardó en marcharse y Alessandra no pudo contenerse antes de darle un beso a Carlos, clavando sus pupilas con fijeza en las de él para que no dijera nada que pudiera delatarlos ante su padre y el resto. Aquello no estaba en el guion. Pero qué bien sentaba improvisar.

—Ha funcionado. Prueba superada, esperemos ahora a que Giovanni se retire — anunció ella, en cuanto se hubieron separado.

Estaba agitada. Y es que los besos de Carlos eran como una droga para ella y no ayudaba nada que el maldito portara esa puñetera sonrisa arrogante e irresistible en el rostro.

—Mire, Giovanni está hablando con Angelo.

Ella se giró de inmediato al oír aquello. Maldito Salvatore, si echaba a perder sus planes...

Observaron cómo ambos se estrechaban las manos como si fueran grandes amigos. Y poco después el líder de los Greco le pedía que lo acompañara fuera del salón.

Carlos y Alessandra compartieron una mirada de circunstancias. ¿Y ahora qué?

Seguirlos habría resultado arriesgado en grado sumo, porque si cualquiera los descubría merodeando por la casa sin previa autorización, estarían en problemas. Pero no hacerlo implicaba que su plan se fuera fácilmente al demonio. Así que el plan B, improvisar sobre la marcha, parecía el más eficaz en aquel momento.

—Esperemos un poco a ver qué pasa — indicó él, fingiendo llevarse una copa a los labios. El Capo y todos los demás hombres se mostraron de acuerdo. Insistían en que no debían arriesgarse.

A regañadientes, ella accedió. Le costaba quedarse de brazos cruzados sin saber qué diablos estaba pasando ahí dentro, pero por el momento era lo más sensato.

—¿Ese es Andrea Greco? — inquirió Carlos, señalando discretamente hacia el hombre delgado y de aspecto demacrado que hablaba con una joven que estaba de espaldas a ellos. Ella parecía tensa, mientras que él se les asemejó más que nunca a un depredador cercando a su presa.

Los músculos de Carlos se tensaron involuntariamente al ver aquello y Alessandra supo que, si aquello persistía, eventualmente iba a intervenir. Nadie acosaba a una mujer delante de él.

Por fortuna, no hizo falta que acudieran en su ayuda, porque su madre lo llamó con la excusa de que fuera a saludar a unos conocidos, cuando en verdad lo que quería decir era: «no hagas un escándalo aquí o te las verás con tu padre más tarde».

Al menos algo bueno hacía la esposa de Greco. Alessandra la compadecía, a pesar de todo. Tener un hijo como ese...

La mujer les sonrió con agradecimiento desde su lugar, mostrándoles que había percibido sus intenciones de ayudarla. Alessandra instó a Carlos a acercarse.

—¿Estás bien? — inquirió, a lo que ella — que no debía superar por mucho la treintena — asintió.

—Sí, gracias. Ese hombre era muy...insistente — enunció. Y menudo eufemismo. Extendió su mano para presentarse. — Antonella Ricardi, mucho gusto.

Un momento, ese apellido...

Los dos vacilaron y la mujer debió percatarse, porque frunció el ceño.

—¿Ricardi?

—Sí, ah...mi hermana fue asesinada hace veinte años en las fiestas del carnaval, seguro que el apellido les suena de eso — explicó, y aunque la sonrisa seguía ahí ambos pudieron ver cómo flaqueaba y se esforzaba por que su semblante no se empañara de tristeza.

Que lo dijera así indicaba cuántas veces había tenido que ser abordada con lo mismo y la joven no pudo evitar empatizar con ella.

Del otro lado del auricular, reinaba un silencio sepulcral que a Carlos le resultó curioso. Algo le decía que ese primer asesinato veinte años atrás

estaba relacionado con Francesco Ventura...y el secreto mejor guardado de Emilio y Baldassare. Silvina estaba muerta, pero su hermana podía ser una gran fuente de información si lograban persuadirla de manera adecuada.

—Lo lamento de veras, Antonella. No quisiera incomodarte pero conozco el caso y... ¿nunca se supo quién lo hizo? — inquirió Alessandra, con tacto.

La mujer negó, apesadumbrada.

—Nunca, los silenciaron con dinero. Pero...yo estoy convencida de que sé quién — alegó, casi en susurros. Estaba paranoica y atisbaba a su alrededor como si en cualquier momento fueran a ir por ella.

—Díganoslo, Antonella. Podemos ayudarla — aseguró Carlos, más serio que nunca. Aquella podía ser la primera pista real que tenían en años.

Pero Antonella, que estaba demasiado recelosa y paranoica, empezó a negar. La gente a su alrededor bailaba y disfrutaba de la fiesta, pero ella actuaba como si fueran a atacarla de un segundo a otro. Y el comportamiento de Andrea con ella...no les parecía aleatorio. Nada lo era.

—Aquí no. Tomen, mi tarjeta. Llámenme y se lo contaré todo, ¿de acuerdo? Si me prometen conseguir justicia para mi hermana, romperé el silencio que he guardado veinte años, ya no puedo más — clamó, al borde de la histeria. Carlos la sujetó por los hombros, intentando que se calmara.

—Respire, no le pasará nada. Si habla con nosotros la protegeremos. Antonella, solo un nombre y dejaremos que se marche hasta que esté lista. ¿Fue Francesco Ventura quien la mató? — no pudo evitar presionarla. Necesitaba esas malditas respuestas o se volvería loco.

Incluso Alessandra le puso una mano en el hombro, para que se relajara. Estaba intimidando a la pobre mujer.

La soltó de inmediato, apretando la mandíbula.

—No, no...no pronuncie ese nombre aquí. Él...— de repente, sus ojos se abrieron de par en par y se puso pálida como un fantasma. Empezó a

hiperventilar —. Está aquí. Es demasiado tarde, no puedo ayudarles. Solo...tengan cuidado. Yo...tengo que irme — graznó, y echó a correr hacia la salida como un bólido.

Alessandra se quedó de piedra y apenas atinó a mirar en todas direcciones.

Está aquí, había dicho. Pero ¿cómo encontrarlo con tantas máscaras idénticas y ante tal gentío?

Era como buscar una aguja en un pajar.

Giovanni seguía sin aparecer. Tampoco Angelo.

Algo no andaba bien, lo sentían en el ambiente.

Carlos maldijo y habló por el auricular, pidiéndoles a Thiago y los demás que interceptaran a Antonella Ricardi como fuera. Tenían que hablar con ella a como diera lugar, que les contara todo lo que sabía.

Pero no podían marcharse de allí sin atrapar a ese bastardo.

—Espero que den con ella y la convenzan de hablar. Es nuestra única esperanza, Carlos — indicó ella, apurando su copa para calmar los nervios que atenazaban su estómago.

Si tan solo Antonella les hubiera dicho cuál de todos los presentes era ese maldito...

— Lo sé — concedió Carlos, furioso —. Mira, Angelo ya sale — anunció.

Y así era. El mayor de los Salvatore no tenía buena cara.

Su mirada oscura se encontró con la de Carlos y negó con la cabeza sutilmente, dándoles a entender que no había conseguido lo que quiera que buscara.

Giovanni no salió con él, cosa que no hizo sino incrementar la sensación de mal augurio que atormentaba a Alessandra desde hacía rato.

Sin embargo, no podían preguntarle abiertamente acerca de lo que estaba pasando, pues eso levantaría sospechas y nadie podía relacionarlos.

El móvil de Alessandra sonó, indicándole que acababa de llegarle un mensaje.

Salid de aquí cuanto antes, no hay ninguna reunión. Es una trampa.

El mensaje era de Angelo.

Ella se lo tendió a Carlos, que apretó la mandíbula tanto que sus dientes crujieron.

—Sabía que era demasiado fácil, vámonos — proclamó, tomándola del brazo y conduciéndola a la salida a pesar de sus protestas. Ella era testaruda y su orgullo le impedía renunciar tan fácilmente a echarle el guante a ese asesino.

Pero la fiesta estaba llena de gente y de declararse una guerra abierta solo estarían poniendo en peligro a inocentes. Debían hacer las cosas con calma, de acuerdo al plan.

Discretamente, Angelo también empezó a caminar hacia la salida, llevándose consigo una copa de licor de una de las bandejas y apurándola de un trago.

Todo había salido mal...

En la puerta, el segurata se limitó a desearles buenas noches. No había nadie apuntándolos con armas, ni gritos ni amenazas. No era el estilo de Giovanni Greco y seguro que tampoco de la persona que se ocultaba tras la máscara. Alguien tan maquiavélico como para esperar veinte años con tal de ejecutar su retorcida venganza.

—Thiago, ¿tenéis a Antonella? —quiso saber Alessandra, caminando a toda prisa hacia la furgoneta donde los aguardaban, con los dos hombres tras ella.

El aludido se tomó su tiempo en contestar.

—Sí, pero no ha querido soltar prenda — informó, con disgusto.

—*Madonna santísima* — clamó Angelo, con rabia apenas contenida —. Y para colmo he tenido que dejar inconsciente a ese cerdo de Giovanni — al ver que Alessandra le disparaba una mirada de reproche, se defendió —. ¿Qué querías que hiciera, *bella*? No se creyó que quisiera hacer negocios con él y una vez entré a su despacho me atacó. Pobre iluso — bufó, todo ofendido.

Al oírlo, ella tuvo que reír, a su pesar.

—No has debido, ¿qué pasará cuando sus hombres vean las cámaras? Sabrán que fuiste tú — le recriminó, molesta.

—No había cámaras en el despacho *amore*, no soy tan estúpido — replicó, airado.

Carlos puso los ojos en blanco.

—Aun así, ¿cómo supieron lo que tramábamos? Estoy seguro de que Giovanni nos ha reconocido antes — admitió, ya sin el menor atisbo de duda. Alessandra también lo pensaba, pero no tenía respuesta para eso.

Abrieron la puerta y se metieron en el furgón, donde una aterrada Antonella pataleaba para soltarse de los brazos de Demetrio, que la liberó por orden de Alessandra.

—Escucha Antonella, no te haremos daño...solo queremos hablar — intentó convencerla, tratando de que la escuchara. Pero era inútil, tenía demasiado miedo.

—¿Quiénes son ustedes? Déjenme ir, por favor — suplicó, cada vez más alterada.

—No tienes nada que temer, estás con los reyes de Venecia — la calmó Bruno, pero cuando fue a pasarle un brazo por los hombros se apartó, repelida.

—Mi hermana fue asesinada hace veinte años, eso es todo — declaró, contradiciéndose con sus palabras anteriores.

—Eso no ha sido lo que nos has dicho antes, Antonella — acusó Carlos —. No te pasará nada. Te protegeremos, pero...

—No estoy lista para hablar, por favor yo les llamaré — prometió.

Nadie le creyó.

— No podemos dejarla marchar — protestó Alessandra, quien a pesar de su insistencia no tenía muchas esperanzas de que la joven hablara. A leguas se veía que tenía demasiado miedo y no iba a dejarse convencer así como así.

—¿Quieres dinero? ¿Es eso? — inquirió Thiago, listo para preparar un cheque.

Antonella negó, ofendida.

—Nunca le haría eso a la memoria de mi hermana. Solo quiero irme, por favor — suplicó, hiperventilando.

Carlos parecía estar luchando por contener las ganas ingentes de amordazarla y sacarle la verdad con sus métodos menos ortodoxos, pero la mano extendida de su Capo lo detuvo.

—Está bien, vete. Pero si no llamas en dos días iremos a buscarte — le advirtió Emilio, mortalmente serio.

—Sí...sí, señor.

La dejaron salir. Alessandra apretó los puños de impotencia.

Nadie parecía contento, ni siquiera Angelo.

—Esperamos noticias — sentenció Baldassare.

Lo que pasó cuando Antonella Ricardi bajó del vehículo atormentaría a Alessandra mucho tiempo después.

Y es que la Grimaldi apenas tuvo tiempo de ver los ojos de cervatillo asustado de la joven antes de que, veloz como un rayo, un tiro proveniente de las alturas le atravesara la cabeza limpiamente para hacerla caer desmadejada sobre el asfalto.

Gritó, horrorizada.

No fue consciente de nada más que de Thiago y Bruno saltando del coche para atrapar el cadáver justo a tiempo de evitar que otras dos balas les dieran de lleno. Demetrio condujo al límite y todo fueron gritos, caos y discusiones.

Pero Alessandra no podía apartar sus ojos del cuerpo sin vida de Antonella Ricardi, recordando el pánico en ella al decir que él estaba allí. ¿Se refería al asesino? ¿Era Francesco Ventura? Había tantas cosas que no les había revelado y ya nunca más lo haría que no pudo contener las ganas de gritar para desahogarse.

Angelo tenía razón. Era una trampa. Y ellos habían caído.

12

Desde lo alto de la azotea de un edificio adyacente a la mansión de Giovanni Greco, la silueta oscura sonrió y bajó el rifle. La satisfacción lo embargaba por haber logrado cumplir su cometido.

Antonella Ricardi ya no sería un problema para sus propósitos.

Triunfante, observó la furgoneta negra de ventanillas tintadas perderse en la noche como una exhalación. De haber querido, podría haber disparado también a los dos hijos varones de Emilio Santorini, pero aún no había llegado su hora.

Ya faltaba poco para el gran momento.

No le preocupaba la difunta, las balas que había empleado eran lisas; imposibles, por tanto, de rastrear en cualquier autopsia.

Un trabajo impecable digno de alguien profesional. Alguien que había pasado toda su vida preparándose para aquello.

Su móvil vibró, anunciándole que tenía un nuevo mensaje entrante. Lo leyó y sonrió al ver que se trataba de su maestro. Lo esperaba en la fiesta, junto con ese pobre idiota de Giovanni Greco, quien les estaba viniendo muy bien como aliado, eso sí.

Se encaminó hacia allí sin prisas, eliminando de inmediato el mensaje y al llegar – tras haberse cambiado y ocultado el rifle para recogerlo más tarde – le mostró al segurata la identificación falsa que el propio Giovanni le había facilitado a través de su maestro y entró, ajustando bien la máscara en torno a sus facciones.

No le gustaban las fiestas, ni las grandes aglomeraciones. Le resultaban incómodas y claustrofóbicas, no eran su ambiente. Escaneó a todos los presentes con desconfianza a medida que se abría paso hasta el despacho del Greco, donde lo esperaba su maestro. Solo por él aguantaba aquello.

Llamó a la puerta varias veces, a la espera de que le permitieran acceder. Pronto un seco y cadencioso “adelante” le dio luz verde.

Lo primero que vio fue a Giovanni Greco sosteniendo una bolsa con hielo sobre su ojo, allí donde Angelo Salvatore lo había golpeado contra la mesa de su propio escritorio. Había sido una lástima que se hubiera dado cuenta de que era una trampa, tenían grandes planes para él.

Pero no pasaba nada, porque si fallaba siempre tenían un plan b y c...y así hasta completar todo el abecedario. Habían sido veinte largos años de dedicación y sacrificio para que aquello saliera bien.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Se aliarán con los Salvatore y será cuestión de tiempo que lleguen a usted...— estaba quejándose Giovanni, pero enmudeció ante el gesto severo del hombre enmascarado y profundamente imponente frente a él.

—Procederemos de acuerdo al plan, Giovanni. Espera mis instrucciones y ya sabes que si rompes el juramento de lealtad que me procuraste...vendré a por ti.

El hombre se encogió de terror, sin osar siquiera sostenerle la mirada y su maestro asintió, indicándole con un escueto gesto que se retiraban.

La verdadera fiesta para ellos por fin estaba por comenzar. Ya faltaba poco para el gran día.

Mientras tanto solo tenían que sentarse y disfrutar del caos que estaban desatando con su plan maestro.

Un plan tan maquiavélico como la mente que lo había concebido.

13

Los ojos sin vida de Antonella Ricardi parecían clavarse en las conciencias de los presentes con un matiz acusador, como recordándoles que el cadáver que yacía todavía caliente a los pies de aquella furgoneta había muerto por su culpa. De entre todos ellos, particularmente Alessandra era quien peor se sentía, pues sus ansias de respuesta le habían hecho aquello a la mujer.

¿Pero qué podía hacer?

La necesidad de hallar respuestas a todas sus preguntas la tenía sumida en la desesperación y no se arrepentía de sus acciones.

Si tan solo hubieran podido convencer a Antonella para que hablara, al menos su muerte no habría sido en vano...

—Esto no tenía que acabar así — se lamentó Thiago, poniendo voz a los pensamientos de todos.

—Desde luego — estuvo de acuerdo Bruno —. ¿Cómo sabía que ella aparecería allí y que nosotros intentaríamos llevárnosla?

—Probablemente hizo que Giovanni le enviara una invitación, no se le escapa una — intervino Baldassare, muy tenso y rígido. Evitaba mirar a la difunta a toda costa.

—Sí — reconvino Emilio, pensativo —. Debemos llevar a esta mujer al instituto anatómico, que todo sea discreto. Giulio sabrá que hacer.

Giulio era su hombre de confianza allí. Nunca estaba de más tener aliados en todas partes.

Demetrio condujo hasta allí en silencio. Nadie tenía muchas ganas de hablar después de aquello.

La sensación amarga de que, no importaba lo que hicieran, siempre iba un paso por delante de ellos no hacía sino incrementarse.

Era como estar en una pesadilla.

—Esperad en el coche — pidió el Capo, a Alessandra, Carlos y Demetrio.

Nadie replicó. Tampoco es que tuvieran muchas ganas de acompañarlos.

—Angelo Salvatore... ¿te fías de él? — inquirió sin rodeos Carlos, en cuanto se hubieron quedado a solas.

No le preocupaba Demetrio, él era de confianza.

Si Alessandra se sorprendió por la pregunta, desde luego no lo demostró.

—¿Por qué? ¿Sospechas de él? —Más que una pregunta, era una afirmación. Lo conocía bien y sabía que no le agradaba el capo de la camorra.

—Vino a la fiesta cuando quedamos en que no aparecería, es el único que ha estado a solas con Giovanni Greco, por lo que bien podría ser el asesino o su cómplice y estar haciendo esto para despistarnos. Y solo tenemos su palabra como prueba, tú dirás si tengo motivos — espetó, molesto sin saber por qué.

La respuesta de la Grimaldi se hizo de rogar, pues estaba sopesando sus palabras.

—Si fuera él, ¿por qué avisarnos de que nos habían tendido una trampa? Entiendo tus sospechas, yo misma lo he pensado — aclaró, al percatarse de su mirada torva —. Pero tenemos que pensar con cabeza fría. Angelo es impulsivo, era obvio que no se iba a quedar de brazos cruzados después de que Giovanni confraternizara con uno de sus hombres. Lo demás es una casualidad, de lo contrario no nos estaría ayudando — aseguró, tan convencida que Carlos no supo con qué argumentos replicar. Aunque le jodiera, llevaba razón.

Lo que salió de su boca fue totalmente inesperado, hasta para él mismo.

—¿Cuánto tiempo fuisteis amantes?

—¿A qué demonios viene eso? — replicó, tan irritada como sorprendida por la pregunta.

—Bueno tengo curiosidad, parece que lo conoces bien. Contesta a la pregunta —él se mantuvo en sus trece, haciéndola resoplar de disgusto.

A Demetrio, que los había estado observando, se le escapó una risa divertida, pero se hizo el despistado cuando ambos se giraron para fulminarlo con la mirada.

—Como si no estuviera aquí, no os cortéis — bromeó.

—Cállate — ordenó Carlos y levantó las manos con rendición.

—Tres meses — contestó Alessandra, cuando ya pensaba que no lo haría —. Sabíamos que estaba mal porque nuestras familias eran enemigas y eso lo hacía todo más excitante, así que...— se encogió de hombros mientras bajaba la ventanilla para expulsar el humo del cigarro que se había encendido.

Carlos le robó uno y ella sonrió, encendiéndoselo.

—Pero se acabó — completó por ella, que asintió.

—Sí, seguimos caminos diferentes. Él mató a su padre por el poder y yo... necesitaba nuevas emociones, así que no estés celoso, soldado.

Sus últimas palabras lo hicieron estallar en carcajadas.

—No son celos, es cuidar lo que es mío — declaró, con una seguridad que la descolocó un poco.

—¿Soy tuya? — repitió, con algo de acidez.

Él no vaciló.

—Sí.

—Bien, porque tú también eres mío — proclamó y lo habría besado sin importarle nada si en ese preciso instante Demetrio no hubiera silbado para anunciarles la vuelta de los demás.

Se separaron de inmediato, no sin cierta reticencia. Hacía mucho que no tenían un encuentro en condiciones los dos solos. Con todo lo sucedido, había sido imposible.

Todo había cambiado.

—Ya está arreglado — les informó Emilio —. Lo harán pasar por un infarto, ni siquiera saldrá en el noticiero. Giulio es muy accesible.

Había orgullo en su tono. Sabía que podía comprar a quien quisiera cuando lo deseara. No en vano, era la ley en la ciudad.

—Bien, al menos hemos podido solucionar el problema — convino Bruno, pero no parecía nada contento —. Pero esa pobre chica...su hermana fue asesinada también, así que no queda nadie que le pueda llorar — comentó, apesadumbrado, y esa certeza los sacudió con el peso de una losa.

—No hemos podido evitarlo, es mejor no pensar en ello — repuso Angelo, sin mucha afectación.

Alessandra, recordando las palabras de Carlos, no pudo evitar ser incisiva. Mantenía su palabra de que no creía que fuera el cómplice, pero sí les debía algunas explicaciones.

Él le dedicó una mirada acerada y sardónica antes de contestar, con tono claro y pausado.

—Al principio pensé en seguir el plan, de verdad...pero luego me di cuenta de que existía la posibilidad de que no pudierais acceder al despacho de Giovanni y en cuyo caso, todo se iría al traste. El plan B era demasiado arriesgado si, efectivamente como ha sucedido, estaban esperándonos. Así

que pensé que nadie me esperaría a mí y sería más fácil tomarlos por sorpresa. Por eso lo hice — aclaró, sin asomo de arrepentimiento.

Tenía razón, debían admitirlo.

—Podríamos habérmolas arreglado — se mantuvo en sus trece Alessandra, por puro orgullo.

—Ni por un segundo he dudado de vuestras capacidades — aseguró él, divertido.

Era tan estimulante ser de los pocos que se percataba de la complicidad de ese par...Bruno también estaba al tanto y no le agradaba, Marcello parecía resignado, Demetrio – como él – se lo pasaba en grande y Baldassare, Thiago y Emilio estaban demasiado ciegos para ser hombres tan inteligentes.

—Aun así Angelo, procura que cuando me des tu palabra sea para cumplirla — espetó el Capo, molesto. No le gustaba que lo desobedecieran.

Angelo inclinó la cabeza.

—No volverá a suceder.

A Alessandra le habría gustado creerlo, pero sabía lo voluble que era y eso la hacía a dudarlo mucho.

—¿Tus hermanos no han venido contigo? — quiso saber Thiago, algo extrañado por el hecho de que ni Massimo ni Fabrizio se hubieran unido a la fiesta.

—No, hemos...tenido unos problemillas en Sicilia. Nada que deba preocuparos, ya está solucionado. Pero os envían saludos — explicó, sin darle mucha importancia.

—En ese caso, espero que no se repitan esos problemas. Ahora somos socios, si necesitáis cualquier cosa ya sabes dónde estamos, has probado tu lealtad — concedió, complacido.

Angelo sonrió y reiteró que era mutuo.

Lo dejaron en su hotel, en pleno centro y pusieron rumbo de vuelta a la mansión.

Había sido una noche intensa, pero lo que todavía no sabían era que las sorpresas no se habían acabado.

Al llegar les esperaba otra.

Donna llamó para avisar de que Dante había llegado hacía poco, con un disparo en el hombro.

Alguien le había tendido una emboscada al llegar a Palermo. Los proveedores estaban muertos y de no haber sido por todos sus escoltas, que lo protegieron, le habrían agujereado el cuerpo como a un colador.

Emilio puso el grito en el cielo y Baldassare parecía no ser capaz de soportar otra mala noticia.

Demetrio hizo derrapar las ruedas cuando llegaron y bajaron en tropel. Marcello se apresuró en ir a por su instrumental. Chiara los estaba esperando, asustada al ver la herida de Dante.

Era demasiado joven y todavía no estaba acostumbrada a aquello.

Mauro le había preparado una tila y ella se la bebía a pequeños sorbitos.

Donna se había encargado de hacerle un torniquete improvisado en lo que llegaban, una reacción bastante eficaz que le había evitado males mayores. Pero la bala seguía dentro.

—Chiara, cariño, sube a tu cuarto. Dante va a estar bien, Marcello se ocupará — la tranquilizó su padre, depositando un tierno beso en su frente.

Ella asintió, aun sin tenerlas todas consigo.

Una parte de ella se moría de ganas por preguntarles cómo les había ido en esa fiesta, pero no se atrevía. Sabía que le saldrían con que era una niña y

estaba mejor sin saberlo. No lo soportaba.

—Mauro, ve con ella — le encargó entonces su padre, confirmando sus sospechas. ¿Cuándo sería el día en que la trataran como a una adulta?

Viéndolo por el lado bueno, al menos podría conversar con Mauro hasta caer rendida. Últimamente pasaban cada vez más tiempo juntos y se sentía cómoda con él.

—No te preocupes hermana, ya estamos aquí. Estamos bien — la calmó Thiago, estrechándola entre sus brazos.

Ella amaba a sus hermanos por igual, pero tenía que confesar que Thiago era su debilidad por la manera en que siempre la consentía.

Bruno, con una sonrisa mucho más luminosa de las que solía dedicarle, se acercó para tomarla en brazos como cuando era niña, haciéndola reír y distraيéndola así de la tensa situación que estaban viviendo.

—Te has aficionado a trasnochar ¿eh? Estoy orgulloso — bromeó, besándola en la mejilla —. Pero ya es tarde, será mejor que duermas algo. Anda, ve tranquila.

—Bien, pero aun así...debéis cuidaros. Si ese hombre ha podido hacerle eso a Dante es más peligroso de lo que papá quiere admitir.

Los dos asintieron, con una mueca de amargura.

Hasta Chiara se daba cuenta...

La vieron perderse escaleras arriba con Mauro tras ella.

Esperaban que pudiera descansar algo. Iba a ser la única que lo haría.

En la habitación de Dante, Marcello había dispuesto todo el material necesario para la extirpación de la bala. Estaba preparando la anestesia, cuando Emilio no se aguantó y a pesar de las protestas de su ahijado, entró en la estancia exigiendo explicaciones.

—Está convaleciente, Emilio. Deberías esperar...

—¡No podemos esperar, maldita sea! — bramó, con los ojos en llamas.

Cada vez tenían más frentes abiertos y empezaba a verse superado. Aquello era inaudito.

—Tiene razón, os diré lo que sé. Tráeme una botella de whisky, Baldassare — le pidió al sottocapo, que fue a por ella.

—¿Estás loco? Tengo que ponerte la anestesia... — protestó Marcello.

—No te preocupes por mí, puedo soportarlo — aseguró, mordiendo una almohada cuando él, por orden de Emilio, empezó a trabajar. La bala estaba bien incrustada, por lo que iba a tener que pinzar bastante para sacarla.

—Cuando llegué...López y sus hombres nos esperaban en el punto de encuentro con la mercancía — apretó los dientes a medida que el dolor se iba incrementando y se apresuró a tomar un poco de la bebida que le tendía Baldassare, antes de seguir —. Juro que no lo vi venir. Salieron...de la nada. Hombres con pasamontañas empezaron a disparar. Se desató un tiroteo y a duras penas pude escapar. Tenemos seis bajas...pero pude ver un tatuaje.

—Describemelo — pidió, impaciente.

Marcello se enjugó el sudor de la frente. Ya casi estaba...

—Un diablo rojo.

Los dos hombres explotaron en maldiciones.

—Ya está — anunció el Grimaldi, aliviado. Dante se dejó caer sobre la cama, exhausto. Pensó que no lo contaría, pero allí estaba. No era tan fácil deshacerse de él.

—¿Qué significa? —inquirió Marcello, confuso. Ahora eran Emilio y Baldassare quienes apuraban el líquido ambarino, para pasar el mal trago.

Fue su padre quien respondió.

—Está creando su propio ejército de sicarios. La muerte del maestro Santino solo es otra señal más de que su poder se va expandiendo en la ciudad. No podemos dejar que se siga haciendo fuerte, que se crea con el derecho de atacarnos en nuestro territorio. Tenemos que cazar a esos diablos como sea— proclamó, con rabia.

—Hablaré con Carlos y Demetrio, ellos saben de primera mano cómo es esto. Ahora descansa, Dante. Ya hablaremos mañana — añadió Emilio, con una calma peligrosa.

Este asintió, a punto de sumirse en el sopor

Sin embargo, las últimas palabras de su Capo lo detuvieron. Inclinado sobre su lecho, este le hizo la pregunta que llevaba tiempo queriendo formular.

—No hay secretos entre nosotros. Porque sabes cuál sería el precio, ¿no es así?

—No, Emilio. No hay secretos, mi lealtad está contigo — afirmó, sin vacilar.

Solo cuando los tres se retiraron y la puerta se hubo cerrado, dejándolo a solas, la sombra de la duda apareció en su semblante.

Venecia amaneció con una tormenta impía castigando sin piedad calles y canales.

Mal día para salir en busca de respuestas. Pero eso no detuvo a Carlos.

Le habían encomendado hacer hasta lo imposible por obtener la información que necesitaban y no pensaba volver a la mansión sin ella.

Demetrio lo acompañaba. Entre los dos hallarían respuestas de la manera en que fuera necesario.

Acababan de alquilar un *vaporetto* que navegaba las aguas embravecidas a una velocidad irrisoria. Carlos resopló, no le quedaba de otra más que armarse de paciencia.

—¿Crees que lograremos que alguno hable? — inquirió Demetrio, encendiéndose un cigarrillo y ofreciéndole otro, que se apresuró en tomar. Fumar siempre le calmaba los nervios y últimamente volvía a tenerlos a flor de piel. Todo por culpa de una italiana testaruda y caliente.

—Me dejo de llamar Carlos si no. Tú mejor que nadie sabes que con dinero y buena persuasión se consigue todo — replicó, seguro de sí mismo.

Su compañero tuvo que darle la razón.

—Pues empecemos por este buen hombre, porque si no me temo que no llegaremos ni para la hora de comer — apostilló, con humor.

El otro estuvo de acuerdo y le tendió un fajo de billetes. No tenía que preocuparse por ser disimulado, ya que aparte de ellos a bordo solo viajaba otro pasajero; un pescador que estaba demasiado borracho como para mantener los ojos abiertos más de cinco segundos seguidos, así que no sería un problema.

—Encárgate tú, no estoy de humor — admitió, lo que hizo reír a su compañero.

—¿Y cuándo lo estás? — bromeó, ganándose una mirada fulminante por su parte. Pero lejos de intimidarlo, solo lo divirtió más.

Ya estaba acostumbrado.

Tal y como habían previsto, en cuanto el capitán vio la cuantiosa suma que le ofrecían, estimuló el timón con tanto vigor que no tardaron en llegar a su destino: la isla de Burano.

Allí, a tan solo cuarenta minutos, en una pequeña casa humilde de pescador, vivía el hermano del difunto maestro Santino. Esperaban que pudiera proporcionarles algo de información.

Demetrio sabía que —a pesar de lo diferentes que eran los oficios de ambos — los dos hermanos estaban en contacto y Donato era su confidente.

Ojalá pudiera serles de ayuda, porque llegar hasta los diablos rojos a los que estaba reclutando el asesino del carnaval — o alguien en su nombre— sin ayuda iba a ser mucho más complicado.

No estaban tratando con novatos, sino con profesionales casi tan experimentados como ellos.

—Hemos llegado — anunció el capitán, con los ojillos brillando de emoción por la generosa propina que le habían dado con tal de que aligerara el camino.

—Bien, si vuelves en una hora para recogernos te daré más de esto — afirmó Carlos, sabiendo que era una oferta que ese hombre jamás rechazaría. Y no se equivocó.

Tras asegurarles que allí estaría, zarpó de nuevo con el pasajero a bordo — que al parecer tenía otro destino — y se perdió en el horizonte.

Burano los recibió con todo su encanto pintoresco. Los pocos isleños con los que se toparon se les quedaban mirando con miedo y recelo, pues no

todos los días pasaban por allí hombres vestidos de negro y con la mirada tan oscura e intimidante como ellos, por no hablar de que sus armas eran bien visibles desde su cinto.

—¿Dónde está la casa de Donato Caprisi? —preguntó Demetrio, con amabilidad.

Al final, un anciano se armó de valor para responderles y les dio la dirección, antes de que su esposa prácticamente lo arrastrara lejos de ellos.

Carlos sonrió con satisfacción. Disfrutaba que la gente lo temiera y no se cortaba en demostrarlo. Demetrio era más discreto.

—Más vale que el viejo sepa algo, porque ya me tocaría los huevos haber hecho el viaje para nada — espetó el mexicano, de mal talante. Su compañero rio.

—Pero las vistas han sido agradables.

—No hemos venido a hacer turismo — gruñó, mirándolo mal.

El pelirrojo se encogió de hombros, haciéndole muecas burlonas cuando no lo veía.

Sin duda, eran un dúo peculiar.

La casa de Donato estaba situada casi al borde de un pequeño promontorio en el centro de la isla, con unas vistas impresionantes de la laguna de Venecia septentrional, cuyas aguas azuladas y apacibles invitaban a sumergirse.

Pero no estaban allí para admirar el paisaje.

Carlos, haciendo gala de sus modales cáusticos y su impaciencia nata, fue a forzar la cerradura. Pero su amigo, al percatarse de sus intenciones, lo detuvo.

—No seas bruto hombre, vas a asustar a ese pobre anciano. Llama a la puerta.

El otro resopló, molesto.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan considerado? — espetó, incrédulo.

—Podría ser mi abuelo...si lo hubiera conocido — replicó, tan serio que Carlos no supo si lo decía en serio o se estaba quedando con él.

Al final le hizo caso, a regañadientes.

También dejaron las armas guardadas. Salvo que al entrar vieran algo sospechoso, no les convenía que al pobre hombre le diera un infarto al verlos.

—¿Sí? ¿Qué desean? — inquirió una vocecilla apagada desde el interior. Supieron que los estaba observando por la mirilla.

—Buenos días señor Caprisi, somos amigos de su hermano Santino... ¿nos permitiría pasar para hacerle unas preguntas? Solo queremos charlar — declaró Demetrio, con amabilidad.

Hubo un tenso minuto de silencio en el que Carlos ya se estaba preparando para forzar la cerradura, pero entonces el hombre les abrió la puerta, revelando una estancia pequeña pero acogedora.

—Pasen, por favor, ¿en qué puedo ayudarles? — los invitó el hombre, servicial.

Demetrio tomó asiento cuando se lo ofreció, pero Carlos permaneció de pie inspeccionándolo todo. No podía evitarlo. No se fiaba de nadie.

—No se preocupe, mi compañero es un tanto...peculiar. Pero es inofensivo — lo tranquilizó Demetrio, con una mentira piadosa que a punto estuvo de arrancarle una carcajada al aludido.

Los dos se presentaron por sus nombres y les pareció detectar una chispa de familiaridad en el hombre, como si su hermano le hubiera hablado de ellos.

—No queremos quitarle mucho tiempo, señor. Mire, nosotros fuimos alumnos de su hermano. Nos entrenó un tiempo — le explicó, tomando asiento finalmente al no hallar nada sospechoso. El hombre estaba totalmente desvinculado de esa vida, solo era un humilde pescador.

—Entiendo, pero no veo cómo podría yo ayudarles, joven...supongo que lo saben, pero yo no tenía nada que ver con sus...actividades — les aclaró, apesadumbrado.

—No, pero sabemos por boca de su difunto hermano que lo visitó recientemente para ponerse al día, así que algo debió contarle — replicó Carlos, con sequedad.

Por lo que había conocido a Santino, no le cabía duda de que él sabía que podía morir a manos del asesino del carnaval en cualquier momento y debió compartir lo que sabía con alguien. Estaba seguro de que ese alguien era su hermano.

El semblante del hombre mutó ante sus palabras y le dedicó una pequeña sonrisa, como impresionado por su sagacidad. Supo entonces que había acertado y Donato no era tan ingenuo como parecía.

Tal vez no participaba en los negocios, pero tampoco los desconocía por completo.

—Muy astuto chico, mi hermano me contó en su última visita que las cosas estaban tensas...constantemente recibía amenazas para que se marchara lejos. Alguien quería disponer de sus sicarios. Pero esa era su vida y Santino no quiso dejarla, a pesar de que conocía las consecuencias, claro — reveló, con pesar.

Carlos asintió, con el cerebro trabajando a mil por hora.

—¿Y qué hay de la fidelidad de sus hombres? — quiso saber Demetrio —. Porque, como sabrá, solo le juramos lealtad hasta que alguien nos encomienda un encargo, aunque nunca nadie ha ido en contra de su propio mentor. Al menos que yo sepa.

Sería una traición imperdonable, hasta para ellos. Al parecer, alguien lo había hecho. Pero había cientos... ¿quién podía ser el traidor?

—Ignoro si alguien pensaba jugarle sucio. Él solo me dijo que si le pasaba algo, seguramente algunos de sus hombres más leales vendrían a por respuestas y me dejó un mensaje.

—¿Y qué decía ese mensaje? — se impacientó Carlos.

El anciano suspiró, cansado.

—Os lo mostraré, acompañadme, por favor — pidió, como si quisiera acabar con aquello de una vez —. En los últimos años de su vida, mi hermano se obsesionó con reunir pruebas...que la policía recibió instrucciones de pasar por alto — explicó.

—¿Qué tipo de pruebas? — quiso saber Carlos.

—Yo solo sé lo que mi hermano me contó. Que Ludovico Santorini estaba muy interesado en que ese caso, del asesinato de la chica hace veinte años en el carnaval, se silenciara.

—¿Tal vez porque fue su hijo bastardo quien la mató? — aventuró Demetrio, atando cabos con lo que Carlos le había contado.

—Lo ignoro, Santino no me dijo nada de eso.

—Pero, ¿por qué él estaba tan interesado en destapar aquello? No lo entiendo — se frustró Carlos, incapaz de conectar las piezas en su mente. Algo faltaba para completar aquella locura.

—Porque Silvina era su hija — confesó, dejándolos a los dos mudos —. Mi sobrina... nació de un amorío secreto entre mi hermano y una joven isleña que, cuando supo a lo que él se dedicaba, se alejó y no quiso que él diera el apellido a la niña. La crio sola y lo dejaba verla una vez al mes. Mi hermano lo pasó mal, pero nada comparado con lo que sintió cuando se la arrebataron. Me sorprende que no os hablara de eso, puso a sus hombres a buscar por todas partes a ese miserable. Claro que eso fue durante los

primeros años, vosotros sois muy jóvenes para eso — relató, con amargura — él siempre estuvo convencido de que fue ese miserable de Francesco, pero nunca pudo probarlo — escupió, con amargura.

Los dos mercenarios, que habían escuchado la historia con asombro, compartieron una mirada cómplice. Ahora sí que empezaba a tener sentido todo aquello.

—¿Por qué estaba tan convencido? ¿qué relación tenía su hija con ese Francesco? — le preguntó Carlos, rascándose el mentón.

El hombre lo miró como si fuera obvio.

—Era su prometido, claro.

Se extrañaron.

—¿Pero no estaba obsesionado con Constanza de Grimaldi?

Donato lo desdeñó con un gesto.

—¿Quién te ha contado esa patraña, jovencito? No, si por una chica se pelearon Emilio Santorini y su hermano bastardo, Francesco Ventura, fue por mi sobrina Silvina. Baldassare y Constanza eran novios por aquel entonces y nada tenían que ver con aquello excepto por ser los mejores amigos de la pareja y odiar a Francesco porque no los dejaba en paz — desveló el hombre, arrojando algo de luz a sus pesquisas.

Ahora lo entendía. Emilio quería evitar a toda costa que el nombre de Silvina Ricardi saliera a la luz y había incitado a su sottocapo a mentir... algo muy vil.

Carlos supuso que por aquel entonces o bien no conocía a su actual esposa, Donna... o le estaba siendo infiel con Silvina.

—¿Entonces Francesco no fue expulsado de la fábrica por acosar a Constanza? — quiso asegurarse Carlos.

La negativa del anciano no se hizo de rogar.

—Diablos, no. Aquello fue un escándalo en su momento. Francesco quiso robar todo el dinero una madrugada, para raptar a nuestra Silvina y llevársela lejos de Emilio. Pero él lo sorprendió y enloqueció. Le dio tal paliza...lo recuerdo bien. El difunto Ludovico tuvo que pararlo y para evitar que su primogénito acabara matándolo lo echó y lo desterró de Venecia. Eso lo desencadenó todo, porque ese loco debió pensar que si él no podía tener a Silvina nadie más lo haría y a la noche siguiente, el décimo día del carnaval...ya sabéis la desgracia que ocurrió.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en aquella tragedia.

—Lo lamento, Donato — se mostró compasivo Demetrio —. ¿Y dieron por muerto a Ventura? — alegó al poco.

—Sí. La versión oficial fue un incendio en su casa, un accidente. Pero la verdad fue que Emilio y Baldassare, con ayuda de Dante, lo quemaron vivo. Sin embargo, no debieron quedarse hasta el final...porque logró escapar y ahora aquí está, buscando cobrar su maldita vendetta — proclamó, con odio.

Eso explicaba su mala conciencia...

Entonces Carlos cayó en la cuenta de algo.

—Oiga, ¿y qué pasó con su otra sobrina, Antonella?

Tenía curiosidad, pero la respuesta del anciano lo dejó descolocado.

—¿De qué otra sobrina hablas, Carlos? Mi hermano no tuvo más hijos.

Fue categórico.

—¿Qué cojones...? —Entonces lo entendió y se echó a reír, intentando calmar su furia —. Era una farsante. Muy astuto...— gruñó, entre dientes. Demetrio le puso una mano en el hombro para que se tranquilizara y Donato lo miraba con los ojos abiertos de par en par, sin comprender.

Ese Francesco era un perro inteligente, debía admitirlo. Pagarle a una actriz para que los engañara haciéndose pasar por la hermana de la difunta para contarles a saber qué mentiras.

Pero recordaba bien la reacción de la mujer y no le pareció que estuviera fingiendo. Tal vez se arrepintiera de lo sucedido. O tal vez, a juzgar por el hecho de cuál fue su final, no fue él quien le pagó. Pero entonces, ¿quién?

Allí quedaban más cabos sueltos y sentía que se estaba volviendo loco.

—Me temo que no te entiendo...— se apuró el pobre hombre, a lo que él le restó importancia.

—No se preocupe, ya tenemos lo que queríamos. Deme la caja, por favor — le pidió, ansioso por echar un vistazo a esas pruebas que contenía.

El hombre obedeció, sacando de un baúl una pesada caja sellada con un celo extremo. Obra de Santino, seguramente.

—Gracias — expresó Carlos, con sinceridad. Aquello les sería de mucha ayuda —. ¿De casualidad sabe si su hermano tenía datos de los hombres a los que entrenaba? — inquirió, pensando en las palabras de Donato hacía un rato y en la certeza de que el maestro había criado a una víbora en su seno. Necesitaban atrapar al cómplice de ese bastardo, a quien era sus ojos y oídos en la ciudad.

Ya estaba descartando a Dante, porque no cuadraba. ¿Quién podía ser?

Aquello era muy bizarro.

—No...él...

No llegaron nunca a conocer la respuesta de Donato, porque en ese preciso instante una ráfaga de disparos retumbó en la casa, destrozando la cristalera de la ventana.

—¡Agáchese! — gritó Carlos, intentando llegar hasta el anciano, que se había alejado unos pasos, aterrorizado. Los suficientes como para que, a

pesar de sus esfuerzos, no pudiera llegar hasta él a tiempo de evitar que la bala le perforase limpiamente el corazón.

Con la ira bulléndole en las venas, cargó su *Sig Sauer p365* e importándole una mierda exponerse, salió de la casa - con Demetrio gritándole que estaba loco a sus espaldas - listo para acribillar a los tiradores.

Para descubrir que aquello había sido obra de un enmascarado, vestido con ropas negras, que parecía joven y lo saludaba con la mano, al borde del promontorio.

Estaba listo para dejarse caer y él tenía que evitarlo si quería sacarle alguna información.

Disparó a su pierna.

Justo cuando el maldito saltaba.

Aun así, la bala le dio de refilón y pudo percibir cómo su pantorrilla sangraba mientras corría hacia delante para evitar que cayera, respirando como una bestia por el esfuerzo.

Estuvo a punto de rozarlo con los dedos y soltó un grito de pura frustración al ver que se le había escapado en sus narices.

Demetrio lo sujetó para alejarlo del borde del promontorio.

—¡¡Casi lo tenía joder!! — aulló, desquiciado, forcejeando.

—Cálmate, no has podido hacer nada. Tenemos la información, conocemos la historia. Algo se podrá hacer, tranquilo — lo intentó aplacar, con dificultad.

Al final tuvo que ceder, pensando cómo demonios habían sabido que irían allí. ¿Tal vez lo tenían vigilado? Tenía sentido sabiendo que poseía información tan valiosa.

—No he podido evitar que muriera — dejó salir su impotencia, al volver dentro y ver el cuerpo sin vida del anciano. Pero habría perdido la vida

igual, le estaban siguiendo el rastro. Solo era cuestión de tiempo.

—Al menos nos ha ayudado a estar más cerca de la verdad — intentó confortarlo Demetrio.

—¿Por qué no nos ha disparado a nosotros? — se preguntó en voz alta, todavía rabioso —. Sabe que tenemos la caja. No lo entiendo...

—A lo mejor quiere seguir jugando con nosotros. Es un enfermo — aventuró Demetrio.

—Es posible — concedió Carlos, tenso. Algo le decía que había algo más —. Bueno, vamos a ocuparnos de él. No podemos dejarlo así.

Lo enterraron allí, en el exterior de su casa. Esperaban que tanto él como su hermano pudieran descansar cuando atraparan a los causantes de su desgracia.

Alessandra terminó de enfundarse en un vestido *fucsia* de manga larga, con desgana. Al parecer Luca Ferragni no sabía aceptar una negativa y se había presentado allí aquella mañana, insistiendo en que le aceptara una invitación a comer.

Y, a pesar de su reticencia, no le había quedado más remedio que ceder. A los enemigos había que tenerlos bien cerca, después de todo ese era su lema.

Así que, con esa determinación en mente, se obligó a poner buena cara mientras soportaba la compañía del que presumía de ser su futuro esposo.

A los hombres como él era mejor hacerles creer que tenían el control, para que así se confiaran y poder manipularlos a su antojo. Ella había tratado con muchos así a lo largo de su vida y estaba acostumbrada, así que sabía exactamente qué decir y hacer para que su masculinidad se viera complacida y su ego le cerrara los ojos ante la realidad que tenía delante.

Ella no era de nadie. Mucho menos de un pobre don nadie que había tenido que recurrir a un patética treta para comprarla, porque no tenía lo que se necesitaba para conquistarla por méritos propios.

Todavía no conocía lo que había detrás de sus verdaderas intenciones. Y ya iba siendo hora de ponerse manos a la obra.

Luca la había traído a un restaurante extremadamente exquisito y lujoso, en pleno corazón de la ciudad y con unas vistas privilegiadas. Pero ni eso, ni su compañía le estaban resultando en absoluto placentera a la joven.

—¿Por qué estás tan callada, *amore*? ¿No te gusta el lugar? Podemos ir a otro...— inquirió el hombre, percatándose de su apatía.

Alessandra forzó una sonrisa y se limpió los labios rojos con delicadez usando el borde de su servilleta. Ni siquiera tenía ganas de comer.

—No, está muy bien. Es solo que...no me siento del todo bien. Te dije que no era la mejor compañía — replicó y había un velado reproche en su tono. Si por ella fuera ni siquiera estaría allí perdiendo su tiempo con él.

—Lo comprendo, de veras. Por eso no te pediré más de lo que puedas darme — aseguró, tomando su mano y besándola con gentileza en un gesto que la sorprendió.

Se mostró dulce, esperando el mejor momento para poner en marcha su juego. No le cabía duda de que caería.

—Eres todo un caballero, Luca Ferragni — lo halagó, sabiendo que lo primero que tenía que hacer para que se relajara era elevar su ego.

Y la sonrisa deslumbrante que le dedicó mientras se llevaba su copa de vino a los labios hablaba por sí sola.

—Y tú una mujer magnífica. ¿Qué te parece si brindamos por eso? — propuso, a lo que ella accedió.

El tintineo del cristal entrechocando fue una tregua tácita.

Lo necesitaba receptivo y de su lado.

—Tienes mejor aspecto, sabía que salir te sentaría bien — convino, haciéndose el listillo. Ella se esforzó por no perder la sonrisa y asintió, dócil y sumisa como a él parecía gustarle —. Cuéntame algo de ti, conozcámonos mejor — le pidió, con aparente inocencia.

Demasiado impostada como para ser genuina.

Algo buscaba.

—Oh, pero tú ya sabes mucho sobre mí — rebatió, dirigiendo la conversación en su favor —. Lo justo es que me cuentes algo de ti.

Por una fracción de segundo, algo oscuro asomó a sus ojos, pero enseguida se recompuso.

No lo suficiente deprisa para que ella se diera cuenta de que había dado en el clavo. Bien.

—¿Qué quieres saber?

Bingo, se felicitó para sí.

—Oh, pues ¿dónde estudiaste? ¿Qué hay de tu familia? Solo conozco a tu padre. ¿Y desde cuándo tienes este...interés en mí? —aventuró, dándole un bocado a su trozo de carne. De la misma manera pensaba devorarlo a él como le diera la oportunidad y no en el buen sentido.

Era experta en quitarse de encima estorbos indeseados.

—Me licencié en Harvard, derecho penal. Pero no he tenido ocasión de ejercer, ya sabes...los negocios de padre me han tenido ocupado. Respondiendo a tu otra pregunta, mi madre murió de cáncer cuando yo era pequeño, así que solo somos mi padre y yo y me fascinaste desde que nos encontramos de casualidad en un hotel en Roma, hace siete meses. Ibas acompañada de dos hombres y estabas ebria, así que chocaste conmigo...y me fleché.

Lo relató todo sin pestañear siquiera, mirándola con una fijeza inquietante.

De momento, tenía que darle créditos en que desde luego, si era mentira, era muy bueno. Y si no...aun así seguía sin gustarle.

—Lamento lo de tu madre —. Era sincera en eso — Y sí, hicimos un trío esa noche. Dos hermanos franceses, siempre he sido bastante liberal y no me gusta que me corten las alas. Nada más lejos de tu intención, espero — dejó caer, apurando su vino con deleite ante la expresión perpleja que él esgrimía.

Tuvo que tomarse unos minutos para contestar, pues lo había dejado sin palabras. Solía tener ese efecto.

—Naturalmente. Todo lo que pido es fidelidad y una oportunidad para hacerte feliz.

Era imposible que se creyera las patrañas que soltaba por esa boquita.

Pero el maldito era bueno y supo que no se delataría tan fácilmente, fueran cuales fueran sus intenciones.

Aun así, no se rindió.

—¿Crees que podremos ser felices aquí? Con todo lo que está pasando últimamente, no sé...hay tanta inseguridad que temo por mi familia — se sintió estúpida por hablar como una chiquilla miedosa, pero estaba claro que a Luca le gustaban así y quería congraciarse para que bajara la guardia.

—No tienes que preocuparte por eso, jamás permitiría que te pasara nada — juró, con determinación. Y vaciló, antes de añadir —. Verás, tengo una segunda residencia en Milán. Podríamos irnos una temporada si así lo consideras, hasta que las aguas se calmen — ofreció.

Así que una residencia en Milán...

Alessandra tomó nota mentalmente para decirle a Demetrio y a los demás que lo investigaran.

—Es todo un detalle por tu parte — se obligó a decir, bailándole el agua —. Pero prefiero esperar a ver qué sucede, no me gustaría dejar a mi familia a su suerte.

Luca se lo concedió con una inclinación de cabeza, haciéndole saber que acataría sus decisiones. Aunque algo le decía que mentía. Si no, ¿para qué querría que se marcharan lejos...de no ser para controlarla? O algo peor. Como entregársela en bandeja al asesino.

Bien podía ser su tapadera perfecta. Pero ella no era ninguna tonta. Iba a tenerlo bien vigilado.

—¿Quieres algo de postre? — le preguntó, ojeando la carta con total normalidad.

—Sí, desde luego — afirmó, sonriente.

Ella también podía fingir que no había pasado nada.

Además, la velada prometía ser larga. Ideal para sonsacarle un poco más.

—Pero no lo tomemos a secas, ¿qué tal un buen cava? — tentó, a sabiendas de que no se negaría.

Y él, presuntuoso al creer que empezaba a conquistarla, cedió a sus caprichos.

Haré que confieses tus secretos más oscuros, Luca. Se prometió a sí misma, al tiempo en que volvían a brindar.



Thiago y Catarina estaban en la cama, enredados en un mar de brazos y piernas y besándose apasionadamente. No importaba que los hubieran privado de su luna de miel, se tenían el uno al otro y con eso bastaba.

—Te quiero — le dijo, pasando las manos por el leve rastro de barba castaña que empezaba a salirle.

Él le dedicó una sonrisa preciosa y se incorporó sobre los codos para mirarla. La visión de su cuerpo desnudo junto a ella la inundó de deseo. Por ese hombre había hecho las mayores locuras...

Pero no se arrepentía.

—¿Te encuentras bien? — le preguntó, para su asombro.

—Perfectamente, ¿por qué?

—Por nada, es solo que me lo has dicho cinco veces en lo que va de día — rio, acariciando sus mejillas. Ella se sonrojó.

—Lo siento...es que es verdad.

—No hay nada que sentir, cariño. ¿Has estado durmiendo mejor? — inquirió, preocupado. Últimamente estaba tan intranquila que sus pesadillas iban en aumento. Empezaba a entender el estado de ánimo de la difunta señora Constanza.

Asintió.

—No te preocupes, contigo me siento a salvo — mintió, para no cargarlo con más responsabilidades.

Había cosas que no podía contarle, aunque lo deseara con toda su alma. Era lo mejor.

Él suspiró, no muy convencido.

—¿Cómo está tu prima? ¿Y tu tía, cómo ha tomado el embarazo?

Esa pregunta la puso en tensión y rehuyó su mirada con disimulo, besándolo con suavidad. Pero él la detuvo, molesto.

—Bien, ya te he dicho que todo está bien...despreocúpate.

—¿Por qué siempre evades mis preguntas? — espetó, enfadado.

Se levantó de la cama y abrió la ventana, con los músculos tensos.

—No te molestes conmigo, no las evado... ¿de dónde sacas eso? — se defendió.

Él bufó y se removió cuando lo abrazó desde atrás.

—No me tomes por gilipollas, Catarina — advirtió, haciéndola tragar saliva. Nunca lo había visto así con ella. Tuvo miedo de que hubiera descubierto algo...aquello que con tanto esmero había ocultado.

—Yo...no, no lo hago. ¿Por qué dices eso?

—¡Te vi anoche! — clamó, pasándose las manos por el pelo y respirando hondo para serenarse. No le gustaba enfadarse de ese modo con ella, pero empezaba a estar harto de los secretos.

Lo había dejado pasar atribuyéndolo a imaginaciones suyas, pero con todo lo que estaba sucediendo ya no lo creía. Catarina escondía algo. Y Stella estaba involucrada.

—Fuiste a ver a Dante, eh... ¿para qué? — exigió saber, dejando salir la rabia que sentía por no entender nada de aquella maldita locura.

—Le pegaron un tiro, Thiago — adujo, con sensatez —. Solo quería ver si estaba bien, ¿a qué viene esto? — exclamó, dolida.

Soltó una risa amarga y apretó los dientes.

—Apenas has hablado con él, Catarina. Eres reservada, ¿por qué te encerrarías en una habitación a solas con él? Te lo voy a preguntar una sola vez, ¿qué sabe de ti?

Y ahí estaba, la temida pregunta saliendo de sus labios.

Empalideció, tan nerviosa que no le salían las palabras. ¿Cómo seguir sosteniendo aquello si era incapaz de seguir mintiéndole a la cara? Nunca había tenido opción, pero ahora...dudaba. Se estaba volviendo loca.

—Nada, Thiago. Por favor, cálmate y deja que te explique...

—¿¿Explicarme qué!? ¿Cómo me mientes a la cara? — bramó, fuera de sí. Era un hombre tranquilo, pero cuando perdía los nervios podía arder Troya.

Catarina se asustó, nunca lo había visto así.

—No hablas...— resopló —. Sabes que te quiero con mi vida, te lo he dado todo, joder...si sientes lo mismo, no me merezco que me sigas mintiendo. Porque te conozco y llevas así de rara y nerviosa desde que empezaron los anónimos. No me hagas perder la paciencia y habla — avisó, con el tono ronco.

—¡Estoy asustada, eso es todo! ¿Cómo no estarlo con esta locura? Amenazas y ataques diarios, estar aquí encerrada, mi prima embarazada de Bruno y Dante...— se exprimó el cerebro en busca de algo coherente que decir.

—Dante me dijo que tenía información acerca de lo que le pasó a mi familia, por eso hablábamos.

Las lágrimas fluyeron, pero por motivos distintos a los que Thiago creía.

—Joder... ¿por qué no me has dicho nada? —Había culpa en su voz — Yo...siento haberte gritado. Pensé otra cosa...tienes que confiar en mí, preciosa — le suplicó, besándola con ternura en la frente. Sintió que se rompía por dentro.

Pero era mejor, porque si llegara a saber la verdad la odiaría.

—Ha sido culpa mía, perdóname, por favor — se derrumbó, echándose a llorar en sus brazos como una niña. Así se sentía, desamparada y culpable.

Él la acunó contra sí, abatido.

—Shh, ya está. Joder, soy un bruto. Siento haberte asustado. Estamos juntos, todo va bien — la tranquilizó, abrazándola con devoción.

Y ella rezó porque nunca descubriera su secreto, porque su amor era lo único que tenía. Porque ojalá pudiera borrar su pasado.

Estaba a punto de hablar, pero Bruno irrumpió en la estancia sin previo aviso y los sorprendió. Estaba desesperado.

—¿Dónde está Stella, Catarina?! —exigió saber, impaciente.

Thiago lo empujó por el pecho cuando trató de acercarse a ella.

—No lo sé, ¿qué está pasando? —contestó, presa de los nervios.

—No la encuentro por ninguna parte y los guardias tampoco la localizan. ¡Está esperando un hijo mío, joder! —clamó, desquiciado. No iba a perdonarse que le sucediera algo por su culpa.

—Cálmate, a lo mejor ha salido a dar un paseo —repuso Thiago, intentando no pensar en lo peor—. Te ayudaré a buscarla, tú descansa amor —le dijo a Catarina, que negó.

—No, voy con vosotros.

Era incapaz de permanecer sentada sin hacer nada.

—¿Cuándo ha sido la última vez que la has visto? —quiso saber el mediano de los Santorini.

—Después de la comida. Hemos estado juntos y luego me ha dicho que se iba a descansar, así que la he dejado dormir. Pero ahora he ido a su habitación y estaba vacía, como si ni siquiera se hubiera acostado. ¿Y si se la han llevado? —Se le ocurrió de pronto, perdiendo la compostura y estrellando un jarrón contra el suelo. Thiago tuvo que sujetarlo.

—Mataré a ese bastardo si se atreve a hacerle daño a la madre de mi hijo—clamó, con la ira vibrando en su pecho.

Catarina tragó. No sabía qué hacer...

Estaba planteándose revelarlo todo, cuando Marcello apareció jadeando por las escaleras, llevando en brazos el cuerpo inconsciente de Stella.

Bruno enloqueció.

—¿¿¿Qué ha pasado??!! — inquirió, tratando de arrebatársela de los brazos. Pero Thiago lo sujetó.

—Déjale, hombre, él es médico. Puede atenderla — intentó razonar con él, que asintió y se obligó a tranquilizarse.

—La he encontrado en las caballerizas. Al parecer ha tratado de montar y ha sufrido una caída...llevaba un bolso consigo, Bruno — lo informó, con pesar.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué iba a montar...? ¡Está embarazada, por amor a Dios!

Marcello no supo darle una respuesta.

Fue el propio Thiago quien soltó lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Intentaba huir?

Todos a una, miraron a Catarina, que se encogió sobre sí misma.

Parecía que no iba a poder seguir eludiendo por más tiempo la verdad.

Emilio paseaba por los terrenos de la finca que había sido desde su familia desde los tiempos de su tatarabuelo, un acaudalado noble que la construyó, instaurando el negocio familiar.

Desde entonces las costumbres y el estilo de vida de la Cosa Nostra habían pasado de generación en generación.

Desde muy joven supo cuál era su deber para con la *famiglia*. Su padre se encargó de enseñárselo por las malas.

Pensó en él. Lo hacía a menudo. No tenía buenos recuerdos de Ludovico Santorini, el respetado Don...pero era un padre de mierda y un esposo maltratador e infiel que había acabado por lograr que su madre se muriera antes de tiempo, de un infarto al corazón.

—Espero que te estés pudriendo en el infierno, padre — escupió, con veneno, antes de acabarse la botella de *vodka* y volver a la mansión.

Tenía a cinco de sus soldados al pendiente de cada movimiento. Suspiró, esa era su vida. No tener ni un minuto de paz para estar a solas con sus sombríos pensamientos.

Lo que más le preocupaba era lo tensas que estaban las cosas entre Baldassare y él. Debía hacer algo al respecto pronto.

Cuando llegó, le sorprendió toparse con su esposa Donna, que salía a buscarlo.

Retrocedió para dejarlo pasar en cuanto lo vio y el semblante de preocupación que surcaba su rostro le advirtió que las malas noticias no cesaban.

—Ah, ya estás aquí. Borracho, por lo que veo — espetó, dolida.

Sabía que tenía razón, llevaba días esquivándola y sin dirigirle apenas la palabra como no fuera con gritos. En general, su matrimonio estaba en crisis. Pero tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Al menos ella estaba viva, Constanza no tenía esa suerte.

—No empieces, mujer y dime qué ha pasado.

Con esa réplica cortante pretendía desestimar sus reproches, pero Donna era una mujer persistente.

—¿Quieres saber qué ha pasado? Que mientras tú te atiborrabas a alcohol vagando como un alma en pena por ahí, tu nuera Stella ha tenido una mala caída del caballo. Marcello la está examinando, está inconsciente y temen por el bebé — lo puso al tanto, hablando atropelladamente.

Esas palabras cargadas de reproche le sentaron como una patada en el estómago al Capo.

—¿Qué estás diciendo? ¡Tengo que verla, vamos, no es momento para reproches! — la urgió, tomándola del brazo y arrastrándola hasta la mansión, con unos tensos guardaespaldas siguiéndolos.

Donna no tardó en desasirse de su agarre como si le escociera.

—¡Suéltame, para ti nunca es momento!

Empezando a perder la paciencia, avanzó hasta situarse a escasos centímetros de ella y dejó escapar una queda advertencia:

—No emplees ese tono conmigo, no tengo la culpa de que ese psicópata nos esté jodiendo — siseó, entre dientes. Los hombres intentaban disimular que no perdían detalle de la conversación y se sentía incómodo hablando de ello allí.

Su mujer bufó, incrédula y supo que no lo dejaría correr.

—¿De verdad tienes la osadía de decir que no tienes la culpa de eso, Emilio?

Parpadeó, dirigiéndolo.

Aquello era inaudito... ¿cómo se atrevía a contestarle de ese modo sin ninguna vergüenza? Y delante de sus hombres...

Acabó estallando.

—¡¡No vuelvas a cuestionarme nunca más si no quieres que te ponga en tu lugar, maldita seas!! — bramó, como un tirano.

Eso hizo que callara, pero su mirada le hizo saber que no pensaba someterse.

—Por amor a Dios, los gritos se escuchan desde el cuarto — exclamó Baldassare, que había salido a avisarlos de lo que estaba sucediendo.

—Lo siento...vamos dentro, a ver en qué podemos ayudar.

Sus palabras lograron hacerle recobrar la compostura y asintió, intentando pasarle un brazo por los hombros a Donna para guiarla hasta el interior. Pero ella se retrajo, todavía molesta.

Suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, resignado a afrontar lo que quiera que se avecinara.

Solo esperaba que tanto su nuera como el bebé estuvieran bien.



—¡Me voy a volver loco, necesito saber si va a estar bien! — clamó Bruno, en su desesperación.

No había querido separarse de ella ni siquiera mientras Marcello la examinaba concienzudamente y estaba frenético por todo el tiempo que había pasado sin que Stella reaccionara.

Emilio había llamado al médico de la familia, quien era de su entera confianza, pues estaba claro que la situación superaba al Grimaldi y necesitaban un segundo diagnóstico.

—Pueden pasar días hasta que vuelva en sí, Bruno — intentó prevenirlo Marcello, sabiendo que aunque doliera era mejor que fuera haciéndose a la idea —. El traumatismo en la cabeza ha sido considerable, debemos esperar. No hay signos de que se haya producido un aborto, así que creo que el bebé estará bien.

Una buena noticia en medio de tanto dolor.

Bruno asintió, apretando la mano de su mujer y luchando por no venirse abajo. Ella lo necesitaba más fuerte que nunca.

A su lado, Thiago le dio todo su apoyo. Se fundieron en un abrazo emotivo.

Catarina no había dejado de llorar desde que se enteraron de lo sucedido y permanecía sumida en un llanto desconsolado.

—Todo irá bien, hermano.

—Sí, eso quiero creer. Porque si no...

No fue capaz de terminar la frase y se sorprendió cuando su cuñada se le echó a los brazos.

La estrechó contra sí, conmovido por lo vulnerable que lucía.

Debía ser duro para ella.

—No lo digas. Tiene que salir de esta.

Asintió, aturdido.

—Así será, amor — la tranquilizó Thiago, acunándola en su pecho.

—Ya está aquí el doctor, señor — informó Sandro, desde el umbral.

—Bien, iré a recibirlo.

Emilio y Baldassare fueron a su encuentro, mientras Donna acariciaba la mejilla de su nuera con ternura.

Su madre entró en ese momento, histérica al enterarse de la noticia. Las dejaron un momento a solas, a pesar de las reticencias de Bruno que no quería separarse de ella.

Pero necesitaban intimidad.

Cuando salieron al encuentro del doctor, se toparon con Alessandra y Luca en la entrada, que acababan de llegar de su cita y recién se enteraban de lo sucedido.

—¿Qué ha sucedido, Bruno? ¿Cómo es que Stella ha montado en su estado?
— le preguntó, percatándose de que lucía más perdido y vulnerable de lo

que lo había visto nunca.

Él tragó saliva.

—No lo sabemos. Al parecer se escabulló dentro durante un cambio de guardia y...pasó. Me han dado ganas de matar a los responsables por no hacer su trabajo — gruñó, alterado —. Solo quiero que despierte, Alessandra.

Y había tanto sentimiento en su voz, que no pudo evitar abrazarlo para calmar su dolor. Su amistad siempre había sido muy fuerte, a pesar de todo.

Luca permaneció en segundo plano, incómodo pero milagrosamente callado.

Y fue el primero en girarse cuando la puerta de entrada se abrió para dar paso a Carlos y Demetrio, que llegaban embadurnados de sangre hasta las pestañas.

Alessandra se alarmó y se separó de Bruno para ir al encuentro de ambos, con los ojos fijos en el hombre de ojos negros como el carbón y gesto hosco, que la miraba con un rictus de rabia capaz de pasar desapercibido ante todos excepto ante sus propios ojos.

Tuvo que reprimir una sonrisa al pensar que estaba tan celoso que apenas podía disimularlo, pero no tenía tiempo para eso.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis logrado atrapar a alguno de esos diablos rojos?
— adivinó. Y no tardó en ver confirmadas sus sospechas cuando Demetrio asintió.

Discretamente, se retiraron a un lugar más privado, pues Luca estaba allí y no les convenía que los escuchara. La salida del doctor, acompañado de Emilio y Baldassare vino en el momento justo para que se escabulleran a una habitación vacía.

Al final, Carlos habló, de mala gana.

Sonrió. Le encantaba tanto cuando estaba molesto...

—Fuimos a la casa del viejo Caprisi y hablamos con él, pero estaban vigilándolo y no pudimos impedir que lo mataran. Sin embargo, nos entregó una caja con pruebas, por no hablar de la historia tan interesante que nos contó. Ya te pondré al día — aseguró, impasible —. Luego conseguimos salir justo antes de que volaran la casa, intenté atrapar al desgraciado que lo hizo. Joder, lo tuve a tiro...incluso le di, pero saltó al vacío y se me escapó.

La ira era patente en su voz.

—Pero no nos rendimos y esperamos en la sombra hasta capturar a dos más, que volvieron a la escena del crimen creyendo que era seguro. Error de principiantes — le contó Demetrio, satisfecho —. Los torturamos por información.

Se estaba haciendo de rogar, pero Alessandra no tenía tiempo para juegos.

—¿Y qué? ¿Qué habéis averiguado?

Los segundos que pasaron hasta que Carlos contestó se le hicieron eternos.

Pero cuando tuvo su respuesta, por fin todo encajó.

—Isabella Ricci los contactó. Es una mensajera...de Dante.

La revelación de Carlos fue como un detonante en el ánimo sombrío de Alessandra. La furia se gestó en su interior como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción. Su tono se volvió unas octavas más grave cuando declaró:

—Voy a sacarles la verdad a esos dos aunque tenga que ser con torturas. Los escuché el otro día conspirando en el pasillo, debería matarlos como a las ratas que son — bramó, incapaz de contener su temperamento.

¿Pero cómo podía llegar hasta el punto de dejar que lastimaran a su hija?
¿Quién demonios era esa mujer?

No pensaba detenerse hasta hacerlos hablar, a ambos. Había sido demasiado condescendiente con Dante. Se acabó.

—No.

Carlos fue tajante cuando la detuvo, muy serio.

Frunció el ceño.

—¿Perdón?

Él se pellizcó el puente de la nariz, pensativo. Hasta que se dignó a responder al notar la mirada acusadora que le estaba dedicando. Más le valía tener una buena razón para aguarle la fiesta.

—Que sea la propia Catarina quien destape esto. Thiago y Bruno se encargarán de lo demás mientras nosotros solo tendremos que sentarnos a esperar a que Dante confiese si no quiere ser ajusticiado. Si estoy en lo cierto, él podría saber cómo llegar a Francesco. Así que es mejor que no seas impulsiva, *diavolessa*.

Tenía que admitir – por mucho que la fastidiara – que tenía sentido lo que decía y era un plan más inteligente, solo por eso accedió.

—¿Pretendes que le haga creer que puedo ayudarlo si colabora? Eres jodidamente inteligente y retorcido cuando quieres, soldado.

Eso alimentó su ego, muy a pesar de Alessandra. Pero tenía que darle créditos.

—Bueno, ya tendrás tiempo de compensarme. Y soy exigente cuando quiero que me complazcan — dejó caer, sin importarle que Demetrio estuviera allí mismo. Y se divertía en grande con aquel tira y afloja.

Alessandra sonrió y le guiñó un ojo, encantada con las posibilidades que prometían sus palabras. Sabía que no era el momento, pero no podía negar que ese hombre despertaba en ella unos deseos tan primitivos como insaciables. Jamás se cansaría de lo plena que la hacía sentir en el sexo.

—Odio interrumpir, pero si tardamos más alguien podría sospechar — intervino Demetrio, aclarándose la garganta y poniéndose entre ambos antes de que se arrancaran la ropa allí mismo.

Par de intensos...

Se separaron, a regañadientes, y Alessandra salió primero para comprobar que no hubiera nadie merodeando, mientras Carlos se recomponía y le lanzaba dagas con los ojos a Demetrio por sus comentarios mordaces.

—Si vuelves a interrumpirme te rompo un brazo — amenazó, letal. Sin embargo, el aludido solo rio, acostumbrado a su mal temperamento.

—Como tú digas, pero deberías ser más considerado porque no es de buena educación comer torta frente al que tiene hambre.

Carlos puso los ojos en blanco, dejándolo por imposible. Porque le caía bien, que si no...

Cuando se unieron a los demás en la sala, el médico les estaba dando el diagnóstico de Stella, que era prácticamente lo mismo que ya les había dicho Marcello pero con palabras más técnicas y recomendaciones varias que Carlos ignoró, aburrido.

Quería que empezara lo bueno. Y de eso no iba a tardar en encargarse Alessandra.

—Gracias doctor, le llamaré si surge cualquier contratiempo. Por sus servicios — lo despachó Emilio, tendiéndole una desorbitada suma de dinero que el hombre aceptó, gustoso. Guardar silencio estaba incluido en el lote.

Maurizio lo acompañó a la puerta y quedaron a solas por fin.

Isabella se mostraba afligida y tenía el rostro enrojecido y los ojos llorosos. Pero Alessandra no podía creerle nada después de lo que había descubierto. Ella misma iba a sacarlos de dudas muy pronto, por las buenas o por las malas.

—¿Dónde estabas cuando ha pasado lo de tu hija, Isabella? No he podido evitar percatarme de tu...demora al venir a velar por su estado. ¿Algo que quieras contarnos? — la interrogó, con cinismo, entrando de lleno en materia.

La mujer se puso pálida, lo que solo ensanchó más su sonrisa victoriosa.

Sus palabras desataron reacciones dispares que iban desde el asombro hasta la sospecha. Bien...

—Estaba descansado, tanto estrés me provoca migrañas. No termino de entender tu tono, Alessandra, ¿insinúas algo?

Estaba a la defensiva, eso le daba la razón.

Bruno saltó de inmediato, acallando la réplica de la joven.

—¿¡Cómo pudiste descuidarla así, sabiendo su estado y permitir que saliera con un asesino suelto!? ¿Eh? — le echó en cara, estallando.

Thiago lo sujetó por la cintura, intentando calmarlo. Emilio trató de poner paz.

—Basta Bruno, no perdamos la compostura. Es la madre de la mujer que te va a dar un hijo, respétala — exigió.

El aludido rio con amargura.

—Cuando deje de mentir tal vez lo haga.

Isabella ahogó un grito.

—¿Cómo te atreves? ¡Es mi hija quien está inconsciente en esa cama! — gritó, sin poder contener las lágrimas.

Alessandra la estudiaba sin disimulo. En aquello no parecía estar fingiendo...

—No estabas en tu cuarto cuando pasó lo de Stella. —La intervención de Baldassare fue toda una sorpresa por lo que dejaban traslucir sus palabras — sino con Dante.

Aquello fue como un balde de agua fría. La cara de Isabella era un poema. La habían descubierto.

Pero nadie esperaba que fuera el mismo Dante quien interviniera en la conversación, parado en el umbral de la puerta y haciendo un esfuerzo considerable por tenerse en pie.

—Y lo que pretendía era matarme — proclamó, dejándolos mudos a todos —. Esta mujer de ahí, ha intentado asesinarme para que no revele su sucio secreto — la señaló y luego pasó a hacer lo mismo con Catarina, que estaba pálida como una hoja, al borde del desvanecimiento — y el de ella.

Al oír la mención a su esposa, Thiago soltó a Bruno y se encaró con el *consigliere*, agarrándolo por las solapas de la camisa y sacudiéndolo con violencia.

—¡¿De qué cojones hablas?! Si te pones en esa sucia boca el nombre de mi esposa que sea con fundamentos, porque de lo contrario yo mismo te mataré — gruñó, forcejeando cuando los hombres de Emilio lo agarraron para quitárselo de encima.

Dante rompió a reír, a pesar de lo débil que se encontraba.

—Tú mismo me dirás si tengo o no fundamentos cuando te cuente la historia, Thiago.

—¿Cómo eres tan cínico e hipócrita?! — lo atacó Isabella, a quien Catarina tuvo que contener —. ¿Justamente tú vas a dártelas de digno? Si de sacar trapos sucios se trata te hundes con nosotras — clamó, con la rabia deformándole el rostro. Catarina intentó calmarla, pero la acalló —. No, sobrina. Ya basta. ¡Ya no me importa nada!

—¡Se acabó!! ¡Si vais a hablar que sea claro, porque estoy harto de no entender qué demonios está pasando en mi maldita casa! — explotó Emilio, imponiendo su autoridad.

Thiago seguía intentando alcanzar a Dante y Bruno empezaba a ponerse nervioso. ¿Qué significaba aquello? No le gustaba lo que su cerebro estaba maquinando. Pero la actitud de Catarina y su tía...no hablaba precisamente en su favor.

¿Había estado en lo cierto su sexto sentido sobre ellas? ¿Dónde dejaba eso a Stella?

Esperó a que Isabella se explicara, con el corazón latiéndole a toda máquina. Ambos hermanos compartieron una mirada tensa. Había llegado el momento de la verdad.

—Tía, espera — la detuvo Catarina, con el semblante resuelto y un brillo en los ojos hasta entonces desconocido. Tomó aire antes de dedicarle a su esposo una mirada de inmenso pesar, antes de asumir la responsabilidad de sus actos —. Esta historia me corresponde a mí contarla, se acabó ser una cobarde. Y espero que puedas perdonarme, Thiago, porque jamás ha sido mi

intención engañarte ni mucho menos hacerte daño. Pero esta es mi verdad — confesó, con lágrimas en los ojos.

Isabella le pasó un brazo por los hombros en ademán reconfortante, a sabiendas de lo duro que era aquello para la niña a la que había cuidado y protegido tras el brutal asesinato de sus padres.

—Habla y después veremos si mereces mi perdón.

Thiago jamás le había hablado con tal dureza y sequedad. Aquello fue como un puñal clavándose en su pecho, pero entendía su reacción.

Ignorando la mirada afilada como un cuchillo que le dirigió Dante, soltó lo que tanto tiempo había callado y la estaba consumiendo por dentro.

—Cuando mis padres fueron asesinados, tía Isabella se hizo cargo de mí. Eso te lo conté — le dijo a Thiago, aunque el relato iba dirigido a todos —. Pero lo que no me atreví a contarte fue para quién se vio obligada a trabajar — suspiró, mirando a su tía, quien asintió una sola vez para indicarle que estaba bien. Ya era suficiente de cargar con ese peso, no tenían nada más que perder. — Giovanni Greco.

Durante unos segundos, el silencio que siguió a aquella confesión fue tal que pareció como si hubiera pasado un ángel. Sin embargo, solo fue el preludio del caos.

—¿¡Qué es lo que has dicho, niña!? — bramó Emilio, sumando dos más dos. Mientras Thiago soltaba una retahíla de maldiciones y Bruno se desplomaba sobre un asiento, comprendiendo todo.

—Déjala hablar, acabemos con esto — intervino Baldassare, con una fortaleza que sorprendió a todos. Alessandra sonrió, orgullosa.

Carlos tenía razón, como siempre. Aquello estaba saliendo a pedir de boca.

—Al principio era bueno con nosotras. Nos ayudó mucho, dándonos a mi prima y a mí la oportunidad de estudiar y salir adelante. Pero después...— tragó saliva, con evidente malestar, antes de proseguir —. Nos empezó a

pedir favores a cambio de mantenernos. Mi tía...se llevaba la peor parte. Stella y yo fuimos entrenadas para una misión sagrada. Quisimos marcharnos, pero no nos dejó. Nos amenazaba y golpeaba. Dijo que nos lo quitaría todo y nos torturaría si no obedecíamos.

Llegados a aquel punto, se quebró y se vio superada por el llanto.

Thiago tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no ir a consolarla. Seguía demasiado impactado con aquella revelación. Toda su vida se estaba viniendo abajo en un segundo.

Ella...lo había engañado desde el principio. Y que la hubieran obligado no cambiaba los hechos. Por muy arrepentida que estuviera, no sabía si podía perdonarla.

—La misión era que os infiltrarais aquí — ató cabos Marcello.

Isabella asintió, cabizbaja, pero algo en su expresión les indicó que eso no era todo.

—Él tenía un plan, solo era un títere a las órdenes de alguien más...ese asesino que quiere ser vuestro ángel de la muerte, ahora lo sé — aseguró, confirmando así sus sospechas de que, hasta llegar a la mansión Santorini, ellas no tenían idea de la identidad de Francesco ni su papel en todo aquello. Miserable rastrero...había manejado a Giovanni a su antojo, seguramente haciéndole falsas promesas de poder y ambición. Un tipo como él habría vendido su alma al diablo con tal de conseguir todo lo que anhelaba —. Pero no le contábamos lo que en verdad estaba sucediendo, lo juro. Yo...

—¿Cuál era el plan? — interrumpió Bruno, a punto de explotar. La mujer empalideció, mirando a su sobrina.

Catarina estaba aún peor. Pero sacó fuerzas de flaqueza y confirmó sus peores temores.

—Yo debía enamorar a Thiago hasta lograr casarme con él y quedar embarazada, para abandonarlo y después hacerlo sufrir...y Stella debía

jugar con Bruno como él hacía con todas las mujeres. Pero...nos enamoramos, de verdad. Hemos sido sinceras en eso y no podíamos contar porque os habría hecho daño. Tenéis que entenderlo, ¡por favor, Thiago! — suplicó y lo sujetó por el brazo para intentar detenerlo cuando él trató de abandonar el salón, hecho una fiera.

—¡¡Suéltame!! — gritó, zafándose de su agarre con virulencia. Ella se ahogó un jadeo, impactada. Esa mirada de odio en sus ojos era lo que más había temido siempre, la razón por la que había callado. No lo soportaba. Le estaba rompiendo el corazón.

—Comprendo que estés furioso — admitió, abrazándose los codos —. Pero de verdad que no podía decírtelo, tenía miedo de que te mataran. Yo...desde hace años le miento. No le he contado nada, de verdad...lo siento mucho. Estaba asustada, solo era una niña cuando él nos llevó a su casa y nos engañó — suplicó por su perdón y algo pareció removerse dentro de él.

Tenía lágrimas en los ojos cuando, con todo el cuerpo rígido, dejó que lo abrazara sin dejar de llorar. Un llanto devastador, con el que liberó todo lo que había estado conteniendo desde hacía tanto.

Nadie dijo ni hizo nada, todos presenciaban la conmovedora escena sin intervenir. Aquello les correspondía solo a ambos resolverlo. Aunque afectaba a todos.

Tenían que pensar muy bien cuál iba a ser su siguiente paso. Con la mente fría.

—Entiendo tus motivos — admitió Thiago al cabo de un rato, para sorpresa de todos. Sin embargo, sus siguientes palabras fueron como una bala perforando el corazón de Catarina —. Pero no puedo perdonarte, Catarina. Me has mentido y utilizado, así que si no os expulso ahora mismo de aquí a las tres es porque no nos conviene poner sobre aviso al asesino de que lo hemos descubierto. Cuando esto acabe estarás fuera de mi vida — sentenció, duro como una roca, apartándola de sí con brusquedad... a pesar del dolor que deformaba sus facciones.

Dolía más que si le hubieran arrancado el corazón de cuajo del pecho.

Jamás imaginó que aquello pudiera sucederles a ellos. Recordó el día en que se conocieron por primera vez; se chocaron en la puerta de una cafetería. Ella salía y él entraba y en cuanto la sostuvo por la cintura para evitar que cayera y se miraron a los ojos, supo que era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Luego vinieron los detalles para conquistarla, pues era una mujer muy precavida y desconfiada con extraños, el noviazgo, la hora de la verdad y la emoción porque ella lo aceptara tal y como era y con la vida que llevaba y finalmente el momento en que se juraron amor eterno en el altar.

Ahora todos aquellos recuerdos estaban mancillados por la cruel revelación a la que se enfrentaba. ¿Qué había sido real y qué no? No lo sabía y eso lo estaba volviendo loco, a pesar de que veía el arrepentimiento en los ojos claros de su esposa y de saber que lo amaba...pero no era suficiente, por desgracia ya no.

Algo se había roto entre los dos, quién sabía si para siempre...

—¿Es verdad lo del embarazo de Stella o también se trata de otra patraña perpetrada por ese hijo de puta?

Las palabras de Bruno rompieron el drama de la escena que estaba teniendo lugar entre Thiago y Catarina y esta asintió, secándose las lágrimas y tratando de no derrumbarse frente a todos.

—Sí, es verdad. Ella y yo podemos ser culpables de muchas cosas Bruno, pero el amor que sentimos por vosotros es lo más real que hemos tenido nunca — pudo decir, luchando para que no le temblara la voz.

El mayor de los Santorini tampoco se conmovió y siguió interrogándola, implacable. Mientras los ojos enloquecidos de Thiago se posaban en Dante, quien disfrutaba del caos ocasionado creyendo que se saldría con la suya. No, todavía no había terminado con él.

—Entonces aquel día estaba todo planeado, cuando os encontré siendo atacadas por esos pandilleros...todo era una farsa.

No era una pregunta, sino una afirmación. Y aunque Isabella lo corroboró y una parte de él siempre se había sentido extrañada por la casualidad de aquel encuentro, eso no hizo que doliera menos.

Rio, con amargura. Su hermano y él tenían más cosas en común de lo que jamás habría pensado. A los dos los habían usado y habían caído como idiotas. Porque él había tenido razón siempre: el amor los hacía débiles.

Pero aquello se había acabado. Harían que se arrepintieran de haber jugado con ellos. Eso lo juraba.

—Sí — admitió Isabella, acudiendo en ayuda de su sobrina, que estaba demasiado colapsada por el peso de sus emociones – y el rechazo creciente de Thiago – como para ser capaz de responder siquiera —. Era parte del plan, intentamos negarnos...pero la última vez ese miserable mandó golpear a Stella. Y yo no podía más.

Era la confesión de una mujer rota.

—Nuestra vida ha sido un infierno desde que caímos en las redes de ese desalmado —confesó la mujer, tratando de mantenerse fuerte—. Pero ya no más. Sé cómo funcionan estas cosas, Emilio y estamos dispuestas a asumir nuestra culpa y a enmendarla haciendo todo lo que sea necesario para atrapar a la mente macabra que ha orquestado toda esta locura — aseguró, con una firmeza de hierro.

El gran Capo las estudió con la cabeza ladeada, pasando la vista desde el semblante afligido y sollozante de Isabella hasta la repentina fortaleza y resolución que se había adueñado de Catarina, sorprendiendo al mismo Thiago. Era la misma mujer de la que se había enamorado y al mismo tiempo era tan diferente...su interior era un caleidoscopio de emociones y no sabía cómo gestionarlo.

—Está bien, os vais a salvar porque podéis ser útiles en esto. De ahora en adelante obedeceréis nuestras órdenes en todo, o no me va a temblar la mano para daros el destino que merecéis por traidoras — siseó, con crueldad.

—Emilio, están arrepentidas...ten consideración — intentó mediar Donna, que no dudaba ni un segundo de que su marido podía ser capaz de todo al ver herido su orgullo.

—¿La consideración que ellas no han tenido con nuestros hijos?! — bramó —. No, esto no acaba aquí.

—De eso nos ocuparemos nosotros en su momento — se mostró tajante Thiago, evitando que sus ojos se encontraran con los de Catarina, que poco a poco se estaba derrumbando.

—Está bien, no voy a meterme en eso — concedió, antes de fijar su mirada helada en la de su *consigliere* —. En cambio tú, Dante, tienes muchas explicaciones que darnos.

El hombre empalideció ante las implicaciones que tenían las palabras de su capo. Había estado convencido de que la confesión de esas mujeres bastaría para despertar su furia y las castigaría como se hacía con los traidores, sin prestar mayor credibilidad a sus palabras. Pero jamás habría imaginado que se vería comprometido. Aquel no era el Emilio que él conocía.

Se había equivocado al subestimarlos...

Tragó saliva, delatándose definitivamente. Supo que no le quedaba de otra más que confesar, si no quería ser sometido a las peores torturas imaginables. No, él prefería negociar. A fin de cuentas, todavía le quedaban algunos ases bajo la manga. Y ese era su seguro de vida.

No vio venir el puño de Thiago hasta que este impactó directamente en su mandíbula, haciéndolo trastabillar hasta estar a punto de caer al suelo. El esfuerzo le hizo apretar los dientes por el dolor que le causó su reciente herida y eso solo le dio ideas al mediano de los Santorini, que presionó con saña, arrancándole un grito de agonía.

No pudo hacer mucho más, porque pronto tenía sus manos rodeándole el cuello con ferocidad.

—Tú decides Dante; o hablas o te mueres. Y no seré rápido, ¿me has entendido? No te conviene cabrearme, hoy no — gruñó, entre dientes.

Nadie tuvo la menor duda de que estaba hablando pero que muy en serio.

Dante asintió compulsivamente con la cabeza, para hacerles saber a todos que pensaba cooperar. En sus planes no estaba dejarse matar por un obstinado plan de venganza que ni siquiera tenía que ver con él, aunque no lo creyeran.

Pero a Thiago no pareció bastarle, porque varios de los hombres de Emilio tuvieron que intervenir para quitárselo de encima.

—¡Más te vale que digas toda la verdad, maldita basura! O no va a haber nadie que te salve de mí — clamó, forcejeando con virulencia.

—¡Basta, basta por favor, voy a hablar! — proclamó, con desesperación, como el cobarde que era.

—Claro que sí — estuvo de acuerdo el Capo, antes de esbozar una sonrisa siniestra —. Pero antes deberías ponerte más cómodo — añadió, con sarcasmo. Y le hizo señas a Carlos y varios hombres más para que cargaran con él hasta las catacumbas.

—¡No, no, por favor! Emilio somos amigos, estoy herido... ¡no puedes hacerme esto! — suplicó, a la desesperada.

Ya era tarde para eso.

—Deberías haber pensado en nuestra amistad antes de jugarme sucio. ¡Lleváoslo, vamos! — ordenó. Y luego se volvió hacia las mujeres —. Podéis quedaros aquí si queréis, no va a ser agradable.

Sin embargo, solo Chiara accedió. Catarina y su tía tenían que acabar con aquello y querían estar presentes para asegurarse de que Dante no seguía mintiendo.

Donna y Alessandra querían presenciar aquello en primera fila. Esta última estaba especialmente entusiasmada al saber que Carlos se ocuparía de la

tortura.

Iban a sacarle toda la verdad como fuera.

Con el cuerpo machacado por completo y a punto de desangrarse, Dante tiritaba de frío a causa de la humedad. Carlos lo había golpeado sin piedad, como la bestia que era. Y no estaba dispuesto a morir por aquel secreto, no valía la pena.

—Vale...no más, lo contaré...lo contaré todo. Por favor, dile que pare —suplicó, estaba tan débil que le costaba hablar.

Carlos gruñó, con esos ojos de depredador fijos en él como si quisiera arrancarle la cabeza. Pero, al ver que su jefe asentía, se detuvo y se retiró a un rincón en penumbra, secándose el pecho manchado de sangre y sudor con una toalla vieja.

Emilio le tiró del pelo hasta obligarlo a levantar la cabeza y mirarlo. Tendría suerte si le perdonaban la vida.

—Habla. Y te juro que si vuelves a mentirme no vivirás para ver un nuevo amanecer —advirtió, con desprecio, antes de susurrarle al oído algo que nadie excepto él pudo oír —: Y mucho cuidado con revelar mi secreto, Dante.

El aludido asintió, tragando saliva, antes de confesarlo todo.

—Aquella noche, cuando me pediste que me deshiciera del cuerpo de Francesco...no lo hice. Le dije a Phillippo que me encargaría, pero no tuve valor para dejarlo morir. Así que...le ayudé.

Había arrepentimiento en su voz, pero ninguno de los presentes se dejó engañar. Si lo hacía era porque no había previsto la naturaleza psicópata de ese hombre al que en algún momento pensó tener como aliado.

—Por eso querías que Phillippo callara ¿verdad? para que tu sucia mentira no saliera a la luz — adivinó Thiago, atando cabos. El *consigliere* asintió, cabizbajo.

Estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerse consciente y terminar su relato, pero debía darse prisa. De lo contrario, no lograría salvarse.

—Jamás pensé que se convertiría en un monstruo. Él me juró que se marcharía muy lejos y nunca regresaría. Mi único error fue creerle — mintió.

—Eso es mentira y lo sabes — rebatió Baldassare, tenso —. Tú eres una sabandija interesada. Apuesto a que te aprovechaste de que Francesco podía...arrebatarle el poder que le correspondía a Emilio y quisiste sacar beneficio — matizó, optando por las ambigüedades para no revelar que él podía disputarle el puesto al ser hijo también de Ludovico Santorini — nos has engañado, has mordido la mano que te ha dado de comer — acusó, con odio.

—No soy su cómplice, lo juro por Dios — se defendió. Y era cierto, aunque entendía que no le creyeran —. Sí, en algún momento me dejé cegar por la ambición de obtener más poder. A mí nunca me habéis respetado como lo hacéis entre vosotros...— acabó admitiendo lo que más llevaba doliéndole desde hacía años —. Siempre he sido un cero a la izquierda, reemplazable. Supongo que estaba celoso, pero después me di cuenta de que eso no justificaba mi comportamiento. Sin embargo, era demasiado tarde.

Emilio bufó.

—Eso no es cierto. Siempre te hemos considerado un hermano más, pero tú te has encargado de echarlo a perder por tu ambición desmedida. Debería cortarte el cuello — bramó, con los ojos encendidos.

—No, espera — lo detuvo Bruno, tratando de pensar con cabeza fría a pesar del torrente de emociones que lo desbordaba por dentro. Había sido un golpe demasiado doloroso. Y Stella seguía sin despertar para poder enfrentarla y exigirle una explicación —. Matarlo sería demasiado fácil, es mejor que viva con lo que ha hecho.

—Además, así siempre podemos volver y torturarlo si descubrimos que sigue diciendo mentiras — apuntó Thiago, con una sonrisa sádica.

Costaba reconocer al hombre que hacía tan solo una semana se había casado como el más enamorado de todos. Ahora su corazón estaba herido de muerte. Y no sabía si algún día lograría perdonar a Catarina, sentía demasiado rencor.

—Me gusta la idea — admitió Emilio —. ¿Francesco nunca contactó contigo? ¿No te pidió que hicieras nada? — siguió con el interrogatorio.

—Solo me pidió que silenciara a Phillippo porque él sabía demasiadas cosas, pero alguien se me adelantó — y al ver que todos lo observaban con gesto escéptico, añadió —: ¡Lo juro! Cuando Thiago nos escuchó solo estaba tratando de asustarlo, de advertirle que se callara si no quería que acabaran con él. Pero era necio...

—¿Y qué pasa con Isabella? ¿Por qué la chantajeabas? — intervino Alessandra, incapaz de quedarse callada por más tiempo.

Dante volvió sus ojos hinchados hacia ella. La propia Isabella estaba allí, junto a su sobrina, retándolo a mentir. No lo haría, ya no tenía sentido.

Había fracasado. Nunca debería haberse dejado llevar por la envidia y la ambición, pero ya era tarde.

—Por accidente, escuché una conversación entre Stella y Catarina durante la boda...y me enteré de todo. Así que, cuando descubrí quiénes eran en realidad las chantajeé para sacar ventaja, porque ellas no querían seguir con el plan y yo...pensé que podría ganarme tu confianza, Emilio y ocupar algunas responsabilidades más.

Estaba enfermo de poder.

Al oírlo, ambos hermanos se lanzaron a por él, ciegos de ira.

Baldassare y Emilio tuvieron que contenerlos.

—¡Eres un bastardo! —gritó Bruno, con las mejillas encendidas.

—¡¡Te mataré!! — bramó Thiago, forcejeando con su padre.

—YA BASTA — rugió el Capo, acabando con aquella pataleta de golpe —. No estoy para rabietas, portaos como dos hombres y arreglad las cosas con vuestras mujeres en privado.

Bruno fue a replicar, pero Thiago lo disuadió. Tenía razón. Pero eso no le quitaba las ganas de matar a Dante como al perro que era. Les estaba costando contenerse.

—Carlos me ha contado cosas muy interesantes. Cosas que ha descubierto — siguió Emilio y el aludido se cuadró de hombros —. Un diablo rojo reveló, bajo tortura, el nombre del mensajero que los reclutaba — soltó, regodeándose con la revelación que estaba a punto de soltar —: El tuyo Isabella. Afirmó que trabajabas para Dante.

El aludido supo que así era como los habían descubierto y odió todavía más a Carlos.

—No es cierto, Emilio. Yo chantajeaba a Isabella, quería quitarte tu imperio...lo acepto, pero jamás colaboré con Francesco. Puede que Isabella esté jugando a dos bandos... — dejó caer, pues no iba a defender a una mujer a la que no conocía. A fin de cuentas era una espía.

—Isabella no está jugando a dos bandos — replicó la aludida, furiosa porque la hubieran implicado en aquello —. Isabella solo quería sacar a su hija y a su sobrina de una vida de esclavitud y torturas. No habría seguido con el plan de no ser por ti y tu estúpida ambición y te juro Emilio, que no soy esa mensajera. Debe ser otra persona intentando confundirnos — aseguró.

—Yo pongo las manos en el fuego por mi tía. Hemos entrado en esta familia con mentiras — admitió Catarina, con los ojos llenos de lágrimas, mirando a Thiago —. Pero ya no más. Si lográramos capturar a Giovanni Greco podríamos demostrar nuestra lealtad. Hoy mismo estoy dispuesta a reunirme con él fingiendo tener información valiosa, para que lo atrapéis — propuso, sin importarle ponerse en riesgo con ello.

Lo que fuera con tal de que la pesadilla se terminara.

Emilio se lo pensó detenidamente.

—No me parece una buena idea Emilio — opinó Baldassare —. ¿Y si es una trampa otra vez?

Era natural que recelaran.

—No más trampas — prometió Isabella.

—¿Pondrás la vida de tu nuera en riesgo? — Donna encaró a su esposo —. Sigue siendo de la familia sin importar su error.

Catarina le sonrió débilmente, agradecida por su apoyo a pesar del daño que había hecho.

—No importa, Donna, yo quiero hacerlo.

La mujer asintió, respetando su decisión a pesar de lo mucho que le preocupaba su integridad.

—No será hoy — habló por fin Emilio, maquinando un plan mejor —. Será mañana, en la gran boda de Alessandra y Luca Ferragni. Puedo asegurarnos que esta será la boda del año y Francesco no va a perdérsela.

Había un deje siniestro en su voz y Carlos quiso averiguar qué estaba tramando, pero no podía meterse en la conversación de la familia. Así que le hizo un gesto casi imperceptible a Alessandra, quien de todas formas no pensaba quedarse callada.

—No van a ser tan tontos como para venir sabiendo el dispositivo de seguridad que tienes montado. ¿Qué estás planeando, Emilio?

—¿Os gustaría salir en la tele? Hace tiempo que no concedemos una buena entrevista.

Una idea se paseó por la mente de Alessandra.

Ya empezaba a entender lo que estaban tramando.

Con la prensa allí y todo siendo retransmitido en directo, Francesco no se atrevería a hacer nada.

Era demasiado pronto.

Según sus retorcidas cartas, se estaba reservando lo bueno para el último día de carnaval. Y para eso todavía faltaba un poco.

Solo tenían que ser más listos que él.

Si Catarina y las Ricci habían conseguido engañar a su compinche Giovanni, ellos también podrían jugar al despiste.

—Demetrio, ya sabes qué hacer —le dio las instrucciones pertinentes.

—Voy a necesitar todos sus dispositivos electrónicos, por favor. También un permiso para colocarles un dispositivo de rastreo y un micrófono, a todos sin excepción.

Ni siquiera Dante se libraría.

Hubo muchas reticencias, pero nadie se atrevió a contrariar a Emilio. Aquella era su oportunidad real de atrapar a ese miserable.

—Marcello, hijo, ocúpate de Dante. No queremos que muera desangrado, aún puede sernos útil. Y Sandro, quédate vigilándolo esta noche, ¿Quieres? Alguien podría tener la tentación de querer eliminarlo.

—Claro Emilio, necesito mi material de trabajo y si fuera posible trasladarlo a un lugar más cómodo...— pidió, apiadándose un poco de él.

—Lo que necesites, Maurizio te ayudará.

El mayor de los Moretti se puso a disposición del doctor, mientras su hermano los acompañaba para vigilar a Dante tal y como le había encomendado el Capo.

Luego se volvió hacia Catarina.

—Isabella y tú podéis quedaros con Stella, a ver cómo evoluciona su estado. Y que alguien vaya a buscar a Mauro, por ahora Chiara está bien. Lo necesito aquí.

Fue Donna quien se ocupó de ir a por el muchacho, sospechando que podía estar intimando con su hija y, en cuyo caso, sería mucho más agradable para ella que los descubriera antes que su padre.

En esas estaba cuando llamaron a la puerta de entrada y viendo que Benedetta no aparecía acudió ella misma a abrir.

Luca Ferragni ya había llegado.

Bruno no se había separado un solo segundo de la cama en la que descansaba Stella.

Horas y horas que habían transcurrido como si fueran días enteros, una botella de Vodka a palo seco y media de whisky y todavía seguía teniendo las emociones a flor de piel.

Ni todo el alcohol del mundo podría hacerle olvidar las palabras de Isabella y Catarina. Era incapaz de asimilarlo, simplemente no podía hacerse a la idea.

¿Todo era mentira?

¿Y dónde quedaban los sentimientos que decía tener por él? ¿Cómo iba a saber ahora si eso también lo había fingido o, por el contrario, había algo de real en aquellos besos furtivos que intercambiaron en cada rincón oscuro, en las escapadas de madrugada y esa mueca adorable que hacía con la nariz cuando él besaba y chupaba cada centímetro de su piel desnuda...cuando le hacía el amor?

Una oleada de ira lo invadió al recordar su primer encuentro; ella mirándolo con esos ojos que parecían dos luceros, muerta de miedo y de curiosidad...las primeras palabras que intercambiaron, su manera ingeniosa de darle calabazas en la boda y esa elegancia con la que lo rechazó hasta que él hizo lo que nunca antes: ir tras ella hasta que la conquistó.

Pero, ¿realmente lo había hecho? ¿Era todo parte del juego?

Nunca en su vida se había sentido de ese modo, tan burlado y confuso que quería gritar, arrasar aquella mansión hasta sus cimientos y zarandear a la mujer que le había robado el corazón hasta que despertara y tuviera los ovarios de decirle en la cara que todo había sido parte de un maldito plan.

Se puso de pie con dificultad.

Un parpadeo, luego otro...el corazón le latía al borde de la taquicardia.

Notó el peso oscilante del vaso en la mano y antes de que pudiera registrarlo lo había lanzado contra la pared, gritando a pleno pulmón.

Y después una silla, luego algunos objetos de la cómoda. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos, no podía dejar de pensar en ese bebé...que era su hijo y que él pensaba que los había unido, pero ahora ya no estaba seguro de que nada fuera real. ¿Y si había sido una treta para atraparlo?

—¡¡¡Despierta, joder!!! Dame una puta explicación o voy a acabar volviéndome loco, Stella — chilló, asiéndose a los bordes de la cama y respirando con tanta dificultad que le ardieron los pulmones.

Esperó.

Pero Stella no se movía, no reaccionaba...¿y si no lo hacía nunca? ¿Qué pasaría entonces con ellos?

O peor aún, ¿y si fingía por temor a su ira?

La sola idea amenazó con hacerlo colapsar. Se sentía inestable, paranoico, a punto de explotar. La falta de sueño le estaba pasando factura, pero ¿cómo demonios iba a poder dormir cuando todo su mundo acababa de desmoronarse?

Se echó a reír de pronto, con amargura.

Él, que hasta hacía pocas semanas era el soltero más codiciado de la ciudad, el hombre más mujeriego y alérgico al compromiso de todos, ahora estaba a punto de perder la maldita cordura por la única mujer que le había enseñado lo que era amar de verdad... y que después le había clavado un puñal por la espalda con su traición.

¿Qué importaban sus motivos?

Eso no hacía que él se sintiera mejor. No, porque dolía demasiado, porque de haberlo sabido... ¿habría tratado de evitarlo?

A aquellas alturas no lo creía. Por lo poco que había aprendido sobre el amor, era un cabrón retorcido que llegaba cuando menos lo esperabas y te jodía sin remedio.

—Te odio por no haber confiado en mí — gruñó, en otro arranque, escupiendo un veneno del que después se arrepentiría cuando estuviera sobrio. Pero necesitaba desahogarse —. ¡¿Para qué apareciste en mi vida, eh!? Estaba bien follándome a todo lo que se movía, sin compromisos. ¿Ya estás contenta? ¿Tienes lo que querías de mí? — gritó, cada vez más alto, sin darse cuenta del escándalo que estaba armando, pues eran las tres de la mañana.

Se levantó de nuevo, estrellando las botellas contra la pared y destrozando lo que se le atravesaba, hasta que su madre llegó corriendo y lo abrazó por la espalda tratando de calmarlo.

—¡Bruno, por Dios cálmate! ¿Cuánto has bebido? — exclamó, parecía diminuta en comparación con todos sus músculos y altura, pero aun así se las arregló para aplacarlo —. ¡Basta o llamo a tu padre!

Con eso, el mayor de los Santorini cedió y con un gruñido bajo se quedó quieto dejando que su madre lo estrechara entre sus brazos como cuando era un niño.

—Vamos, siéntate aquí, habla conmigo hijo — le suplicó, visiblemente preocupada por el estado en que se hallaba.

Aún con el cerebro embotado por tanto alcohol, sintió alivio de que fuera su madre quien había acudido a ver qué sucedía y no su padre.

Obedeció. Toda la ira se había esfumado y solo quedaba vacío.

Incapaz de sostenerle la mirada, ni de posar los ojos en la cama donde yacía inconsciente Stella, Bruno agachó la cabeza y trató de desahogarse.

—Me engañó, mamá. Me enamoré como un idiota y me rompió el corazón y lo que más rabia me da es que no confiara en mí, porque si me hubiera

contado lo que estaba pasando lo habría entendido. Pero ahora ya no sé qué es real, si es que algo lo fue, y ese niño...

—Ese niño es tu hijo cielo, pase lo que pase nada cambiará eso — aseguró la mujer, apretándole la mano en un ademán reconfortante. En sus ojos brillaba una empatía que sorprendió a Bruno.

A veces subestimaba a su madre, lo lista e intuitiva que podía llegar a ser cuando se trataba de su familia y los sacrificios que había hecho por ellos...

—Gracias — musitó, algo avergonzado por haberse mostrado tan vulnerable ante ella. No estaba acostumbrado —. Por escucharme.

Donna Testa Di Santorini sonrió con indulgencia y besó su frente con cariño. Era un gesto que solía tener con sus hijos cuando eran niños, pero ahora habían crecido y eran dos hombres fuertes...dos hombres que un día ocuparían un puesto primordial en el negocio. Y ella estaría allí para apoyarlos.

—Soy tu madre, siempre voy a estar aquí para apoyarte. Ahora levanta ese ánimo y duerme un poco, nos espera un día largo y pesado — le recomendó, con el tono más sombrío.

Él asintió y le dio las buenas noches, pero en cuanto se marchó dejó escapar el aire contenido.

No iba a poder pegar ojo, no cuando su mente seguía siendo un hervidero oscuro y peligroso.

Y entonces la puerta volvió a abrirse y entró la persona a la que menos esperaba, dadas las circunstancias.

Thiago se abrió paso entre el desastre de objetos rotos y cogió una silla, donde se acomodó justo a su lado. No dijo una palabra.

Bruno se quedó algo desconcertado por el gesto que había tenido su hermano.

Y se sintió todavía peor, porque últimamente no se había portado muy bien con él y porque también estaba pasando por lo mismo. Al final, Catarina no había resultado la mujer que esperaba.

Y podría haberle salido con la odiosa frase de “te lo dije”, pero eso habría sido demasiado cruel hasta para él.

En lugar de eso, se aclaró la garganta y le preguntó, con voz algo ronca:

—No tendrás un cigarro, ¿verdad?

Thiago se giró despacio y sonrió, aliviando de esa manera la tensión tácita entre ambos.

Se llevó las manos al bolsillo de su americana y sacó un paquete de tabaco y un mechero.

Así estuvieron un buen rato, fumando y disfrutando del silencio y diciéndose sin necesidad de palabras todo lo que habían guardado en sus entrañas en aquellos años de rencillas y resentimiento.

Las diferencias habían quedado de lado, aquella noche eran – más que nunca – hermanos. Y a pesar de todo, siempre estarían el uno para el otro.

Hasta la muerte.

Villa Santorini estaba sumida en el caos más absoluto.

Stella todavía no había vuelto en sí. Bruno estaba encerrado en su cuarto bebiendo hasta perder la cordura, con la esperanza de calmar su furia.

Catarina y Thiago discutían acaloradamente en su alcoba y él pegaba tales gritos que se escuchaban incluso en la cocina, donde nana Ofelia y Benedetta –esta última todavía reponiéndose de la pérdida de su padre– se afanaban con los preparativos de la boda junto con las demás sirvientas.

Mateo no podía dormir y lloraba en su cuarto, pues echaba de menos a su abuelo y su madre estaba demasiado ocupada para poder escaparse a verlo. Tenía miedo de que el señor de la máscara con la mitad de la cara quemada volviera a colarse allí para asustarlo con las cosas malas que le contaba. No quería escucharlo, le daba mucho miedo y había amenazado con hacer daño a su mami si le contaba algo a alguien.

Quería estar con Carlos, porque él era muy fuerte y a su lado no tenía miedo. Pero aquella noche tenía mucho trabajo y no podía molestarlo. Así que, incapaz de dormirse, se puso a jugar con sus coches. Su distracción infantil le impidió darse cuenta de que una sombra oscura lo espiaba desde la ventana trasera, con una oscura sonrisa.

Entretanto, Luca ya se había instalado en la habitación de invitados donde dormiría hasta que se consumara el enlace. Alessandra había estado algo menos fría con él aquella noche, pero todavía se mostraba a la defensiva.

Ella se había retirado a su cuarto, alegando que quería descansar y estar fresca para mañana.

Así que, tras asegurarse de que no había nadie rondando por allí, se tumbó en la cama e hizo una llamada. Del otro lado, no tardaron en responder.

Un saludo de cortesía y después al grano.

—Acabo de llegar, todo bien. Seguimos de acuerdo al plan. Mañana se acaba todo.



Alessandra no se había retirado a descansar tal y como le había hecho creer a ese insistente de Luca.

Estaba con su padre, que la había llamado porque quería hablar con ella a solas.

Los dispositivos ya estaban en funcionamiento, por lo que no disponían de mucha privacidad. Aun así, parecía que Baldassare necesitaba estar un momento a su lado.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué me has hecho venir? ¿Ocurre algo? —preguntó la joven, algo extrañada.

Parecía que algo lo atormentaba. Sin embargo, se esforzó por dedicarle la mejor de sus sonrisas.

—¿Recuerdas cuando eras pequeña y venías a buscarme cuando Marcello te ganaba en algún juego? Intentabas convencerme de que hacía trampas y yo te animaba diciéndote que un día conseguirías todo lo que te propusieras —recordó, con la nostalgia asomando a sus ojos. Alessandra asintió, sin poder evitar que una sonrisa asomase a sus labios al pensar en aquellos felices

momentos de su infancia —. Pues ha llegado ese día. Solo quería que supieras que eres increíble. Una mujer fuerte y valiente que me enorgullece cada día más.

A continuación dejó escapar una lágrima solitaria y esa visión la impactó. Su padre nunca se había mostrado tan vulnerable ante ella, excepto cuando su madre había sido asesinada —. Como tu madre lo estaba. Y solo quería decirte...que te quiero, a pesar de haberme equivocado en muchas cosas. Espero que puedas perdonarme.

Y tras esa confesión suspiró, como si se hubiera vaciado por dentro.

Ella misma tuvo que deshacerse de los rastros húmedos que anidaban bajo sus ojos antes de abrazarlo.

—Claro que te perdono. Yo...también te quiero, aunque no estemos de acuerdo en muchas cosas. Eres mi padre y siempre te he admirado — aseguró, cerrando los ojos para dejarse llevar por el tacto reconfortante de sus brazos rodeando su cintura.

—Todo irá bien — respondió el hombre, acariciándole el cabello.

Y un rato antes de marcharse para dejarlo descansar, Alessandra no pudo evitar preguntarse si trataba de convencerla a ella o a sí mismo.

Lo primero que hizo al llegar a su habitación fue poner el sobre a buen resguardo, conteniendo los impulsos acuciantes de abrirlo para ver de qué se trataba.

Pero no podía. Lo había prometido y ella era una mujer de palabra.

Incapaz de dormir, decidió salir a dar un paseo para calmar sus nervios.

Seguía sin poder asimilar que mañana tendría que enfrentarse a una de las mayores farsas de toda su vida.

No quería que la noche terminara nunca. Ansiaba disfrutar de un poco de tranquilidad a solas para pensar.

No obstante, sus pasos traicioneros la guiaron hasta las caballerizas, que se encontraban en completa calma y soledad. Era perfecto.

La noche estaba oscura como boca del lobo y la humedad del ambiente había propiciado que todo el mundo se refugiara en el interior de la mansión para resguardarse bajo un confortable fuego.

No solía hacerlo, pues siempre había dicho que aceptaba su vida tal cual era y estaba bien con eso – no iba a ser hipócrita, le encantaba el lujo y darse la vida de reina sin importarle los negocios sucios que manejaban e incluso aceptaba que tuvieran que mancharse las manos de sangre de vez en cuando – pero a veces imaginaba cómo sería si su vida fuera la de una mujer común y corriente. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento?

¿Sería feliz?

¿Tendría un buen novio con el que anhelaría casarse algún día...por amor? Lo cierto era que nunca había sentido algo parecido por nadie. Las únicas personas que le habían inspirado amor eran su familia.

Y estaba bien así.

De repente, pensó en Carlos. Él la entendía de una manera única y maravillosa, la respetaba, la trataba como a una igual y hasta la escuchaba, la complacía y la volvía loca, en todos los sentidos.

Y pensó que aquello era mucho mejor que el amor, porque era único... lo que tenían no llevaba etiquetas ni ataduras y era solo de ellos. Su secreto prohibido.

Avanzó en la penumbra, buscando el box de su Diabla para ver cómo estaba pasando aquella noche tormentosa. Solía ponerse inquieta cuando el tiempo era inestable, pero en aquel momento estaba sumida en un silencio apacible.

Entró, cerrando tras de sí y acariciándola con mimo.

—Hola pequeña, no puedo dormir. Mañana me espera un día difícil...

Le encantaba contarle sus cosas, pues estaba segura de que la entendía. El brillo de sabiduría en sus ojillos almendrados así se lo indicaba.

Tan concentrada estaba en acariciarla, que no vio a Carlos hasta que este se irguió en toda su estatura, con una capucha calada a la frente y el sigilo de una pantera.

—Sabía que vendrías. Te estaba esperando — fue todo lo que dijo, cuando ella dio un respingo por el sobresalto y lo fulminó con la mirada.

Estaba más distraída de lo habitual, en cierto modo había sido culpa suya. Pero eso no pensaba admitirlo jamás. Era demasiado orgullosa.

Tampoco pudo decir gran cosa, porque - ignorando las chispas que le estaba lanzando con los ojos por asustarla - la cogió de la cintura y estrelló los labios contra los de ella sin ceremonias ni sutilezas, con esa rudeza innata que poseía y que la enloquecía hasta la saciedad.

En el interior, el fuego ardía en la chimenea con la misma intensidad que lo hacía la pasión desatada de unos Carlos y Alessandra que, ajenos al mundo entero que se cernía sobre sus cabezas, se besaban como dos dementes que habían perdido el juicio sin posibilidad de retorno.

Sabían que era demasiado arriesgado, que no debían...que cualquiera podría sorprenderlos y el infierno se desataría sobre aquellas paredes. Pero nada, absolutamente nada les importaba en aquel momento excepto poseerse con una voracidad rayana en la locura.

—¿Has perdido la cabeza? — atinó a decir Alessandra, con los labios hinchados por la intensidad del beso y manteniéndolo a raya a duras penas con las manos posadas sobre su pecho de acero, que latía descontrolado a través de la delgada tela negra de su camiseta.

—Nunca la he tenido bien puesta. Y ahora ¿en qué estábamos? — fue su réplica, lo que la hizo reír, su pecho vibrando con su duro estómago.

Y volvió a perderse en los labios, que sabían a peligro, a lo prohibido y a puro placer adictivo que era como fuego encendiendo sus deseos más

carnales y oscuros. Ninguno de los dos podría ya contenerse. Ni tenían intención de hacerlo.

De repente, Carlos la tomó del cabello con rudeza y alzó su mentón para que sus ojos se encontraran. Azul con negro; hielo con fuego, la gasolina y la flama.

Y el mundo ardió cuando se arrodilló frente a ella y le bajó las bragas empapadas con la pericia de un profesional.

—Pídemelo, *diavolessa* — exigió, con la entrepierna al rojo vivo por la excitación que lo embargaba.

Ella jadeó, a solo milímetros de su boca, tan lubricada y caliente que le ardía cada poro del cuerpo por la necesidad de sentirlo todo, hasta la última partícula de placer que pudiera proporcionarle.

Él sabía complacerla como nadie.

—Fóllame hasta que no pueda más, soldado — ordenó, con una sonrisa poderosa al ver cómo el miembro se le abultaba dentro de los pantalones, ansiando salir.

Entonces se arrodilló frente a él y dejó que la empujara hasta caer de espaldas sobre el blando heno. Y en un parpadeo ya lo tenía encima, devorando sus labios y saboreando su lengua entre la de él con un frenesí desbordado.

Diabla relinchó al detectar el movimiento, pero enseguida siguió a lo suyo, probablemente al comprobar que no eran una amenaza.

De no haber estado tan ansiosa, Alessandra se habría reído. Sin embargo, tenía otras preocupaciones en mente.

Empezó por librarse de sus pantalones. Le estorbaban cada una de las prendas que se interponían entre ambos.

—Voy a hacer que te corras en mis dedos y luego tú misma probarás lo mojada que estás para mí — siseó, introduciendo dos dedos en su húmeda

abertura sin previo aviso.

Ella gimió, con el cuerpo ardiendo en millones de átomos de calor proporcionado por el placer que le estaba haciendo experimentar. Él le tapó la boca para amortiguar sus jadeos y siguió estimulándola, presionando y tentando sus paredes vaginales hasta que ella explotó en éxtasis y, tal y como había predicho, se liberó.

Carlos sonrió al sacarlos y ver el blanco telo de humedad que los recubría. Probó un poco, sin quitarle los ojos de encima. Sus mejillas ardían de manera deliciosa y tenía las piernas abiertas rodeando su amplia cintura, para darle una vista privilegiada de su sexo lubricado.

—Eres un bocado exquisito, *diavolessa*. Abre la boca — ordenó, en su faceta más dominante.

Alessandra se dejó hacer, borracha por la necesidad de que la penetrara cuanto antes. Quería que fuera más salvaje que nunca.

Obedeció y chupó su dedo índice, con los ojos cerrados de gusto.

—No aguanto más — confesó, con la respiración tan inconstante que apenas podía articular una frase coherente —. Ahora es mi turno — clamó, invirtiendo las posiciones y tomando el control para montarlo a horcajadas y liberar su miembro caliente e hinchado.

—¿La *signorina* quiere hacerme una mamada? — sabía que la excitaba todavía más cuando le hablaba de usted durante el sexo y se estaba regocijando de lo lindo —. ¿Va a follarme con la boca hasta que me corra en ella?

—Sí, voy a chupártela hasta que no pueda respirar y te voy a dar el mejor oral de tu vida, estúpido engreído — replicó, ardiendo como un volcán.

Ahora era su turno de presumir y no dudó en hacerlo cuando, con manos expertas, abarcó su polla con las manos y se la fue introduciendo poco a poco, saboreándola.

Al principio, fue despacio. Y a medida que más y más centímetros se iban introduciendo en su cavidad bucal más blasfemaba él y con más fuerza la tomaba del cabello.

Estaba encima de él, sentada entre sus piernas y con la cabeza justo en medio. Succionó como una campeona, trabajándose con la lengua y aguantando las arcadas que le inducía su descomunal tamaño de un modo francamente excepcional.

Toda la sangre se le acumuló en el miembro y se le hinchó cada vena, cada músculo contraído de puro placer mientras le susurraba toda clase de guarradas que no hacían sino estimularla más.

Sus largas uñas rasgaban su piel, cortándola tal y como le había pedido. Cuanto más sangraba, más cerca estaba de llegar al orgasmo.

—Joder, voy a correrme en tu boca — avisó y ella incrementó la velocidad.

No pudo más. Tiró tan fuerte que temió haberle arrancado unos cuantos mechones de pelo, así que se aferró a su perfecto culo redondeado arrancándole el suave camisón de seda y gruñendo como un auténtico salvaje antes de derramarse dentro de su boca rosada y carnosa.

Ella tragó, dejándolo ir. Tenía los labios hinchados y las mejillas al rojo vivo, pero estaba exultante. Más llena de vida que nunca.

Dejó de marcarle la espalda solo para aferrarse a sus hombros y echarle los brazos al cuello, antes de que sus lenguas colisionaran con más ferocidad que el choque de dos trenes, magullándose incluso.

Él le mordió, más posesivo y descontrolado de lo que lo había visto nunca. Sin soltarla, con una mano en su nuca para aumentar la intensidad del beso, palpó hasta dar con sus pantalones tirados de cualquier manera entre la paja y sacó un condón del bolsillo.

—Pónmelo — exigió, separándose de ella lo justo como para dejarla tomar aliento.

Ella lo hizo gustosa. Allí, arrodillada frente a él con el cabello negro ondulado cayéndole hasta la espalda, los pezones tiesos como balas y esos ojos plateados que deslumbraban, parecía una diosa. Una diosa del sexo. La reina del mundo.

Y fantaseó por un momento con la idea de poder ser su rey y gobernar a su lado. Aunque sabía que eso no era posible. Que mañana iba a irse todo al diablo.

Había sido la ira la que lo había impulsado a esperarla allí, donde sabía que estaría. Quería desahogarse marcándola y follándola como nunca. No le importaba que Luca se diera cuenta, de hecho era lo que quería. Que todo el mundo supiera que él era su único dueño.

La sola idea de imaginársela con alguien más lo volvía loco y le daban ganas de arrasarlo todo, de matar como una bestia.

Ella debió de percatarse de sus sombríos pensamientos, porque le cogió el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla.

—Eres mía — rugió, atrayéndola por las caderas hasta que sus cuerpos estuvieron pegados. De una embestida brusca, se coló en su interior y empezó a mover las caderas al mismo ritmo que ella, que volvió a rodearle el cuello con los brazos, apoyando la cabeza en su hombro —. Nadie te da lo que necesitas. Ningún hijo de puta podría darte los orgasmos que te doy yo. Dilo — exigió, como un auténtico psicópata posesivo.

Ella le mordió el hombro, el pecho y luego los pezones. Siguió entrando y saliendo de su interior, más duro que nunca. Le ponía que ella lo marcara con la misma agresividad con que él lo hacía.

—Nadie me folla como tú. Pero tampoco nadie te folla como yo — exclamó, respirando tan agitada que apenas se le entendía —. Eres mío, mi hombre, mi soldado...mi amante — proclamó, orgullosa, antes de levantar las caderas para que la empalara con más rudeza todavía.

Él gruñó como una bestia, mordiendo la piel sensible de su cuello sin excederse. Apenas lo justo para que quedara una pequeña marca. No podía

controlarse.

El orgasmo le sobrevino tan deprisa como un maremoto en medio del mar. Intenso, crudo, visceral...glorioso. Arrasó con todo y ella chilló de placer, hasta que tuvo que callarla con un beso.

—Mañana cuando estés a punto de casarte con ese hijo de puta, quiero que me mires a los ojos y recuerdes la manera en que te sientes ahora mismo, mientras te follo como te gusta — exigió, tremendamente posesivo. Esa versión tan salvaje de él no hizo sino excitar a Alessandra, a pesar de que el simple hecho de pensar en lo que le esperaba al día siguiente le provocaba arcadas.

Y aun así, lo haría. Porque pensar en él sería una distracción y lo haría todo más fácil.

Carlos era su pasatiempo favorito. Su amante, su cómplice...su aliado en aquella locura.

Con los cabellos desparramados sobre el blando heno y el delicioso peso de Carlos sobre ella, Alessandra sonrió.

—Este lugar se ha convertido en nuestro refugio cada vez que queremos olvidarnos del mundo — comentó, con una sonrisa maliciosa cuando él empezó a repartir besos desde su clavícula hasta el vientre y luego en ese punto, en ese bendito punto sensible de su cuerpo que la enloquecía de placer.

Porque no se limitó a meros besos, sino que también lamió y mordisqueó la zona como un experto, arrancándole gemidos de éxtasis.

Y de pronto, un grito lo paralizó todo, arruinando por completo el ambiente de pasión que estaban compartiendo. Ella fue la primera en levantarse, aterrorizada al oír su nombre en boca de...Luca. Y había sonado muy cerca de allí.

—¡Alessandra! — volvió a llamar. Parecía...como si estuviera entrando a las caballerizas.

Carlos se vistió a la carrera, ayudándola a hacer lo propio. Su semblante era una máscara de rabia tan intensa que asustó a la Grimaldi.

—No salgas. No puede verte aquí — le ordenó, tajante. Ella frunció el ceño.

—Pero podría sorprendernos — susurró.

Él quitó el seguro de su arma, haciéndole saber que estaba preparado para responder de ser necesario.

La puerta se cerró de súbito, confirmando que no estaban solos. Los pasos de Luca resonaron en el establo, cada vez más próximos. Ahora su tono se escuchaba vacilante al llamar a su prometida. Eso quería decir que no tenía la certeza de que estuviera allí, solo que la estaba buscando para fastidiarlos.

Él le tapó la boca, no pensaba permitir que los descubriera y se la llevara. Iba a volverse loco si se la llevaba con él, porque de solo pensar en la posibilidad de los dos compartiendo cama...sus instintos más oscuros salían a la luz. Estaba al borde del colapso.

Si no salía de allí cuanto antes, no sabría lo que podía llegar a hacer por defender lo que era suyo.

Alessandra se quedó quieta, dejándolo hacer — sospechaba que su cara delataba la ira que lo consumía — y los dos aguardaron a que se marchara.

Pasaron varios minutos que se les hicieron eternos, hasta que por fin Luca Ferragni se marchó.

La Grimaldi sonrió, inmensamente aliviada. No sabía por qué, pero la adrenalina que había pasado estaba teniendo un efecto raro en ella y tenía ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Sabía que se habían librado por los pelos.

Sin embargo, cuando se giró hacia su soldado para hacérselo ver, se quedó muda al ver su expresión.

Estaba...realmente se había transformado. Las venas de su cuello estaban tensas como cables, sus puños apretados a los costados, el rostro encendido de ira y los ojos como brasas incandescentes.

—¿Carlos? Ya se ha ido, no hay peligro. Tranquilo — le dijo, intentando calmarlo.

—Enciérrame.

Estaba convencida de que no había oído bien.

—¿Qué estás diciendo?

Parecía que le costaba un mundo pronunciar cada palabra.

—Llévame a...las mazmorras...y enciérrame. Antes de que...haga una locura — siseó, con la respiración irregular.

Ella quiso negarse, pero algo en su mirada le advirtió que era mejor hacerle caso...que él sabía lo que hacía.

Así que salieron a hurtadillas y en cuanto se hubieron asegurado de que el camino estaba despejado – Luca debía de haber entrado a la casa, cansado de buscarla – se colaron dentro.

Llegaron a la biblioteca en un silencio sepulcral y Alessandra ni siquiera se atrevió a hacer contacto visual, por miedo a que eso acabara con el autocontrol de él.

No entendía por qué Carlos le había pedido – casi suplicado – que lo llevaran allí, pero lo hizo en cuanto empezaron a descender en silencio y vio los grilletes y las cadenas que empleaban para las torturas.

—¡Enciérrame, vamos! Hazlo antes de que te arrepientas — bramó, más fuera de sí de lo que lo había visto nunca.

Alessandra no quería hacerlo, pero al ver la manera en que estaba y con cuánta desesperación se lo pedía, obedeció.

No lo creía capaz de dañarla, no al menos al Carlos que ella conocía, el que la había cuidado todo aquel tiempo.

Pero ese era el problema, aquella versión oscura y aterradora le era desconocida y parecía capaz de cualquier cosa.

Y sus ojos cargados de ira y sufrimiento le dieron el valor que le faltaba para conducirlo esposado hasta la reja de las mazmorras, misma que abrió para empujarlo dentro.

El crujido seco de los barrotes apresándolo en el interior de la celda oscura y mugrienta era algo que no iba a poder olvidar fácilmente.

Sin embargo, el sentimiento de culpa que le quemaba las entrañas se vio mitigado cuando él, dándole la espalda – que convulsionaba notoriamente – susurró en un tono de voz ronco y agrietado:

—Si fueras lista tirarías esa llave al fondo del mar.

Por puro impulso, se dio la vuelta y apoyó las manos en los barrotes hasta situar su cara a escasos centímetros de la reja. Él estaba de espaldas. Sus músculos se movían a toda velocidad con cada respiración errática y golpeó varias veces la pared.

Entonces entendió por qué quería que se fuera, no porque ella le tuviera miedo – pues sabía que no era así y nunca se lo tendría – sino para que no lo viera en ese estado.

Sin embargo, antes de marcharse quiso decirle unas palabras que lo reconfortaran.

—Entiendo lo que te pasa, Carlos. Y no eres ningún monstruo por eso. Lo de mañana no significará nada para mí, recuérdalo antes de torturarte... porque vendré en cuanto salga el sol para sacarte de esta pocilga y quiero que vuelvas a ser el de siempre. Mi soldado, mi guardaespaldas...mi hombre.

Esperó, para ver si sus palabras tenían algún efecto en él. Ciertamente, estaba quieto en un rincón.

Y cuando sus ojos inyectados en sangre se encontraron con los de ella, él asintió lentamente.

Le encantaría haber podido decirle que no era eso lo que lo torturaba...sino lo que realmente iba a pasar mañana cuando el verdadero plan se pusiera en marcha. Pero estaba en juego su maldita seguridad. Por eso había explotado.

Qué irónica era la vida a veces.

—Y tú eres mi mujer, Alessandra Grimaldi...— atinó a susurrar, a pesar de que era consciente de que ella ya no lo oía.

O quizá precisamente por eso.

Alessandra cumplió su promesa.

Nada más despuntar el alba saltó de la cama como si la hubieran pinchado, pues había sido incapaz de pegar un ojo tras la intensidad de lo vivido con Carlos.

No podía quitarse de la cabeza esa expresión ida y torturada que tenía cuando le pidió, casi le suplicó, entre gritos que lo encerrara como si fuera la peor de las bestias.

Y ella había terminado cediendo, a pesar de que seguía pensando que él jamás le haría daño. No sabía por qué estaba tan segura, simplemente así era.

Además, cuanto antes se pusiera en movimiento mejor. Necesitaba verlo... por alguna estúpida razón sentía que asegurarse de que estaba bien le daría fuerzas para enfrentar aquella farsa. Quizá fuera egoísta, pero no creía poder ser capaz de dar el sí quiero delante de todo el mundo si no podía mirarlo a los ojos a él e imaginar...

Sus palabras roncadas y certeras en la fiesta de Giovanni todavía resonaban en su mente.

»¿Están casados?

»Todavía no, pero pronto lo estaremos.

Todo su cuerpo se estremeció al recordar la manera tan ruda y salvaje en que ambos se habían poseído en las caballerizas. Aquel fue sin lugar a dudas el mejor sexo que habían tenido nunca.

¿Qué estaban haciendo?

No lo sabía, no le importaba...solo sabía que no quería que se acabara. Aún no, al menos.

Sus pasos presurosos y furtivos la condujeron a las catacumbas y tuvo que dar gracias a su sigilo natural que, unido al carácter intempestivo de la hora, propició que nadie la sorprendiera *in fraganti*.

Sin embargo, una desagradable sorpresa la esperaba dentro.

Las cadenas estaban en el suelo, vacías. La puerta de la mazmorra, abierta de par en par, parecía reírse de su estupefacción.

¿Cómo...? ¿Quién...?

De algún modo, alguien había liberado a Carlos. Cómo supo que estaba allí, fuera quien fuera, la inquietaba sobremanera.

Se obligó a tomar una bocanada de aire. El tiempo corría y puesto que ya estaba levantada, sería mejor que subiera para empezar a prepararse.

Cuando antes se enfundara en aquel maldito vestido, antes podría buscarlo para pedirle explicaciones al respecto.

El enfado crecía exponencialmente en su pecho y no tenía ni idea de a qué se debía esa rabia. ¿Era porque tenía la esperanza de que quitarle las cadenas aligerara un poco el peso de las suyas? ¿Por la maldita boda en sí o por lo mucho que detestaba todo aquello?

No saberlo la enfureció todavía más. Gritó y cerró la puerta con tanta fuerza que después se maldijo, temerosa ante la idea de haber podido despertar a alguien con su arrebató de ira. Últimamente sus emociones estaban tan descontroladas que la asustaba la intensidad de su propio temperamento.

Siempre había tenido un carácter muy fuerte, pero al menos antes conocía sus límites y sabía controlar sus arranques un poco mejor.

Con la respiración agitada, salió de la biblioteca pisando fuerte. Y se dio de bruces contra algo duro y cálido...un pecho masculino.

Por un momento, la esperanza relució en sus ojos al creer que podría tratarse de Carlos. Pero no tuvo tanta suerte.

Ante ella se hallaba el rostro perfilado y anguloso de Luca Ferragni, el que estaba a punto de convertirse en su esposo.

Cerró los puños detrás de la espalda cuando él la asió por la cintura para evitarle la caída y trató de componer su mejor mueca inexpresiva. No iba a darle el gusto de que notara hasta qué punto la sacaba de quicio.

Porque nadie podía ser tan ciego como para no darse cuenta de la aversión que le provocaba su mera presencia. Tal vez, si sus propósitos no fueran tan mezquinos la historia sería otra.

Ciertamente, era un hombre apuesto. Pero al lado de Carlos cualquiera se veía reducido a la mera etiqueta de un chiquillo en pañales. Por alguna razón, todos carecían de la hombría y la fiereza que a él le sobraba.

—Luca, ¿qué haces aquí? Me has sobresaltado — quiso saber, obligándose a dejar de pensar en su mexicano loco.

El aludido lucía una sonrisa un tanto escalofriante por resultar fuera de lugar teniendo en cuenta la situación en la que se habían encontrado y no la soltó antes de responder, con una calma deliberada.

—Te buscaba, querida. Ha llamado la modista para avisar de que ella y la maquilladora estarán aquí dentro de una hora con sus ayudantes. He pensado que no sería de buen gusto que la novia estuviera ilocalizable—. Aunque lo que decía tenía sentido, algo en él le daba mala espina a la joven. Era como si nada de lo que saliera de su boca fuese sincero. Aun así, asintió, cansada de todo aquello.

—Bien, en ese caso iré a ponerme algo más presentable — replicó, soltándose de su agarre con disimulo pero firmeza y tratando de rebasarlo para subir a su cuarto.

Sin embargo, su voz resonando a sus espaldas volvió a detenerla en seco.

—Te espero. Así podremos desayunar juntos.

No era una pregunta.

Alessandra resoplo, hirviendo de impotencia. Rogó por paciencia al cielo, porque si por fuerzas se guiaba acabaría estrangulando a Luca con el velo de su maldito vestido, antes de la ceremonia.



Si recién levantada la Grimaldi ya tenía el genio a flor de piel, dos horas después – en la que tuvo que aguantar no solo la insidiosa compañía del condenado Luca en un desayuno que le supo más amargo que nunca, sino también el parloteo incesante y las cientos de sugerencias y recomendaciones del grupo de al menos ocho mujeres que había acudido a prepararla – estaba que echaba humo.

No podía más. Un comentario más sobre tener que cambiar de peinado por décimo sexta vez y acabaría apuñalando a alguien.

Tenía ganas de gritar de frustración.

Si por ella fuera, habría salido al jardín para casarse en una de esas batas de seda tan cómodas que usaba para dormir. De solo imaginar el escándalo, una sonrisa maliciosa atravesó sus facciones.

Y a pesar de todo, hizo el mejor esfuerzo por armarse de paciencia y aguantó.

En ultimar cada detalle de su apariencia y vestuario se les fue toda la mañana, de tal manera que sentía las extremidades adoloridas por culpa de todo el tiempo que había pasado sentada.

Así que para ella fue como un regalo del cielo ver entrar a Donna y a su padre, que acudieron a ver a la flamante novia y – en lo que a ella respectaba – a rescatarla.

—Mi pequeña niña... mírate. Estás absolutamente deslumbrante, *figlia* — susurró Baldassare, besando a su hija en la frente con infinita ternura.

El gesto aplacó un poco el mal humor de la joven, que se dejó consentir sintiéndose reconfortada por contar con el apoyo de su padre. Y es que, aunque guardara las apariencias y se mostrara feliz por su inminente compromiso, ella sabía que aquella era su manera de expresarle un claro mensaje: no estaba sola.

—Gracias, padre. Ojalá mamá estuviera aquí — musitó, poniendo todo su empeño para no derramar una sola lágrima. Estaba segura de que si eso llegaba a suceder, aquellas mujeres podrían llegar a ser terribles.

Baldassare Grimaldi pestañeó más de lo normal, encontrándose en la misma tesitura que su hija, pero enseguida se recompuso.

La mano de Donna se posó en su hombro y se retiró unos instantes, simulando mirar por la ventana para supervisar los preparativos.

Entonces la mujer del Capo la estrechó entre sus brazos y Alessandra se dejó hacer, enternecida.

—Tan hermosa...serás la envidia de todas, querida. Eres una reina y tu madre estaría orgullosa — aseguró, acariciándole el mentón con dulzura.

Por un segundo, tuvo el impulso de preguntarle si en verdad lo creía – porque ella misma no estaba segura – pero al final lo dejó estar. Ella era una

Grimaldi y jamás mostraba debilidad ante nadie.

Se lo agradeció con un apretón de manos y un beso en la mejilla y después volvió a sentarse a esperar mientras terminaban con los retoques.

Aquel iba a ser un largo y tortuoso día, así que más le valía armarse de paciencia.



El obsesivo perfeccionismo de la modista y la peluquera provocaron que la novia llegara más tarde de lo que habría sido decoroso a su propia ceremonia. De ese modo, para cuando Alessandra Grimaldi se abrió paso a través del imponente y magnífico jardín que bordeaba villa Santorini en todo su esplendor, luciendo la belleza sobrenatural de una diosa, las murmuraciones no se hicieron de rogar.

La algarabía cesó de inmediato y solo quedó la admiración ante aquella aparición inmaculada que se encaminaba con pasos gráciles hacia el altar, del brazo de su padre.

Alessandra oía los vítores y aplausos, veía las caras sonrientes de la gente y discernía las miradas de aliento que sus allegados le hacían llegar, pero su mente estaba muy lejos.

Una sola pregunta la martirizaba y colmaba su mente de angustia.

Y es que no podía evitar que una ausencia notoria pesara como una losa en su conciencia.

No había ni rastro de Carlos entre los cientos de invitados que se encontraban allí presentes, disfrutando de tan aclamada ceremonia.

Las personalidades más ilustres de Venecia se habían dado cita en villa Santorini, incluso habían acudido los medios de comunicación a petición del propio Emilio.

Pero a ella no podía importarle menos. El lujo era algo a lo que estaba habituada, pues había crecido rodeada de él.

No, en aquella ocasión no anhelaba algo material... sino el calor humano de su soldado, poder perderse en sus iris de ébano antes de pronunciar la frase que tanto había aprendido a aborrecer y jugar a imaginar que él tomaba el puesto del insípido Luca.

Meras quimeras que se desvanecieron ante sus ojos como un cruel truco de naipes orquestado por un cruel ilusionista.

Nadie iba a volverle el trago menos amargo.

Y aun así subiría allí y con la cabeza bien alta daría el sí quiero, porque ella era Alessandra Grimaldi y nada podía quebrantarla.

Se dijo que después de aquello, el traidor quedaría desenmascarado y su sacrificio bien valdría la pena.

Pero por alguna razón...aquello no la satisfizo como esperaba.

Alejando esos pensamientos intrusivos de su mente, avanzó del brazo de su padre, moviéndose al ritmo de la marcha nupcial.

Allí, al pie del improvisado atril que se había dispuesto en medio del jardín, estaba Luca junto a su padre; Adriano Ferragni. Y sus sendas sonrisas tirantes indicaban cuán ansiosos estaban ambos porque la ceremonia se llevara a cabo con la mayor celeridad posible.

El impulso de poner los ojos en blanco fue sumamente difícil de reprimir, pero se contuvo en gran medida debido a que al menos medio centenar de cámaras de prensa apuntaban en su dirección.

Entonces compuso su mejor sonrisa falsa y le guiñó un ojo a su futuro esposo, ganándose la admiración inmediata de todos más todavía de lo que ya lo había hecho. Ah, qué fácil era complacer a las masas.

La marcha nupcial se detuvo súbitamente cuando llegó al altar.

Tanto Adriano como Baldassare se retiraron discretamente – no sin intercambiar con disimulo una que otra mirada de aversión – para que diera comienzo la ceremonia, mientras los dos novios se colocaban frente a frente.

—Estás perfecta — susurró Luca, contemplando a la Grimaldi con ferviente deseo y hasta cierta ansia que dejó descolocada a la joven.

Algo en los ojos verdes del joven parecía titilar de un modo extraño... era como si tratara de decirle algo. Pero no lograba discernir qué.

De cualquier modo, no tuvo mucho tiempo para averiguarlo, porque el sermón del sacerdote dio comienzo y tuvo que alzar la vista al frente, luciendo la serenidad y compostura que se esperaba de una joven de su alcurnia.

Si pudieran leer sus pensamientos, estaba segura de que más de uno caería fulminado ahí mismo.

Y aun así, todos ellos no ocupaban más que una pequeña parte de su mente, porque su cerebro no dejaba de preguntarse sin cesar dónde estaba Carlos... y de añorarlo.

El impulso irracional de buscarlo entre la multitud seguía ahí, pero se obligó a reprimirlo y desconectó hasta que terminó la ceremonia.

Solo un poco más y todo acabaría como querían.



Todos creyeron que la novia sonrió de felicidad cuando el novio la tomó por la cintura y la besó con pasión delante de los cientos de invitados, mientras la boda se retransmitía en directo a través de los canales más reconocidos de Italia.

Nada más lejos de la realidad; lo hacía para no mostrar debilidad.

El alivio se impuso por encima de los sentimientos adversos, pues estaba hecho. Pasó la mirada entre los asistentes, empapándose de las emociones que reflejaban sus rostros.

En el de Emilio; ansia, en el de su padre; orgullo, en Marcello, inquietud y cierto recelo. Donna tenía los ojos más brillantes de lo normal, seguramente por estar recordando a su madre – Alessandra la tenía también sus pensamientos– Dante, disimulando lo mejor que podía las heridas que ocultaba bajo el traje, tenía una expresión ácida y evitaba la mirada de Isabella y Catarina, que parecían notablemente nerviosas. La ausencia de Stella era notable y Bruno, solo y de pie, parecía más sombrío que nunca. Thiago tampoco estaba en su mejor momento y fue notorio cuando apenas pudo dedicarle una sonrisa de aliento.

Mentiría si dijera que no le dolía verlos así a ambos. Eran como sus hermanos. Chiara levantó los pulgares hacia arriba en su dirección, para

felicitarla y sonrió al verla tan risueña junto a Mauro. Hacían realmente buena pareja. Era bueno que alguien pudiera ser feliz, al menos.

Incluso los tres hermanos Salvatore estaban presentes en el acto, robando los corazones de las muchachas con esa elegancia y carisma que los caracterizaba. Los ojos de Angelo se encontraron con los suyos brevemente y no supo cómo interpretar esa mirada.

Angelo siempre había sido un hombre difícil de descifrar. Pero su presencia allí indicaba que estaba dispuesto a continuar cumpliendo su parte del acuerdo.

Sin embargo, había algo en aquella estampa que chirrió sobremanera a la Grimaldi.

Nadie, absolutamente nadie, parecía estar achacando la ausencia de Carlos como parte primordial de la seguridad. Y aquello era demasiado extraño.

—¿Buscas a alguien, querida esposa?

La voz de Luca, quien rodeaba su cintura desde atrás en un abrazo, la hizo dar un respingo y negó con la cabeza, pues no quería que sospechara... aunque por su tono, empezaba a tener serias dudas de que no lo hiciera ya.

Lo cierto era que su comportamiento era más bizarro de lo habitual y el hecho de haberlo sorprendido en la biblioteca y el modo en que la interpeló...la hizo pensar lo peor.

¿Acaso podía tener algo que ver con la desaparición repentina de Carlos?
¿O se trataba de un hecho fortuito?

No lo sabía, pero si llegaba a descubrir que estaba detrás de aquello y le había tocado un solo pelo iba a matarlo con sus propias manos. Y no sería rápido ni agradable para él.

Estuvo a punto de cometer la tontería de enfrentarlo, llevada por el calor del momento, pero por fortuna, la intervención de los medios la salvó.

—Señorita Grimaldi, ¿nos concede unas palabras, por favor? ¿Cómo se siente ahora que acaba de contraer matrimonio? ¿Llevaban mucho tiempo con su relación? Han sido muy discretos, díganme, ¿están enamorados?

Le dispararon una ristra incesante de preguntas tras otra y, aturdida, tuvo que tomarse unos momentos para pensar en la manera más ingeniosa de responder. Luca se limitaba a sonreír, disfrutando de la atención, pero sin querer ser él quien capeara el temporal.

Entonces halló la forma perfecta de darle un pequeño toque de atención. Zalamera, se pegó a él con una inmensa sonrisa y lo miró a los ojos de manera cándida.

—Es una gran pregunta, ¿verdad cariño? ¿Nos amamos?

La pregunta era un dardo envenenado disfrazado con un tierno envoltorio y el Ferragni se mantuvo estoico con su mejor cara de póker, antes de asirla por la cintura y robarle un beso con desparpajo.

—Espero que eso conteste a su pregunta. Ahora si nos disculpan, queremos disfrutar de nuestro enlace.

Y los despachó con una sonrisa taimada.

En cuanto estuvieron lejos, sacando fotos a diestra y siniestra, Alessandra se separó bruscamente de él y lo fulminó con la mirada.

—No vuelvas a hacer eso si no quieres que te deje sin lengua aquí mismo — escupió, entre dientes, para no llamar la atención.

La furia brilló durante un instante en los ojos de Luca, antes de replicarle en el mismo tono airado. Un tono que la sorprendió.

—No te hagas ilusiones, querida. Tan solo interpreto un papel.

—Vaya, al fin muestras tu verdadera cara — soltó ella, mordaz.

Él pareció a punto de decir algo grosero, pero la abrupta interrupción de los invitados que acudieron a felicitarlos puso fin a aquel duelo.

Hastiada, Alessandra respondió mecánicamente a los abrazos y buenos deseos de los conocidos que acudían a chismorrear y así tener su minuto de gloria. Todo estaba siendo retransmitido en directo. El propio Emilio así lo había querido.

Y hablando de él, no tardó en acercarse junto a Baldassare.

—Una actuación espectacular — susurró su padre, al abrazarla. Ella sonrió.

—Ya sabes que soy una gran actriz, padre. Solo espero que valga la pena tanta molestia...

—Lo hará, no te quepa duda — le prometió entonces el Capo, con un brillo siniestro en la mirada.

Por un segundo, tuvo el impulso de preguntarles por Carlos porque – venga ya - ¿nadie lo echaba en falta? – pero entonces una figura tambaleante atravesó la muchedumbre para acudir presuroso a su encuentro, con un Mauro visiblemente preocupado tras de él.

A Alessandra le costó bastante reconocerlo debido a su aspecto demacrado y la ebriedad notable que dificultaba su andar errático y torpe. Pero era él; Alessio Leone. Y no parecía estar nada bien.

—Padre, ¿qué sucede? No estás bien, deja que te lleve a casa...— le estaba diciendo Mauro, ya sin disimular su malestar.

Fue a cogerlo del brazo para impedir su avance, pero el hombre se revolvió sin miramientos y Chiara tuvo que sostener al joven, más por darle consuelo que porque el brusco contacto le hubiera hecho daño. Al menos no físico.

Mauro nunca había tenido una buena relación con su padre, él mismo se lo había confesado en una de las muchas noches de insomnio que ambos pasaron mirando las estrellas en el alféizar de su ventana, mientras charlaban de todo y de nada.

—¡Alessio! Por todos los santos, ¿cómo vienes en este estado? — lo interpeló Baldassare, adelantándose con Emilio para entre los dos asirlo de

ambos brazos y así conducirlo al interior de la mansión, donde pudieran hablar con privacidad.

—Tengo que...contaros algo que...hace mucho debí decir...

No dejaba de dar trompicones, estaba pálido como la cera y le costaba pronunciar las sílabas con claridad.

Alessandra frunció el ceño. Aquello estaba lejos de parecer una simple borrachera y no le gustaba lo más mínimo lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Marcello se adelantó un poco, con la misma expresión de preocupación en el rostro y supo que quería examinarlo.

Lo detuvo.

—Tú tampoco crees que se haya pasado de copas, ¿verdad?

—Me temo que no — confesó, con el semblante serio.

—Y nos lo dirás, pero será mejor que tratemos esto en privado...— estaba diciendo Baldassare, tratando de apelar a la discreción, mientras accedía con un gesto a que su hijo los acompañara para asistir al pobre hombre.

Parecía realmente mal.

—Padre... ¿puedo ir con vosotros? — pidió Mauro, angustiado al no saber qué le ocurría a su progenitor.

La música había cesado hacía rato, ya nadie bailaba ni se lo pasaba bien. Todos estaban pendientes de lo que sucedía con aquel hombre que había osado interrumpir de esa guisa a los reyes de la mafia. Y las murmuraciones no se hacían de rogar.

Alessio no ponía de su parte y asió por la camisa a Emilio, luchando con todas sus fuerzas por confesarle la verdad que tanto lo atormentaba...

—El niño...está vivo... — gorjeó, antes de tener un acceso de tos tan violenta que cayó de rodillas, escupiendo sangre sobre el mármol de la entrada.

Aterrado tanto por el significado de las palabras que creía entender — aunque prefería con todo su corazón estar equivocado — como por el estado agonizante de su amigo, Emilio se agachó junto a él. Baldassare urgió a Marcello para que actuara y de inmediato lo hizo.

Mauro no se acercó demasiado, estaba paralizado. Solo podía contemplar con pavor cómo su padre se asfixiaba.

—¡Papá! — gritó, desesperado, cuando Maurizio y Sandro lo sujetaron por ambos brazos para frenar su avance.

—Lo han envenenado — afirmó Marcello, impotente al saber que sus minutos estaban contados.

Gemidos consternados.

—¿De qué niño hablas? ¿Acaso...? —Emilio sudaba, ni siquiera se atrevió a terminar la frase. Pero no hizo falta. Alessio lo sabía todo.

—¡Llamad a una ambulancia! Papá, tienes que aguantar — gritó Mauro, revolviéndose con fiereza entre los brazos de los hermanos Moretti, que sintieron compasión por él.

—No hay nada que hacer.

Sandro fulminó con la mirada a Demetrio, que había hablado detrás de ellos.

—Es peor darle falsas esperanzas — dijo en cambio Maurizio, observando con tristeza cómo Bennedetta se llevaba a su niño lejos para que no presenciara aquella cruenta escena.

Alessio, agonizante, solo atinó a asentir con la cabeza antes de espirar su último aliento.

Los gritos desesperados de Mauro se sumaron al caos y los hermanos lo liberaron para que llorara a su padre.

Emilio y Baldassare negaron saber a qué se refería y él en su dolor, no insistió.

De repente, humo espeso e impenetrable se alzó en todas direcciones. Alguien había lanzado gas lacrimógeno.

Alessandra trató de avanzar entre la gente que empezó a huir en estampida, para reunirse con su familia y asegurarse de que todos estaban bien. Pero no pudo.

Luchó con fiereza contra la gente que la arrastraba, dando golpes a ciegas. Y entonces tres figuras aparecieron frente a ella, cerrándole el paso.

Los reconoció enseguida, a pesar de tener los ojos rojos e inflamados.

—Angelo, ¿dónde está mi padre? — le preguntó. No obtuvo respuesta. Massimo y Fabrizio parecían dos esculturas de hielo. Se inquietó, algo le gritaba que corriera, pero ellos...estaban en el mismo bando. El plan... — ¿Y Carlos? — gritó para hacerse oír.

Le pareció discernir una sonrisa taimada entre las facciones del Don de la Camorra, una sonrisa que le puso la piel de gallina.

—Lo siento, bella.

Fue todo lo que dijo, antes de que sus hermanos la inmovilizaran. Entonces vio el trapo que llevaba oculto dentro del bolsillo del frac y lo entendió todo.

—No, no, no. ¡Maldito seas, bastardo! No te atrevas — chilló, pataleando y forcejeando al límite de sus fuerzas.

Pero no tenía nada que hacer.

Pronto estuvo flotando en las aguas de la inconsciencia, a la deriva.

Y le pareció entrever a Luca frente a ella, cayendo desmayado en manos de....Carlos.

Cuando Alessandra volvió en sí estaba sumamente desorientada y confusa. No sabía dónde estaba, ni cuánto tiempo había pasado inconsciente.

Entonces notó algo blanco...una colcha la cubría. Se la quitó con impaciencia para descubrir unas sábanas de tafetán que pertenecían a una cama bastante elegante y confortable...una cama que no era la suya.

Hizo ademán de levantarse, impetuosa, pero un mareo la sobrevino provocando que volviera a dejarse caer de mala gana sobre las mullidas sábanas blancas. Los efectos del cloroformo todavía persistían en su sistema y se sentía débil.

Eso la frustraba muchísimo, pues el hecho de tener mermadas sus capacidades le dificultaría un poco las cosas para salir de allí, especialmente si estaba en manos de los Salvatore, esos traidores desalmados.

Todavía no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Sí, conocía a Angelo y su naturaleza volátil, así como las desmedidas ansias de poder que lo poseían, pero le había parecido sincero al ayudarlos y no entendía cómo podía haberse equivocado tanto con él.

Pero es que no tenía sentido, ¿qué ganaba él traicionando a sus potenciales aliados para ponerse del lado de un demente enfermo de grandeza? ¿No sabía acaso que se desharía de él en cuanto dejara de serle útil?

Angelo podía ser muchas cosas, pero estúpido desde luego que no.

Algo se le escapaba, ¿pero qué?

Maldijo su suerte. Y una oleada de furia la inundó, dándole fuerzas para ponerse en pie e ir hasta la puerta...para comprobar que estaba encerrada.

Malditos fueran...

Reprimió las ganas de gritar de ira y frustración y le propinó una patada. La rabia, en cambio, no le nubló el juicio pues enseguida se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era permanecer en silencio hasta que sus captores acudieran a liberarla.

Entretanto, podría estudiar aquel lugar – que no le resultaba para nada familiar, por lo que quedaba descartado que se tratara de la residencia principal de los Salvatore, en Nápoles – y así saber a qué se enfrentaba.

¿Por qué la habían secuestrado, en primer lugar? ¿Para pedirle un rescate a su padre? ¿O un intercambio con el que negociar? No tenía sentido, pues ya habían llegado a un acuerdo.

A menos que también fuera una farsa y pretendiera entregársela al arlequín. Ciertamente ella podía ser un gran eslabón en aquel juego, porque si la dañaba le estaría dando donde más le dolía a Baldassare.

¿De verdad Angelo tenía tan pocos escrúpulos? Sabía que nunca la había amado, pero no esperaba que significara tan poco para él.

Además, si era cierto lo que había creído ver antes de desmayarse... ¿qué pintaba Luca en todo aquello?

Y... ¿Carlos? No, se negaba a creer que él pudiera traicionarla de ese modo, porque eso implicaría que habría estado fingiendo todo el tiempo...y no podía soportarlo.

No, él no.

Impaciente, dio un par de golpes a la puerta, olvidándose de su plan de pasar desapercibida. Si él se había atrevido a clavarle un puñal por la espalda, iba a tener que dar la cara y decirle mirándola a los ojos que era un traidor.

No tardó en llegar hasta ella el sonido de unas botas que con premura cruzaban el pasillo hasta detenerse frente a la puerta. Pero no tenía forma de saber quién era, hasta que una llave empezó a girar y ella se preparó para atacar.

En cuanto la silueta asomó por el quicio, ella cogió un jarrón y le atizó con todas sus fuerzas. O al menos trató de hacerlo, porque él ya se esperaba el ataque y la detuvo sujetándole los brazos y arrojándolo al suelo. El mármol roto restalló en sus oídos.

Aun inmovilizada y todavía más rabiosa al ver que se trataba de Luca – el muy traidor era aún más rata de lo que había pensado, porque estaba con ellos – le dio un cabezazo que lo hizo retroceder unos pasos, con una media sonrisa que no auguraba nada bueno.

Gritando, ella volvió a la carga, asestándole una patada en el estómago que él logró esquivar dando un salto hacia atrás. Luego, con unos reflejos que la asombraron, sus manos liberaron los brazos de la joven para acabar por hacerle una llave que la tomó desprevenida.

Cayó al suelo y él se puso a horcajadas. Los dos jadeaban.

—Basta, te ruego que me dejes explicártelo todo antes de comportarte como una loca.

Sus palabras solo la enfurecieron más y le escupió en la cara, debatiéndose con furia ciega. Pero él no cedía.

Bufó.

—No tengo nada que hablar contigo, esposo — soltó, mordaz y sardónica.

Su respuesta en cambio, la dejó noqueada por el shock.

—¿Ni siquiera si te digo que nuestro matrimonio no tiene validez?

Ante esa impactante revelación, la ira de Alessandra se esfumó y las fuerzas la abandonaron. Luca, al notarlo, la soltó y la invitó a tomar asiento en la cama con un ademán.

Obedeció, no sin recelo. No pensaba fiarse de él a las primeras de cambio.

Ante esa impactante revelación, la ira de Alessandra se esfumó como un plumazo y las fuerzas la abandonaron. Luca, al notarlo, la soltó y la invitó a tomar asiento en la cama con un ademán.

Obedeció, no sin recelo. No pensaba fiarse de él a las primeras de cambio.

Sin embargo, las preguntas se arremolinaban en su mente y la necesidad de respuestas la abrumó. Necesitaba saber... si las locas suposiciones que empezaba a albergar su mente eran ciertas.

—¿Qué cojones significa eso? Explícate — exigió, dejando de lado toda compostura.

Él no tardó en complacerla. Y lo hizo revelando una verdad que jamás se habría esperado, pero que si lo pensaba en retrospectiva tenía todo el sentido del mundo.

—Empecemos por el principio: mi nombre es Enrico Barsetti y trabajo para la Interpol. Te suena, ¿no?

En ese momento, Alessandra recibió un gran golpe de realidad.

Pensó que era quien tenía un plan, que era quien manejaba las riendas... Pero por una vez fue el ratón quien jugó con el gato y no al revés. Se sentía tan humillada...

Al mismo tiempo, todo tenía sentido. Ese hombre solo estaba interpretando un papel, si hasta él mismo se lo dijo ¡qué ciega había estado!

Sí, había sospechado de su comportamiento pero lo achacó a una venganza a cuenta de los Lombardi. En ningún momento se le pasó por la cabeza que la mayor organización contra el crimen les estuviera siguiendo la pista.

Abrió los ojos de par en par al caer en cuenta de un detalle; Luca Ferragni, el verdadero ¿No existía? Era imposible...

Necesitaba desesperadamente terminar de atar los cabos sueltos.

—Pero Adriano Ferragni estuvo allí, él.... Mi padre le conoce desde que era un adolescente, él jamás se habría prestado a...

Luca – o mejor dicho, Enrico – enarcó una ceja.

Y ella entendió que sí, pues al fin y al cabo todo el mundo tenía un precio.

—¿Qué acuerdo le ofreciste? — inquirió, luchando por no tirarse de los pelos. Aquello era desesperante.

Una sonrisa torcida se dibujó en su apuesto rostro.

—Al fin hablamos el mismo idioma, me parece. —Bueno, odiaba reconocerlo, pero Enrico le caía mucho mejor que Luca — le ofrecí la única salida que podría evitarle la cárcel, colaborar en la captura de los Greco — declaró, casi con odio en la mirada. Un odio que interesó profundamente a la joven, al reconocer que aquel hombre no se limitaba a hacer su trabajo, sino que le movía algo personal.

—Así que no vas detrás de mi familia, sino de los Greco.

No era una pregunta, sus palabras hablaban por él. Y eso alivió a Alessandra, al saber que su intervención en aquel plan era un acto de mera estrategia fruto de la alianza. Pero, ¿fue así desde un principio?

Y lo más importante...

—¿Quién de los míos negoció contigo y por qué no se me puso al tanto? — pidió explicaciones, dejando traslucir un atisbo de la furia que sentía.

Después de todo, había sido ella quien tuvo que fingir durante semanas, quien tuvo que enfundarse un maldito vestido y protagonizar la mayor farsa de todas. Tenía derecho al menos a saber cuántos de su familia estaban al tanto y prefirieron ocultarselo deliberadamente, engañándola con un plan que - ahora lo sabía - no era más que la tapadera para mantenerla tranquila.

Apretó los puños, dispuesta a emplear la violencia si aquel hombre no hablaba de una bendita vez. Pero no hizo falta.

La expresión circunspecta de Enrico lo dijo todo y ella cerró los ojos en cuanto se percató de que la puerta se abría.

En el fondo, era perfectamente consciente de quién iba a entrar, pero la realidad era que no quería aceptarlo... porque hacerlo implicaba que él, la única persona por quien habría puesto las manos en el fuego, la había traicionado.

—Lo hice yo.

Esas palabras cayeron como una losa de piedra sobre ella y abrió los ojos, para descubrir que las lágrimas caían a raudales por sus mejillas enrojecidas.

Enrico, mucho más sagaz y astuto que el hombre cuya identidad había tenido que suplantar - y que Alessandra supuso que estaba escondido en algún lugar seguro donde nadie descubriera su paradero - se puso en pie y se alejó un poco para darles intimidad. Sin embargo, no llegó a salir de la habitación.

— Creo que las cosas se van a poner bastante incómodas... Así que avisadme cuando termine el drama — soltó, indolente.

Pero la ira de Alessandra no iba dirigida a él en aquella ocasión.

Carlos permaneció de pie, a una distancia mucho más corta de lo que cualquier persona en su sano juicio habría considerado prudente. Pero él no conocía el significado de la palabra miedo. Y por descontado que sabía perfectamente cuál iba a ser la reacción de la Grimaldi.

Lo aceptaba gustoso, porque volvería a hacerlo mil veces si con ello cumplía su promesa. Y era el único modo de mantenerla a salvo del macabro juego que se avecinaba.

Un juego en el que ella desempeñaba un papel crucial.

—¡Eres un maldito hijo de perra! — chilló, poniéndose en pie a la velocidad de la luz y soltándole un puñetazo que dio de lleno en su mandíbula.

Enrico silbó, ella se hizo un daño horrible en la mano - que disimuló con la mayor dignidad que pudo - y él se mantuvo imperturbable e inexpresivo como una estatua. La había dejado desahogarse.

No obstante, no pudo reprimir lo visceral de sus emociones y apretó la mandíbula con fuerza cuando ella empezó a darle golpes en el pecho con toda su saña. Le costó - el maldito tenía un pecho que parecía un muro de granito - pero al final lo hizo retroceder hasta la puerta, entre gritos e insultos nacidos de la rabia y la desesperación.

No se dio cuenta de que él la estaba dejando hacer hasta que de un momento a otro su espalda impactó contra la madera y él le sujetó ambas muñecas por encima de la cabeza para vencer su resistencia.

—¡¡Suéltame!! ¡No me toques maldito traidor! — gritó, presa de la ira.

Esa acusación lo encendió a él con la misma virulencia y aunque trató de controlar su temperamento explosivo, le fue imposible.

—¿Es eso lo que piensas de mí? DE NO HABER HECHO LO QUE HICE ESTARÍAS PUDRIENDOTE EN UNAS MAZMORRAS A MERCED DE ESE LOCO. ¿Eso querías? ¡¡¿Eh?!!

Alessandra jadeó, reculando cuando él dio un golpe con toda su saña a la pared.

Pero la ira cruda y primitiva que había en sus ojos la impresionó. Y su manera de gritarle... delataba que el soldado implacable y sin sentimientos empezaba a quitarse sus corazas, solo por ella. Aunque hubiera heridas tan profundas en su interior que nunca nadie, ni siquiera ella, podría sanar.

Y se sintió culpable por condenarlo sin escuchar su versión de los hechos, como había hecho con Enrico - que seguía allí, pasándoselo en grande, y que tenía mucho que explicar todavía - así que agachó la cabeza, renunciando a su orgullo por primera vez en la vida.

Esa ofrenda de paz pareció aplacar también la furia de él, porque respiró hondo y se pasó las manos por el pelo corto y por la barba de varios días.

Estaba más guapo que nunca.

—Lo siento — dijeron los dos a la vez. Y Enrico se carcajeó.

Ambos lo fulminaron con la mirada con una sincronización impecable.

—Y todavía me negaréis que sois tal para cual. Cuando tu soldado supo cuál era mi misión casi me arranca la cabeza. No soportaba que otro hombre pusiera sus manos sobre ti — declaró, provocando que Alessandra sonriera.

De la garganta de Carlos escapó un gruñido bajo y gutural. El agente de la Interpol levantó las manos. Seguía sonriente, pero no osó pronunciar otra palabra.

—Por eso me pediste que te... que te encerrara, ¿Verdad?

Él asintió.

Alessandra tenía sentimientos encontrados. Por un lado, ahora todo encajaba... pues aquello le había parecido un tanto forzado. Pero por el otro, le dolía que la hubiera hecho creer que la sola idea de saber que iba a casarse con otro lo enloquecía. Aunque, a juzgar por las palabras de Enrico, eso también era cierto.

—El plan era que tú creyeras, al acudir al alba y ver las cadenas vacías, para después encontrarte conmigo, que yo le había hecho algo. Y que así no sospecharas de su ausencia. O al menos, que no hicieras preguntas — explicó el castaño, indolente.

Alessandra miró a Carlos con un velado reproche, antes de hacerle la pregunta que más ansiaba.

—¿Solo os preocupaba que yo hiciera preguntas? ¿Quién más lo sabía?

Una mirada cómplice.

Su furia alcanzó niveles insospechados.

—Todos lo sabían, menos Dante, Isabella y Stella. Y Chiara, claro. Vuestras reacciones tenían que parecer reales en directo.

Alessandra tragó saliva.

Todos...

Eso significaba que su padre, su hermano, Emilio y hasta Thiago y Bruno lo sabían y no le dijeron nada.

No podía creerlo.

—¿Desde cuándo?

Carlos no respondió. Le lanzó dagas con los ojos, pero él tenía esa maldita expresión... como si nada le importara, que estuvo a punto de explotar de nuevo.

Por suerte, se contuvo. La necesidad de respuestas era primordial.

—Me di cuenta a los pocos días después de que tu padre anunciara tu compromiso con él. Adriano Ferragni no es tan buen actor...y enseguida até cabos, soy muy bueno investigando — contó, en tono neutro.

Alessandra y hasta el propio Enrico estaban impresionados.

—Sin duda tienes unas habilidades excepcionales, chico — concedió y él se encogió de hombros.

—Solo hago mi trabajo.

—¿Tu trabajo? ¿Tu trabajo es mentirme a la cara? — bufó, sin poder evitar sentirse molesta y herida.

Él resopló como un toro.

—Juré protegerte y eso es lo que he hecho. Prefiero que me odies, mientras estés respirando y a salvo.

—Ahí tengo que darle la razón. Arriesgó el pellejo cuando me propuso ese trato — Enrico intercedió por él.

—¿Tú fuiste quien se lo propuso? — preguntó confusa.

Carlos asintió, escueto. Lo que delataba lo molesto que estaba con ella. Y no podía culparlo, pero ella también tenía derecho a estarlo. Todos le habían mentido en su cara.

—Tuvo la audacia de negociar conmigo, sí. De haberme delatado a Emilio, me habría cortado la cabeza por traicionarlo... Así que puestos a elegir preferí jugar al juego dentro de mi juego. De ese modo podríamos matar dos pájaros de un tiro y ambos saldríamos ganando — declaró —. Si os quito a los Greco del camino, llegar hasta Francesco y sus secuaces será más sencillo.

Había que admitir que tenía sentido. Carlos era un genio... Y se lo diría, cuando su enfado se calmara.

—¿Por qué los Greco?

No pudo evitarlo, su curiosidad era superior a ella.

Enrico ensombreció el gesto.

—Conocéis su reputación tan bien como yo. Andrea y Guido dirigen una de las mayores y más intrincadas redes de blancas del mundo. En sus clubes pasan cosas que os revolverían el estómago. Sí, los Salvatore y vuestro clan son la mafia más peligrosa de Italia, pero la *'Ndranguetta* es escoria y esa será siempre mi prioridad, no descansaré hasta salvar a esas mujeres.

Había tanto sentimiento en su declaración que Alessandra se sintió conmovida. Y ella lo había juzgado mal... Pero nunca imaginó que se trataría de un agente encubierto.

Ahora veía las sutiles señales que le había dejado.

—Y te ayudaremos a encerrar a esas basuras — aseguró, rotunda. — Recuerdo que en la cena, antes de casarnos, mencionaste algo sobre una segunda residencia en Milán, pero lo busqué y los Ferragni no tienen ninguna segunda residencia allí. Era un mensaje en clave para cuando descubriera la verdad, ¿no?

Buscaba una confirmación y la obtuvo.

—Chica lista. Carlos me dijo que terminarías cayendo, pero admito que te subestimé. La segunda residencia es de...

No le dio tiempo a terminar la frase, porque alguien más lo interrumpió.

Y de nuevo, Alessandra ya sabía de quién se trataba antes de que Angelo Salvatore interviniera con el orgullo de un rey.

—La residencia es mía, bella. Me disculpo por no haberte invitado en estos años, pero como ves siempre tengo un as bajo la manga.

Sus palabras la enfurecieron y secretamente la aliviaron. A pesar de todo, habría lamentado de veras que Angelo fuera un traidor.

No era esa clase de hombre. Como tampoco lo era Carlos.

—Ya lo veo — dijo, muy tranquila, antes de situarse frente a frente con él.

Pero Angelo era astuto como una serpiente y, como el guardaespaldas, adivinó sus intenciones. Solo que él no estaba dispuesto a dejarla ir tan lejos y detuvo su mano.

—*Vaffanculo* — lo insultó ella, forcejeando con fiereza al ver que el miserable se reía.

—Suéltala. A menos que quieras que te ampute los dos brazos aquí mismo, en tu puta casa.

La amenaza provenía de Carlos y estaba cargada de ferocidad.

El Don de la Camorra obedeció, poniendo mala cara.

—¿Así le hablas a un aliado? — siseó, enseñando los dientes.

Alessandra se inquietó cuando ambos hombres se enfrentaron. Parecían dos titanes a punto de arrancarse la cabeza y por muy excitante que eso hubiera podido resultarle en otras circunstancias, Angelo tenía razón; ahora estaban en el mismo barco.

—Así le hablaré a cualquiera que toque a mi mujer — gruñó el mexicano, casi con violencia.

Esas palabras la sorprendieron, porque nunca se las había oído pronunciar más que cuando estaban a solas.

—¿Tu mujer? ¿Qué tiene que decir Baldassare o tu *Capo* al respecto?

Esas palabras terminaron por encender a Carlos, ya fuera porque sabía que jamás lo aceptarían – él no era italiano, no era más que un matón a sueldo que no tenía dónde caerse muerto – o porque la situación ya estaba lo bastante caldeada, y cogió del cuello a Angelo, que le respondió con la misma virulencia.

Los dos sacaron sus armas y se apuntaron a la cabeza.

—Venga, dispara si tienes cojones —gruñó Carlos, agresivamente.

Angelo dejó escapar una risa desagradable.

—Si piensas que no te volaré la cabeza...

—¡Basta! — gritó Alessandra, interponiéndose entre ambos a base de empujones y quedando en medio de ambas líneas de fuego —. Dejad de comportaros como un par de animales estúpidos. ¡Somos aliados, joder, no enemigos! Así que parad de saltaros a la yugular a la mínima de cambio, porque de mis relaciones me ocupo yo.

A regañadientes, los dos bajaron las armas. Aunque seguían enfrascados en un duelo de miradas retadoras. Pero lo hicieron por ella.

Enrico se aclaró entonces la garganta, como si quisiera recordarles que seguía allí.

Los tres hicieron un esfuerzo por dejar de lado sus diferencias para ver adónde los llevaba aquello.

Alessandra fue la primera en romper el tenso silencio autoimpuesto.

—Entonces vuestro plan era despistar al arlequín al hacer que me secuestraran delante de sus narices interfiriendo así en sus propósitos. ¿No es así? — al ver que Carlos asentía, continuó —: ¿Y qué sigue ahora?

—Ahora cambiamos las reglas del juego — proclamó él, orgulloso.

La Grimaldi enarcó las cejas.

—Me temo que vas a tener que ser un poco más específico para que sepa a qué atenerme, soldado.

Angelo y Enrico rieron.

—Imagina estar tan perturbado como para urdir una venganza al milímetro durante veinte jodidos años. Entra en la cabeza de Francesco un segundo y hazte a la idea de cuánto lo desestabilizará el hecho de que te raptan delante de sus narices — porque seguro que tenía espías allí, o por lo menos lo estaba siguiendo en directo — estropeando así su sorpresa final. Hará lo que sea para recuperar el control

—Y será entonces cuando nosotros intervengamos para inclinar la partida a nuestro favor — adivinó ella, con una sonrisa maquiavélica. Aquel plan era una gran baza para acabar con ese maldito bastardo de una vez por todas.

—Pero para eso tenemos que hacer que parezca real. Francesco sospechará de los Salvatore y no tardará en atacar o negociar para recuperar lo que es suyo — aventuró Enrico, pensativo.

La mueca burlona de Angelo se hizo más pronunciada, denotando que tenía ganas de guerra.

—¿Y cuánto tiempo tendrá mi familia que actuar como si me hubieran raptado de verdad? — quiso saber a qué atenerse la Grimaldi.

—El tiempo necesario para conseguir atraer a los Greco a nuestra trampa — contestó Enrico, con rencor.

—¿Fingirán negociar con ellos?

Un asentimiento por toda respuesta.

Entonces la joven no pudo seguir reprimiendo su curiosidad por más tiempo.

—Esto no se trata solo de trabajo. Los odias ¿Verdad? —. Al ver que, aunque callaba, su rictus se había ensombrecido, Alessandra supo que estaba en lo cierto e insistió, pues cuanta más información tuviera más bazas a su favor en caso de llegar a necesitarlas. Ya no se fiaba de nadie — ¿Por qué?

Enrico les dio la espalda, amparándose en el ventanal que daba al patio exterior de la mansión. Y con eso les dijo de manera tácita hasta qué punto era doloroso para él lo que estaba a punto de revelar.

—En la fiesta de Giovanni hablasteis con una mujer llamada Antonella Ricardi.

No era una pregunta, sino una afirmación. Y en la mente de Carlos se gestó una hipótesis que bien podía tener sentido, pero esperó a que Alessandra hablara.

—Sí, la asesinaron en cuanto salimos de allí. Cuando la dejamos marchar porque así nos lo pidió. Pero ella...

Calló, buscando apoyo en Carlos, quien ahora sí tomó la palabra.

—Pero ella era una impostora. Yo mismo hablé con Donato Caprisi, tío de la difunta, y me confirmó que Santino no tuvo más hijas con la joven Ricardi.

Las implicaciones de lo que decía, por tanto, solo podían conducir a una verdad.

—Pero eso no tiene ningún sentido — protestó Alessandra, a punto de sufrir una jaqueca. Hasta que algo en su mente hizo click y alzó la vista de golpe —. A menos que fuera como tú.

Al oírlo, Enrico se volvió con una sonrisa amarga en los labios y asintió. La aprobación se leía en sus pupilas.

—Muy lista. Así es, era mi compañera. Nos encomendaron a ambos la misión de infiltrarnos. Su plan era contaros todo lo que estaba sucediendo en cuanto estuviera segura, pero ese miserable lo descubrió de algún modo y la asesinó para evitar que contara la verdad — escupió, con rencor.

Alessandra estaba tan sorprendida como frustrada.

Ahora todo tenía sentido. Lástima que lo había sabido demasiado tarde.

—Lo siento — le dijo, empatizando con su dolor —. Lamento que te la arrebataran.

—Gracias —. Le chocaba un poco ver la sinceridad en Enrico, conocer su verdadera personalidad. Pero sin duda era mucho más interesante que el papel que le había tocado — sin rencores espero, Alessandra.

—Sin rencores — aceptó al fin, estrechándole la mano que le tendía —. Pero hunde a esos bastardos. Y habrá merecido la pena.

—Lo haré.

Y con esa promesa, entendiendo que era el momento de dejar a ese par a solas – Enrico no era tonto y podía sentir la tensión electrizante que emanaban sus cuerpos, desde ambos extremos de la habitación – se retiró discretamente.

Ni siquiera le prestaron atención. Estaban demasiado enfrascados en un duelo de miradas retadoras y subidas de tono cuyo desenlace no era un

misterio para nadie.

Apenas la puerta se cerró, Carlos empezó a avanzar hacia ella; tremendamente erótico y provocador.

Alessandra, sin embargo, se mantuvo impertérrita. Todavía estaba muy enfadada, así que tendría que esforzarse si quería una reconciliación.

Él no era de los que suplicaba, eso estaba claro. También tenía demasiado orgullo como para pedir perdón, pero ella no lo esperaba.

—¿Cómo reaccionarías si yo hubiera hecho lo mismo que tú? Si los papeles fueran a la inversa — espetó, echándose hacia atrás cuando él intentó asirla por la cintura. Tenía una erección más que considerable, pues la frustración de hacía un rato solo había aumentado sus ganas de follarla.

Exhaló, impaciente.

—¿En qué cambiaría eso las cosas? Ha pasado, ya está. No me arrepiento, si es lo que quieres oír — soltó, con ese temperamento cáustico y crudo que lo caracterizaba.

Y eso enfureció a Alessandra, quizá porque ella habría dicho lo mismo.

—Te gusta tener el control, ¿no es así? — gruñó, arrancándole la camisa casi con violencia y paseando sus uñas kilométricas por su pecho, en sentido descendente —. Te lo diré una vez: no toleraré que vuelvas a pasar por encima de mí nunca más, ¿te queda claro? — bramó, bajando las manos hasta su miembro y presionando con fuerza.

Él tenía las venas del cuello hinchadas y la respiración errática cuando, en un movimiento velocísimo, le sujetó las muñecas y la arrinconó contra la pared.

Ella jadeó, lo tenía a un palmo de su boca y podía sentir la excitación primitiva que emanaba de sus cuerpos. Eran un volcán en erupción y la cuenta atrás para que estallaran juntos había comenzado.

—Me queda clarísimo que es la jodida princesa de la mafia y no se deja dominar por nada ni nadie. Pero lo que sí es un hecho es que yo soy el jodido cabrón que la hace gemir de placer todas las noches, el que despierta sus más oscuras perversiones y el que es capaz de ponerla de rodillas y no precisamente para rezar. Así que la *signorina* dirá cómo resolvemos esto, porque se me ocurren muchas formas y todas terminan en mi cama — rugió él.

Estaban desatados, febriles por sentir al otro en su plenitud.

Y fue ella la primera en lanzarse, marcando el ritmo como le gustaba.

Sus labios sedosos se enredaron entre los de él y le echó los brazos al cuello, gimiendo cuando sus manos expertas presionaron su cintura hasta levantarla en peso. Le enroscó las piernas en las caderas y no tardó en sentir cómo el colchón se hundía bajo su peso.

Combustible, eso era su sangre.

Y él fuego cuando se inclinó sobre ella para morder, besar y chupar cada centímetro de piel expuesta.

Las bragas de encaje de Alessandra estaban empapadas y jadeó, a punto de explotar en mil pedazos.

Sentirlo dentro siempre era una necesidad y su tortura una agonía que el maldito disfrutaba cada segundo con ese autocontrol tan maravilloso que poseía.

Se enfrascaron en una lucha de poder por la que siempre estarían en guerra.

Porque su cama era su santuario y solo se arrodillaba para él.

Y entonces, al tiempo en que sus lenguas danzaban en un baile erótico y salvaje, él la embistió, gruñendo, con una potencia desmedida. Y ella gritó sin importarle que la escucharan hasta en el infierno, el lugar donde la llevaba cada vez que la tocaba.

—¿Qué te parece tu regalo de bodas? — soltó, con esa sátira que la enloquecía, sin dejar de deslizarse dentro y fuera mientras ella arqueaba las caderas y mordía su hombro con fruición, con una mano enroscada en su corto cabello.

Suyo; suyo y ella de él.

—Más que perfecta, *amore*.

Su respuesta lo excitó hasta el límite. Ardieron. Llegaron al clímax.

Y entonces Alessandra echó un vistazo al umbral de la puerta y le sorprendió divisar una silueta alta y masculina que conocía bien: Angelo Salvatore, observándolos con fascinación.

Una sonrisa maliciosa se elevó en sus comisuras. Todavía no le había dado las gracias por ayudarlos, pero se le ocurría algo mejor. Si Carlos quería.

Al notarla distraída, él se giró un poco, lo justo como para ver al italiano allí de pie.

Al principio, sus músculos se tensaron y gruñó; irascible y territorial, como un animal salvaje. Pero después, cuando ella lo aquietó besándolo en los labios lentamente y le susurró al oído, se calmó un ápice.

—Has dicho que es mi noche de bodas, compláceme ¿sí? Prometo que valdrá la pena, tú confía en mí — aseguró, zalamera.

Él suspiró, lo pensó un poco y acabó cediendo. Confiaba en ella y eso era lo que importaba.

—Angelo, acércate y cierra la puerta — lo llamó con tono, insinuante. Y él enseguida obedeció, mostrándoles cuán excitado estaba por aquel juego al revelar el enorme bulto en sus pantalones.

—Siempre he disfrutado una buena noche de bodas.

Su tono malicioso prometía una noche estimulante.

23

Alessandra admiró a los dos hombres que estaban en aquel dormitorio en todo su esplendor, con una sonrisa traviesa surcando las comisuras de su boca.

El simple hecho de saber que los tenía a su entera disposición toda la noche para hacer cuanto se le antojara envió un latigazo de excitación a su bajo vientre.

—¿Pensabais divertirlos sin invitarme a la fiesta, bella? — inquirió, juguetón, enarcando ambas cejas con una mueca sensual.

Alessandra se pasó la lengua por los labios, admirando todos y cada uno de los músculos esculpidos de su cuerpo a medida que se desnudaba, pero sin soltar la mano de un Carlos que se había puesto tenso como el arco de un violín.

Ah, su soldado. Tan fiero, tan celoso...

La humedad en su centro se hizo más que evidente y acomodó la espalda en su pecho, ansiosa porque empezara la acción.

—Bueno, acabas de unirte, ¿no?

—¿Y estáis bien con eso? — inquirió, lo que sorprendió a Alessandra. No esperaba que tuviera ese detalle.

Buscó la mano de Carlos a tientas y se giró de modo que sus ojos conectaran con los de ella, quería asegurarse de que si consentía era porque realmente le apetecía experimentar aquello.

El mexicano la atrajo más rudamente contra sí, hasta lograr tumbarla parcialmente encima de su pecho y se aferró a sus nalgas con posesividad, antes de asentir. Sus ojos negros cargados de desafío se clavaron en los iris azules de Angelo, que captó el mensaje a la perfección.

—Solo hoy, por ella. No te hagas ilusiones — casi le ladró.

Pero lejos de disgustarlo, eso lo hizo reír. Realmente era muy divertido ser testigo de la dinámica de su relación.

—No tienes de qué preocuparte, así será — aseguró, para satisfacción de Alessandra —. Ahora, ¿nos dejamos de charla y vamos al grano?

—Desde luego — aceptó ella, sin poder ocultar por más tiempo su deseo.

Angelo se despojó de su camisa y avanzó hasta situarse en el borde de la cama, estudiando a la pareja con recelo. Ignoró la mirada desafiante y territorial de Carlos y se concentró en Alessandra, deleitándose con la humedad que se adivinaba a través de la blanca tela de su camisón de dormir. Sabía que sería buena idea empacar algunas de sus prendas favoritas para cuando se le pasara el mal humor.

—Mírala, está lista. Prepárala con tus dedos — le dijo a Carlos, quien a pesar de mirarlo con cierto desagrado y recelo todavía, obedeció. No podía aguantar más su necesidad por volver a poseer a la mujer que era suya, y aunque ese metomentodo estuviera allí sabía que no podía competir con lo que él le hacía sentir en la cama.

Impaciente, se colocó a horcajadas sobre ella, que lo recibió gustosa abriendo las piernas y posando ambos brazos sobre la cabecera. Era una mujer dominante hasta la saciedad, pero verla en esa pose sumisa envió un latigazo de excitación a su polla. Y con un gruñido aferró sus piernas hasta separarlas por completo y así ensanchar su abertura, luego su atención se desvió de un Angelo que se había quedado únicamente en bóxeres, preparado para masturbarse, y se concentró en esas bonitas bragas de encaje que pedían a gritos ser rasgadas en dos.

Y así lo hizo, casi salivando con la gloriosa visión de su coño bien lubricado y listo para recibir toda su gruesa longitud, que empezó a presionar sus pantalones al límite.

—No te imaginas las ganas que tenía de hacer esto — susurró, a milímetros de su boca, antes de introducir un dedo en su interior —. Y esto — ella gimió cuando introdujo el segundo, la visión de aquel hombre oscuro y peligroso sobre ella amenazó con hacerla estallar de gozo y sintió que su piel se abrasaba cuando empezó a bambolear rítmicamente en su punto más sensible, llevándola al borde del orgasmo.

Gimió, con el calor ardiente de la excitación extendiéndose por todo su cuerpo. Angelo estaba frente a ella, con las pupilas encendidas de deseo. Se había quedado en bóxeres, por lo que su erección era más que visible a través de la tela de los mismos. Sus hombros estaban arqueados, parecía un depredador estudiando a su presa.

Sin embargo, en cuanto Carlos se percató de que su atención estaba puesta en el italiano se detuvo de golpe, provocando que ella se girara de inmediato, echando de menos la fricción de sus dedos en esa zona tan sensible de su cuerpo que lo reclamaba a gritos con una necesidad rayana en la demencia.

—Carlos...— gimió su nombre y lo fulminó con la mirada, con las mejillas arreboladas. Él estaba a dos centímetros de su rostro y mordió su labio inferior, indolente a su llamado. Quería más, quería que suplicara y estaba tan mojada y ansiosa que por muy fuerte que fuese su orgullo no aguantaría mucho más si no le daba lo que quería —. Hazlo, maldita sea — gruñó, arqueando el cuerpo para tratar de alcanzarlo. Pero él la retuvo con habilidad, tomándola de las muñecas, y con la expresión más jodidamente erótica y dominante que le había visto nunca, acarició sus labios con su aliento y demandó:

—¿Cuántos dedos crees que te caben, *diavolessa*? Dime, ¿cómo de duro quieres que te folle con ellos antes de penetrarte con mi polla? — tentó y Angelo no esperó más, empezó a masturbarse frente a ellos.

—Tres. Hazlo ya — urgió, tan trémula que apenas le salían las palabras. Solo podía pensar en sentirlo de nuevo dentro de ella en todo su glorioso esplendor.

—Los deseos de mi patrona son órdenes — susurró él entonces, colando tres de sus dedos por su abertura y deslizándolos más y más dentro hasta que ella, completamente cegada por las ondas expansivas de placer arrollador que esa descarga envió a su cuerpo, gritó sin ningún tipo de medida.

El colchón se bamboleó por la manera en que Alessandra arqueaba la espalda, con el cuello echado hacia atrás, los ojos casi en blanco y sus manos aferrándose a las sábanas con fuerza luego de trazar un camino sangriento por la espalda del mexicano, compitiendo con sus cicatrices. Angelo no quiso quedarse al margen más tiempo y se colocó al lado de Carlos, para atacar y agasajar sus pechos con su lengua y sus dientes. Lo que la hizo gritar más alto, pidiendo más y más placer.

Se derramó allí, sobre sus dedos y Carlos degustó sus fluidos para después ofrecerle a ella también un poco.

Después, para sorpresa de la joven, los dos hombres se intercambiaron los papeles. Carlos fue más rudo, dejando marcas por todo su cuello y clavícula además de sus pechos y Angelo aprovechó lo dilatada que se hallaba para introducir los dedos con más celeridad.

Alessandra ya no podía más. Nunca había experimentado semejante dimensión de placer en toda su experimentada vida sexual.

No sabía qué tenían aquellos dos hombres que la hacían rogar por más y más hasta que cayera rendida. La entrepierna le ardía, pero al mismo tiempo vibraba de deseo y lujuria por todos y cada uno de sus poros.

Y cuando Carlos la tomó en peso para voltear las posiciones y dejarla al mando, se estremeció entre sus brazos como si fuera de gelatina. Porque tenía a Angelo tras ella, mordisqueando su lóbulo con hambre y deleite, y sabía lo que se avecinaba.

Mentiría si dijera que eso no la enloquecía de fervor.

—Ahora, *amore*, Carlos te la meterá por el coño mientras que yo lo hago por ese precioso culito. Quiero que nos sientas a los dos al mismo tiempo,

en toda nuestra envergadura. ¿Estás lista?

—Estoy *ansiosa* — atinó a decir, entre jadeos, comenzando a hacer fricción con las caderas encima de la pelvis de Carlos, quien le introdujo la punta y enarcó las cejas, invitándola a hacer el resto.

—¿A qué estás esperando, muñeca? Tienes el control, móntame — la provocó, humectándose los labios con la lengua ante la visión de sus pechos endurecidos y rosados que se estremecían con cada subida y bajada de su respiración, a un palmo de su cara. Quería morderlos y saborearlos hasta hacerla gritar de placer de nuevo.

No tuvo que pedírselo dos veces, porque con esa sonrisa jodidamente seductora y perversa que lo enloquecía, empujó hasta que estuvo dentro y de su boca salió un gemido delicioso. Así, con la melena negra ondulada enmarcando su rostro, los ojos azules dilatados de placer y los labios rojos y carnosos parecía una diosa del Olimpo.

Y él un pobre diablo afortunado porque ella todavía lo quisiera en su cama.

Bamboleó más profundo, entrando y saliendo con cada empuellón y tratando de relajarse cuando Angelo empezó a prepararla, listo para embestirla desde atrás con su dureza.

Sus manos tiraron de su cabello hacia atrás, mientras su aliento mentolado acariciaba su clavícula y depositaba un tierno beso en la carne sensible.

—No hay nada que me excite más que tus gemidos, bella. Por los viejos tiempos — murmuró, con la voz grave y profunda, antes de introducirse por su abertura más estrecha, con lentitud.

Una vez que ella se hubo acostumbrado a la intromisión, espoleó un poco más deprisa y se acopló al ritmo de las embestidas de Carlos, cuya resistencia era incomparable.

Alessandra sentía las extremidades y el bajo vientre como si fueran de mantequilla, temblaba de excitación y el maremoto del orgasmo no tardó en acumularse en su interior, queriendo salir.

—Por los viejos tiempos — reiteró ella, con una sonrisa resplandeciente pero agotada cuando se entregó a merced de esos dos titanes que no pensaban detenerse hasta ver saciados sus instintos más primitivos, hasta volverla loca de placer entre sus brazos.

Iba a ser todo un milagro si podía caminar al día siguiente.

Villa Santorini se hallaba sumida en un auténtico caos. Nunca se habían enfrentado a una situación como aquella, jamás experimentaron lo que era estar realmente al límite.

Y es que, aunque el plan hubiera salido bien, quedaban los remordimientos.

A aquellas alturas, Alessandra ya debía estar enterada de todos los pormenores de la argucia orquestada por Carlos y Enrico, con la ayuda de Angelo, y seguramente debía odiarlos al saberse engañada.

Y aun así, por su seguridad, todos volverían a hacerlo. Las veces que hicieran falta.

Lo sucedido fue un escándalo, no se hablaba de otra cosa. Los medios incluso se personaron en la mansión una vez se hubo restablecido la calma, en busca de declaraciones jugosas.

Baldassare no tuvo más remedio que comparecer y pidió ayuda a los cuerpos de seguridad para encontrar a su hija. Una pantomima que gracias a sus grandes dotes actorales resultó más que creíble.

Pero él estaba tan agotado de mentir que no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

Era como un círculo vicioso del que no podía escapar, por más que lo deseara.

—Papá — sintió la mano de Marcello tocando su hombro y volvió a la realidad. Había estado tan equivocado respecto a él, que le avergonzaba mirarlo. Era un hombre con muchos más principios de los que él tendría nunca. Marcello sí seguiría su propio camino —. ¿Estás bien? Pareces ausente. Tranquilo, Alessandra está ahora en buenas manos — comentó, creyendo que era eso lo que inquietaba a su progenitor.

Enseguida lo sacó de su error.

—Ven, sentémonos un momento, hijo — propuso, con un tono mucho más sereno y amable del que solía emplear con él. De hecho, Marcello no recordaba la última vez que tuvieron una conversación de padre a hijo sin acabar discutiendo.

Así que obedeció, intrigado.

—Te escucho — dijo, dándole su tiempo. Pocas veces lo había visto tan vulnerable, pero desde la muerte de su madre era un Baldassare más humano y reflexivo. Uno que había aprendido de sus errores.

Se aclaró la garganta e hizo lo que nunca; hablarle a su hijo con el corazón en la mano:

—Tal y como está la situación actual empiezo a asumir que no voy a vivir mucho y...he pensado que no es justo que me vaya de este mundo sin decirte que estoy orgulloso de ti, Marcello. De la forma en que siempre has luchado por defender tus ideales y principios, has estudiado una buena carrera lejos de este mundo de violencia y muerte y te has hecho a ti mismo, a pesar de mí — emocionado, el joven fue a hablar, pero su padre lo frenó —. Déjame terminar, por favor. También quiero pedirte perdón por haberte menospreciado y haberte impuesto algo que no era para ti, ahora veo que me equivocaba. Serás grande — proclamó, haciendo una pausa para contener las lágrimas.

Marcello estaba tan impactado que no sabía qué decir. Llevaba toda su vida esperando oír a su padre decirle aquello y cuando ya había perdido las esperanzas ahí estaba él, abriéndose con su hijo como jamás pensó que lo haría.

Al fin.

Pensó que su madre, si los estaba viendo en alguna parte, debía de sentirse orgullosa y sonrió con nostalgia. La echaba de menos tanto que dolía.

Baldassare siguió desahogándose, ahora que había empezado no podía parar. Y eso implicaba contarle toda, pero toda la verdad que había callado en aquellos largos y agónicos veinte años.

—¿Sabes? Yo nunca tuve elección. Mi padre, Lucrecio Grimaldi, fue la mano derecha de Ludovico, el padre de Emilio. Y desde pequeños nos prepararon para sustituirles cuando ya no estuvieran, nos entrenaron e instruyeron en el negocio familiar. No tuvimos elección, pero tú sí Marcello. Así que quiero que sepas que te apoyo, lo haré incluso aunque ya no esté — confesó, parpadeando para retener las lágrimas. Sentaba tan bien liberarse...

—Gracias papá, no sabes lo mucho que significa para mí — respondió el joven, abrazándolo con todo su ser, como cuando era un niño. Su padre correspondió enseguida, los sentimientos estaban a flor de piel —. Te quiero, y no digas tonterías ¿me oyes? Vivirás muchos años.

La simple idea de pensar lo contrario le resultaba inconcebible, pero Baldassare no temía a la muerte. Ya no, no desde que le arrebataron a su amada Constanza.

Y a ella le debía ser totalmente honesto con sus hijos.

—Hay algo más. Creo que ya es hora de que te cuente lo que pasó aquella trágica noche hace veinte años, en el décimo día del carnaval. Y esta vez, hablaré con la verdad. Emilio tendrá que entenderlo — afirmó, más decidido que nunca.

Marcello se envaró, tan sorprendido como aliviado. Sí, ansiaba desesperadamente saberlo todo. Y sospechaba que la historia iba a ser lo bastante impactante como para permanecer sentado todo el relato.

Pronto confirmó que no se equivocaba...



Emilio Santorini empezaba a replanteárselo todo.

La muerte de Alessio Leone, su viejo amigo, había sido un duro golpe que lo tomó totalmente desprevenido.

Otro frente abierto. Otra pregunta sin respuesta.

¿Por qué?

¿De verdad había entendido bien lo que el pobre desdichado había tratado de confesarle en sus minutos finales?

Y de ser así, ¿por qué callárselo todos aquellos años?

Tal vez, por la misma razón por la que lo hicieron ellos.

Pero ¿dónde estaba ese niño?

¿Dónde estaba el hijo de Silvina Ricardi?

Mataría por saberlo, esa era la verdad. Porque si lo encontraba, eso le daría fuerzas para ganar aquella guerra con el maldito bastardo de Francesco.

Y también, porque con ello honraría la memoria de la única mujer que había amado en toda su vida.

Si tan solo pudiera volver atrás en el tiempo...haría las cosas de otro modo. Evitaría todo el sufrimiento...

—Querido, ¿qué ocurre? No has dormido nada y estás tan ausente... ¿puedo hacer algo?

Donna...

Su fiel y entregada esposa. Una mujer extraordinaria a la que también había hecho sufrir, pues aunque le había dado tres maravillosos hijos, Emilio nunca había podido amarla como merecía.

Y aun así, ella seguía a su lado. Hasta el final.

—Tranquila amor, no son más que las preocupaciones de siempre. — Se obligó a forzar una sonrisa y a darle un casto beso en los labios, antes de cambiar de tema — ¿Alguna novedad sobre Stella? ¿Sigue sin despertar?

Y es que el golpe que había recibido en la cabeza fue tan fuerte que seguía sin recobrar la consciencia. Lo cual los tenía sumidos a todos en un estado de máxima preocupación, ya no solo por la integridad de la joven sino también por la del bebé que llevaba en su vientre. Un bebé de Bruno, que se estaba volviendo loco de angustia e impotencia por no poder hacer nada.

Por muy furioso que estuviera con Stella por haberlo engañado, eso no borraba sus sentimientos por ella ni por ese niño. Quería que se despertara

para poder gritarle y después hacerle el amor como un loco.

La mujer negó con la cabeza, respondiendo al interrogante de Emilio con expresión apesadumbrada.

—Todavía no. El médico dice que el traumatismo ha sido fuerte y que todo lo que nos resta es esperar, que es cuestión de días — explicó.

—No te has despegado de su lado, gracias por todo lo que estás haciendo Donna — le dijo, apreciando su entrega. Aquel día, más que nunca, le pesaba haber sido tan distante con ella.

Ella le restó importancia.

—Es mi nuera, es lo mínimo que puedo hacer por ayudar. Bruno no es capaz de verla en ese estado sin estallar e Isabella, la pobre, está hecha polvo. Me gusta sentirme útil, vosotros tenéis que defendernos de ese miserable — espetó, con odio en las pupilas.

Emilio apretó los puños, crispado ante su sola mención. Le apretó la mano con cariño, tratando de relajarse.

—¿Y qué pasa con Dante? ¿Has decidido ya lo que harás con él?

Lo cierto era que todavía no había tomado una decisión al respecto, pero sabía que no podía seguir postergándolo.

—Todavía no, pero lo haré pronto.

Donna se mostró conforme y le sugirió descansar un rato – había pasado toda la noche en vela y estaba agotado – mientras ella se ocupaba del funeral de Alessio. El pobre Mauro seguía destrozado, menos mal que Chiara estaba a su lado para apoyarlo en aquel duro momento.

Pero él no podía hacer eso, tenían demasiadas cosas que resolver todavía.

Fue entonces cuando recibió el mensaje.

Había estado esperando la reacción de Francesco cuando viera que su plan había dado al traste y aunque se había demorado, allí estaba dando señales de vida.

Emilio lo leyó y de inmediato le pareció estar viéndolo allí parado, riéndose de él con ese rostro quemado y putrefacto, aunque no tanto como lo estaba su corazón. Y se juró que un día, más temprano que tarde, iba a matarlo.

Temblaba de ira cuando dejó el aparato sobre la mesa. Ni siquiera pudo contestarle a Donna, que muy preocupada le preguntó qué era lo que decía.

Tuvo que leerlo por sí misma.

***¿Crees que has ganado la batalla por resultar triunfador
en una jugada, hermanito?
Pronto sabrás lo que se siente al perderlo todo.
El tiempo corre, ¿eres capaz de encontrar a la víbora que
se esconde bajo tu techo?
Te reto.
Por la sangre.
Tu amado hermano Francesco Santorini, el verdadero rey
de Venecia.***



—Dios mío — se le escapó a la mujer, pero no tuvo tiempo de decir más porque en un arranque de ira Emilio alzó una silla y la lanzó contra la pared con toda su fuerza, maldiciendo el nombre de su hermanastro. Y a eso le siguió el vaso de whisky a medio beber que tenía en el escritorio y los

jarrones y todo cuanto había en la sala, hasta que ella consiguió sujetarlo —. Cálmate, ya basta por favor.

—¡¡Lo despellejaré vivo!! Cuando lo tenga en mis manos no quedará ni el recuerdo de ese bastardo — bramó, con la respiración agitada y los ojos inyectados en sangre. Incluso Donna retrocedió unos pasos, asustada.

—Llama a Thiago y a Bruno, mujer. Diles que vengan inmediatamente y déjanos a solas — ordenó, autoritario.

Donna tenía muchas preguntas, pero sabía que no era el momento más prudente para hacerlas teniendo en cuenta el estado de su marido. Así que se marchó a cumplir con lo encomendado.

Emilio se quedó solo en el salón de su mansión, rumiando una ira que se lo estaba comiendo por dentro.

Y eso fue lo que le confirmó que tomaba la decisión correcta, aquella a la que ya llevaba un tiempo dándole vueltas.

Había llegado el momento de revelar su terrible secreto.



Thiago y Catarina estaban en su cuarto, en medio de una discusión acalorada y a aquellas alturas ella había asumido que no los llevaría a ninguna parte.

Él estaba demasiado ofuscado y no quería entender ni una sola de las razones que le había dado para guardarle aquel secreto que la había ido matando un poco más cada día.

No calló por gusto, sino para sobrevivir.

Entendía que para él había sido un golpe del que le costaría mucho recuperarse y perdonarla no le resultaría fácil – si es que lograba hacerlo algún día – pero eso no hacía que doliera menos lidiar con el manifiesto desprecio que se estaba encargando de mostrarle.

—Me miraste a la cara, tuviste los ovarios de subir al altar y jurarme fidelidad y respeto, te acostabas conmigo cada noche jurando que no había secretos entre nosotros y ahora me apuñalas por la espalda. Nunca te perdonaré, Catarina y en cuanto esto acabe te sacaré de mi vida para siempre — espetó, con las pupilas centelleantes de ira y una expresión tan severa y dolida que ella retrocedió hasta la pared, con el rostro arrasado en lágrimas.

Si él hubiera cogido un cuchillo y la hubiera apuñalado en el estómago, probablemente le habría dolido menos.

—Thiago lo siento mucho, de verdad. Yo...no podía...solo estaba protegiendo a mi familia — atinó a decir, con el cuerpo tembloroso.

Por un segundo, él se ablandó al verla en su momento más vulnerable, pero antes de que pudiera contemplar la opción de acercarse unos golpes resonaron en la puerta de la alcoba y él se recompuso, volviendo a endurecer el gesto.

No podía permitirse caer de nuevo con ella. Si no tenía cuidado bajaría la guardia y la dejaría entrar de nuevo en su corazón. Y eso no podía volver a pasar.

La entendía, pero no podía volver a confiar en ella. Aunque eso lo matara, para él había dejado de ser su esposa, la mujer de su vida.

—¿Qué pasa? — gruñó, de mal genio. No les dejaban un minuto de paz.

Entonces su madre apareció en el umbral, acompañada de un Bruno en su versión más lamentable; estaba tan ebrio que apenas podía tenerse en pie y le costaba hilar una frase seguida.

Parecía que se había bebido todo el alcohol que había en aquella casa. Donna ya lo había regañado y obligado a adecentarse un poco, porque si su padre lo veía así le iba a dar un ataque.

—Tu padre quiere hablar con tu hermano y contigo. Es urgente, os espera en la sala — anunció, preocupada al ver a sus dos hijos en aquel estado por culpa de dos mujeres.

—Bien, ahora voy — contestó Thiago, recomponiéndose. No miró atrás ni una sola vez antes de salir de la habitación como alma que llevaba el diablo, llevándose a Bruno prácticamente a rastras, a pesar de las débiles protestas que este emitía.

Donna y Catarina quedaron a solas.

—Iré a ver cómo está mi prima — farfulló la joven, que prácticamente salió huyendo de allí. Estaba demasiado avergonzada con la familia. Después de cómo la habían acogido, ella les pagaba de esa manera.

Sentía que se merecía el castigo que estaba recibiendo. Pero cuánto dolía...



—¿Nos has mandado llamar, papá? — preguntó Thiago, tomando asiento junto al Capo, que estaba más serio y reflexivo que de costumbre. Todavía no podían saberlo, pero se estaba preparando para las revelaciones. Y no era fácil.

Bruno se quedó un poco más rezagado, pero al final cedió y se dejó caer sobre el sofá. Solo rogaba porque dijera lo que debía cuanto antes, así podría seguir bebiendo hasta perder el conocimiento.

Sin embargo, en cuanto su progenitor comenzó a hablar, se sorprendió a sí mismo escuchando atentamente, sin dar crédito a lo que oía.

—Tu medio hermano...— repitió Thiago las palabras de su padre, consternado.

Si lo pensaba bien, tenía sentido. Era justo el tipo de secreto que podía herir el orgullo de Emilio Santorini, destrozar el honor y la reputación de su apellido, por eso se lo había callado a pesar de que ellos insistieron una y otra vez en saber la verdad.

Por eso y por vergüenza...

Ellos nunca antes habían dejado un trabajo inacabado. Todas sus víctimas estaban bien muertas y el hecho de que el hombre al que más odiaban se hubiera escapado de la muerte de ese modo todavía lo hacía hervir de ira, a pesar de todo el tiempo transcurrido.

—Así es, siento mucho haberme cegado por mi maldito orgullo. Debí contároslo todo en cuanto comenzaron las amenazas. Pero no quería darle la satisfacción de ver hasta qué punto había conseguido sus propósitos — confesó, evitando sus miradas.

Ellos no le reprocharon nada. A fin de cuentas, lo hecho hecho estaba.

—¿Y dices que se obsesionó con la mujer que tú amabas hasta el punto de intentar robártela? — intervino Bruno, para asegurarse de que había entendido bien.

A los dos se les hacía raro imaginar a su padre enamorado de otra mujer que no fuera su madre y ahora comprendían mejor ciertos asuntos, como lo distante que solía ser con ella.

También encajaba por fin el nombre de aquella mujer en aquel maldito rompecabezas; Silvina Ricardi, asesinada hacía veinte años por Francesco Ventura. Ese maldito demente que había empezado aquella guerra.

—Esa fue la principal razón por la que no podía contaros la verdad. Hablar de Silvina...es doloroso para mí — se sinceró, apurando su copa de whisky. Necesitaba mucho alcohol para hablar de sus sentimientos, pues era algo que llevaba reprimiendo prácticamente toda su vida.

Porque así lo educaron. Tal vez, debido a ello cometió tantos errores. No podía saberlo. Ya no importaba, de cualquier modo.

—Lo comprendo — dijo Thiago, empatizando con él. Bruno también asintió, lentamente. Y aquello alivió a Emilio más de lo que habría podido imaginar.

—¿Qué pasó esa noche exactamente? Cuéntanoslo todo — le pidió el mayor, deseoso de atar los cabos sueltos que quedaban en esa historia.

Y Emilio lo hizo, sin saber que Baldassare estaba haciendo lo mismo con Marcello, a pocos metros de allí.

El silencio por fin se había roto, veinte años después.

—Me prometieron a tu madre en matrimonio desde que los dos éramos unos niños con pañales. Su familia era una gran aliada y aquello sería ventajoso. Pero yo crecí y mientras que ella desarrolló sentimientos por mí de manera espontánea, no podía corresponderla. Dios sabe que me esforcé, éramos buenos amigos y por un momento pensé que lograría quererla como merecía. Hasta que conocí a Silvina.

Llegados a aquel punto, a Emilio se le entrecortó la voz porque el simple hecho de recordarla era demasiado. Ninguno de los dos lo presionó, sino que aguardaron hasta que se recompuso lo bastante como para continuar contando la historia.

—Era la mujer más guapa que había visto en toda mi vida. Además de muy inteligente y con una personalidad que encandilaba. Fue atracción mutua, al

instante. Y nos arriesgamos, a pesar de todo.

Estaba claro que ahora era donde la historia se torcía y la expresión atormentada de Emilio lo decía todo.

—Entonces mi padre nos descubrió, por culpa de Francesco. El maldito bastardo al que tenía que cruzarme debido a la terquedad de padre por dejarlo trabajar en la empresa, porque quería estar cerca de él, decía, me delató de inmediato. Supuse que era envidia, a fin de cuentas yo tenía todo lo que él no, pero enseguida salí de mi error cuando lo sorprendí un buen día acosándola. Creo que sabéis cómo terminó aquello.

—La noche del décimo día del carnaval, cuando la raptó — completó Thiago, ansioso. Bruno en cambio prefirió guardar silencio, todavía estaba asimilándolo.

—Sí —confirmó el Capo, con pesar—. Dante, Baldassare, Phillippo y yo fuimos tras él. Pero cuando dimos con ellos...ya era demasiado tarde para Silvina. La dejó tirada como un perro y trató de escapar. Pero fuimos más rápidos.

Sus ojos reflejaban el fuego de la venganza.

—Lo llevasteis a su casa. ¿Y entonces qué pasó? — quiso saber Bruno.

—Le dimos una brutal paliza y después, ya moribundo, incendiarnos su casa. Su madre no estaba, yo...lo cierto es que no pensé que llegaría. Así que nos fuimos, pensando que moriría allí solo como el perro que era.

—Pero ella llegó y trató de salvarle la vida — adivinó Thiago.

—Así es. Phillippo y Dante volvieron allí mientras Baldassare y yo nos ocupábamos de velar a Silvina y de pagar a los carabinieri para que el caso se archivara — relató—. Ahora sé que ellos descubrieron que estaba vivo, pero decidieron callar y guardar el secreto — tapándolo todo — para hacerme creer que se había acabado. Supongo que pensaron que, en ese estado, no sobreviviría mucho tiempo, o se apiadaron de él creyendo que no volvería

por aquí. Y está visto que fue el peor error que pudieron haber cometido — se lamentó, con inquina.

—¿Y el abuelo? ¿Estaba enterado? — preguntó Bruno, con suspicacia.

Emilio rio con amargura.

—Me cuesta creer que hubiera algo en este mundo que se le escapara al viejo, pero nunca me dijo nada. Y ahora que está bajo tierra poco importa — sabía que estaba siendo duro, pero así funcionaban las cosas en la mafia. Y él debía prepararse para lo peor.

—Hay algo más — enunció entonces, preparándose para la peor parte. Ahora que al fin se había quitado aquel peso de encima, no pensaba volver a cometer las mismas equivocaciones del pasado.

—Suéltalo — lo conminó Thiago, que creía estar ya preparado para todo.

—Silvina estaba embarazada cuando...la mató.

Los dos se levantaron del asiento con estrépito.

—¿Qué?

—¿Era...era tuyo?

El silencio quemaba.

—¿De ese hijo de puta? — aventuró Thiago, colapsado.

A Emilio le ardían las entrañas cuando al fin reunió el valor de contestar.

—Estuve haciendo averiguaciones, porque nunca estuve seguro...y poco después de aquello supe que la violó, una noche en la que se hizo pasar por mí en uno de nuestros encuentros. Abusó de ella, la mancilló y después la asesinó porque no podía doblegarla ni obtener su amor a la fuerza. Y todavía tiene los arrestos de volver en busca de venganza...¡¡Quiero arrancarle el corazón!! — bramó, perdiendo por completo los estribos.

Llevaba demasiado tiempo callándose aquello, tanto que no sabía cómo demonios se las había ingeniado para no volverse loco.

Y ahora todo le estallaba en la cara.

Si solo pudiera volver atrás...

Sus hijos le pusieron una mano en el hombro, reconfortándolo en silencio. Y los miró, como nunca antes lo había hecho.

Estaba tan orgulloso de ellos...que sentía que había perdido el tiempo regañándolos y siendo tan duro, tan inflexible como su maldito padre.

No podía seguir así.

—Vosotros sois mi orgullo, hijos. No penséis ni por un momento que el hecho de que mis sentimientos por vuestra madre fueran los que fueron no significa que no os ame con todo mi corazón. Y a mi pequeña Chiara — aseguró, secándose una lágrima con disimulo.

—Lo sabemos, viejo, lo sabemos — contestaron ellos, con rotundidad, abrazándolo como hacía mucho no lo hacían.

Y así se sintió lo bastante fuerte como para terminar.

—Alessio vino a decirme algo, sobre el bebé que esperaba Silvina. Todo este tiempo creímos que no llegó a nacer, que no sobrevivió, pero ahora... ahora creo que lo hizo y que está más cerca de lo que pensamos.

Aquello fue como un jarro de agua fría.

—¿Pero quién demonios...?

Bruno no llegó a terminar aquella frase, porque en aquel momento Catarina irrumpió como un rayo en el cuarto, saltándose a la torera la orden que había dado su suegro de no interrumpirlos por nada del mundo.

Los tres hombres la fulminaron con la mirada. Pero era urgente, por fin una buena noticia.

—Nuera, ¿qué, en el nombre de Dios, se te pasa por la cabeza para interrumpir...?

Catarina no pudo callar por más tiempo, ya lidiaría más tarde con las consecuencias de su desobediencia, si había de hacerlo.

Por eso, sin miedo a nada, exclamó con júbilo:

—¡Es Stella! ¡Ha despertado!

El tiempo pareció congelarse en aquella habitación.

Alessandra despertó enredada en el cuerpo cálido y desnudo de Carlos. Sus mejillas se tiñeron de rubor al notar que había dormido acurrucada en su pecho y él la rodeaba protectoramente por la cintura.

De Angelo no había ni rastro en aquella cama y la Grimaldi sonrió, nada sorprendida al saber que se había deslizado como una serpiente en la oscuridad.

Había sido una noche intensa, demasiado hasta para ella. Pero qué bien le había sentado. Estaba radiante, lista para enfrentarse a un nuevo día.

—¿Ya estás despierta?

La voz ronca y profunda de Carlos la sobresaltó y dio un brinquito, pues ni siquiera se había dado cuenta de que estaba despierto.

—No más tiempo que tú, por lo que veo — contestó, incorporándose y ahuecando su cabello con mimo. Necesitaba una ducha y maquillarse como era debido, porque apenas había descansado nada con toda la acción de la noche.

Tampoco se quejaba.

—Podría acostumbrarme a esto — confesó, desentumeciendo los músculos. Tenía las piernas temblorosas y un ligero mareo. Ese par de bestias la habían dejado agotada...

Sonrió, hasta que vio a través del espejo la manera en que a Carlos se le ensombrecía el gesto al oír sus palabras.

Frunció el ceño y subió a la cama de nuevo, gateando hasta él y cogiéndolo del mentón, para estudiar su gesto. Tuvo que contenerse para no besar y mordisquear esos labios llenos que tanto le gustaban.

—¿Qué te pasa? ¿No te gustó lo de anoche? —Estaba siendo sarcástica, pues él le había dejado más que claro con sus hechos que le había encantado. Y se lo confirmó cuando negó lentamente con la cabeza — ¿Entonces de qué se trata? Suéltalo, soldado — presionó, acomodándose a horcajadas sobre él.

Carlos suspiró, tenso.

Pero sabía que ella esperaba una explicación, así que se la dio.

—No soy más que un animal, Alessandra. Lo único que sé hacer es matar, beber y follar. En eso me convirtieron.

—Entonces puedes llamarme loca si te digo que así es como me encantas. Que te quiero en mi cama, para que me lleves al límite y liberes a esa bestia que llevas dentro.

Y antes de que él pudiera replicar, lo empujó hasta hacerlo caer sobre el colchón y se arrancó la bata de seda con impaciencia, lanzándose sobre él en todo su esplendor.

La entrepierna de Carlos cobró vida propia de inmediato y se olvidó de todo lo demás. Ya era tarde, Alessandra se había metido en su sangre. Y contra eso no había nada que hacer.



Tras una intensa y placentera sesión de sexo matutino, Alessandra y Carlos decidieron tomar una ducha. Ya eran más de las diez y empezaban a estar hambrientos luego de tanto ejercicio.

—¿Tienes hambre? — inquirió ella, maliciosa.

Él curvó los labios hacia arriba, siguiéndole el juego.

—Mucha.

Lo abrazó por la espalda, pegando sus senos bien proporcionados a su espalda y mordisqueando el lóbulo de su oreja.

La sangre se le concentró de nuevo en la polla y supo que no podría mantener mucho más el autocontrol si ella seguía tentándolo.

Sin embargo, la pregunta que le hizo lo tomó por sorpresa.

—¿Cómo está...la niña? ¿Cuándo podremos verla?

De inmediato, él se llevó un dedo a los labios y se asomó al pasillo para comprobar que no merodeara nadie cerca. Solo cuando se hubo cerciorado de que todo estaba despejado, acudió junto a ella para darle una respuesta.

—Está bien, la están cuidando bien. No debes hablar de ella, todavía no es seguro. Sabes...que no podremos hasta que todo esto se acabe — la tranquilizó.

Ella asintió, ya se esperaba esa respuesta, pero solo quería asegurarse. Había pensado en la pequeña Valentina más de lo que esperaba y eso era algo que ni siquiera ella se esperaba.

Pero esa niña era un ángel, imposible no tomarle cariño.

—¿Iba en serio lo que le dijiste? ¿Te gustaría adoptarla? — Carlos no pudo reprimirse y acabó preguntándolo. Para él, la palabra lo era todo. Y si conocía a la Grimaldi como creía hacerlo, entonces podía anticipar cuál sería su respuesta.

Y así fue.

—Claro, ¿a ti no? Vi la complicidad especial que teníais, serías un gran padre para ella — aseguró. Y por un segundo le pareció que sus duros ojos de ébano se suavizaban un tanto, pues relajó las facciones.

Pero solo fue un segundo. Sus muros eran tan impenetrables que en ocasiones abrumaba seguirle el ritmo. Y eso de algún modo le encantaba, porque era auténtico. Era él.

Simplemente Carlos.

Se encogió de hombros, como si no lo tuviera tan claro. Al final, cuando se hizo patente que ella no pensaba darse por vencida hasta que respondiera, se aclaró la garganta y se rascó la nuca.

—No creo que sea para tanto, yo no hice nada. La niña estaba asustada y necesitada de cariño, habría actuado así con cualquiera — replicó, restándole importancia.

Alessandra le cogió el mentón y lo obligó a alzar la barbilla, quería que estuviera bien atento porque no pensaba repetírselo.

—Escúchame bien porque no pienso volver a repetírtelo, tú no eres un cualquiera y no todo el mundo habría hecho lo que tú hiciste por esa niña. Hasta ella se dio cuenta, pero eres un maldito terco. Valórate, Carlos... aunque sea porque sabes que si fueras un hombre común y corriente no estarías todavía en mi cama — soltó, guiñándole un ojo con desparpajo.

Tuvo que reír, a su pesar.

—Siempre tan modesta la *signorina* — le siguió el juego, robándole un beso en los labios que la hizo suspirar, colgándose de su cuello fuerte.

—Ya sabes cómo soy, *amore*. Ahora vamos, ayúdame con el vestido que me muero de hambre — demandó.

—Me encanta cuando te pones mandona — le susurró al oído, mientras abrochaba su vestido y sus dientes jugueteaban con su lóbulo, hasta hacerla

reír.

—Vamos, necesito comer, ya seguiremos luego.

Ese hombre iba a acabar con ella...

Los dos se encaminaron hasta la cocina, en medio de besos y caricias robadas, y allí se encontraron con una estampa de lo más peculiar; Angelo y Enrico estaban preparando el desayuno.

—¿Tú cocinando, Angelo? ¿Y este milagro? — no pudo resistirse a tomarle el pelo un poco ella, enarcando las cejas al reparar en el delantal blanco que le cubría las caderas. Realmente era lo más divertido que había visto en días.

El *Don* se volvió hacia ella, con las comisuras hacia arriba.

—He tenido una noche ajetreada, me apetecía probar cosas nuevas — le siguió el juego él, con un tonito pícaro que hizo reír a la Grimaldi, a su pesar.

Enrico emitió una tos que bien podría haber sido una risa apenas sofocada. Y es que era seguro que los había escuchado, no fueron para nada discretos.

—Esto ya está, ¿qué tal si nos sentamos? —propuso, deshaciéndose de la prenda con incomodidad.

No tardaron en estar delante de una gran mesa a rebosar de todo tipo de manjares. Sin duda, se habían esmerado al máximo.

—Mmm...está delicioso — alabó Alessandra, llevándose un pedazo de tiramisú a los labios.

Angelo sonrió, orgulloso.

—Lo sé, *bella* — arguyó, con un guiño pícaro.

Ella puso los ojos en blanco. Siempre tan engreído...

—¿Hasta cuándo tendremos que estar aquí? — inquirió al cabo de un rato. No era que el sitio no le agradara, ni la compañía, pero no estaba tranquila tan lejos de su casa y sin saber lo que estaba sucediendo en la mansión durante su ausencia.

El ambiente distendido que habían conseguido, se enturbió ligeramente tras sus palabras.

Al final, tras un momento de incómodo silencio, fue Enrico quien habló.

—Un poco más, tal vez hasta que termine el carnaval. Es la mejor forma de garantizar tu seguridad — dijo, serio.

—¿Y qué pasa con la seguridad de los demás? — cuestionó, para nada conforme con esa decisión. Ella era una mujer de acción, no podían pretender sin más alejarla de todo aquello y que se sentara de brazos cruzados ignorando el hecho de que su familia estaba en peligro.

—Nos hemos ocupado de todo, hay mucha más seguridad, los hombres están atentos a cualquier amenaza y...

—No me basta. Me dijeron lo mismo la última vez y a pesar de ello mi madre fue asesinada. —Escupió cada palabra con veneno y rabia apenas contenida.

—Que tú estés allí no solucionará las cosas, al contrario — intervino Carlos, que no pensaba ceder en aquello.

—¿Qué insinúas? — lo confrontó ella, sin poder evitar sentirse molesta.

—No insinúo, te lo digo claro. Si vas allí estarás haciendo exactamente lo que Francesco quiere que hagas y no voy a permitirlo — espetó, firme.

Ella dejó escapar una risa seca. Había dicho justo lo que no debía.

—¿No vas a permitírmelo? ¿Y cómo lo impedirás?

La tensión entre los dos se podía cortar con un cuchillo.

—De la manera en que sea necesario. Tu padre me encomendó tu seguridad y no le fallaré, además Chiara también saldrá de la ciudad en unos días cuando...

—No soy una adolescente, Carlos — lo interrumpió, echando chispas —. Sé cómo pelear y nadie me va a venir a decir que espere de brazos cruzados mientras mi familia libra una guerra. No me importa lo que Marcello o mi padre digan — bramó, dando un golpe en la mesa. Luego se puso en pie, con los labios apretados — se me ha quitado el apetito, ya disculparéis — remató, con sátira.

—Alessandra, tengo a mis hombres esperando instrucciones... — intervino entonces Enrico, queriendo apaciguar los ánimos.

Incluso Angelo, al ver que los dos hombres lo miraban para que alegara algo, habló.

—No te precipites, Alessandra. Los sentimientos pueden ser mortales en un juego donde se puede perder todo — le aconsejó, imparcial.

—Nada de lo que digáis me hará cambiar de opinión. Es más, quiero hablar con mi padre, que venga aquí — exigió.

Las miradas recayeron en Carlos. La terquedad de la Grimaldi les estaba poniendo muy difícil proceder.

Pero él se mantuvo impasible cuando, con ademanes lentos y calculados, se irguió en toda su estatura y avanzó hasta quedar a escasos centímetros del rostro de la joven, que no se arredró.

—Aunque tenga que amordazarte y atarte en ese maldito cuarto, ten por seguro que no saldrás de este lugar. Ponte como quieras — soltó, remarcando cada sílaba. Realmente imponía.

Alessandra se marchó a grandes zancadas, airada. Necesitaba tomar un poco el aire o acabaría por enzarzarse con ese estúpido testarudo.

Así que salió al jardín a fumar.

Nadie la detuvo.

Pero Carlos sí que tenía una petición para Enrico.

—Guardaste a salvo la caja con las pruebas que me dio Donato Caprisi, ¿verdad? — al ver que este asentía, sin comprender adónde quería ir a parar, continuó —: Quiero que me la traigas, para ver lo que contiene. No dormiré tranquilo hasta saberlo — demandó, exigente.

Enrico quiso protestar, pero enseguida vio que era una batalla perdida y no le quedó más remedio que ceder.

—Iré a por ella.

El mexicano asintió, complacido.

Angelo se ajustó los puños de su camisa, consultando la hora en su caro Rólex.

—Tengo algo abandonados mis negocios, caballeros. Confío en que podáis arreglároslos sin mí mientras los resuelvo. No tardaré mucho — enunció.

Como *Don* de la *Camorra*, sus obligaciones eran amplias y su agenda apretada. Por mucho que tuviera buena voluntad en hacerles aquel favor, lo primero siempre serían sus asuntos. Además, él siempre tenía un don para ponerse del lado vencedor.

Y le favorecía bastante más aliarse con la *Cosa Nostra* que con un maldito lunático incapaz de dar la cara para solventar sus cuentas pendientes. Angelo podía ser muchas cosas, pero detestaba profundamente a los cobardes.

—Tranquilo, nos apañaremos — lo despachó Carlos.

En cuanto ambos hombres se hubieron marchado – Enrico se perdió en los rincones de la mansión para cumplir con lo encomendado – el guardaespaldas se armó de paciencia y salió en busca de Alessandra.

La encontró apoyada en la barandilla de la entrada, de espaldas. El humo viajó con la brisa, tocando su rostro y creando una imagen sensual y perfecta de sus curvas explosivas. Vista que él se permitió el lujo de admirar a detalle.

—Si vienes a tratar de imponerme tus razones, será mejor que te marches por donde has venido — espetó, sin volverse siquiera. Su tono tajante y hosco dejaba perfectamente claro su estado de ánimo.

Aun así, Carlos se acercó desde atrás y la tomó rudamente de las caderas hasta obligarla a voltearse. Sus dedos fueron hasta el cigarro que sostenía entre los labios y se lo quitó, dándole una calada ante su atenta mirada y expulsando el humo en su rostro.

Lejos de molestarse, ella tuvo que esforzarse por reprimir la sonrisa que pugnaba por escapar de sus labios.

El muy maldito le hacía imposible permanecer enfadada con él si la miraba como si quisiera arrancarle las bragas y tomarla ahí mismo. Y era algo que sucedía siempre.

De todos modos, hizo el intento y le regaló una aviesa mirada. Esperaba que se dignara a decir algo en su defensa. Incluso que iniciara una discusión. Pero como siempre, él rompió sus esquemas.

—Estaba ahí dentro, viéndote fumar y admirar las vistas como una diosa y solo podía pensar en las ganas que tenía de salir aquí, romper ese vestido nuevo que tanto te gusta y ponerte de rodillas hasta que grites mi nombre. Por eso he venido, no para disculparme — soltó, como si nada.

Y ella, lejos de ofenderse, tuvo que apretar las piernas para disimular un poco el efecto que sus crudas palabras habían tenido en la zona más sensible de su anatomía. Aunque de nada servía, él conocía su lenguaje corporal mejor que nadie.

—Sigo cabreada — arguyó, empujándolo con un dedo tieso en el pecho.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Lo sé.

—Y no cambiaré de opinión — advirtió, acortando la distancia que los separaba con una mirada felina.

—También lo sé — concedió él, impaciente.

Eso bastó para que ella pusiera fin a esa distancia y lo agarrara de las solapas de la camisa, tirando de su cuerpo para pegarlo a sí, hambrienta.

—¿Entonces por qué seguimos hablando? Fóllame — exigió, autoritaria.

—Con mucho gusto.

Se encerraron dentro, despojándose de la ropa por el camino, entre besos y mordiscos.

Y estaban tan cegados por el deseo turgente y desatado que anidaba en sus pieles, que no oyeron el coche aparcando en la entrada.

El coche de los Grimaldi.

Ninguno de los dos se percató de que tenían visita hasta que fue demasiado tarde.

Los guardias de la entrada tenían órdenes de dejar pasar a los Grimaldi y eso hicieron.

Así que cuando la puerta de entrada se abrió, los dos amantes furtivos reaccionaron rápido. Pero ya era tarde.

Y al comprobar quien acababa de sorprenderlos, a ella se le escapó un jadeo de horror y sorpresa. Luego se apresuró en recoger sus ropas, mientras Carlos hacía lo propio, aunque con mucha más calma.

Baldassare Grimaldi estaba en el umbral de la puerta y su expresión horrorizada era un indicativo inequívoco de que lo había visto y oído todo.

Marcello apareció tras él al poco y en cuanto se percató de lo que estaba sucediendo se llevó las manos a la cabeza, apesadumbrado.

Alessandra estaba muda por el impacto, solo Carlos permaneció imperturbable, con esa calma tan extraordinaria que era capaz de reunir en los momentos de mayor tensión. Una calma que Alessandra envidió.

Y aun así, tenía que ser realista; era algo que se habría descubierto antes o después, ellos ya no eran capaces de contener la pasión desbordante que sentían el uno por el otro. Y tendrían que lidiar con ello, por mucho que les pesara. Porque ni siquiera a su propia familia iba a permitirle hacerle el menor daño.

De todos modos, él era perfectamente capaz de defenderse. En caso de querer atacarlo, era su padre quien debía temer por su vida, no al revés.

Por eso, cuando el *sottocapo* enloqueció y sacó su arma, Alessandra se inquietó como nunca. E intervino, tratando de evitar un enfrentamiento entre ambos.

Sin embargo, los acontecimientos se aceleraron muy deprisa.

—¡Aléjate de mi hija, miserable! — bramó, apuntando a Carlos en el pecho. Temblaba de ira. Alessandra tragó, sabía que en su estado era muy fácil que se le escapara un tiro y no quería tener que lamentar una tragedia, así que trató de explicarle las cosas.

Lo último que quería era que se enterara de ese modo.

—Papá por favor, déjame que te lo explique. Carlos no me ha hecho nada —. Inhaló, dolía la mirada de decepción y repugnancia en sus ojos, pero consiguió obligar a las palabras a salir —: Baja la pistola.

Carlos, en lugar de retroceder como habría hecho cualquiera con sentido común, se acercó más ignorando sus obvios intentos por contenerlo.

—Siento que lo haya descubierto así, antes de que hablara con usted, pero pasó. Y respondo por eso — dijo, alto y claro.

Marcello estaba al borde de la taquicardia. ¿Qué creía que estaba haciendo Carlos? ¿Acaso se había vuelto loco?

—¿Y lo dices como si nada? ¡¡Mi hija es sagrada malnacido!! Sabías que te estaba prohibido poner tus ojos sobre ella y aun así...— Baldassare temblaba tanto que sus hijos temieron que sufriera un colapso ahí mismo. —Todo este tiempo te has atrevido a... a deshonrarla. Hoy morirás como un perro — rugió, quitando el seguro del arma.

Alessandra gritó, Marcello intentó arrebatarse la pistola pero su padre se lo quitó de en medio con un codazo y fue a disparar.

Carlos se movió a la velocidad del rayo, empujando a Alessandra lejos para que no le diera la bala perdida...y entonces, sin el menor esfuerzo, desarmó a Baldassare.

Él, impotente y rabioso, trató de golpearlo. Lo esquivó con suma facilidad.

—Le aconsejo que se calme y nos escuche — gruñó, entre dientes. Comenzaba a perder la paciencia y eso no era bueno.

Enrico salió de la casa en aquel momento, alertado por los disparos y se quedó mudo ante la escena que estaba teniendo lugar en la entrada. Baldassare Grimaldi había perdido el juicio si pensaba que podría hacerle siquiera un rasguño a un tipo tan letal como Carlos.

—Acabaré contigo.

Baldassare gruñó forcejeando con Carlos, hasta que este lo soltó y retrocedió hacia atrás, donde Marcello lo retuvo.

—Padre, por favor, cálmate, no cometas una tontería de la que te arrepentirás después — le suplicó.

—Cállate, seguro que los encubrías. No podía esperar otra cosa de ti — le reprochó, encendido.

Marcello suspiró, sabía que era inútil razonar con él en esas circunstancias.

—¿Por qué reaccionas de ese modo? — lo encaró Alessandra, que estaba harta de aquel paternalismo machista y acabó explotando —. ¿Por esas malditas y anticuadas leyes que tienen miles de años? Supéralo papá, soy una mujer adulta sexualmente activa y me acuesto con quien me da la gana.

—¡Insolente! — Baldassare tenía la vena de la sien tan hinchada que podría haber explotado en cualquier momento y a nadie le habría sorprendido —. Son las tradiciones de tu familia y debes respetarlas. Ese tipo no es más que un...

Calló, no encontraba las palabras suficientemente hirientes.

—Es un hombre más que capaz de satisfacerme en todos los sentidos y más hombre que muchos “buenos partidos” de la organización, acéptalo. Tomo mis decisiones, os guste o no. Y no dejaré a Carlos, tampoco permitiré que le hagáis daño — rugió, dispuesta a defenderlo como una leona.

Angelo – que había sido alertado de lo sucedido por sus guardias y apenas había conducido unos cuantos kilómetros – volvió entonces a la mansión y se quedó observando la escena con un silbido. Una guerra interna era lo último que convenía a sus planes. En aquel momento más que nunca, necesitaban estar unidos.

—Apenas te reconozco Alessandra, esto es caer bajo hasta para ti — increpó su padre, dejándose llevar por la ira. Sin medir las consecuencias.

Y a ella le dolió tanto que no pudo contener las lágrimas.

Eso descontroló a Carlos. Por alguna razón el llanto de Alessandra perturbó ese autocontrol magistral del que había hecho gala hasta aquel momento al desarmar y reducir al sottocapo sin herirlo. No soportaba ver a aquella extraordinaria mujer en una posición tan vulnerable, ella no era quien debía ser castigada.

—Si quiere buscar culpables, tome — le dio una patada a la pistola hasta deslizarla justo delante de sus pies. Baldassare lo miró con desconfianza, como si estuviera esperando que hubiera algún truco. Pero no lo había. De haber querido, podría haber acabado fácilmente con su vida, pero no lo

hizo...por ella. — Apriete el puto gatillo y dispare a mi cabeza, así acabamos con esto — lo desafió.

Nunca había tenido miedo a morir, al contrario; sabía que la muerte y él tenían una vieja deuda que tendría que saldar más temprano que tarde.

Aquel parecía un momento tan bueno como cualquier otro.

Baldassare tomó el arma, con una determinación de hierro.

No había piedad con los traidores en la mafia.

—Papá, estás siendo radical. Escuchemos sus versiones...— medió Marcello, más tenso que nunca.

—Ya he escuchado suficiente — sentenció, apuntándole al pecho.

Carlos ni se inmutó, estaba preparado. Su mirada era tan oscura que daba escalofríos. Ya se verían en el infierno.

Cerró los ojos. La cuenta atrás estaba echada.

Pero nadie contó con Alessandra; ni loca pensaba quedarse de brazos cruzados y permitir que se cometiera aquel disparate.

Así que se puso entre ambas líneas de fuego, en medio de una bala y Carlos.

En cuanto vio a su hija menor cometer semejante locura por ese don nadie, Baldassare se quedó en shock. ¿Era posible? ¿Realmente podía sentir algo por él? ¿Sería más que un capricho fruto de la manipulación de un arribista?

Su seguridad se fue minando y dudó.

La mano que sostenía la pistola estaba temblorosa.

—Apártate, Alessandra — exigió Carlos, con un tono que daba escalofríos.

Habría intimidado a cualquiera. A cualquiera, excepto a ella.

—No me da la gana, Carlos — replicó, con el mismo brío. Ni siquiera cuando intentaba salvarle la vida dejaba de ser tan terco.

Él gruñó, empujándola lejos sin miramientos. La mano de su padre temblaba, pero todavía no había bajado la pistola. Ella, terca como una mula, volvió a interponerse.

Sabía que su padre no atentaría contra ella.

Y lo confirmó en cuanto el hombre dejó caer su glock al suelo, derrotado.

Marcello se apresuró a recogerla, no fuera que cambiara de opinión e hiciera un disparate.

—Emilio sabrá esto — siseó, con las pupilas relampagueantes y una última mirada de decepción que se clavó en el pecho de Alessandra, antes de echar a andar hacia su coche con grandes zancadas.

—Lo siento — murmuró Marcello, apenado con la situación. Luego se dio la vuelta para alcanzar a su padre, quien ya estaba arrancando el coche.

—¡Padre! — llamó, corriendo tras él para que se detuviera. Pero ni siquiera miró en su dirección. Estaba claro que no pensaba perdonarle el hecho de que les hubiera ocultado lo que sabía. Para él, era su cómplice.

Impotente, tuvo que detenerse unos metros después. Era inútil, no regresaría.

Y si avisaba a Emilio de lo que había visto, sabía que era cuestión de tiempo que regresaran allí y - aquella vez sí - vengarían el honor de Alessandra.

Ella también era consciente de eso, por lo que fue la primera en romper el silencio.

—Tenemos que volver a Venecia — declaró, resuelta. Compartió una mirada con Carlos, que asintió.

—¿Estás loca? Ya lo has oído, no conseguirás hacerlos cambiar de parecer. Ir allí sería exponerte a un castigo, no podré soportar eso — trató de disuadirla Marcello, cogiéndola por los hombros.

—¡No me importa! — clamó ella, zafándose de su agarre con impaciencia —. No pienso quedarme aquí como una cobarde.

—La cosa es conmigo, así que voy a dar la cara — intervino Carlos, con una determinación que no admitía réplica —. Así que no perdamos el tiempo y...

Calló, de súbito, al verse interrumpido por un estruendo fortísimo que sacudió hasta los ventanales de la mansión.

—¡¡Al suelo!! — gritó Enrico, arrastrando a Angelo – que vio desde la lejanía cómo el coche de Baldassare saltaba por los aires – hasta las baldosas del jardín.

Carlos ya estaba cubriendo a Alessandra con su propio cuerpo y se las arregló para impedir que lo viera. Aun así, ella gritó por el shock.

—¡Papá! — clamó Marcello, intentando ir hasta el lugar. Pero los guardaespaldas de Angelo lo detuvieron. El vehículo estaba ardiendo con virulencia y era demasiado peligroso acercarse.

Impotente y rabioso, con el arma de su padre todavía en las manos, Marcello Grimaldi se enfrentó a Carlos – quien estaba ayudando a Alessandra a levantarse del suelo – y arremetió, ciego de dolor.

—¡¡¡Esto es culpa tuya!!! ¡Te mataré!

Sin pensar en lo que hacía, disparó una bala directamente a su cabeza.

Las palabras de Catarina tuvieron una respuesta inmediata por parte de Bruno, que se levantó de un salto y echó a correr al cuarto donde se recuperaba la joven. Estaba ansioso por comprobar con sus propios ojos si su cuñada decía la verdad.

Subió las escaleras como alma que llevaba el diablo, abriéndose paso en la estancia como un vendaval. Su entrada fue tan brusca que Isabella, quien estaba revisando que su hija se encontrara bien, dio un respingo.

Bruno apenas le prestó atención. Solo tenía ojos para su mujer. Pero, ¿lo seguía siendo?

No podía ocultar el alivio que sentía porque hubiera despertado y tanto ella como su hijo estuvieran sanos y salvos, pero eso no borraba lo que había hecho.

Ella tragó saliva al verlo atravesar el umbral con una expresión indescifrable y evitó sus ojos, cohibida y... ¿temerosa? ¿Qué motivos le había dado él para temerle?

No pudo evitar sentirse irritado al respecto, quizá por eso cuando habló lo hizo con un tono mucho más brusco de lo que había pretendido.

—Por fin despiertas — casi espetó, cruzándose de brazos hasta que los imponentes músculos de sus brazos resaltaron a través de la tela de su camisa negra. Ella no dijo nada, parecía tensa y él tuvo que reprimir las ganas de soltarle si le había comido la lengua el gato. Pensó en el bebé —. Bueno, ¿cómo está mi hijo?

Su tono fue tan brusco que Isabella no pudo evitar saltar para defender a su hija, pues ella no estaba en condiciones.

—¿El niño es lo único que te importa? — lo enfrentó, a pesar de las súplicas de su hija. Se sentía confusa, desorientada y...tenía miedo. Por eso

era mejor evadir las preguntas que sabía que inevitablemente él haría.

Bruno torció los labios con un desprecio que lastimó a Stella. No tenía modo de saber que no era genuino, solo hablaba su rencor.

—¿Qué más debería importarme? ¿Una mujer que me sedujo con engaños? Déjanos solos, Isabella — demandó, pellizcándose el puente de la nariz para no perder la compostura.

—No lo haré. No es momento de atosigar a Stella, el traumatismo ha sido fuerte y el doctor ha dicho que...

—Déjalo mamá, por favor — la interrumpió ella, a sabiendas de que no podría esconderse de él eternamente. Lo cierto era que una explicación era lo mínimo que merecía —. Solo será un momento — añadió al cabo, para tranquilizar a la mujer.

Isabella quiso protestar, pero en cuanto vio la determinación en los ojos de su hija supo que era una batalla perdida. Así que se detuvo enfrente del joven alto y apuesto. Apenas le llegaba a la barbilla, pero la ferocidad de una madre no conocía límites y si había soportado años y años de vejaciones y malos tratos con Giovanni Greco, también podría enfrentar al padre de su nieto. Lo haría por su hija.

—Stella es inocente, su único error fue ser mi hija. Recuérdalo bien cuando te quedes a solas con ella y también que lleva a tu hijo en su vientre — espetó, haciéndolo enfurecer.

—¿Qué demonios crees que voy a hacer? ¿Golpearla? No te equivoques conmigo, Isabella Ricci. Yo no me rebajo.

No supo de dónde había salido aquella crueldad en sus palabras, pues realmente no sentía lo que había dicho. Pero se sentía colapsado y...lo hecho, hecho estaba.

Isabella levantó la mano para darle una bofetada, pero la detuvo sin esfuerzo, tirando de su brazo hasta que gimió de dolor.

—¡Suéltala! — le exigió Stella, tratando de levantarse de la cama. Él obedeció enseguida. No se había dado cuenta de la fuerza que había empleado y cuando vio el resentimiento en los ojos de la mujer se sintió avergonzado, pero no lo dejó traslucir.

—Vete mamá, no pasará nada — la tranquilizó, bajando las piernas al suelo, de manera que quedó sentada sobre él colchón.

Cuando Isabella finalmente se hubo ido, no sin antes dedicarle una mirada de recelo, Bruno se acercó unos pasos.

—¿Habías decidido desde el principio que sería yo o lo supiste cuando entré en aquel callejón? ¿Cómo fue, eh? ¿Tu misión era volverme un pelele en tus manos? ¿O con quedarte embarazada bastaba?

—No fue así — se defendió ella porque, sí, esas eran las órdenes pero no había tenido que fingir nada porque desde que lo vio la primera vez supo que nunca podría hacer nada en su contra. Aun si ello significaba arriesgar su propia integridad y la de su madre.

El amor nunca preguntaba antes de mandarlo todo al traste. Y en su caso, ojalá hubiera podido evitar caer por él, pero a aquellas alturas no valía de nada engañarse: fue un imposible desde que se entregó a él por vez primera.

Ahora ya no importaba, de todos modos. Él jamás le perdonaría su engaño.

Rehuyó el contacto visual, incapaz de soportar esa mirada dolida y decepcionada que se le clavó en el corazón y se obligó a reprimir las lágrimas.

—Si eso es todo, me gustaría descansar — dijo, con el tono más frío que logró reunir. Sabía que la odiaría aún más por ello, pero no tenía otra elección. Él no podía saber...que los estaba manteniendo con vida con su silencio —. No quiero alterar a mi hijo.

Se tumbó, no sin dificultad. Fue un alivio dejar de ver su mirada encendida, pero sabía que se quedaría grabada en su mente — y en sus sueños — mucho tiempo después, como todo lo que estaba sucediendo.

—*Nuestro* hijo — remarcó Bruno, a punto de perder su temperamento. El desinterés evidente de Stella por aclarar lo sucedido no hacía más que darle la razón. Si ni siquiera tenía argumentos para defenderse, era que él siempre había estado en lo cierto. Y en un arrebato, no pudo evitar estallar —. Si es que es mío, claro. ¿¡Con cuántos te has acostado antes!? — exigió, engulléndola con la mirada y estirando de su brazo para que le diera la cara.

Las lágrimas afloraron en su rostro de porcelana y por un momento, solo por un momento, él se arrepintió de lo que había dicho. Pero, ¿qué esperaba ella? Si había perdido toda la credibilidad que un día le tuvo.

—Me haces daño — gimió ella, frotándose la zona dolorida en cuanto la soltó, como si su contacto lo quemara. Entonces ella también perdió los nervios. Estaba demasiado cansada de luchar contracorriente y se sentía acorralada. Por eso, a pesar de que sabía que aquel sería el peor error que podría cometer, soltó —: Soy una mujer que se vendió al enemigo, ¿no? Piensa lo que quieras, Bruno. No me importa.

A él se le encogió el estómago y la contempló con profundo desprecio, como si le diera asco. El cuerpo de Stella convulsionó en aquella cama. No podía...ya no podía fingir más. Se moría de ganas por besarlo y abrazarlo, suplicarle perdón y contárselo todo. Pero si lo hacía, lo estaría condenando. Y con él a todos, incluyendo a su bebé.

Y ahora era madre. No podía permitirse anteponer la seguridad de su bebé a la de nadie. Ni siquiera por él. Aunque eso significara ganarse su odio eterno.

Las comisuras de Bruno se elevaron en una sonrisa cruel y su expresión le dijo que las palabras que pronunciara a continuación la herirían despiadadamente.

Pero el destino pareció apiadarse de ella con la entrada de los Santorini en aquel cuarto. Emilio iba en cabeza y apartó a su hijo mayor, para interesarse por el estado de salud de la joven.

—¿Cómo te encuentras, nuera? —preguntó el *Capo*, acariciando su sedoso cabello con cariño. Aquella mujer le despertaba una ternura irrefrenable.

Y a diferencia de su hijo, él podía permitirse atender al caso de forma impersonal. Y entendía los motivos de las Ricci.

A fin de cuentas, era su vida lo que estaba en juego. Sin embargo, la traición era la traición. Y sus hijos estaban en todo su derecho de repudiar a sus mujeres, si así lo deseaban.

Él tenía demasiadas cosas de las que ocuparse, como para interferir también en los asuntos del corazón.

Stella se frotó los ojos, todavía adormecida.

—Cansada — admitió, evitando concienzudamente la mirada acerada de Bruno, que seguía clavada en ella —. Pero estoy bien, durmiendo un poco se me pasará. Gracias por preocuparse.

Emilio le restó importancia con un gesto de la mano.

—No me las des, eres mi nuera a pesar de todo. Has tenido suerte, podría haber sido peor —. Ella lo sabía, realmente lo sabía. Así que se encogió, temiendo la pregunta que sabía que vendría a continuación — Pero, ¿por qué diablos pretendías huir? Y de ese modo... no logro comprenderlo.

Ella tragó, ante el repentino interés que se dibujó en las pupilas de Bruno. Incluso Thiago parecía curioso. Todos los Santorini aguardaban expectantes su respuesta.

Y en medio de su nerviosismo, solo atinó a decir:

—Yo...creo que todavía me afecta el shock, siento como lagunas...pero lo hice por miedo a vuestra reacción cuando descubrierais la verdad — mintió, sabiendo que no tenía de otra. Y odiaba con todas sus fuerzas tener que hacerlo, pero era el único modo de sobrevivir.

—Es natural, has sufrido un golpe en la cabeza y eso siempre trae secuelas. Marcello nos lo dijo — intervino entonces Donna, con una sonrisa

indulgente —. Dejémosla descansar para que pueda recuperarse.

Emilio miró a su hijo mayor, quien no había movido un músculo. Entendió que a pesar de todo, una parte de él no quería separarse de ella. La parte que se dejaba gobernar por sus sentimientos.

En cambio, la racional y fría – esa que todavía sentía el fuego de la venganza latiendo en su interior – se impuso y se encogió de hombros, curvando los labios con indiferencia antes de asentir y abandonar la estancia como si no le importaran la mujer y el niño que llevaba en su vientre.

La única que así lo creyó fue Stella, quien hacía verdaderos esfuerzos por no llorar. Así que la dejaron a solas, apiadándose de ella.

Y solo cuando la puerta se hubo cerrado a cal y canto, Stella Ricci se permitió derrumbarse como nunca antes en su vida.

Y su madre y su prima no tardaron en llegar para respaldarla. Podían estar acabadas, pero estarían juntas hasta su último aliento. Como las supervivientes que siempre habían sido.



Emilio estaba sentado a oscuras en la puerta de su despacho, contemplando ensimismado cómo se consumía en su boca el puro que fumaba, cuando sus hijos entraron sin llamar.

Resopló, apagando el habano con hastío.

¿Es que no podía tener siquiera un solo minuto de paz?

Al parecer no.

—¿Qué demonios pasa ahora? — interrogó, cansado.

Thiago fue el primero en tomar asiento, mientras que Bruno prefirió mantenerse de pie por el momento. Fue a servirse algo de alcohol cuando el tono inflexible de su padre lo detuvo a medio camino.

—Ni se te ocurra. Te quiero fresco hoy.

Era una orden, así que tuvo que obedecer a regañadientes.

Bufó, dejándose caer en el asiento libre.

—Baldassare y Marcello salieron hace bastante y todavía no han vuelto — comentó Thiago, entrando en materia.

Emilio lo estudió, pensativo.

—Habrán ido a ver a Alessandra, Milán no está precisamente a la vuelta de la esquina, así que no veo qué es lo que os inquieta.

—¿Por qué debemos confiar en ese tal Enrico? — añadió Thiago, asegurándose de que la puerta estuviera bien cerrada. Cuando se cercioró de que así era, continuó —: Al principio pretendía engañarnos a todos. De no ser porque Carlos descubrió su verdadera identidad y nos lo contó, ahora nos estaríamos pudriendo en una celda. O peor — soltó, haciéndose eco de lo que también su hermano pensaba.

El Capo le dio varias vueltas al asunto, pero al final negó.

—Yo también lo creía así antes. Pero créeme, teniendo ocasión de meter en chirona a los bastardos de los Greco y su puto negocio de trata no perdería el tiempo con nosotros. A fin de cuentas, nunca hemos dado problemas. Sus superiores lo frenarían, en el peor de los casos — los tranquilizó.

No pusieron más objeciones, pero todavía seguían quedando algunas cuestiones pendientes.

—¿Y qué vamos a hacer con lo de Francesco? Creo que sería justo compartir esa información con los demás — Bruno vaciló ante la mirada de advertencia que le dio su padre y se explicó —. Al menos a Chiara. Es nuestra hermana y ha permanecido todo este tiempo en la ignorancia, también es vulnerable.

Que abogara en su favor fue una sorpresa hasta para él mismo. Pero tras su desengaño había tenido tiempo para darle muchas vueltas a sus acciones y había decidido enmendar lo que estuviera en su mano.

Le constaba que su padre iba por el mismo camino de convertirse en su abuelo y él no quería que le pasara lo mismo. No había nada de malo en reconocer los errores, si todavía se estaba a tiempo por corregirlos.

Thiago lo secundó enseguida.

—Estoy de acuerdo con mi hermano. Por mucho que te empeñes en creer que sí, ella ya no es una niña ¿sabes? Tiene derecho a estar enterada de lo sucedido, no te juzgará.

Emilio tenía sus dudas, pero por una vez en su vida acabó accediendo.

—Está bien, que uno de vosotros suba a buscarla y le diga que venga. Le contaré la verdad y buscaremos juntos un lugar seguro donde llevarla. Porque la guerra que está por venir no tiene precedentes y la quiero a salvo.

—Podría ir con Alessandra y los demás — aventuró Bruno, pero su padre lo desechó enseguida.

—No, me da miedo que Francesco descubra su ubicación. No es cien por cien seguro, así que mejor enviarla a uno de nuestros pisos francos con algunos de nuestros mejores hombres y vuestra madre — decidió.

Los dos hermanos reconocieron que era la opción más segura, así que accedieron.

Luego de eso, Thiago se ofreció a subir a por Chiara y Bruno se quedó fumando con su padre.

—Voy a llamar a Angelo, a ver qué tal va todo por allí — dijo el *Capo*, al cabo de un rato.

Ya no aguantaba más aquella incertidumbre. Y sabía que el teléfono que usaba el Don de la Camorra era de prepago y solo alojaba su número en su interior, por lo que no corrían peligro de ser interceptados. Mucho menos estando Enrico Barsetti de por medio.

Habían sabido escoger bien a sus aliados.

Sin embargo, nadie contestó al teléfono y eso que lo intentó en dos ocasiones.

Aquello no le dio buena espina y frunció los labios, pensando en intentarlo con su amigo Baldassare para ver si tenía más suerte.

Pero antes de que pudiera considerarlo siquiera Thiago se abrió paso en el despacho con la respiración agitada y una expresión que no auguraba nada bueno.

—¿Qué demonios pasa? ¿Y tu hermana? —exigió saber, levantándose de la silla de un brinco.

La ira era más que palpable en la voz de Thiago cuando contestó.

—Su habitación está vacía. La he buscado por toda la casa y no he dado con ella. Tampoco hay señales de Mauro. ¿Cómo cojones es posible? ¡¿Cómo han podido esfumarse?! — explotó, sintiéndose superado por las circunstancias.

Bruno tampoco estaba mucho mejor. Pero en aquella ocasión, su padre mantuvo la calma.

—Yo no diría cómo, sino por qué. Y más vale que se trate de una travesura de adolescentes, porque no me gustan las otras opciones que se me están

ocurriendo — comentó, luchando por no perder el control.

—Llama a los guardias, que la busquen hasta debajo de las piedras. Y vosotros venid conmigo, vamos a prepararnos para un ataque inminente — enunció, tenso.

Pero en cuanto les dio la espalda, estuvo a punto de colapsar.

Nada les aseguraba una victoria. Y si no daban con Chiara pronto...no quería ni pensar en lo que podría suceder.

Chiara estaba en su habitación con Mauro y le preocupaba lo callado y taciturno que el chico había estado desde la muerte de su padre.

Por lo que sabía, nunca estuvieron demasiado unidos. Pero verlo morir de ese modo tan horrible frente a sus ojos sin poder hacer nada por ayudarlo debía ser terrible. Ni siquiera podía empezar a imaginar cómo debía sentirse.

—Mauro, ¿estás mejor? ¿Quieres...? Quizá te ayudaría hablar conmigo. No sé cómo te sientes...

Él no la dejó terminar, algo todavía más extraño. Jamás la había interrumpido antes.

—No quiero hablar — enseguida, en cambio, su expresión dura se suavizó un tanto y añadió —: Pero creo que me vendría bien dar un paseo, fuera de aquí — propuso, con una sonrisa traviesa.

Chiara frunció el ceño.

—¿Estás loco? Es imposible que podamos salir de la mansión con todos los hombres que hay fuera, vigilando — repuso, sin comprender cómo podía él sugerirlo siquiera.

—No hablaba de la entrada principal. Hace mucho que no visito la tumba de mi madre. Y ahora que mi padre ya no está, me gustaría verlos...pero tu padre nunca nos dejaría salir — enunció, triste.

Ella estaba segura de eso, por eso no entendía adónde quería ir a parar. Hasta que él pareció caer en la cuenta de algo, porque su semblante se iluminó enseguida.

—Pero ¿sabes qué? Hay una salida por las catacumbas.

Aquello sorprendió a Chiara.

—¿En serio? No tenía ni idea. Como ves, soy la última en enterarme siempre de todo. Pero... ¿qué pasará si nos pillan?

Lo cierto era que, por muy rebelde que se sintiera, temía el castigo que podía imponerle su padre si se enteraba de que desobedecía órdenes directas. Y aun así, parecía tan tentador... que a él solo le hizo falta darle el último empujoncito.

—¿Con el caos que hay ahora mismo en la casa? Lo dudo. Además tardaremos poco, te lo prometo.

Se mordió el labio inferior. Pero lo cierto era que la había convencido.

—Vale — accedió. Y lo siguió de puntillas por el vestíbulo principal, sin hacer ruido.

Más valía que estuviera en lo cierto o iban a meterse en un buen lío.

Sin embargo, al cabo de un rato se hizo patente que él había estado en lo cierto. Mauro era sigiloso y ella también, así que los pocos guardias con los que se toparon no repararon en su presencia.

En un abrir y cerrar de ojos ya se habían escabullido al interior de la biblioteca, en uno de cuyos estantes se hallaba la entrada al pasadizo secreto. Una entrada que Mauro no tardó en abrir con habilidad.

Si Chiara hubiera tenido constancia de cómo se comportaba siempre con Carlos y los demás guardias – tan apocado y falto de iniciativa – desde luego que habría sospechado al notar la confianza ciega que irradiaba. Pero ella jamás lo había presenciado, por eso no vio las señales.

Hasta que estuvieron dentro de los túneles y él encendió dos candelabros usando su mechero.

—Te ayudo — se ofreció ella, más por hacer algo que por genuino interés. Y es que, a diferencia de como solía hacer siempre, él apenas le había dado conversación y se sentía algo nerviosa.

Se encogió de hombros, tendiéndole uno e instándola a ser silenciosa. Pensó entonces que era una tonta. No había tiempo para charlas.

Pronto, se encontró a sí misma sorprendiéndose por lo angostos y largos que eran los túneles bajo la mansión.

—¿Falta mucho? — preguntó, sin poder evitarlo, mientras subían y subían en medio de aquella estrechez y humedad y... ¡ratas!

Ahogó un grito y se pegó a él, en busca de protección. Mauro se llevó un dedo a los labios, sin detenerse apenas.

—No, ya queda poco. Tranquila, ¿de acuerdo? conmigo no tienes nada que temer.

Ella se obligó a relajarse. No sabía por qué, pero su cuerpo estaba más tenso de lo normal con su cercanía.

Y entonces él empezó a acelerar el paso, sujetándola todavía por la muñeca y ejerciendo más presión de la que a ella le habría gustado, hasta que prácticamente daba zancadas y ella – mucho más baja – sufría por seguirle el ritmo.

—Eh, más despacio. Me haces daño —exclamó, con la respiración agitada.

Ya solo quedaban unos metros y la salida se adivinaba frente a ellos. Pero por primera vez empezaba a dudar de que aquello hubiera sido una buena idea. Y quiso recular. Pero ya era tarde.

—Creo...creo que mejor regresamos. Hablaré con mi padre...para convencerlo de que te deje ir, ¿vale Mauro? — balbuceó, ya sin molestarse en disimular el miedo que sentía.

Al mirar hacia atrás por encima del hombro, se dio cuenta de que allí abajo nadie la oiría en caso de necesitar socorro. Era irónico, estaba tan cerca pero tan lejos al mismo tiempo...

Mauro no le contestó. Estaba tan serio que...realmente la asustó. Tiró para soltarse, pero él la agarraba con mano de hierro y no pudo. Así que tragó saliva. Era evidente que corría peligro y tuvo ganas de llorar de impotencia.

¿Cómo podía Mauro estar haciendo aquello? ¿Por qué?

Si era una broma, desde luego no tenía la menor gracia.

Entonces de repente la soltó y ella se quedó paralizada al ver que extraía unas llaves de su bolsillo para abrir la pesada puerta de hierro que daba al exterior. ¿De dónde las había sacado?

—Mauro, déjalo te digo. ¡Te estás comportando muy raro! — chilló, estirando de su brazo para obligarlo a mirarla. Y es que se negaba a creer que él pudiera tener algo que ver con toda aquella locura.

Pero cuando se dio la vuelta...se llevó las manos a la boca, aterrada.

—Oh, créeme que he sido paciente. Pero empiezas a hartarme, Chiara — soltó, con crueldad.

—¿Mauro? — Llamó la joven, vacilante y con el tono tembloroso. Y es que apenas reconocía al chico que tenía delante, no parecía el mismo Mauro cariñoso y empático de siempre.

Aquella era una versión más fría y oscura de él. Más letal. Y cuando avanzó hacia ella con una sonrisa torcida en el apuesto rostro, todo su cuerpo se tensó de miedo. Quiso escapar y sus ojos viajaron hasta la puerta, por ser lo que más cerca estaba de la salida. Pero él, con gran astucia, se había interpuesto en medio, bloqueando así su camino.

Y apenas tuvo tiempo para gritar cuando él se agachó veloz como el pensamiento para coger una piedra de tamaño considerable del suelo y golpearla directamente en el lado derecho de la cabeza, sin el menor atisbo de duda o arrepentimiento en el rostro.

La joven cayó desmadejada al suelo, totalmente inconsciente. Y entonces él sonrió con malicia.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto, Chiara Santorini — le susurró a su cuerpo desplomado, agachándose para cogerla en brazos y conducirla hasta la salida, donde lo esperaba su maestro.

Al fin.

Había esperado tantos años para aquello.

Y el momento ya había llegado.

El arrebató de Marcello, nacido de la ira y la desesperación más absoluta por el asesinato de su padre frente a sus ojos de aquel modo tan vil, estuvo a punto de costarle la vida a Carlos. De no haber sido porque él, con sus reflejos sobrehumanos siempre alerta, logró apartarse a un lado en el último momento y la bala acabó impactando en los chapiteles de la columna que había tras él.

Enseguida, Angelo aprovechó su distracción para desarmarlo. De todos modos, no opuso resistencia. Estaba en shock, horrorizado por su reacción.

Y Alessandra...su rostro era como un lienzo en blanco. Era como si ni siquiera estuviera allí y eso los preocupó a todos. Carlos había esperado gritos, llanto y una explosión similar a la que se produjo en ella tras el asesinato de Constanza. Pero no hubo nada.

Y eso era mil veces peor.

En aquella ocasión, fue Marcello quien exteriorizó todo el dolor, gritando y golpeando las columnas con los puños hasta que se dejó caer de rodillas en el suelo, con la cabeza entre las manos.

—Lo siento. Yo...lo siento...— murmuró, sin atreverse a mirar a Carlos, que se acercó unos pasos.

—Está bien — dijo, aunque sabía que era un vano consuelo. Nada estaba bien y dudaba que volviera a estarlo pronto.

—Giusiozzi, Romano...id — ordenó Angelo a sus hombres, para que apagaran el fuego y evaluaran los daños. Baldassare habría quedado reducido a huesos y cenizas...pero sus hijos se merecían al menos poder conservar eso.

Los hombres enseguida obedecieron y él se quedó observando impotente cómo Carlos intentaba hacer que Alessandra volviera a la realidad.

Entretanto, Enrico maldecía por lo bajo y hacía algunas llamadas. Seguramente a sus superiores.

Todo se estaba yendo al traste y aquello no le gustaba un pelo al Don de la Camorra. No se había aliado con la Cosa Nostra para dejar que un bastardo con la cara quemada y una ridícula máscara jugara al vengador y se cargara todo lo que estaban haciendo.

Además, aquello había sucedido en su casa y eso era una afrenta personal que no pensaba dejar correr. De ningún modo.

Tenía preguntas, muchas. Y no saber la respuesta lo estaba cabreando considerablemente.

Angelo Salvatore cabreado era sinónimo de desastre.

Carlos también lo estaba. Y Marcello, claro. Incluso Enrico.

La cuestión era, ¿por qué no lo estaba Alessandra?

—Mírame, *diavolessa*. Tienes que reaccionar — le estaba diciendo el soldado, tan calmadamente como podía. Ella parecía una estatua de alabastro y tenía los ojos fijos en la lejanía, donde el coche reducido a escombros seguía volcado.

Carlos la tomó por los hombros, forzándola a romper el contacto visual y entonces llegaron las lágrimas.

Pero no dijo ni hizo nada, más que refugiarse en su pecho.

—Deberíamos entrar —ofreció entonces el anfitrión, algo cortado. No era muy bueno lidiando con momentos sensibles, como el duelo. Y tendía a meter la pata cuando no sabía qué hacer o decir.

Sus ojos viajaron a Carlos en busca de apoyo y él acabó asintiendo, conduciendo a la joven hasta el interior.

Enrico se ocupó de Marcello.

Se acomodaron en el sofá y el agente de la Interpol preparó una tila para los hermanos. Todo había pasado tan rápido que era natural que estuvieran conmocionados.

El coche había explotado repentinamente, frente a sus narices, sin que lo esperaran y – lo peor – sin que pudieran hacer nada por salvarle la vida a Baldassare. Y aquello era algo que siempre atormentaría su conciencia.

Alessandra volvió en sí poco a poco después de terminar su bebida y abrazó a Marcello para consolarlo. Sabía que su hermano se sentía culpable, no solo por no haber ido en el coche con su padre sino por haberle ocultado lo que estaba sucediendo entre Carlos y ella y sobre todo por no haber hecho más por tratar de impedir el enfrentamiento.

—Quizá, si yo hubiera manejado las cosas de otra manera...— aventuró, secándose las lágrimas con algo de vergüenza.

—No tenías manera de saberlo, nadie podía imaginar que...— Angelo calló, dedicándole una mirada insegura a Alessandra, por temor a que se rompiera. Pero ella los sorprendió terminando la frase con un aplomo mayor de lo esperado.

—Que ese cabrón le había puesto una jodida bomba. Y eso quiere decir que lo sabe todo. Sabe dónde estamos, así que esto no ha servido para nada — rio, con amargura, clavando sus ojos con dureza en los presentes —. Así que si nosotros seguimos respirando es porque está reservando la mejor parte del juego para el final.

—Alessandra...

—No —cortó a Enrico, inflexible—. Quiero que volvamos a casa, ahora. Y quiero que salgamos con el mayor ejército que se haya visto nunca para encontrar a ese hijo de perra, aunque se esté escondiendo en las cloacas de la ciudad, y después de eso nos ocuparemos de hacerlo pagar como merece. Por mis padres, por la sangre. Ahora yo exijo mi vendetta — clamó, dando un golpe sobre la mesa.

Ni ella misma sabía de dónde sacaba esa fortaleza, esa determinación. Probablemente de la ira que le quemaba las venas y hacía que su sangre hirviera por la necesidad de hacer justicia.

—Lo que dice me parece razonable —la apoyó Carlos, sorprendiéndola un poco. Hasta hace no mucho, quería disuadirla de volver allí. Pero las cosas habían cambiado y sabía que no tenía derecho a privarla del placer de obtener la venganza que le pertenecía por derecho.

Todos miraron a Angelo, esperando su respuesta.

—Puedo llamar a mis hermanos para que vengan con refuerzos, pero tendremos que esperar unas horas—. Era lo único que Angelo podía garantizar.

A la Grimaldi no pareció gustarle demasiado aquello, así que esperó a que Enrico Barsetti hablara. Pero él podía hacer incluso menos que el Don.

—Solo nos enviaron a mi compañera y a mí a esta misión. Puedo solicitar más efectivos si las circunstancias lo requieren, pero aunque lo hiciera tardarían más que la Camorra. Dos o tres horas, como mínimo.

—No podemos esperar tanto — fue tajante Alessandra, negando con la cabeza. Miró a Marcello en busca de apoyo, pero él parecía confuso —. Para entonces ese loco podría atacar Villa Santorini. ¡No podemos dejar que eso pase! — gritó, perdiendo los nervios.

—Alessandra, para poder enfrentar al ejército de Francesco necesitamos efectivos — intentó explicarle Enrico, con paciencia —. Y para eso debemos esperar a que lleguen nuestros hombres. Lo que podemos hacer es avisar a Emilio para que se prepare, villa Santorini está mucho más preparada para un ataque y todavía faltan dos días para que termine el carnaval. Debemos pensar con la cabeza fría para ganar este juego — adujo, con sensatez.

Ella todavía no estaba muy convencida, pero la idea de avisarlos era buena. Sin embargo, ella no era capaz de contarles lo que le había pasado a su

padre. No podía...ni siquiera lograba hacerse a la idea de que Baldassare estaba muerto.

No podía haber sido tan fácil para ese maldito asesino acabar con su vida y de un modo tan cruel...

Nunca le había costado tanto reprimir el llanto, pero sabía que si sucumbía y se venía abajo le iba a ser muy difícil levantarse y ahora no podía permitirse flaquear de ese modo. Su padre necesitaba que lo vengara y debía ser cuanto antes.

—Antes de que pasara...todo esto, he ido a por la caja que Donato Caprisi tenía en su poder. Y contiene mucha información interesante que deberíamos revisar — recordó entonces, sin poder aguantar por más tiempo la curiosidad.

Aquello llamó la atención de los hermanos Grimaldi, que estuvieron de acuerdo en revisar el contenido de dicha caja. No podían pasar por alto nada.

Alessandra agradeció que nadie pretendiera tratarla como a una muñeca de cristal, a pesar de lo brutal que había sido para ella lo que acababa de ocurrir, como tampoco lo hicieron con Marcello.

En el mundo de la mafia, derrumbarse era una debilidad que nadie podía permitirse. No cuando la guerra estaba en pleno apogeo. Contraatacar era la única reacción posible. Y así lo harían, con toda la fuerza que tenían. Hasta el final.

—Entonces hagámoslo, no perdamos más tiempo — instó ella, evadiendo a propósito la mirada que Carlos le dirigió desde el otro extremo de la mesa.

Sabía que había aprendido a conocerla mejor que nadie en aquellas semanas y no quería que viera lo destrozada que se sentía por dentro. No habría soportado la idea de decepcionarlo de algún modo. Él siempre era tan fuerte y entero...ojalá ella supiera apagar sus emociones de ese modo. Todo sería más fácil.

Expiró de puro alivio cuando él apartó la vista para centrar su atención en Enrico, que volvió en ese momento con una pesada caja de madera entre las manos, misma que depositó con suavidad sobre la mesa frente a ellos.

—Dame eso — se impacientó, arrebatándosela al ver que tardaba demasiado en abrirla. Enseguida la expectación alcanzó límites cumbre y él comenzó a sacar carpetas con documentación, que depositó sobre la mesa.

También había un pendrive minúsculo y lo que parecía ser una partida de nacimiento.

Se repartieron el trabajo; Enrico empezó a desbloquear su portátil para poder reproducir el archivo, mientras Angelo y Marcello se ocupaban de revisar las carpetas con las fichas que guardó Santino de su investigación. Carlos prefirió ayudar a Alessandra, que estaba leyendo la partida para ver a quién pertenecía.

—Alessio Leone — leyó en voz alta, bajo la atenta mirada de su guardaespaldas que no se sorprendió en lo absoluto. Y eso que las implicaciones de lo que sugería eran realmente inquietantes.

—Por eso lo silenciaron en la boda, para evitar que hablara — dijo, como para sí.

Tres pares de ojos se volvieron hacia ellos con interés.

—¿Pero por qué Alessio permitiría que Francesco reclutara a su hijo para su Vendetta? — pensó en voz alta Marcello, haciendo un gran esfuerzo por centrarse en la tarea que tenían entre manos y así dejar de lado la imagen de su padre quemándose vivo, atrapado en el vehículo sin posibilidad de escape. Una trampa mortal.

Parpadeó, luchando para no desmoronarse. Por una vez, ganó la partida.

El cerebro de Carlos trabajaba a mil por hora, prácticamente pasaba las páginas de dos en dos en busca de lo que le interesaba. Porque detrás de esa partida, Santino había adjuntado pruebas contundentes que demostraban una sola verdad: era falsa.

—No, lo que hizo fue forzarlo a adoptar a su hijo como si fuera suyo. Hacerlo pasar por un Leone y así que todos creyeran que el bebé había muerto con Silvina. De todos modos, eran muy pocas las personas que sabían de su embarazo — fue lo que concluyó. Alessandra también había caído en la cuenta, pero estaba tan impactada que apenas atinaba a hablar.

—Además de Santino, probablemente solo Emilio, Baldassare y el Don estuvieran al tanto de la verdad — especuló Angelo, pensativo —. Le bastaría con sobornar a las personas adecuadas y después desapareció del mundo como si de verdad estuviera bajo tierra. Nadie sospecharía nunca del bueno de Alessio. Es brillante — admitió, sin avergonzarse.

Al margen del odio que sintieran por él, había que reconocer que la mente de Francesco era maquiavélica.

—Pero la verdad no permanece oculta para siempre. Ahora que hemos destapado el secreto, tenemos que insistir hasta alertar a Emilio de lo que está pasando. Mauro podría atentar contra la *famiglia* para cumplir los planes de su padre...— expresó su malestar, profundamente angustiada.

—Y mi padre... ¿cuánto tardará tu hombre de confianza, Angelo? — preguntó Alessandra, tragando saliva con algo de vacilación. Y es que el Don les había encargado a sus mejores hombres que llevaran los restos a Cane para completar la incineración.

—Menos de dos horas, Cane es el mejor en lo suyo. Puedes estar tranquila, he hablado con mis hermanos. Massimo podría llevarnos en el jet, tiene licencia. Y de ese modo llegaríamos antes que nadie para evaluar la situación y alertar a los refuerzos, de ser necesario — propuso.

—Eso son buenas noticias, voy a intentarlo con Bruno. Avísame si averiguas algo más, soldado — le susurró al oído, acariciándole el muslo al levantarse.

Él la detuvo tomándola por el brazo para que se inclinara sobre él y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja, sus manos rudas y callosas tocaron su cabello de la manera más delicada que podía, casi simulando una caricia.

—Todo va a terminar pronto. Vamos a tener nuestra vendetta, *diavolessa*. Aguanta un poco más, sé que puedes — le dijo, venerando cada rincón de su cuerpo con sus ojos.

Esas palabras la emocionaron y tuvo que parpadear para retener las lágrimas. Estaba convencida de que si todavía era capaz de mantener sus emociones a raya era por el cariz sorpresivo e impactante que habían tenido los acontecimientos, pero la pérdida de su padre era un golpe del que le iba a costar mucho reponerse.

Ahora, al menos, los dos estaban juntos...si existía un lugar mejor en el que expiar sus pecados. Constanza y Baldassare Grimaldi habían aliviado su carga.

—Aquí solo hay una lista interminable de nombres, registros de los Diablos rojos; sus fortalezas, debilidades...todo. Pero poco que nos sirva, me temo — habló entonces Marcello, al cabo de unos minutos de silencio.

Carlos resopló, frustrado.

—Era de esperarse. Es como buscar una jodida aguja en un pajar. ¿Bruno no contesta? — inquirió, dirigiéndose a Alessandra, que negó con molestia.

—No. Algo malo está sucediendo en Villa Santorini, lo sé. Tenemos que movilizarnos ya, que los refuerzos lleguen después. Podremos arreglárnoslas — insistió, al ver cómo la miraban.

—Podemos, es cierto. Pero corres un gran riesgo. Marcello y tú sois parte de los planes de Francesco y...

—Iré de todos modos — lo cortó ella, desafiante —. Si me quiere que venga a por mí él mismo si tiene pelotas. Sabes que no soy una damisela en apuros — soltó, regalándole una sonrisa que emanaba peligro y poder.

Los hombres intercambiaron miradas cómplices, sopesando pros y contras. Y al final, la decisión fue unánime.

—Bien, Enrico creo que tú deberías quedarte a esperar a mis hermanos y el resto de refuerzos. Tendremos hombres de sobra con los tuyos y los míos. Mientras, sería de gran ayuda que terminaras de revisar esto y nos avises si hay algo relevante que hayamos pasado por alto — indicó Angelo, empezando a dar las órdenes. Era lo justo, pues estaban en su territorio.

—Vale, puedo hacer eso. Pero es muy arriesgado, tened cuidado y si veis algo que no os gusta, esperadnos — intentó ejercer de voz de la razón, a pesar de que no se hacía demasiadas ilusiones con que fueran a obedecerlo. Pero al menos lo había intentado.

—Angelo — lo llamó entonces Alessandra, cuando ya estaba a punto de abandonar la habitación para preparar las armas. Se giró, interrogante y ella tragó. Lo que iba a hacer se debía a lo excepcional de las circunstancias —. Gracias, no olvidaré lo que estás haciendo por nosotros — dijo, tragándose el orgullo. Los malos entendidos entre ellos quedaban en el pasado, ahora eran aliados.

Si a él le sorprendió su declaración, desde luego no lo demostró. Su expresión no varió un ápice, pero asintió apreciativamente antes de encaminarse hacia su armería. No sin antes lanzar una invitación al aire.

—Si queréis escoger buena munición y hacer puré de extremidades con esos bastardos *Diablos*, seguidme.

No tuvo que pedirlo dos veces.



Salieron de la mansión como alma que llevaba el diablo, armados hasta los dientes. El tiempo apremiaba y no había ni un minuto que perder.

Carlos condujo como un suicida. Resolvieron dividirse, de manera que Angelo y Marcello viajaban en otro vehículo, pisándoles los talones. El plan era que ellos accedieran a la mansión por la puerta trasera, mientras Carlos y Alessandra lo intentaban por la principal. Si estaban en lo cierto con sus suposiciones, no encontrarían gran resistencia en la vigilancia.

—¿Thiago tampoco contesta? — quiso saber Carlos, ya intuyendo la respuesta. Alessandra colgó, frustrada.

—Ni siquiera da tono. ¿Cuánto falta para llegar? — se impacientó, notando una creciente opresión en el estómago. Si algo les pasaba a los Santorini, no podría evitar sentirse responsable.

Él pisó el acelerador todavía más a fondo, destensando los músculos del cuello. Se estaba preparando para la acción. Porque aquello solo podía desembocar en un baño de sangre. Y haría hasta lo imposible porque fuera la de sus enemigos.

—Unos minutos, agárrate fuerte — advirtió y ella esbozó una sonrisa oscura que prometía una matanza de proporciones épicas. Juntos se bañarían en la sangre de sus enemigos, les regalarían a los buenos

ciudadanos de Venecia el carnaval más sangriento de la historia. Y después resurgirían de las cenizas.



Villa Santorini estaba inusualmente silenciosa y calma cuando Carlos detuvo el vehículo con gran pericia varios metros antes de llegar a la entrada, para echar un vistazo sin que su presencia fuera advertida y así evaluar la situación.

—Es el turno de Sandro y Maurizio, deberían estar vigilando la entrada — comentó, desde su asiento, dejando los binoculares a un lado. Carlos estaba serio y taciturno, señal de que su cerebro trabajaba a mil por hora.

—Si yo fuera Francesco o su cómplice, crearía una distracción en la casa. Algo lo bastante gordo como para mantenerlos ocupados y debilitar las defensas — reflexionó en voz alta, rascándose el mentón con la mano derecha mientras que con la izquierda hacía girar su navaja suiza entre los dedos.

—No puedo esperar a Angelo, voy a entrar ya —. Al ver la mirada mortal que le dedicó él, alzó el mentón con ademán desafiante y aunque odiaba justificarse, aquella vez se lo debía —: Francesco me quiere viva, ¿recuerdas? Es mi mejor baza. Tú, en cambio, supones un obstáculo para él. Haremos esto a mi modo, ¿De acuerdo?

Contrariamente a lo que había esperado, él no pareció convencido. La lógica le decía que ella tenía razón, pero algo dentro de él...algo que no sabía identificar se estaba abriendo paso desde sus entrañas, confundiéndolo. ¿Qué era aquello? ¿Preocupación? ¿Afecto? Tragó duro y apretó la hoja hasta hacerse un corte.

Y como ocurría cada vez que sentía que sus emociones afloraban, se refugió en la ira.

—No. Me importa una mierda que te quiera viva, eso no le impediría a su enferma mente torturarte por diversión y grabarlo en vídeo. Sé cómo piensan esos hijos de puta y no te dejaré arriesgar el culo por tu jodido orgullo — casi le gruñó, como un perro rabioso. Estaba marcando territorio, reclamando lo que era suyo. Y eso, en medio de toda aquella locura, la excitó. Pero también era un terrible inconveniente, porque no pensaba obedecerlo aquella vez.

Asintió para que se relajara y bajara la guardia. Y al final, tras escrutarla con recelo y fiereza durante lo que le parecieron horas, accedió. Relajó los músculos y se pellizcó el puente de la nariz, para calmar su temperamento.

Fue una fracción de segundo, pero Alessandra vio su momento.

Solo tendría una oportunidad. Y era aquella.

En un movimiento rápido y sorpresivo, golpeó a Carlos desde atrás con la culata de su pistola. El golpe fue contundente y el guardaespaldas, que no se lo esperaba y por una vez había bajado la guardia con ella, cayó desmadejado sobre el volante y enseguida ella alejó su cabeza del claxon, acomodándolo en el asiento del copiloto para que nadie lo viera desde fuera.

—Lo siento — susurró con algo de culpa, aunque ya estaba inconsciente, antes de salir del vehículo con varias armas de alto calibre a punto.

No podía dejar que entrara ahí, porque si aquello resultaba ser una trampa necesitaba que actuara en consecuencia, con la cabeza fría. Y eso implicaba esperar a los refuerzos sin intervenir.

Ella en cambio no podía. También eran su familia, era su deber de sangre. No podía quedarse sin hacer nada mientras sufrían. No era una cobarde.

Pero Carlos tenía elección. Aquella no era su lucha.

—Gracias por cuidarme, soldado. Te libero de tu juramento, pero si sobrevivo volveré a ti — lo besó en los labios, con una suavidad que no era propia de ella.

Tragó saliva y reunió valor, luego bajó del coche sin volver la vista atrás.

Solo esperaba que no la odiara por lo que había hecho, intentaba salvarle la vida.

Si ella tenía que morir luchando, lo haría gustosa con tal de llevarse por delante a cuantos bastardos se le pusieran a tiro.

Entró con total libertad, porque el candado no estaba echado y la verja chirrió castigando sus oídos. Las gotas de sangre fresca adornando los adoquines del jardín fueron la primera señal de alarma que percibió.

Quitó el seguro de su pistola, apuntando al frente y avanzando con cautela. El silencio antinatural de la estampa le permitió detectar a la distancia un llanto quedo, infantil.

Y entonces corrió, dejándose guiar por su instinto.

Halló a Benedetta tendida en el suelo de las caballerizas, con Matteo en brazos. El pequeño era quien lloraba, pese a los intentos de su madre por calmarlo. Ella estaba cubierta de sangre, era reciente. La habían herido. Sus ojos aterrorizados se abrieron de par en par al verla y enseguida se llevó un dedo a los labios y levantó los brazos para hacerle saber que no iba a hacerle daño.

Se agachó a su lado, para examinarlos. ¿Quién los había atacado?

—Benedetta, ¿qué ha sucedido? ¿Quién ha hecho esto? — le preguntó, tendiéndole su mano para ayudarla a ponerse de pie. La joven temblaba de

pies a cabeza y enseguida su expresión de alivio al verla se tornó en una mueca de puro terror.

Con sus labios temblorosos, balbuceó una advertencia.

—De-detrás...

No pudo decir más.

Porque aunque la Grimaldi reaccionó con una rapidez de reflejos envidiable, no pudo hacer nada para evitar el golpe en la parte posterior de su cabeza con la culata de una pistola. Exactamente igual que ella había hecho con Carlos.

Su visión empezó a llenarse de puntos negros y apenas fue capaz de registrar el grito del pequeño Matteo y las súplicas de Benedetta, junto con un rostro que se cernía amenazante sobre ella...un rostro que pese a la inminente inconsciencia que la invadía, reconoció con claridad meridiana.

—Mauro...— escupió, con el odio y el sabor amargo de la traición. La figura se quitó la capucha y se agachó a su lado, asegurándose de que sus palabras le llegaran claras y fueran lo último que oyera antes de perderse en el limbo.

—¿De verdad crees que ese idiota llegaría tan lejos como yo? No tienes ni idea, pero tranquila... el juego acaba de comenzar. Y voy a disfrutar contigo.

Horas antes

Emilio se había enfrentado a todo tipo de situaciones extremas durante toda su vida, especialmente en el tiempo que llevaba ostentando el cargo de *Capo*. Pero nada lo había hecho sentir un miedo tan crudo y visceral como el que estaba experimentando en aquel momento.

Chiara parecía haberse esfumado. Había movilizado a la mitad de sus hombres para que la buscaran, pero ni ella ni Mauro daban señales de vida. Y aquello lo tenía desquiciado, así que al final tras recorrer toda la mansión en su busca y que esta resultara infructuosa, fue a revisar las cámaras.

Dejó a Thiago y Bruno buscando a su hermana por el exterior de la mansión y se encaminó hacia las bodegas, pues en una sala anexa guardaba todos los registros. Pero ni rastro de Chiara. Retrocedió hasta dos horas y todo estaba tranquilo, ninguna cámara había captado nada sospechoso. Al final, el único movimiento que se veía era el de los guardaespaldas buscando a la menor de los Santorini, tal y como él había ordenado.

Y eso lo hizo perder el control.

Porque no podía esperar otra cosa de un maniático como Francesco. Conocía de sobra la mansión y los lugares estratégicos donde estaban colocadas las cámaras. Y eso lo volvió extremadamente paranoico, hasta el punto de que desconfiaba de su propia sombra.

Para colmo, ni Baldassare ni Marcello habían vuelto todavía de visitar a Alessandra y no le habían contestado al teléfono. Así que decidió probar otra vez, porque creía conveniente ponerlos al tanto de la situación para evitar sorpresas.

Sin embargo, no tuvo tiempo de hacerlo. No tuvo tiempo de nada, porque entonces los hermanos Moretti entraron a la carrera. Estaban jadeantes y sudorosos y todo en sus expresiones indicaba que habían encontrado algo.

—¿Qué? — los apremió, haciendo aspavientos con las manos.

Al final, fue Maurizio quien le mostró el pasador rosa manchado de sangre fresca. Un pasador que pertenecía a Chiara. El corazón amenazó con salirse del pecho.

—¿Dónde lo habéis encontrado? — bramó, conteniéndose a duras penas. Su hija... Francesco sabía exactamente dónde golpear para que ardiera. Ese bastardo...

—Estaba en los túneles — dijo el soldado, tendiéndole la prenda con cuidado. Su Capo lo tomó como el mayor de los tesoros y se lo guardó en el abrigo.

Le dejaron unos momentos para que lo asimilara, porque si habían encontrado el pasador en los túneles...eso solo podía significar que Mauro se la había llevado a ese miserable, que era el traidor que tanto tiempo se había escondido entre ellos. Quizá era eso lo que trataba de decirle Alessio, después de todo.

Pero, ¿podía ser el hijo de Silvina?

Tragó, colapsado.

Sentía que le faltaba el aire y su cara reflejó tal caleidoscopio de emociones, que hasta los dos soldados se alarmaron.

—Señor, ¿se encuentra bien? ¿Cómo procedemos? — inquirió Sandro, dubitativo.

Emilio tomó una bocanada de aire e hizo de tripas corazón hasta volver en sí. Tenía que hacerse cargo de la situación.

Asintió, recuperando el aplomo poco a poco.

—Lo primero que vais a hacer es poner a salvo a las mujeres de esta casa en una habitación segura, incluyendo a Ofelia Silvetti y a Matteo Cardosi,

Benedetta tiene que estar con su hijo — empezó a dar las órdenes, con la seguridad y el tono autoritario que lo caracterizaban.

—Así lo haremos, señor.

—Después quiero a los mejores hombres apostados en todas y cada una de las entradas, que se preparen con la mejor munición para enfrentar un ataque directo. Demetrio estará al frente, junto con vosotros. El resto que siga buscando a mi hija, que los refuerzos y todos los clanes aliados peinen la ciudad y no se presenten ante mí hasta haberla encontrado sana y salva. Recompensaré más que generosamente a quien me la traiga aquí — demandó, intentando convencerse a sí mismo de que todo estaría bien.

No era un iluso y sabía que existía una posibilidad de que, pese a todo, no fueran lo bastante fuertes. Pero resistirían hasta el final y si había de morir, lo haría con honor. Protegiendo a su familia hasta el último aliento.

A fin de cuentas, ellos no tenían la culpa de sus errores.

—¿Y usted, señor? — la voz de Sandro lo sacó de su trance —. ¿Qué hará usted?

¿Él?

Tuvo ganas de echarse a reír como un demente. La cordura lo abandonaba más y más a cada segundo que pasaba sin noticias de su pequeña.

Su único consuelo era que los Grimaldi estaban a salvo después de todo, que el plan seguía en marcha. Y quizá todavía hubiera esperanza, aunque no para él.

—Dejadme a solas, yo sabré cuidarme — los despachó, palmeando sus hombros. Bien podría ser la última vez que los viera, en vista de lo que estaba pasando por su mente.

Pero primero, iría por Dante. Él, quizá, todavía podría serle útil y de ese modo redimirse.

Así que con esa idea en mente, se encaminó hasta su cuarto...sin saber que llegaba tarde. Otra vez.



Dante ya había asumido que no viviría para ver un nuevo amanecer. Solo era cuestión de tiempo que fueran por él para silenciarlo.

Por eso, en cuanto supo lo que había ocurrido con Chiara – y a pesar de su situación – quiso recuperar algo del honor que había perdido y se la jugó a una sola carta.

Si estaba en lo cierto, su último movimiento le ayudaría a descubrir quién era el traidor. Y sobre todo, sus motivaciones.

Con pasos renqueantes por culpa de las heridas sin cicatrizar que todavía lastraban su cuerpo, se encaminó hasta la entrada para hablar con Maurizio.

—¿Dónde están las mujeres? — le preguntó, ignorando las miradas de desprecio manifiesto que el Moretti le lanzó antes de dignarse a contestar.

—Las hemos puesto a salvo.

—Necesito que les des un mensaje, de parte de Emilio. Por favor — añadió, al ver lo poco dispuesto que estaba a cooperar.

—No soy tu recadero, Dante — se le encaró.

Pero Sandro, de carácter algo más templado, detuvo a su hermano poniéndole una mano en el hombro.

—¿Qué mensaje? —. Le podía la curiosidad.

El *consigliere* se mostró visiblemente aliviado.

—Diles que fuera hay un informante dispuesto a contar toda la verdad de lo que sucedió con Francesco Ventura. Y no vayas a mencionarme — le rogó. Si eso no era un indicador de cuan desesperado se sentía, no sabía qué más podría serlo.

Los dos hermanos se mostraron extrañados con el pedido, pero se hicieron cargo. Y cumplieron.

Después de eso regresó al interior, para esconderse entre las sombras y así interceptar a la primera que saliera. Y a pesar de que tenía fuertes sospechas acerca de cuál de todas ellas sería, no pudo ocultar la decepción que lo embargó.

Porque pensó que ella era diferente. Y lo había utilizado como a uno más de sus peones. Después de haber compartido toda una vida de amistad...e incluso, en aquellas noches esporádicas en las que su marido no podía complacerla —demasiado atormentado por el recuerdo de su único amor verdadero — noches de pasión desenfrenada y sin ataduras.

Y ahora sabía que todo era una farsa.

Si Dante hubiera sido un hombre sensato, habría acudido enseguida a avisar a Emilio. Pero como siempre le pudo su impulsividad, su egoísmo y su orgullo herido. Así que emergió de la oscuridad para enfrentarla.

Pero no contó con su astucia, tal vez porque — como todos los hombres desde que tenía uso de razón — la había subestimado. O quizá porque no confiaba en que no sería capaz de ir contra él. No al menos sin hablar. Quería conocer sus razones.

En cambio, lo que obtuvo fue una puñalada certera en el corazón. A sangre fría. Y en ningún momento interrumpió el contacto visual ni mostró signos de arrepentimiento o debilidad.

Fría. Inquebrantable.

Una mujer opacada y reprimida toda su vida que se había revelado y anhelaba a toda costa ser la reina del juego de ajedrez al que llevaban meses jugando.

Sin embargo, ni siquiera ella logró prever que había alguien más allí, observándolos. Y Stella aprovechó la oportunidad para grabarlo todo, arreglándoselas para pasar inadvertida. Ahora veía sus sospechas confirmadas.

Y no pudo esperar ni un segundo más para ir en busca de Bruno.

Thiago y él merecían saber toda la verdad, por muy dolorosa que resultara.

Absorta con la macabra visión de Dante agonizando a sus pies, Donna Testa Di Santorini le arrancó el cuchillo ensangrentado del pecho y lo limpió cuidadosamente con el trapo que guardaba. Después desechó sus guantes negros en la papelería más cercana y todavía a oscuras, con el rostro apenas iluminado por un rayo que partió el cielo en dos en aquel preciso instante al desatarse una tormenta impía sobre el cielo de Venecia. Una tormenta que anunciaba sangre. Un carnaval teñido de muerte y devastación.

Con sus tacones kilométricos, pasó por encima de su cuerpo.

—Tu error siempre fue subestimarme, querido Dante. Todos lo habéis hecho y todos lo pagaréis — susurró, antes de adoptar el papel de madre afligida y esposa preocupada, para ir a terminar el trabajo.

Al fin, después de tantos años esperando, Francesco y ella podrían cumplir su *Vendetta* y reclamar el verdadero lugar que les pertenecía.

Aquella noche empezaba su reinado.



Benedetta estaba teniendo serias dificultades para aparentar que todo iba bien frente a Matteo. Y es que el niño estaba demasiado inquieto y nervioso, como si supiera algo que no quería contarle...

Y si se había contenido en todo aquel tiempo era por la presencia del resto de mujeres en el sótano, donde Maurizio y Sandro las habían instado a esconderse para permanecer seguras. Órdenes del *Capo*, habían dicho. Nadie lo cuestionó.

Pero el ambiente se volvió todavía más tenso y enrarecido cuando el mayor de los Moretti llegó para dar un extraño mensaje. Y enseguida Donna salió a toda prisa, pese a los intentos de Catarina y Stella por disuadirla, temiendo por su integridad.

Al final, Stella fue tras ella. Lucía más preocupada que nunca y en su estado eso no podía ser bueno, pero ella no era nadie para decírselo. Así que allí estaban, aguardando a que una de las dos volviera.

—¿Qué está pasando mamá? ¿Ese hombre malo ha vuelto? — le preguntó, con los ojos muy abiertos por el miedo. Aun así, se esforzó por parecer valiente y estaba alerta.

Benedetta le acarició el pelo, negro y despeinado, con inmensa ternura. Por él daría su vida una y mil veces.

—No cariño, solo es que debemos esperar aquí porque...

—¡Catarina!

El grito de Stella interrumpió a la joven, que alzó la vista al mismo tiempo que la aludida, intrigada.

Stella venía agitada y pálida, mala señal. Sandro la dejó pasar, algo receloso. Su madre también acudió a su encuentro, preocupada.

—¿Qué pasa, prima? ¿Qué tienes? — la interrogó, en cuanto hubo entrado.

El temblor de su cuerpo las puso en alerta, pero a pesar de su estado su determinación era de hierro. Y no podían perder más tiempo. No cuando el ataque era inminente.

—¿Dónde están Bruno y Thiago? ¡Sandro, Maurizio! ¿Dónde? — clamó, desesperada.

—La última vez que los vi iban a la sala de armas, para aprovisionarse. Tenemos que ir por la señorita Chiara y...

—Bien, quiero que os quedéis aquí ¿de acuerdo? Defended a estas mujeres. Catarina, ven conmigo. Debemos hablar con ellos — dijo, crípticamente.

—Pero el Capo dio órdenes directas de que ninguna de ustedes... — rebatió Maurizio, con el ceño fruncido.

—¡El Capo está en peligro de muerte, Maurizio! Hay una conspiración en su contra, por amor a Dios, eso es lo que digo. No dejes entrar a nadie más que a nosotras.

—¿Pero y la señora Donna? Se marchó hace rato, luego usted la siguió. No entiendo nada... — protestó Sandro.

Stella lo entendía, pero no pudo evitar exasperarse.

—Es ella por Dios, ¡está compinchada con Francesco! — exclamó, sin darse cuenta de que estaba asustando al niño —. ¡Mató a Dante y tengo pruebas! — mostró el vídeo. Isabella ahogó un jadeo, comprendiéndolo todo.

—Era ella. Ella era la mensajera y se las ingenió para culparme a mí — bramó, sacando un cuchillo de su bota —. ¡La mataré! — cargó hacia delante, pero Catarina la retuvo. Los guardaespaldas cerraron el paso. No podían permitir eso.

El Capo debía saber de la traición de su esposa primero.

—¡No tía, no! Deja que Thiago y Bruno se ocupen — razonó Catarina, sosteniéndola por los brazos con ayuda de Stella —. Tú quédate aquí, ¿podrás?

Le estaba dando un propósito: defender a las dos mujeres y al niño en caso de que las cosas se salieran de control. Isabella sabía luchar. Podía hacerlo.

—El señor Emilio no responde al intercomunicador — anunció Sandro, desesperado. Maurizio dio una patada a la puerta, frustrado —. No hay señal, han cortado la conexión y Demetrio dice que las cámaras no funcionan. Estaba todo planeado.

—Ha ido a las catacumbas solo, debería ir a comprobar que esté bien — sugirió, con un dilema porque tampoco quería dejar desprotegidas a las mujeres.

Sandro solo no podría hacer mucho por ayudarlas.

Su hermano se dio cuenta y le puso una mano en el hombro.

—Ve tranquilo, avisaré a Demetrio por mensaje cifrado. Vendrá.

Maurizio le dio un rápido abrazo de despedida. En una guerra como aquella, bien podía ser la última vez que se vieran.

—Por la sangre — clamó, antes de salir con Catarina y Stella pisándole los talones.

—Señoritas, déjenme escoltarlas hasta la sala de entrenamiento. Luego iré con el señor Emilio — ofreció, preocupado por su integridad.

Pero ellas rechazaron el ofrecimiento. Emilio era quien más peligro corría, porque Donna no se atrevería a ir contra sus propios hijos. ¿O sí?

—No Maurizio, no te preocupes por nosotras. Ve y protege al Capo, su vida es más importante que la de dos traidoras como nosotras —. Catarina desvió la mirada.

Pero el Moretti no permitió que se despreciara de ese modo.

—Eh, no hable así. Usted es una Santorini, al igual que su prima. En el jardín hay más hombres, no tienen tanto entrenamiento pero podrán escoltarlas. Cuidense y vuelvan vivas — les pidió, dándoles armas.

—Gracias.

Fue lo último que dijeron, antes de internarse en el jardín. Y contemplar el horror que allí les aguardaba.

—Hola, nueras. Llegáis pronto a la fiesta.

Era Donna, majestuosa y pletórica como nunca la habían visto. Y estaba rodeada por los escoltas de la Familia, que parecían seguirla con adoración.

¡Acababan de cometer alta traición contra su Capo!

Catarina tragó. Si esa mujer había logrado comprar a los hombres de su marido, ¿cómo iban a salir de allí con vida?

Probablemente los únicos hombres leales que quedaban allí eran los Moretti y Demetrio.

Tres hombres contra cientos. Era imposible, estaban sentenciados.

Catarina apretó los puños y quitó el seguro de su arma. Si había de morir, que fuera peleando.

—Os he prometido una buena vida cuando mi marido ya no esté. Servidme bien y ya no obtendréis miedo, palizas ni sangre. Obtendréis riquezas y generosidad. Así que, si estáis conmigo eliminad a estos estorbos por mí — canturreó, maquiavélica.

—Deja que mi prima se vaya, Donna. Lleva un hijo de tu sangre en su vientre — le rogó, a pesar de la mirada asesina que le dedicó Stella. No iba a dejarla sola ante esa jauría de lobos.

La mujer del Capo rio, sardónica.

—¿Dejar con vida a un niño que un día se convertirá en hombre y podrá arrebatarme el poder que me ha correspondido siempre por derecho? No, querida. No saldréis de aquí. Debiste huir cuando tuviste la oportunidad, tu prima lo intentó y mira cómo acabó — se burló, con crueldad.

—Lo sabía, algo dentro de mí me hacía desconfiar. Recelaba de ti aunque el golpe fue tan fuerte que me hizo olvidar tu rostro maníaco cuando me empujaste después de que te escuchara hablar de conspiración — le escupió a los pies, con profundo desprecio —. ¿Cómo has podido hacerle esto a tu

propia familia? ¿Qué harás cuando Thiago y Bruno descubran lo que eres en realidad? ¡Te odiarán!

Catarina peleó con varios hombres, demostrando una fiereza en el combate que sorprendió hasta a la propia Donna.

—Haced que esa perra se quede quieta, o mataré a la otra — ordenó a sus secuaces, apuntando a Stella a la cabeza con una pistola. Catarina chilló, enfurecida, y apuñaló a un hombre en la pierna para desfogar su ira antes de quedarse inmóvil. Pero le dedicó su mirada más desafiante y letal mientras otros dos la sujetaban por los brazos desde atrás.

Stella levantó las manos. No temía por ella, pero sí por su bebé. Tenía que protegerlo a toda costa.

—Cálmate, no quiero que te hagan daño — le susurró a su prima. Lágrimas de rabia e impotencia surcaban sus mejillas.

—Sucia puta — gruñó el hombre al que había apuñalado, asestándole un brutal puñetazo en la cara.

Catarina – que estaba acostumbrada al dolor gracias a las palizas de Giovanni – aguantó, estoica. Aunque no pudo ahogar un quejido.

—¡NO! Basta, Donna te lo ruego, basta.

Stella se arrodilló a sus pies. Suplicaría lo que hiciera falta con tal de salvar a la única familia que le quedaba. Y si ganaba tiempo, quizá Thiago o Bruno llegaran y logaran detenerla.

—Mis hijos no te salvarán, tonta. Si esperas que un hombre te salve acabarás con un tiro entre ceja y ceja. Yo antes solía pensar como tú, hasta que aprendí que solo se quieren a sí mismos, el poder... te humillan, te hacen a un lado y te tratan como a un desecho que solo sirve para follar, para darles hijos, mantener el apellido — había tanto rencor en su voz, tanto odio...que no pudieron evitar compadecerla un poco. Su vida debía de haber sido muy desdichada si se sentía así.

—Nosotras no tenemos la culpa de eso, Donna. Tampoco tus hijos. Y por Dios, Chiara...ella es inocente — trató de disuadirla Stella, apelando a la humanidad de su interior. Si es que le quedaba.

La aludida se removió, incómoda.

—Francesco no hará daño a Chiara, niña boba. Me he asegurado de eso, es parte del acuerdo que hicimos. Yo le servía en bandeja la oportunidad de acabar con Emilio y él a cambio me dejaba vengarme de él antes de matarlo. Y eso haré, me aseguraré de que vea cómo destruimos lo que más ama. Como él me destruyó a mí por su necedad de seguir amando a esa maldita de Silvina — pronunció su nombre con un odio mortal. Y entonces ataron cabos.

—Así que todo esto lo haces por celos — adivinó Stella, con la esperanza de hacerla hablar para así ganar tiempo.

Donna se sintió insultada.

—No, necia. Esto lo hago para recuperar mi honor y mi orgullo. No espero que lo entiendas, de todos modos — increpó, contemplándola como si fuera un insecto al que pudiera aplastar con sus caros zapatos de tacón. Y contó la que había sido su verdad todos aquellos años, aquella que se había visto obligada a callar. Veinte años que casi le robaron la cordura. Hasta que al fin llegó su momento.

»Desde que nació mis padres me prepararon para casarme y algún día ser una buena esposa. Oí hablar tanto de Emilio Santorini, el primogénito del *Don* de la *Cosa Nostra*, que me enamoré de él solo por todo lo bueno que se decía en su nombre. Y así crecí, ansiando conocerlo.

»Hasta que con quince años, lo conocí. Era todo lo que había soñado y más. Alto, guapo, fuerte y arrogante. Un perfecto príncipe de la mafia que un día sería rey. Y yo su reina. Todo iba bien, intimábamos cada vez más y parecía que a él no le resultaba indiferente. Y entonces apareció ella, esa perra Ricardi. Tan pura y cándida, tan bondadosa...

»Emilio se enamoró de ella a prima vista. Y esa...sabandija se aprovechó de él. No le importó fornicar a escondidas con mi futuro esposo durante años, sabiendo que estaba prometido conmigo, ni dejarse embarazar por él.

»Y podría haber escogido a Francesco, que estaba loco por ella de la misma manera que yo lo estaba por Emilio. De un modo incondicional. Pero no, ella se dio el lujo de despreciarlo, de rechazarlo. Quizá por ser un bastardo, como era una trepadora.

»El caso es que cuando Francesco se hartó de la situación y vino a verme para proponerme que fuera su aliada y así separarlos, no pude negarme. Era mi oportunidad de deshacerme de esa perra. Y lo hice gustosa. Aquella noche, yo le dije a Francesco dónde podría encontrarla. Me aseguré de que tuviera el momento y la oportunidad perfecta para acabar con ella mientras yo distraía a Emilio para que no pudiera impedirlo.

»Y aun así, lo descubrió y fue tras él. Me dejó allí plantada y se fue a perseguir al hombre que había matado a su amante, en mi cara. Todo el pueblo habló de aquello durante semanas. Fui el hazmerreír de Venecia y lo peor de todo es que me enteré de que esa víbora estaba embarazada por terceros y no por Emilio. Claro que luego resultó que los gemelos eran de Francesco y ella ni siquiera pudo verlos nacer porque se desangró antes. Justicia poética, ¿no creéis?

Terminó su relato con una sonrisa demente, a medida que iba relatando lo sucedido su mirada se había vuelto la de una completa desquiciada.

Las Ricci se miraron, horrorizadas ante aquella macabra historia.

—¿Has dicho que tuvo gemelos? — atinó a decir Catarina, a quien le había llamado la atención aquello.

—Sí, exactamente. Tranquila, pronto conocerás a uno de ellos.

Aquello no la tranquilizó en lo absoluto.

—Ahora ya sabéis la historia, será mejor que vengáis conmigo. He decidido dejaros presenciar el espectáculo en vez de mataros ya, para que no se diga

que no soy indulgente — se burló, chasqueando los dedos para que los soldados las arrastraran a las catacumbas, donde aguardaba otra sorpresa.

Sin embargo, no pudieron avanzar mucho. Porque una serie de tiros resonaron de súbito a sus espaldas, derribando a un montón de hombres.

El semblante triunfal de Donna mutó en uno de asombro y horror cuando se dio la vuelta y vio allí, de pie a pocos metros, a sus dos hijos, cubiertos de sangre por completo y temblando de ira.

Abrió la boca como pez fuera del agua, sin saber cómo reaccionar. Ellos no dejaron de disparar a quemarropa y algunos de sus hombres apuntaron para defenderse, pero ella los detuvo con rapidez. No quería que los dañaran, por eso había ordenado a algunos de ellos que los emboscaran en la sala de armas y los drogaran. Así quedarían fuera de combate.

Debió sospechar que algo había ido mal después de que esos esbirros nunca volvieran. Y ahora era tarde. Sus expresiones feroces indicaban que habían escuchado todo el relato y ahora sabían que ella estaba detrás de todo. El odio en sus ojos fue demasiado para ella, pese a su fortaleza.

No lo entendían. Nadie podía entender cómo se había sentido todos aquellos años. Desechada. Utilizada. Un cero a la izquierda.

—¡No les disparéis!

Catarina y Stella pelearon también entonces aprovechando la distracción y acabaron con todos los restantes, que no tuvieron tiempo de reacción.

Pero entonces Donna, al verse acorralada, agarró a Stella por el cuello desde atrás y la amenazó, poniendo un arma en su cabeza.

—¡Basta! O acabo con ella — gritó, enloquecida.

De inmediato, Bruno se quedó estático. Respiraba desbocado a causa de la ira. Primero la emboscada que los llevó a preguntarse por qué sus propios hombres los atacaban y luego vino la sorpresa y el horror más absoluto al

enterarse de ese modo tan terrible de que todo aquel tiempo fue su madre quien estuvo detrás de todo, que era la traidora que tanto buscaban.

Y ardía. Dolía y sangraba en su pecho el resquemor de la traición. ¿Es que no tenía límites con tal de vengarse de su padre por no poder amarla como merecía? ¿Tan enferma de odio estaba?

Esa no era la mujer que los había criado con tanto amor. ¿Cómo había podido fingir todos aquellos años que los quería? ¿Que quería a Emilio después de todo?

Era peor que si les hubieran arrancado el corazón del pecho. Y verla amenazar de ese modo a sus mujeres – lo seguían siendo a pesar de todo – fue la gota que colmó el vaso.

—Suéltala, madre — advirtió Bruno, limpiándose la sangre enemiga que le recubría el rostro y enseñando los dientes —. Ahora.

Donna no obedeció. Sabía que era su único salvoconducto.

Thiago atrajo a Catarina hacia sí para protegerla y la joven – herida, magullada y golpeada – abrió los ojos con sorpresa, antes de ceder. Pero mantuvo sus armas a punto. Se acabó la mujer indefensa.

—Soltad vosotros las armas y luego la dejaré ir — mintió, acorralada. No sabía cómo iba a salir de aquello, pero sabía que sus hijos no le dispararían. Los conocía bien, por algo los había criado.

—Sabes que eso no pasará, Donna. —Thiago fue más duro y ella tragó sin poder evitarlo al ver que la llamaba por su nombre, con el tono cargado de desprecio. — Espero que hayas disfrutado de tus minutos de gloria, porque serán los últimos.

—Dile a ese bastardo hijo de satanás que libere a nuestra hermana y si tanto quiere su jodido trono que dé la cara y nos lo dispute — lo desafió Bruno, a sabiendas de que los estaba escuchando. Su intuición se lo decía.

Sin embargo, Donna no estaba por la labor. Había ansiado demasiado tiempo aquel momento y ahora no pensaba renunciar al poder después de todo lo que le había costado. Con un poco de suerte, pronto Emilio estaría muerto. Y ella sería la Doña de la mafia.

Entonces pensaría en cómo deshacerse de Francesco y sus títeres. Probablemente Giovanni estuviera dispuesto a ayudarla, si sabía cómo endulzarlo.

—¿Qué tal si se lo dices tú mismo? Puedo llevarte con él — aventuró, quemando su último cartucho.

Bruno rio, ásperamente. La mano con la que sostenía su arma se puso blanca por la presión. Stella gimió entre los brazos de Donna, pues su agarre de hierro la estaba lastimando y no podía liberarse. No encontraba ningún punto flaco.

Bruno mantuvo el contacto visual con ella, transmitiéndole calma de un modo magistral. Confiaba en él. Y asintió casi imperceptiblemente.

Entretanto, Catarina se mantuvo cerca de Thiago, a quien la mano le temblaba menos que a su hermano.

Bruno podría haber disparado a la pierna de Donna, pero no lo hacía. No tenía valor para herir a su propia madre, a pesar de todo.

—Por última vez, tira el arma Donna. No nos obligues a lamentar una tragedia, todavía puedes echarte atrás — la avisó, buscando darle otra oportunidad.

Era su madre, maldita sea. ¿Cómo iba a apretar el gatillo? No dejaba de pensar en su niñez, a ella sosteniéndolo cuando empezó a andar, o arrodillada en el suelo para ayudarlos a Thiago y a él a armar sus trenes, admirándolo y festejando cuando aprendió a disparar o a conducir. ¿En qué momento se había convertido en aquello? No lo entendía.

Su mano temblaba cada vez más. Odiaba ser débil, pero no podía evitarlo.

—No me dispararás, Bruno. Lo sé. Tienes un corazón noble — aseguró Donna, satisfecha. Luego sus labios se curvaron hacia arriba y le echó una mirada de soslayo a Stella —. Ella no merece tu perdón, ni tu compasión. Es tan mala como Silvina Ricardi. Yo te libraré de sus garras — exclamó, con los ojos desorbitados. Su dedo presionó el gatillo al tiempo en que Bruno gritaba. Luego Catarina. Y entonces él quiso disparar, estuvo a un solo centímetro...pero alguien se le adelantó.

Thiago disparó.

Donna chilló de dolor cuando el primer disparó impactó en su pierna y eso fue todo lo que necesitó Stella para liberarse dándole un codazo en la cara aprovechando que había perdido pie.

Inmediatamente se alejó, aterrada, para refugiarse en los brazos de Bruno, que la abrazó con fuerza. Estaba inmensamente aliviado. Y avergonzado por no haber tenido valor para apretar el gatillo.

Miró a su hermano menor con respeto y admiración. Su mirada era oscura e implacable y ni siquiera pestañeó cuando su madre lo miró con horror. Lo había subestimado.

—Él no, pero yo sí — remarcó cada sílaba, manifestando su rencor —. ¿Dónde está Chiara, madre?

—¡Thiago cuidado! —lo avisó Catarina, asustada al ver que Donna se las arregló para coger su pistola de nuevo. Aun desangrándose, seguía empeñada en sus macabros propósitos.

Apuntó al frente y...una bala se incrustó en su cabeza. Entre ceja y ceja.

Solo cuando se desplomó de espaldas en el suelo manchado de barro y sangre, Thiago perdió pie y trastabilló. Habría perdido el equilibrio de no ser porque los brazos de Catarina lo retuvieron a tiempo.

Ahora que la adrenalina del momento había pasado, el shock se hacía patente.

—Shhh, no has tenido más remedio, mi amor — lo consoló Catarina, sin darse cuenta de que lo llamó como solía hacerlo cuando todavía eran felices y no sabía su secreto. Antes de que la odiara —. Ya ha pasado.

Stella seguía abrazando a Bruno, quien luchaba por reprimir las lágrimas al ver el trágico final de su madre. Ella misma había sellado su destino, pero eso no lo hacía más fácil. Ni menos doloroso.

Lo sentía sobre todo por su hermano. Bastó una mirada a su rostro descompuesto para saber que aquello lo cambiaría para siempre. Había matado a su madre. Y eso dejaba marca. Por muy fuerte que fuese.

Así que avanzó hasta él, asiendo a Stella por la cintura – rezando porque el niño estuviera bien– y los cuatro se abrazaron, dejando que la lluvia los empapara por completo y se llevara la sangre.

Sangre de su sangre.

Y su condena.

En la mansión Salvatore, Enrico Barsetti empezaba a impacientarse. Hacía pocos minutos que había conseguido reproducir el vídeo que dejó grabado el maestro Santino, tras un arduo proceso para descriptarlo, y había descubierto algo que lo cambiaba todo.

En la grabación se veía a Santino en una habitación que tendría diez metros cuadrados a lo sumo y su semblante pálido y descompuesto fue un claro indicativo de que lo que quiera que hubiera descubierto no era nada bueno. De hecho, sus primeras palabras dejaron constancia de que grababa aquel vídeo para que, en caso de que a él le pasara algo, la verdad llegara a las personas correspondientes.

El agente de la Interpol contuvo hasta la respiración cuando el hombre comenzó a hablar, confesando un turbio secreto que acababa de descubrir tras una larga y tortuosa investigación y que hizo saltar sus alarmas, porque era un factor con el que no contaban.

»Una ecografía que mi hija me ocultó, guardando con celo durante todo su embarazo, me reveló al fin la terrible verdad – que más tarde sería confirmada por su madre, a regañadientes – y es que Silvina no solo albergaba un bebé en su vientre, sino dos. Dos preciosos niños gemelos que tuvieron que ser arrancados del cuerpo fallecido de su madre y a los que ese monstruo separó al nacer.

»Uno de ellos se lo entregó a Alessio Leone a cambio de pagar el tratamiento para el cáncer de su mujer, quien tuvo que desaparecer y fingirse encinta todo aquel tiempo. Eso explica por qué en la partida de nacimiento que »Francesco pagó para falsificar se le restaron dos años al niño. Sabía que Alessio guardaría el secreto porque lo necesitaba y por su parte se quedó con el otro niño, del que no he podido averiguar nada, ni siquiera un dato...no lo registró, es como un fantasma y yo lo he estado entrenando estos últimos años sin saberlo. De no haber descubierto lo de

Mauro y asombrarme con el hecho de que son físicamente idénticos, de verdad Francesco habría logrado engañarme como a los demás.

»Sombra, así se apodaba, es extremadamente letal y astuto, la máquina de matar perfecta que Francesco siempre quiso y que moldeó a su antojo todos estos años, aprovechándose de la inocencia de un pobre niño y manipulándolo impunemente hasta convertirlo en el monstruo que es hoy. Lleva mi sangre, también es mi nieto y su infancia le fue robada. Sospecho que mis días están a punto de llegar a su fin ahora que he descubierto su gran secreto, es por eso que grabo esto...confío en que caiga en buenas manos y se haga justicia cuando yo ya no esté.

Después de aquello, marcó el número de Carlos como un desquiciado. Tenía que advertirlo de aquello, porque si ese chico era tan letal como aseguraba su abuelo y, peor aún, se había estado haciendo pasar por su gemelo con tanta facilidad, podría emboscarlos y cuando se dieran cuenta sería demasiado tarde.

Por eso, sin importarle que no contestara, le dejó un mensaje de voz en el buzón. Rezó porque lo escuchara pronto y se apresuró en alertar también a Angelo y Marcello.

Su equipo y él se dirigían a la mansión Greco para terminar el operativo que tantos años les había tomado preparar, si corrían con un poco de suerte toda la familia caería como moscas a la miel.



Carlos recuperó la conciencia justo a tiempo para ver a Alessandra perderse en la lejanía. Atravesaba el jardín con el porte seguro y orgulloso de una reina.

¡Maldita fuera! Lo había tomado por sorpresa golpeándolo en la cabeza en un descuido. El único que había tenido. Y le había costado caro.

Gruñendo, se frotó la zona adolorida y cargó su arma con munición, para salir en su persecución. Y justo entonces un mensaje le llegó al buzón de voz.

Era de Enrico y cuando lo escuchó todos y cada uno de los vellos de su cuerpo se erizaron y salió del coche con los músculos tensos como cuerdas y unas acuciantes e inmensas ganas de matar. Especialmente al tal Sombra.

Debería haberlo supuesto. Y lo peor era que le sonaba haber luchado con él en algún que otro entrenamiento, porque después de él ese condenado era el mejor. Pero era listo y cubría su rostro con una máscara.

Aquello no tenía nada de raro, pues debido a sus turbulentas vidas pasadas muchos de los soldados del maestro Santino tenían cicatrices que habrían escandalizado a cualquier persona normal. Pero su sexto sentido debió advertirle. Y ardía de rabia al pensar que podría haberlo engañado haciéndose pasar por Mauro cuantas veces le diera la gana.

Bajó del coche, con la respiración errática y la ira desbordándose por su torrente sanguíneo. A diario tenía que luchar contra sus propios demonios para mantener su temperamento bajo control y no volverse loco. Pero en aquel momento estaba dispuesto a mandar los dos años que le había costado adquirir ese autocontrol a la mierda.

Lo haría por Alessandra. Por su mujer.

Nadie tocaba lo que era suyo.

Empezó a verlo todo rojo.

Y cuando puso un pie dentro de la mansión lo hizo con la promesa de desatar una masacre a su paso, porque la bestia acababa de salir a la superficie. Y eso solo podía significar una cosa: que se cuidaran todos aquellos que le tocaran un pelo porque los haría conocer de primera mano el infierno en el que él llevaba ardiendo todos aquellos años.

—Ojalá que no sea demasiado tarde para encontrarte *diavolessa*, porque si por tu terquedad te pasa algo yo mismo te mato — prometió, con las pupilas en llamas, sacándose su navaja de la bota con la rapidez del relámpago y cortándole la garganta de un tajo al primer bastardo que se atrevió a intentar detenerlo.

La sangre caliente le salpicó el rostro y parte de la ropa, arrancándole un rugido de furia y júbilo. Oh, cuánto había echado de menos dejarse llevar así.



Carlos aulló como un demente cuando el desagradable crujido de huesos de su oponente indicó que le había partido el cuello con un simple movimiento y tiró su cuerpo al suelo, donde ya se amontonaba una pila de cadáveres. La adrenalina hacía bombear su sangre a niveles insospechados. Había usado su *Glock*, la navaja alemana y hasta sus manos desnudas para matar a todo aquel enemigo que se le cruzó enfrente.

Le salieron al paso para frenarlo, a sabiendas de lo peligroso que era. Y estaba seguro de que, en la entrada trasera, otra turba había sorprendido a Marcello y Angelo porque podía oír el fragor de una pelea encarnizada desde allí.

Y eso que aquella mansión era enorme, como un jodido laberinto. Pero él se conocía cada palmo al detalle, lo tenía grabado a fuego en su mente.

Tuvo que parapetarse contra unas columnas cuando varios *Diablos rojos* abrieron fuego contra él, creyendo que con eso lo disuadirían. Recargó, apuntó, esperó tres segundos y disparó.

Acabar con algunos le dio ventaja y aprovechó que trataban de cubrirse para sacar la granada de mano que guardaba en el bolsillo y lanzarla con todas sus fuerzas. Luego solo esperó a que el humo los hiciera salir como a ratas asustadas y terminó el trabajo, que se saldó con varias cabezas

cortadas a su paso. Estaba tan desatado que apenas veía por dónde caminaba, solo avanzaba a ciegas, buscando a su mujer.

Y eliminaba sin piedad a cualquier obstáculo. Aunque, en medio de la neblina que embotaba su mente, no pudo dejar de notar que cada vez encontraba menos resistencia en su camino.

¿Tan pocos hombres había? ¿Hasta ese punto lo habían subestimado?

Estalló en carcajadas, como un demente. Con su cuerpo embadurnado de sangre seca y vísceras y esa expresión animal en su rostro, tampoco estaba lejos de la realidad.

Y entonces escuchó un grito. Reconoció ese timbre de inmediato.

Era Benedetta.

Y aunque no pudo evitar sentir algo de decepción, no pensaba ignorarla cuando ella o el niño podían necesitar ayuda. Así que corrió hasta el lugar de donde provenía y sus pasos lo guiaron hasta las caballerizas.

Pero no llegó a tiempo.

Solo pudo ver a lo lejos cómo metían a la joven a un coche a la fuerza a pesar de los intentos de Matteo por protegerla, quien acabó corriendo la misma suerte.

—¡Angelo! Intercepta la furgoneta que va hacia la salida trasera — gritó por el intercomunicador, con la respiración hecha un desastre cuando divisó una figura tendida sobre un montón de heno, inconsciente.

Una figura que le resultó dolorosamente familiar.

Un grito desgarrador brotó de su garganta y echó a correr como si le fuera la vida en ello, apagando por vez primera su sexto sentido. Solo podía pensar en llegar hasta ella, en ponerla a salvo y cerciorarse de que estaba viva y bien. Tenía que estarlo, joder.

Una silueta se cernió sobre él a sus espaldas y, aunque reaccionó con una rapidez de reflejos sobrehumana, no pudo evitar que su atacante lograra su cometido y le rodeó la garganta con un alambre de púas, que se incrustó dolorosamente en su carne y lo hizo apretar los dientes. No gritaría, primero muerto que darles esa satisfacción.

Más hombres salieron de la nada, tratando de sujetarlo por los brazos para neutralizar cualquier ataque virulento por su parte. Eran tan cobardes que tenían que emboscarlo entre diez tíos en un ataque por sorpresa, porque sabían que los haría pedazos en un enfrentamiento justo.

La sonrisa torcida que les dirigió, junto con esa mirada feroz de sus ojos negros como el carbón, habría hecho que hasta el más valiente de los hombres se orinara encima.

Aquellos, en cambio, eran soldados bien adiestrados. Los tatuajes de sus antebrazos así lo acreditaban. *Diablos* rojos. Sus antiguos hermanos...

La carne sensible de su garganta ardía a medida que el alambre mordía más y más su piel y empezó a notar que se debilitaba, pero cerró los ojos y dejó que su ira tomara el control, para sacar fuerzas de flaqueza.

No iban a poder con él.

Un bramido salvaje escapó de su garganta y embistió hacia atrás, quitándose de encima a uno de ellos con un violento cabezazo mientras que el impacto con la puerta del cuarto de almacenamiento, que se vino abajo por la fuerza del impacto.

Tres lo atacaron intentando tumbarlo en el suelo. Saltó, plantándoles los pies en el pecho a dos de ellos y aterrizando sobre el último para, ya liberado, rematarlo a puñetazos.

Un tiro en la garganta fue lo que obtuvo el que intentó apuñalarlo en el estómago.

Luego alzó la vista, limpiándose la sangre que le resbalaba por el cuello y tomándose unos segundos de tregua para estabilizar su respiración mientras

algunos de los que había dejado fuera de juego se ponían en pie, listos para volver a la carga.

Alessandra.

Más hombres habían venido para arrastrar su cuerpo inconsciente mientras él peleaba. Y cuando quiso arremeter, uno de los malditos que quedaban con vida le disparó en la pierna.

Frunció el ceño. El arlequín era un idiota por ordenarles que lo capturaran con vida. Pero él pensaba aprovecharlo. Los cuatro se tiraron en plancha sobre él para tratar de inmovilizarlo, en un vano intento.

No solo era mucho más fuerte que todos ellos juntos, sino que además estaba encolerizado y colapsado por no poder llegar hasta Alessandra. Lucía tan frágil y desmadejada en los brazos de esos miserables que quiso arrasar el mundo con sus propias manos.

Estaba solo a unos metros de él y no podía impedir que se la llevaran.

Lo vio todo a cámara lenta y un gruñido primitivo brotó de su garganta. Antes de que pudiera registrar lo que había pasado, tres de ellos estaban en el suelo. Los había apuñalado en el corazón.

El cuarto lo golpeó en la cabeza con una piedra, pero no pudo darle de lleno porque se apartó a toda velocidad, provocando que este diera el último golpe en el suelo y perdiera pie. Carlos le sacó los ojos sin vacilar con la navaja y después le cortó en cuello.

Era una lástima que no pudiera perder más tiempo, porque de lo contrario se habría puesto creativo.

Evaluó la situación.

El suelo a su alrededor estaba cubierto de sangre fresca y vísceras. Se llevó las manos a la garganta y no tardó en impregnarse de líquido carmesí.

La herida ardía, pero nada que no pudiera soportar. Debía detenerlos, llegar hasta Alessandra y ponerla a salvo. Era lo único que importaba.

Se puso en pie, tomando unos minutos para estabilizarse y recuperar del todo el dominio de su cuerpo, luego hizo crujir los músculos de su cuello y echó a correr sin importarle su propio estado.

Por alguna razón, a Alessandra no se la habían llevado con Benedetta y Matteo en ese coche, sino que la arrastraron al interior de la mansión.

Contener la ira sorda y visceral que le hacía hervir la sangre le costó más que nunca, pero su cerebro volvió a tomar el control y pensó como Francesco.

Solo había un lugar por el que podría haber escapado con Alessandra inconsciente. Y no era la primera vez que se escabullía a su antojo por Villa Santorini, pues así fue como Francesco se esfumó de la mansión la noche en que Constanza Grimaldi fue asesinada.

Los túneles estaban conectados con la guarida de Francesco. No había otra explicación.

Y saber en manos de quién estaba su mujer solo lo alteró más, llevándolo al límite de la cordura.

Sombra.

Pensaba destriparlo con sus propias manos. Y si se atrevía a tocarla...

Echó la cabeza hacia atrás y rugió como un animal, sin importarle sus heridas.

Debía reunirse con los demás. Necesitaba un ejército de hombres para llegar hasta ella.

Solo podía rezar porque fuera lo bastante rápido, porque le había hecho una promesa y si no era capaz de mantenerla... el mundo no vería un nuevo amanecer.

Emilio sabía perfectamente quién lo aguardaba al final de los túneles. Y aun así, no vaciló un ápice en bajar hasta allí solo.

Todo había comenzado con él y con él terminaría. A menos que lograra matar a Francesco, algo que desde luego estaba más que dispuesto a intentar. Moriría o mataría peleando, no había otra opción.

Sabía que estaba allí, aguardando por él. Su instinto se lo gritaba más y más fuerte a cada paso que daba. Podía sentir su presencia putrefacta de maldad, espiando cada uno de sus pasos como el ave de carroña que era.

Un cobarde que no había tenido el valor de enfrentarlo después de todos aquellos años, porque sabía lo que había hecho y que merecía su castigo. Había burlado a la muerte una vez, pero si de él dependía no volvería a correr con la misma suerte.

De su cuenta corría que no siguiera torturando a su familia. Y si para ello él también tenía que morir, entonces pagaría encantado ese precio.

—¡Francesco! ¿Dónde estás, maldito cobarde? Dame la cara si eres hombre, aquí estoy — clamó, desquiciado, alzando la voz a tal nivel que el eco de su timbre retumbó en las catacumbas hasta devolverle sus alaridos cargados de ira y desesperación.

Mientras, Francesco lo observaba oculto en las sombras, deleitándose con su sufrimiento. Y aquello no había hecho más que empezar, tenía mucho más reservado para él.

Cuando se aburrió de escucharlo berrear, salió de entre las sombras y se mostró ante él. Y se sintió tan malditamente poderoso al ver la manera en que su medio hermano palideció como un muerto apenas se percató de su presencia... era un éxtasis incomparable, el placer de la venganza por la que había aguardado todos aquellos años.

Sin embargo, Emilio era un hombre duro y se recuperó del impacto enseguida. En cuanto eso pasó, sus facciones se volvieron de piedra y su mirada destiló puro odio.

—¡FRANCESCO! — rugió, ciego de cólera, cargando contra él.

El asesino del carnaval se limitó entonces a chasquear los dedos, con una sonrisa triunfante oculta tras el macabro antifaz, y dos de sus secuaces salieron de sus escondites. Habían estado esperando su señal.

Lo desarmaron, aprovechando que les daba la espalda para inmovilizarlo. Luchó como una fiera cuando trataron de ponerlo de rodillas y escupió a sus pies, con un desprecio infinito.

—No has debido bajar aquí solo, hermanito. Veo que eres más tonto de lo que pensé.

Su voz era ronca y cadenciosa, como si le costara demasiado vocalizar cada sílaba.

—He venido solo porque soy más hombre que tú y a mí sí me dan los huevos para enfrentarte, no necesito esperar veinte años. Así que aquí me tienes, bastardo. Arreglemos esto — gruñó. Al final consiguieron hincarlo de rodillas, pero su porte seguía siendo tan orgulloso y desafiante como siempre.

Un verdadero Capo jamás se doblegaba. Y él nunca lo haría, primero tendría que matarlo.

Francesco se echó a reír al verlo oponer resistencia de un modo tan feroz.

—Bien, me gusta que luches. Lo hará más entretenido. Pero dime, ¿no te gustaría saber quién de tu familia te ha traicionado? — tentó, acercándose un par de metros.

Emilio se mantuvo en un silencio desafiante, pero no pudo ocultar el brillo de curiosidad que relampagueó en sus ojos. Francesco era un experto

detectando debilidades y en cuanto se percató de aquello dejó escapar una carcajada maligna.

Decidió prolongar unos minutos más su agonía a medida que se iba acercando más y más, hasta que solo unos cuantos pasos los separaban. Se inclinó lentamente para que su rostro quedara a su altura y con la mayor crueldad que logró reunir, sacó su móvil del bolsillo de su capa y le puso la grabación que tenía de Donna confesándoles a sus hijos toda la verdad.

Ese era su plan desde el principio, que Emilio se enterara cuando estuviera a su merced para que no pudiera tomar represalias contra Donna. Esa estúpida mujer le tenía demasiado miedo. Francesco solo la utilizaba para conseguir sus propósitos, pero en cuanto dejara de ser útil acabaría con su patética vida para que así se reuniera con su marido.

Pero Emilio no moriría rápido, no. Primero sufriría una lenta agonía. Y a juzgar por su expresión shockeada, esa agonía ya estaba en su máximo apogeo.

—Donna —musitó, incrédulo, luchando por contener las lágrimas.

Había sido demasiado doloroso e impactante escuchar a la mujer con la que había convivido desde la adolescencia hablar con tanto odio y rencor... parecía otra persona. Los había engañado delante de sus narices todo aquel tiempo. ¿Cómo no lo vio venir?

Porque confiaba en ella, se dijo con ira creciendo en su interior, porque a pesar de no poder amarla como merecía, la respetaba y la apreciaba por ser la mujer que había consagrado su vida a él y le había regalado tres preciosos hijos.

¿Cómo había podido?

No entendía qué demonios había pasado por su cabeza para hacer aquello.

Entendía que sintiera rabia, celos de Silvina incluso, reconocía que había sido un tirano con ella en muchas ocasiones. Pero lo que había hecho era ir

demasiado lejos. ¡Había ido contra sus propios hijos y permitido que ese enfermo secuestrara a su Chiara!

Por más que ella afirmara que era parte del acuerdo y Francesco no le haría daño, no entendía cómo podía ser tan ilusa para confiar en aquel monstruo. ¿O hasta ese punto la cegaba el rencor? Sí, eso era.

Fue como si lo hubieran torturado, tener que escucharlo todo ante el regocijo de aquel miserable que se burlaba de su sufrimiento en su propia cara. Y la peor parte vino cuando Thiago y Bruno entraron en escena.

No le cupo duda, por todo cuanto escuchó, de que el mediano de sus hijos había tenido que acabar con su propia madre para sobrevivir. Y sintió que su corazón sangraba por él, por todos ellos...su familia rota en pedazos. Una lágrima solitaria empapó su mejilla y se la secó, con sorpresa. Hacía tantos años que no lloraba...que ya ni siquiera recordaba cómo se hacía.

Francesco levitaba de puro gozo. Su satisfacción era malsana y enfermiza, demente. Tantos años esperando aquello...y ahora al fin lo obtenía.

Pero no le bastaba. Todavía quería más. Ansiaba oírlo suplicar de rodillas, pidiéndole clemencia hasta la saciedad. Así que decidió agregar todavía más sal a la herida.

—Tu amigo Baldassare ha pasado a mejor vida, ¿lo sabías? —. Sus palabras dulces contrarrestaban con la crueldad de su gesto. Tenía las pupilas dilatadas, enfebrecidas y ello, sumado al resplandor de su máscara de porcelana, le daba un tinte siniestro a su figura, casi demoníaco. Al ver la mirada entre horrorizada e incrédula que le dirigió el Capo, continuó. — Voló en pedazos. Le puse una bomba cuando fue a visitar a su querida hija, oh pero antes de eso la sorprendió revolcándose con ese sicario. Pobre, se fue al otro barrio muy disgustado...

—NOOOO ¡¡¡Acabaré contigo bastardo!!! — bramó, con un grito desgarrador que rezumaba tanto dolor como ira. Forcejeó contra los hombres que lo retenían, pero fue inútil.

Baldassare siempre había sido más que su mejor amigo, para él era como su hermano. Aunque no compartieran la misma sangre, los dos siempre habían estado juntos en las buenas y en las malas.

No había nadie más leal que él. Guardó su secreto por encima de todo, incluso de su propia familia. A pesar de las desavenencias, nunca le dio la espalda.

Y ahora estaba...muerto. Por su culpa. Él le había fallado como amigo, después de todo ni siquiera había podido evitar su fatal destino.

Ojalá hubiera sido él. Con gusto se intercambiaría en su lugar, si pudiera.

Sin embargo, aunque para Baldassare ya fuera tarde se juró a sí mismo que, si tenía la oportunidad, lo vengaría.

—¡¡Pelea conmigo!! Arreglemos esto — lo desafió —. Has esperado veinte años, ¿no? Pues ahora estoy aquí, enfrentame. ¿O me tienes miedo, cobarde?

Francesco se sorprendió, tenía que admitir que no esperaba que su hermanito tuviera tanto coraje.

Aun postrado de rodillas a sus pies como estaba y destrozado anímicamente, su entereza era casi admirable.

Pero ya lo rompería. Creía que no era rival para él, seguía subestimándolo...pero le demostraría que esa soberbia y ese orgullo que siempre tuvo era lo que lo llevaría a la tumba.

Los dos mercenarios lo miraron, a la espera de instrucciones.

Bien, los complacería.

Todos querían espectáculo y él se lo daría.

—Cacheadlo, asegurados de que no tenga ningún arma escondida — ordenó, haciéndose crujir los nudillos y quitándose al fin la máscara.

Durante mucho tiempo, permaneció día y noche con ella. La vergüenza, el dolor y la rabia cada vez que veía cómo había quedado su rostro lo consumían. Pero ahora habían pasado veinte años y ya no le importaba mostrar sus heridas de guerra.

—Está limpio, señor —anunció uno de los *Diablos* que formaban su ejército personal, tras desarmarlo. Y Francesco asintió, haciendo que lo levantaran.

Cuando los dos hombres estuvieron frente a frente, saltaron chispas. Había tanto odio en sus expresiones que fue un milagro que pudieran mantener la compostura y no saltarse a la yugular.

—Soltadlo, a ver lo que sabe hacer el Capo de la Cosa Nostra. ¿Qué te enseñó padre, querido hermano? — lo provocó.

Emilio esbozó una sonrisa de medio lado, evaluando sus opciones.

Logró mantener la cabeza fría para que la ira no lo cegara y lo dejó atacar primero.

Los golpes de Francesco eran certeros y bastante contundentes. Escupió sangre sobre las húmedas baldosas, sujetándose la mandíbula.

No estaba rota, por suerte.

Entonces, aprovechó esos valiosos segundos para embestir y aterrizó sobre Francesco, aporreando su rostro quemado con los puños con un frenesí demente. Hasta que le asentó un cabezazo y perdió pie, pero enseguida se lanzó a él de nuevo y logró asirlo del cuello. Apretó con todas sus fuerzas. No pensaba volver a cometer dos veces el mismo error.

Sin embargo, el maldito era duro y le asestó una patada en sus partes nobles.

Aullando, cayó de espaldas y tuvo que soltarlo. Pero la ira lo alentó y antes de que pudiera sujetarlo desde atrás se revolvió y le dio un cabezazo.

Se estudiaron desde ambos extremos, los dos ensangrentados y encolerizados.

—¡¡FRANCESCO!! —rugió Emilio, enfebrecido, cargando contra él como un toro. Logró hundirle los dedos en las cuencas de los ojos, de donde empezó a brotar la sangre. Sin embargo, Francesco se lo quitó de encima a golpes antes de que pudiera cegarlo y lo derribó de un placaje.

—¡¡Veinte años, Emilio, veinte años he esperado para despedazarte miembro por miembro!! Acabaré contigo — bramó, en el mismo tono.

Los dos se golpeaban con toda su ferocidad. La pelea estaba siendo demasiado igualada. Hasta que Emilio consiguió estrangular a Francesco desde atrás y ambos cayeron al suelo de nuevo, pero esta vez el Arlequín se asfixiaba.

Los dos hombres contuvieron la respiración, pero no intervinieron. A ellos ya les habían pagado y les daba igual quién venciera.

Francesco estaba morado, al borde de la inconsciencia. La ira lo consumía porque una vez más no había logrado vencer a su némesis.

Y Emilio, con sus últimas fuerzas, ponía todo su empeño para acabar con él. Dejó escapar un grito desde lo más profundo de su garganta, pensando en Silvina, en Baldassare y en todo el daño que ese maldito les había causado.

Pero entonces, justo cuando casi lo tenía, alguien lo golpeó por la espalda con un objeto punzante. La culata de una pistola.

Cayó inconsciente y el agresor se lo quitó de encima a Francesco, devolviéndole su máscara al tiempo en que le tendía una mano.

Este empezó a toser, poniéndose en pie con dificultad por la falta de oxígeno. En cuanto se hubo recuperado y limpiado el rostro de sangre, sonrió.

—Gracias, Enzo — le dijo al joven de veinte años y mirada acerada que estaba parado frente a él. Tenía los ojos azules como el zafiro, el gesto torvo

y una expresión analítica carente de sentimientos.

—Has sido demasiado descuidado padre, si no llego a intervenir estarías muerto. Y eso te habría privado de tu vendetta — lo regañó, de mal talante. Había sido impulsivo y eso le molestaba, porque no era lo que le había enseñado en todos aquellos años.

—Tienes razón hijo, lo siento. Venga, trasladémoslo a la guarida. ¿Los demás están allí? — quiso saber, todavía recuperándose de la pelea.

—Sí, todo listo. Al final, Thiago te ha quitado de en medio al estorbo de Donna Testa. Lástima, quería matarla — comentó, silbando por lo bajo mientras arrastraba el cuerpo de Emilio hacia la salida de las catacumbas.

Francesco rio, encantado con lo que había creado. Enzo era el soldado perfecto, una máquina de matar sin emociones.

—Tranquilo, tendrás tu derramamiento de sangre. Ya falta poco — lo animó. De solo pensar en cómo torturaría a Emilio en cuanto lo tuviera en su guarida, se sentía pletórico.

Agua.

Alessandra se removi6 cuando empez6 a sentir algo mojado deslizarse por su cuerpo, empap6ndola. Enseguida abri6 los ojos, aturdida y sintiendo las extremidades adoloridas.

Alguien le haba tirado un cubo de agua por encima.

Parpade6, tratando de despabilarse. Y cuando intent6 secarse el rostro, se dio cuenta de que estaba encadenada de pies y manos con argollas que llegaban hasta la pared mohosa y umbr6a de lo que parec6an ser las paredes de unos t6neles excavados bajo tierra. Y una cosa ten6a clara: no eran los suyos.

¿D6nde estaba?

Todo estaba oscuro como boca del lobo y no hab6a nada en la estancia que pudiera orientarla. Tan solo penumbras y desesperaci6n.

Pero no estaba sola. Y pronto pudo comprobarlo cuando lo que hasta entonces le hab6a parecido una sombra m6s se incorpor6 con pose gr6cil de una silla cercana y se aproxim6 hasta ella. Enseguida encendi6 una cerilla para permitirle atisbar su rostro y cuando lo hizo, le escupi6, furiosa.

—Mauro, bastardo — espet6, con una mirada envenenada que esperaba que le dejara traslucir todo su odio.

Esas palabras tuvieron un efecto contrario al que esperaba, porque 6l se ech6 a re6r a carcajadas. Era una risa diab6lica que pon6a los pelos de punta por el timbre cruel que se adivinaba en ella. Una risa que era todo lo opuesta a la de Mauro.

—¿No puedes notar las diferencias? Te cre6a m6s inteligente, Alessandra —. Luego chasque6 la lengua y al ver que la expresi6n de ella segu6a en

blanco, se enfureció y la fulminó con la mirada, como si lo hubiera privado de un placer exquisito. Casi de mala gana, le aclaró —: No soy Mauro, soy Enzo estúpida. Tengo su misma cara, eso es todo.

—¿Un gemelo? Pero, ¿cómo?

Alessandra no daba crédito. Tenía sentido, pero es que había sido tan inesperado que...aquello era una locura.

El tal Enzo frunció el ceño, contemplándola como si fuera algo cortita de entendederas.

—¿No sabes cómo se procrean los gemelos? Tengo entendido que tu vida sexual es muy experimentada como para no estar al tanto — se burló, dejándola todavía más estupefacta. Había algo tan antinatural en él...seguía sin acostumbrarse a que fuera idéntico a Mauro. Y ahora, si él era inocente, faltaba saber de su paradero. Solo esperaba que no lo hubiera matado.

—¿Dónde está Mauro, entonces? —decidió preguntárselo abiertamente.

—No me digas que mi compañía no te resulta agradable. Has herido mis sentimientos, Grimaldi — se mofó, con sátira.

Luego se rio él solo otra vez. La joven abrió mucho los ojos, estaba desquiciado y eso lo hacía el doble de peligroso.

—No, no es eso. Lo siento — le siguió la corriente, con la esperanza de que eso lo aplacara —. Es solo que me gustaría veros a los dos juntos, para estar segura — aventuró, haciendo de tripas corazón.

Enzo curvó los labios en una sonrisa torcida.

—Buen intento. Sabía que fingirme desequilibrado te haría intentar algo así —. La esperanza de Alessandra cayó en picado. Ese bastardo era demasiado inteligente como para engañarlo — Ya lo verás más adelante, vamos a pasar un tiempo juntos. Pero está bien, está con su amada Chiara — pronunció el nombre con velado desprecio.

El corazón de Alessandra se saltó un latido. Tal vez pudiera sacarle algo más de información, al menos...

—¿Y le has...le has hecho daño?

Enzo lo meditó unos segundos.

—No se juega con la comida hasta que no es hora de sentarse a la mesa, o eso dice padre.

Sobreentendió que no y eso fue un alivio. Pero duró poco.

—Emilio también está aquí, ¿sabes? Peleó con mi padre, pero cometió el error de pensar que jugaríamos limpio. Ups, predecible.

Alessandra se tensó. Aquello era peor de lo que pensaba si habían logrado capturar a Emilio.

Tragó, ni siquiera sabía qué había sido de su hermano o del resto de los Santorini.

Y a pesar de todo, confiaba en que Carlos movería cielo, mar y tierra para encontrarla y ponerlos a todos a salvo. Se lo había prometido y contaba con la ayuda de la Camorra.

—¿Qué pasa? ¿No estás cómoda? — inquirió, malinterpretando su silencio —. Esta es mi habitación, deberías sentirte honrada — escupió, molesto.

Ella enarcó las cejas sin poder evitarlo.

Aquel espacio malsano y umbrío de veinte metros cuadrados a lo sumo donde ni siquiera había ventanas y una espantosa jaula ocupaba el centro de la estancia... ¿era su habitación?

La revelación llegó de golpe y no pudo evitar mostrarse horrorizada. Enzo se dio cuenta al seguir la trayectoria de su mirada.

—Ah, la jaula... yo duermo justo ahí. Sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Lo hace para hacerme más fuerte — le dijo, con una convicción

que la dejó helada.

Francesco lo había raptado de bebé, lo había entrenado de manera inhumana para que fuera el autómatas que él necesitaba en su *Vendetta*, le había lavado el cerebro y era evidente que lo maltrataba...y aun así, la fe de Enzo en su padre era ciega.

Alessandra no pudo evitar sentir una pizca de compasión por él. ¿Sabría siquiera lo que sucedió realmente con su madre? Lo dudaba mucho. Seguramente Francesco le contó su propia versión de los hechos.

Pero todos esos años jugaban a su favor y si ella le contaba la verdad ahora, su reacción podía ser explosiva. Enzo parecía ser muy inestable y ella era el enemigo, a fin de cuentas.

Intentó disimular.

—¿Qué pretendéis lograr con todo esto, Enzo?

—Fácil, acabar con todos vosotros y ser los reyes de Venecia — soltó, como si fuera obvio.

El cerebro de Alessandra trabajaba a toda velocidad.

—Una vez tu padre me dijo que me obligaría a escoger entre la vida de un inocente. ¿Se refería a esto? ¿Entre quiénes me va a hacer escoger? — le preguntó, con la ansiedad creciendo en su pecho.

Si le hacía tomar esa elección ella no podría... ¿cómo salvar a uno y condenar a inocentes a los que ella también quería? No creía ser capaz.

¡Ella no era Dios para juzgar a nadie!

Chiara.

Mauro.

Emilio.

Y no sabía quién más estaba en su poder.

Ella los salvaría a todos o moriría en el intento.

—Eso es parte del juego, ya lo sabrás. Cuando llegue el momento. Por ahora, descansa — musitó, acariciando su cabello con embeleso. Había algo parecido a la lujuria brillando en sus pupilas y lo corroboró enseguida, cuando él se acercó más y susurró —. Eres hermosa, como mi madre. Lástima que vayas a morir.

—¡Dile a tu padre que me dé la cara! ¿O es que me tiene miedo? — bramó, al ver que él se daba la vuelta, listo para marcharse.

Lentamente, se giró. Su rostro estaba en las sombras, pero pudo imaginárselo con una mueca maligna en el rostro anguloso.

—No te preocupes, que pronto tendrás el placer de estar cara a cara con él. Aunque para entonces...no sé si seguirás deseándolo con el mismo fervor. Yo de ti dormiría un poco — le aconsejó, indolente.

Un escalofrío la invadió.

No le gustaba nada cómo había sonado aquello.

Las muñecas le ardían y empezaba a tiritar de frío, su cuerpo acusaba el contraste de temperaturas. Probablemente, la noche estuviera cayendo sobre Venecia.

Y en medio de su lamento, todos sus pensamientos fueron para Carlos. Solo esperaba que estuviera a salvo y que no cayera en las redes de Francesco, como había hecho ella por culpa de su impulsividad.



Marcello había perdido la cuenta de los hombres a los que tuvo que matar mientras se abría paso por la mansión en busca de su hermana. Y aunque sabía que más adelante le remordería la conciencia, en aquel momento no podía darse el lujo de sentir nada. Porque su propia supervivencia estaba en juego.

Sabía por boca de Maurizio – al que acababa de toparse en el jardín, en una lucha encarnizada contra varios hombres – que las mujeres se habían escondido en el sótano por su seguridad.

Así que iba a ver si se encontraban bien y si sabían algo de Alessandra. Aunque lo dudaba. Lo único que le había extrañado había sido no verla en plena acción.

Tampoco lograba dar con Carlos y eso era todavía más preocupante. Angelo, en cambio, no tardó en aparecer en su campo de visión. Iba cubierto de sangre de pies a cabeza y tenía una inquietante sonrisa en el rostro. Parecía que le emocionaban las matanzas.

—¿Las mujeres están ahí? — inquirió, a lo que él le dedicó un quedo asentimiento.

Del otro lado no se escuchaba el menor sonido y eso le dio mala espina, por alguna razón.

Aun así, abrió la puerta sin pensárselo dos veces.

Y lo que vio lo dejó conmocionado.

Isabella Ricci estaba desmadejada en medio de la estancia, con el cuerpo desgarrado fruto de múltiples puñaladas y los ojos muy abiertos. Su cuerpo estaba delante del de otro más anciano, uno al que Marcello no tardó en reconocer.

—Ofelia — musitó, abatido, agachándose junto a la mujer.

Todo indicaba que Isabella había muerto tratando de protegerla, a ella y a las demás. Pero al final, la anciana había acabado sucumbiendo ante aquellos verdugos.

Solo que todavía no había expirado su último aliento, como pudo comprobar en cuanto abrió los ojos con un espasmo y su mano se aferró a su antebrazo, dándole un susto de muerte.

A punto de estuvo de gritar, pero lo primordial era socorrerla.

—Ofelia, no haga esfuerzos, por favor. Llamaré a una ambulancia — le dijo, más por intentar calmarla que por una esperanza genuina de que pudiera sobrevivir. Estaba muy malherida.

La nana de la *Famiglia* se agitó, sabía que le quedaba poco tiempo de vida y no pensaba morir sin antes decir todo lo que había estado callando.

—Se llevaron a Benedetta y al niño...ni siquiera ella pudo impedirlo — musitó, aferrando el brazo de Marcello con fuerza, pero incapaz de mirar el cuerpo de Isabella allí tendido en las frías baldosas. Había dado la vida por ella, una anciana insignificante cuyo único propósito en la vida había sido servir a los demás y guardar con celo unos secretos que le eran ajenos.

Lo único que la atormentaba era no poder despedirse de su niña Alessandra, como tampoco pudo hacerlo con su madre...a quien ahora seguiría cuidando.

—Ofelia, no te preocupes. Los encontraremos, pero no te agites...la ayuda llegará, tiene que llegar — clamó, desesperado al saber que el final de la buena mujer era inminente y él tendría que verla exhalar su último suspiro. No podía soportar tanta muerte, había perdido prácticamente a todos aquellos a los que amaba en unas pocas semanas.

No era justo. Pero nadie dijo que la vida lo fuera.

—Sé que no voy a salir de esta, hijo — anunció la mujer, sin rastro de pesar en la voz. Estaba en paz. Marcello presionaba sus heridas, negándose a dar la batalla por perdida sin luchar —. Busca a Cassandra Fiorentini...apodada Madame Russo. Está en la feria...ella era...la madre de Silvina. Os... ayudará.

Marcello no daba crédito a lo que decía Ofelia. ¿Esa adivina a la que habían visto en el mercado? Alessandra le había hablado de la experiencia que Carlos y ella tuvieron en su tienda y aunque debía admitir que al principio no le dio crédito – Marcello era un hombre de ciencia – al final tuvo que admitir que sus revelaciones habían sido demasiado exactas para tratarse de una casualidad.

—Gracias nana, te prometo que pondré fin a esto. Vengaré tu muerte — le prometió, besando su frente con infinita ternura. Para él, aquella mujer había sido como la abuela a la que nunca había conocido. Y ahora lo dejaba solo...

Luchó por contener las lágrimas, recordando a su padre y todas las veces que le había dicho que un hombre debía ser duro como una roca. Era su momento de hacerlo sentir orgulloso, allá donde estuviera.

Ofelia murió minutos después, con una sonrisa en los labios.

Y a él le tomó todo lo que tenía no derrumbarse.

Sin embargo, los gritos agónicos tras su espalda llamaron su atención y vio a las Ricci...llorando sobre el cadáver todavía caliente de Isabella. Solo una de las dos era su hija, pero ambas sufrían aquel aciago día la pérdida de una

madre. Porque para Catarina también lo había sido, sacrificando todo cuanto poseía por su bienestar y el de Stella.

—¡¡¡Mamá, no por favor!!! Tú no te puedes ir, no me puedes dejar — gritaba Stella, debatiéndose entre los brazos gentiles de Bruno, que la asió con firmeza intentando calmarla. Su rostro aún reflejaba el shock vivido hacía unos minutos con su propia madre, pero el dolor de Stella le atravesó el alma capa por capa.

—Pagarán por esto, Stella — le prometió. Pero eso a ella no le servía de nada. Porque nadie podría devolverle a su madre.

Catarina lloraba en silencio. No había permitido que Thiago la tocara y era porque sabía que él lo haría por lástima. Seguía odiándola y era más fácil para los dos así.

Él ya tenía bastante con lo que había hecho para salvarlos a todos de Donna, no merecía otra carga como ella.

Se dio cuenta de que era una intrusa en su propia vida. Y quiso gritar.

Pero podía hacer algo más útil, podía pelear.

—Dadme un arma — pidió, decidida.

Para su sorpresa, fue su esposo quien se la entregó sin cuestionarla. Y el agradecimiento la inundó.

—A mí también — se le unió Stella, con el semblante ensombrecido. Luego, al ver cómo la miraba Bruno, añadió —: No me mires así, sé disparar. Al bebé no le pasará nada, nunca lo pondría en riesgo.

—Ni hablar. Podrían herirte, debes pensar en lo peor.

—¿Entonces qué propones? —lo enfrentó, secándose las lágrimas de impotencia.

Marcello había puesto al tanto a los Santorini de lo que reveló Ofelia, así que Bruno se hizo cargo.

—Nos vamos a una misión. Ya te cuento de camino.

No era una pregunta, así que por más que su primer impulso fue negarse al final acabó cediendo. Al menos de ese modo podría ser útil.

—Cuídate mucho, prima — musitó, envolviendo a Catarina en un abrazo protector al que esta correspondió con el mismo vigor.

—Y tú. Siempre juntas, ¿recuerdas? Vuelve. Cuando lo hagas ya no quedará en pie ninguno de estos bastardos — prometió. Haría justicia por las dos.

Stella asintió, emocionada. Ahora más que nunca, debían ser fuertes.

Bruno se la llevó, tras compartir una mirada con su hermano. Cuidarían de sus mujeres, a pesar de todo.

Thiago, Catarina y Marcello no tardaron en salir a la contienda.

El ostentoso e inmenso jardín de Villa Santorini era una pila de cadáveres y la sangre se había adherido a todos los rincones de la mansión, conformando una decoración macabra y carmesí.

En el centro del meollo, no tardaron en divisar a un Carlos que se había hecho con un gancho de carnicero y ensartaba a sus enemigos sin piedad, con una brutalidad que hizo a Catarina apartar la vista.

Marcello, en cambio, acudió a su encuentro. Algo iba mal, llevaba tiempo sospechándolo y el no ver a su hermana por ninguna parte no hizo sino confirmar sus peores temores. El estado enloquecido en que se hallaba el mexicano se lo dijo todo y Marcello sintió que su mundo se venía abajo.

Si ni siquiera él había podido impedir que se la llevaran, la situación era mucho más crítica de lo que había previsto.

Se acercó a Angelo, que se estaba limpiando la sangre del rostro tras haberle cortado la garganta a un Diablo rojo. Sus hermanos, Fabrizio y Massimo estaban junto a él. El primero quemaba vivo a uno de ellos con una sonrisa sádica, mientras el segundo prefería emplear su *Sig Sauer*.

—Marcello, cuánto tiempo, amigo — lo saludó Massimo, con quien siempre había mantenido una relación cordial a pesar de todo.

—Massimo — correspondió este, no con el ánimo que le habría gustado —. ¿Dónde está Alessandra?

Fue Angelo quien contestó, satisfecho al ver que por ahora no quedaban más enemigos a la vista. Los habían exterminado a todos, pero de algún modo llegaban refuerzos cada vez que eso pasaba.

Ese maldito de Francesco tenía un buen ejército, había que reconocerlo.

—Se la han llevado. Fue impulsiva y se adelantó a Carlos. Lo noqueó y... cuando él quiso ir a por ella, vio a Mauro arrastrándola lejos.

—Ese no era Mauro — la voz ronca y violenta de Carlos daba escalofríos. Parecía el reflejo de la mismísima muerte cuando se paró frente a Marcello. Solo Dios sabía lo que sería capaz de hacer si no daban con Alessandra pronto. Pero por una vez, eso a Marcello le encantó —. Silvina dio a luz a gemelos y Francesco se quedó con este. Lo ha vuelto una máquina de matar, el soldado del sueño de cualquier demente. Enrico me lo contó, al parecer Santino dejó pruebas en el USB.

—Le llamaré, a ver si tienen ya a los Greco entre rejas. Si ha acabado podría sernos útil — repuso Angelo, con su frialdad habitual.

—¿Dónde está tu hermano, Thiago? — quiso saber Fabrizio, jugueteando con su mechero.

Thiago suspiró. Era una historia de locos.

Cuando lo resumió lo mejor que supo, los ojos de Angelo parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—Entonces esa mujer podría ser la clave para encontrar la guarida de ese perro. Fabrizio, es hora de sacar a relucir tus habilidades pirotécnicas. Vamos a dar un jodido espectáculo — soltó, emocionado. Su hermano rio, encantado.

Esa idea pareció gustarle a Carlos.

—¿Cócteles molotov?

—Llevo la demolición en la sangre — respondió el mediano de los Salvatore, sonriendo como un lunático. Angelo le palmeó la espalda, orgulloso.

—Bien, pero por si la vieja no habla...yo quiero quedarme con un seguro.

El semblante de Carlos daba miedo cuando avanzó hasta un mercenario que no estaba tan muerto como habían previsto y trataba de arrastrarse por el suelo, en busca de su arma.

El crujido de los huesos al romperse resonó en el aire cuando Carlos le aplastó el brazo con su bota, hasta en tres ocasiones.

—Mira hijo de perra, si yo fuera tú no me tocaría los cojones ahora mismo. O te haré desear no haber nacido. Andando — gruñó, arrastrándolo hacia el interior.

Allí se encontraron con Demetrio, Sandro y Maurizio. Habían acudido en busca de su Capo, sin éxito. Pero tenían noticias interesantes que compartir.

Y lo hicieron en cuanto se hubieron puesto al día.

—Los túneles tienen una salida que da a la avenida principal de la ciudad. No sé dónde se esconde ese perro, pero si yo fuera él aprovecharía las galerías subterráneas del casco antiguo, aunque llevan décadas tapiadas seguro que eso no es problema para un desquiciado como él — aventuró Demetrio, pensando como un estratega.

Carlos le palmeó el hombro, a modo de aprobación. El pelirrojo sonrió, emocionado. Pocas veces se obraba tal milagro.

—Yo torturaré a este bastardo por información, vosotros explorad esos túneles...a ver si llevan a la guarida del tesoro. Tú, Maurizio...ven conmigo un momento — lo llamó aparte, ante la extrañeza de los demás. Sin

embargo, continuaron planeando la estrategia. Angelo seguía intentando contactar con Enrico.

—¿Qué pasa, Carlos? — quiso saber Maurizio, intrigado.

—¿Ella se encuentra bien? ¿Alguien sabe dónde la tienes? — lo interrogó, con el cuerpo tenso. Si llegaban hasta la niña era capaz de matarlo con sus propias manos y el Moretti lo sabía. Tragó, negando con la cabeza.

—No tío, lo juro. No se lo he dicho a nadie, no ha salido desde que la dejamos. Mi hermana vive apartada de todo, en el improbable caso de que supieran de la existencia de la pequeña...nunca la buscarían allí.

—Bien, gracias — dijo, mucho más aliviado de lo que esperaba. No sabía por qué le importaba tanto esa niña, pero el caso es que así era.

—Nino, Romano, Lucio...— recorred la finca, por si alguno de esos hijos de puta está con vida — ordenó Fabrizio, de buen humor.

Todo lo contrario que su hermano, quien lanzaba gritos al auricular con furia. En cuanto colgó, Marcello lo interrogó.

—Era Enrico. Al parecer alguien ha alertado a los Greco del registro en su propiedad. Han trincado a Giovanni y a su esposa, pero los bastardos de sus hijos no estaban allí. Y eso quiere decir que todavía son un problema ¡cazzo! — gritó, pegando tiros al aire para desahogarse.

Carlos apretó los puños hasta que brotó sangre de sus palmas.

—Salid de caza por toda la ciudad, esas ratas son cómplices de Francesco y pueden llevarnos hasta él también. ¡Ya! — bramó, sobresaltando a Catarina.

—¿Pelearás a nuestro lado, mujer? — le preguntó directamente. Vio cómo Thiago se tensaba, pero no la defendió. Ya no.

—Lo haré — aseguró ella, firme e inquebrantable. Carlos asintió con aprobación.

—¿Podría ayudar a arreglar a mi tía y a la nana Ofelia? — inquirió ella, dubitativa.

Angelo se encogió de hombros.

—Cane y Giulio están con ellas, puedes ir a ayudar. Massimo, avisa a Cane...ese jodido loco no está acostumbrado a las mujeres, al menos a las vivas — le ordenó el Don a su hermano, que se rio antes de obedecer, guiando a Catarina de vuelta al sótano.

Thiago apretó la mandíbula.

—Tranquilo, está en buenas manos. Y tú, échame un cable con esto que sé que lo estás deseando — le soltó Fabrizio, tan descarado como siempre.

El aludido puso los ojos en blanco, pero asintió.

Marcello reparó en lo descontrolado que parecía estar Carlos, su cuerpo temblaba de ira y lucía al borde de una crisis. Con cautela, se acercó.

—Vamos a encontrarla, estoy seguro de eso — le dijo, no solo porque quisiera calmarlo sino porque lo sabía, en el fondo de su corazón.

Sus palabras parecieron calmarlo un poco, porque asintió.

Y Marcello no pudo reprimir la curiosidad, necesitaba saber lo que se le pasaba por la cabeza.

—La quieres, ¿verdad? Sé que te pasó algo que te dejó muy jodido, pero... he visto cómo la miras. No es igual que al principio — comentó, esperando su reacción.

Carlos le dedicó una mirada intensa, que quemaba. ¿Qué sentía por ella? Él mismo se lo había preguntado demasiadas veces.

—Yo... no sé si pueda llegar a querer un día a una mujer de ese modo... pero lo que sí sé es que la necesito, desesperadamente. Ella llena un poco el vacío que tengo aquí — confesó, golpeándose el pecho, con los dientes

apretados. Luego le dio la espalda, pero para Marcello era más que suficiente.

Le puso una mano en el hombro.

—Ese vacío se irá poco a poco. Si alguien puede lograrlo, esa es mi hermana. La traeremos a casa, lo sé.

Carlos también quería creerlo, por el bien de su cordura.

Chiara estaba aterrorizada. Y no entendía nada de lo que estaba pasando.

Cuando había visto a Mauro allí, encadenado a la pared a su lado, casi tuvo un colapso.

Y entonces entró alguien...que era exactamente igual a él, pero con ese aura oscura y atemorizante que había percibido en los túneles, antes de que la golpeará. Y de algún modo, ató cabos antes incluso de que el que ahora sabía que se llamaba Enzo y era el hermano gemelo de Mauro se lo explicara, con una mueca de regocijo en los labios.

La peor parte, sin embargo, se la llevó Mauro.

Todo cuanto había dado por hecho en su vida se había desmoronado en pedazos como una ilusión frente a sus ojos, destapando la mentira y la ignorancia en que había crecido.

Sus padres no eran sus padres.

Su verdadera madre había sido asesinada por el monstruo que realmente era su progenitor en las fiestas del carnaval. A él lo había entregado a la familia Leone, desechándolo, mientras que su hermano gemelo había corrido una suerte mucho peor al caer en sus garras.

Cuando lo tuvo delante, una vez superado el impacto que le produjo que fueran idénticos, se estremeció por el odio puro que destilaba su mirada.

Pero lo peor de todo no fue eso, sino el miedo en los ojos de Chiara. Tenía miedo de él, la mujer que amaba lo temía como si fuera peligroso...como si fuera uno de ellos.

Y lo entendía. Estaba confusa, en shock, pues había sido una revelación demasiado fuerte y no sabía en quién confiar y en quién no. Todo era un maldito juego en el que Francesco movía los hilos a su antojo.

Enzo torturó a Emilio delante de ellos, con un traumatizado Matteo gritando y suplicando que parara. Por suerte, lo habían encerrado en una celda junto a su madre, que le tapó los ojos de inmediato. Y Emilio no gritó, aguantó con estoicismo, sin darles la satisfacción de ver caer al rey.

Mauro lo admiró y lo respetó todavía más por ello.

Y Chiara...se quebró. No podía soportar ver a su padre así, que le hicieran tanto daño frente a sus ojos. Acostumbrada a todo el poder y la autoridad que emanaba, gobernando Venecia sin que ninguno de sus enemigos soñara con ponerle un solo dedo encima siquiera...aquello era devastador.

—¿Por qué no bajas aquí y me torturas tú mismo Francesco? Tienes que dejar que tu hijo haga el trabajo sucio porque no te dan los pantalones para ponerte frente a mí y hacerme sangrar — bramó Emilio, con una entereza envidiable para el estado en el que se encontraba.

Enzo lo había marcado con un hierro al rojo vivo en la espalda, trazándole una v de vendetta. Le había golpeado sobre la herida con un látigo y lo había cortado hasta la saciedad.

Era bueno torturando, lo habían adiestrado bien. Por desgracia, también tenía el cerebro completamente lavado y no razonaba.

Lo acusó de haber asesinado a su madre, lo que significaba que Francesco había modificado la historia para él a su conveniencia. Tal y como sospechaba.

—Vendrá más pronto de lo que crees. Entonces sabrás que habrá llegado tu final y no serás más que un despojo — le prometió, con las pupilas inyectadas en sangre.

—¡No, déjale ya! Por favor, te lo pido. Hazme, hazme daño a mí, pero deja a mi padre marchar — suplicó Chiara, en su desesperación. Haría cualquier cosa porque no siguiera lastimando a su padre. Incluso exponerse ella.

Pero para eso tendrían que pasar por encima del cadáver de Emilio.

—¡No te atrevas a tocarla! Chiara, cariño, papá está bien ¿entiendes? Estoy acostumbrado a esto, yo soy quien debe sangrar.

Intentó transmitirle calma y serenidad, pero era un duro golpe para ella presenciar algo tan truculento sin poder hacer nada.

Mauro quiso reconfortarlo, pero ella ni siquiera lo miraba. No podía.

Así que dejó caer la cabeza, no tenía derecho a presionarla. No cuando se sentía en parte responsable.

Sin embargo, quizá pudiera hacer algo para disuadir a Enzo. Era su hermano, después de todo.

—¿Qué es lo que ganas haciendo esto? Torturas a inocentes cuando tienes al verdadero culpable delante de tus narices — le soltó, sin poder contenerse.

Enzo ladeó la cabeza como un depredador estudiando a su presa y, olvidándose momentáneamente de Emilio, centró toda su atención en él.

—Mauro. —Su nombre saliendo de sus labios con ese desdén y desprecio fue como una bofetada sin manos. Era su mismo timbre, pero rebosante de crueldad y odio. Un odio impostado y enfermizo que lo consumía — No sabes las ganas que tenía de tenerte aquí, frente a frente por fin.

—Pues aquí me tienes, desquítate conmigo. Tal vez así entienda por qué me odias tanto si ni siquiera sabía de tu existencia — espetó, provocando que Enzo enfureciera aún más y que hasta Chiara le suplicara.

—Mauro, no...

Oírla pronunciar su nombre como antes fue un soplo de aire fresco que le dio fuerzas y le sonrió, no valía la pena que se preocupara por él.

Enzo lo estudió con detenimiento. Sus labios se curvaron en una mueca burlona cuando empezó a hablar, soltando su veneno.

—Mírate, tan poca cosa. Tan...normal — paladeó la palabra como si le diera asco, pero en el fondo de sus ojos una emoción refulgía por encima del resto: envidia. Y Mauro lo entendió todo sin necesidad de escuchar las palabras que salieron de su boca a continuación —: Lo has tenido todo y ni siquiera eres consciente de ello. Dinero, ropa, educación, un padre y una madre...mientras que yo me escondía en este agujero. Apenas comía o dormía, todo lo que hacía era entrenarme para que cuando llegara el día nada me parara a la hora de obtener mi venganza. Por mi madre, por lo que le hicieron a padre — hablaba de él con respeto y admiración ciega y Mauro sintió pena por él —. Pero tú no lo entiendes, no eres más que un niño tonto que solo piensa en la hija del hombre que destruyó nuestra familia — clamó, propinándole un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aliento.

Mauro sonrió, en medio de toses, y le escupió a la cara.

—Me das lástima. Todo en tu vida es un fraude, estás viviendo en una mentira más grande que la mía. Y no puedes ver la realidad.

El puño de hierro de Enzo impactó en su mandíbula, que se dislocó con un crujido brutal. Chiara dejó escapar un grito, angustiada y Matteo no dejaba de sollozar en los brazos de su madre, que trataba de impedir que presenciara el violento espectáculo.

Mauro acusó el impacto con estoicismo. No importaba que lo golpeará hasta matarlo, nada impediría que le gritara las verdades que, en el fondo, le dolía escuchar. Puede que su inconsciente le estuviera diciendo que aquella era la verdad y por eso perdía el control, porque no quería aceptarlo.

Lo golpeó una y otra vez, sin piedad, sin descanso. Hasta que Mauro tuvo el rostro ensangrentado y escupió sangre a sus pies, desmadejado. Él respiraba como una bestia rabiosa y su mirada asesina recorrió la estancia, quedándose quieto cuando la voz de Francesco resonó en el aire a través de unos altavoces.

—Basta, Enzo. Es suficiente, cálmate y ve a buscar a Alessandra — ordenó.

Esa fue la primera vez que Mauro escuchó su voz, cadenciosa y ronca. Tan repugnante como él mismo.

Enzo necesitó unos minutos para tranquilizarse, pero finalmente asintió como un autómata y se encaminó a cumplir con lo encomendado.

No sin antes dedicarles una velada advertencia.

—Todavía no he terminado contigo, hermanito. Y tú Emilio, prepárate.



Alessandra temblaba, al borde de la hipotermia. El agua con que la habían empapado empezaba a hacer estragos en su cuerpo y eso, sumado a la humedad del ambiente, no era una buena señal. Estaba segura de que era uno de los planes de Francesco para torturarla psicológicamente, pero si pensaba que con eso bastaba para doblegarla era que no la conocía en lo absoluto.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que despertó, pero los gritos no habían cesado de resonar tras su encuentro con Enzo.

Gritos que sonaban sospechosamente familiares para ella.

Había reconocido a Chiara, a Mauro, a Benedetta y hasta al pequeño Matteo.

¿Y Emilio? De él nada.

Estaba segura de que él no había emitido el menor quejido, nada que mostrara debilidad. Antes preferiría la muerte. Era demasiado fuerte y orgulloso.

Alessandra sonrió, con orgullo.

Nada le daba más satisfacción que saber que Francesco no podría obtener placer en torturarlo si no se deleitaba con sus gritos.

Sus labios estaban morados y agrietados, sus dientes castañeteaban demasiado y le costaba mantenerse despierta. Necesitaba salir de allí, moverse...cualquier cosa que le diera un poco de tregua, porque de lo contrario no iba a aguantar mucho.

—¡¡Enzo!! — llamó, a sabiendas de que la escuchaba. También la veía. Había cámaras por todas partes y odiaba haberle dado la satisfacción de contemplar su lado más vulnerable. No era propio de ella.

Pensar en Carlos le dio fuerzas y siguió gritando hasta que, tal y como había previsto, la puerta de su celda se abrió para dar paso a un molesto Enzo.

—¿Tan ansiosa estás porque llegue tu turno? Muy bien, te complaceré — soltó, con una sonrisa cruel, casi inhumana.

—¿Qué les has hecho a los demás? — se atrevió a preguntar, fulminándolo con la mirada cuando soltó las cadenas que la ataban a la pared, pero no sus esposas.

La arrastró sin miramiento alguno, con rudeza. Y a pesar de que luchó contra él, no tenía nada que hacer. Estaba restringida y muy débil. Además, aquello era un laberinto del que no conseguiría salir nunca sin ayuda. Estaba en desventaja, pero sabía cómo aprovechar cada oportunidad y se prometió que lo haría.

Empezó por mostrarse dócil.

—Muy poco, para lo que les espera — respondió, con saña.

Un chasquido seco.

Alessandra aulló de dolor, sintiendo cómo unas púas de metal lamían y apresaban la carne blanda de su pie. La sangre brotó, entre las risas maniáticas de Enzo.

Un cepo.

Ese bastardo la había atrapado en un cepo.

—Lo siento, fallo mío —se burló, ensimismado mientras contemplaba sus heridas abiertas. Estaba desquiciado.

—Libérame.

—Por favor —instó, disfrutando de su desesperación. Alessandra lo odió con todas sus fuerzas.

—Muy bien —. Al ver que no obedecía, Enzo se adelantó con intenciones de dejarla allí. Ella apretó la mandíbula, quería sus súplicas, quería romperla...no le daría el gusto, pero podía fingir que se doblegaba un poco. Por su supervivencia.

—¡Está bien, por favor Enzo! ¿Contento?

Él volvió sobre sus pasos, silbando por lo bajo. Se agachó y desmontó la trampa, satisfecho.

—No sabes cuánto — se regodeó, conduciéndola sin ningún cuidado hacia la salida.

Ella cojeaba, dejando un rastro de sangre fresca a su paso. Un rastro que esperaba que pudiera servirles a sus seres queridos cuando fueran a por ella. Porque no tenía la menor duda de que la encontrarían. Y esa era su baza.

No tardaron en adentrarse en otra galería más angosta e igual de umbría que aquella que habían abandonado.

De vez en cuando, Enzo la detenía e iban sorteando determinadas zonas de las que se desplegaban alambres de pinchos, una enorme maza que se desprendía del techo, una sierra eléctrica y Dios sabía qué más instrumentos de tortura.

Los túneles estaban repletos de todo tipo de trampas mortales para intrusos.

Alessandra no quería ni pensar en el destino de cualquier pobre incauto que se hubiera aventurado a través de ellos sin saberlo, o al que alguno de esos dos dementes hubiese conducido allí bajo engaños. Los veía más que capaces.

—¿Adónde me llevas? —exigió saber, al cabo de un buen rato de caminata.

En aquel lugar era imposible saber cuándo era de día y cuándo de noche. Cualquiera moriría de desesperación atrapado en esa ratonera viendo pasar las jornadas.

Enzo se tomó su tiempo antes de contestar, pero cuando lo hizo su voz rezumaba puro veneno.

—Hemos pensado que ya es hora de un bonito reencuentro.

Quiso insultarlo, maldecirlo de mil maneras. Pero se contuvo. Debía ser más inteligente que él y eso, viéndolo en plena acción, iba a ser complicado. Por mucho que le fastidiara admitirlo.

—Enzo —lo llamó, quemando el último cartucho que tenía. Cuando se detuvo y se giró hacia ella, interrogante, intentó ser lo más suave posible—. ¿De verdad crees que tu madre estaría orgullosa de la persona en que te has convertido?

Su mandíbula se tensó y apretó los puños, dándole una respuesta sin necesidad de palabras.

—No te va a funcionar la sensiblería barata conmigo, ahora entra. Y como vuelvas a mencionar a mi madre te destriparé, ¿queda claro?

Ella no contestó.

Tenía otra pregunta para él.

—Tú mataste a mis padres, ¿verdad?

Ninguna emoción asomó a su rostro cuando contestó.

—Lo hice, sí. Era parte del juego de mi padre. Ahora entra de una puta vez
— rugió.

Alessandra sonrió, en un mecanismo para descargar su ira.

Ella también tenía un juego...y si lograba llegar hasta el final, juraba por lo más sagrado que lo mataría de la manera más dolorosa posible.

Perdida en sus pensamientos oscuros, entró.

Y la estampa que la recibió le puso la piel de gallina.

Emilio estaba encadenado con los brazos en cruz y marcas al rojo vivo en el pecho, sangraba por todas partes debido a las heridas abiertas en su piel y apenas podía mantenerse consciente. Sin embargo, ahí estaba; aferrándose a la vida.

Tomó todo de ella no hacer una estupidez como arremeter contra Enzo para tratar de socorrer a Emilio. Nunca saldrían de allí con vida si lo hacía.

La única solución viable era tratar de ganar tiempo hasta que acudieran en su rescate.

Fue a hablar, con algún comentario de los suyos para distender el ambiente, cuando una voz seca y oscura la interrumpió.

—Parece que ya estamos todos. Es hora de tener una pequeña charla familiar.

Era Francesco. Y su voz sonaba cada vez más cerca.

Una trampilla se abrió entonces para dejar paso a una silueta vestida toda de oscuro que se abrió paso con una elegancia felina.

Iba vestido para la ocasión, llevaba su característica máscara de arlequín que ocultaba las quemaduras de tercer grado en la mitad de su rostro y una capa oscura de terciopelo que ondeaba cada vez que se movía, disfrutando de la impotencia y la desesperación de sus prisioneros.

Aquello era como un sueño hecho realidad para él. La espera había valido la pena con creces.

—Al fin te dignas a dar la cara — lo increpó Emilio, con el mismo temple de siempre. Cómo ansiaba doblegarlo de una maldita vez...

—Hermano, ¿cómo estás? Espero que mi hijo te haya tratado con la hospitalidad que mereces — soltó, con sátira.

Como respuesta, Enzo lo golpeó en el estómago hasta que se le dificultó respirar. Aun así, mantuvo el semblante desafiante.

—Muérete —le escupió, provocando que estallara en carcajadas.

—No os preocupéis, os atenderé a todos por igual. Alessandra, eres el vivo retrato de tu madre — la provocó, a sabiendas de que saltaría.

La Grimaldi montó en cólera y se removió, forcejeando con sus ataduras.

—¡Te mataré, maldito seas! ¡Le arrebataste la vida a una inocente! Haré que pagues.

Pero la crueldad de Francesco no tenía límites y enseguida decidió regalarles otra muestra de ello.

—Enzo, prepara el proyector. Recordaremos viejos tiempos — le indicó a su hijo, que se apresuró a obedecerlo con la misma sonrisa taimada en el rostro anguloso.

Pronto tuvieron ante sí una pequeña película proyectándose sobre la pared, conectada a un ordenador portátil. Estaba compuesta por varios vídeos

caseros...y era de terror.

El primero de ellos mostró a Enzo colándose en la fiesta de inauguración del carnaval tras hacerse pasar por Mauro, en cuanto se quedó solo allí dentro porque la gente salió a ver los fuegos artificiales aprovechó para sorprender a Constanza Grimaldi y la asfixió desde atrás. Luego la colgó en la lágrima de cristal que pendía del techo y se escabulló para dejar la nota en el despacho de Emilio, al que Donna le facilitó el acceso.

Y finalmente atrajo a Alessandra y a Carlos hasta allí, escabulléndose por los túneles de vuelta a su madriguera infecta.

La Grimaldi lloró, maldijo y peleó por soltarse como una posesa. Pero fue en vano.

Creyó enloquecer cuando el siguiente vídeo comenzó y vio a su padre subirse enfurecido a su vehículo, en la mansión Salvatore. Su expresión de decepción se le quedó grabada y tuvo que apartar la mirada segundos antes de que se viera cómo el coche explotaba por los aires.

Era demasiado para ella, especialmente dado el carácter reciente de la pérdida.

Era consciente de que Francesco y Enzo la observaban, disfrutando con su sufrimiento en carne viva. Sentía que acababan de arrancarle el corazón del pecho.

Mauro y Chiara suplicaron que parara aquello, incluso Benedetta, pero no sirvió de nada.

Hasta que Emilio se pronunció.

—¡Basta, Francesco, basta! No la tortures a ella, acaba conmigo. Me quieres doblegar, ¿verdad? Pues te lo suplico...mátame, has ganado. ¿No era lo que querías? Pues ya lo tienes, ¡ahora mátame de una puta vez! —bramó, dejándolos mudos a todos. El gran *Capo* de Venecia suplicando clemencia, aquello era una deshonra.

Y sin embargo, solo los presentes sabían la verdad. No lo hacía por él, sino por Alessandra. Por todos sus seres queridos que ya habían sufrido bastante por su causa. Estaba tan cansado...

El triunfo brilló en los ojos de su medio hermano, que le hizo un gesto a Enzo para que detuviera la reproducción.

Alessandra se hallaba entumecida, demasiado rota por el dolor que la asolaba. No dejaba de ver esas imágenes en su mente y era insoportable...

—No sabes cuánto he esperado esto, el momento en que me suplicas que acabara con tu vida. Y te complaceré, Emilio. Así que dime, ¿tus últimas palabras? —aventuró, en medio de un placer catártico y morboso por haber obtenido su mayor anhelo.

Iba a destrozar a aquel hombre, a humillarlo y a rebajarlo como el miserable que era y aquellos a quienes amaba lo verían en su momento más vulnerable. Justicia poética.

Sin embargo, Emilio no pensaba dejar aquel mundo sin antes asestar el golpe maestro.

Francesco comenzó a afilar un cuchillo de carnicero, silbando y tomándose su tiempo. Chiara estaba al borde de la locura, había gritado hasta enronquecer. Mauro, impotente y rabioso. Benedetta, como ida, intentando que Matteo viera y oyera lo menos posible.

—Te quiero hija, cierra los ojos —le dijo a Chiara, que negó con la cabeza presa de un ataque de histeria.

Y Alessandra...sacó fuerzas de donde no tenía para mantenerse entera. Quería que su mirada le transmitiera fuerzas a Emilio antes de morir, poder despedirse de él como le hubiera gustado hacerlo con sus padres.

Lo contempló. Golpeado, ensangrentado, herido de muerte y con el orgullo roto...pero aun así, majestuoso y desafiante hasta el final. No tenía miedo, aceptaba la muerte como su destino final. Y sonrió antes de pronunciar esas últimas palabras que acabarían con la alegría de Francesco.

—Nunca te quiso, siempre me amó a mí. Tuviste que matarla porque sabías que de otro modo, nunca sería tuya. Moriré hoy, pero mi legado prevalecerá sobre ti.

El grito de ira de Francesco retumbó en aquellas galerías de piedra y empezó a cortar, en perpendicular, directamente en el estómago de Emilio...eviscerándolo.

Y el Capo murió con una sonrisa victoriosa en los labios, sabiendo que lo había privado de lo que más ansiaba: verlo derrotado en su último suspiro.

La venganza le sabría a cenizas en la boca. Y él lo vería caer desde el infierno en el que lo esperaría para terminar de ajustar cuentas.

Chiara chilló como si fuera a ella a quien estuvieran destripando y no tardó en desmayarse de la impresión.

Alessandra se mantuvo estoica, aunque al final tuvo que apartar la mirada. Emilio había sido como otro padre para ella y verlo así era terriblemente doloroso. Una imagen que jamás podría borrar de su mente y que, si salía de allí con vida, la perseguiría en sus pesadillas.

Así como lo harían las palabras de un Francesco que, frustrado, volcó toda su crueldad en ella.

—Ahora, querida Alessandra, te toca elegir. ¿A cuál de todos estos inocentes quieres salvar?

Madame Russo tenía un terrible presentimiento aquella noche del décimo día de carnaval.

Había soñado con sangre, espesa y caliente, deslizándose por los adoquines de las calles y desbordando los canales en un río escarlata que traía muerte y devastación a su paso.

El mercado estaba a rebosar de gente con ganas de divertirse. Máscaras de todas las clases y tamaños danzaban al ritmo de los violines y las risas resonaban en cada rincón.

Sin embargo, todo aquello se le antojó demasiado efímero como para permitirse disfrutarlo de verdad, como en otros años. Había una vibración siniestra en el aire, que indicaba que algo malo se avecinaba. Y ella estaba inquieta.

Nadie había acudido a que le leyera la buena fortuna y por primera vez lo agradeció, pues estaba demasiado alterada como para concentrarse en lo que le decían los arcanos.

Aquella pareja que fue a verla la última vez había estado en sus pensamientos, un día tras otro. Y el aviso que ella les había dado – nacido de una intuición extrasensorial que ni siquiera la propia *Madame Russo* entendía – no cesaba de repetirse en su mente.

Y con él llegaban los recuerdos trágicos de aquella maldita noche de hacía veinte años que le había robado la felicidad. Su preciosa hija...

Se estremeció. ¿Sería posible acaso...?

Por encima de la música, escuchó un clamor que erizó el vello de su nuca y se apresuró a resguardarse en su tienda, aunque sabía que si era lo que creía no habría lugar en el mundo donde esconderse de lo que se avecinaba.

Se quedó en silencio, escuchando y tratando de ralentizar los latidos de su corazón. Al principio, la música y el jolgorio continuaron con normalidad, pero al cabo de un rato la melodía fue descendiendo de nivel hasta que no fue más que un leve murmullo rasgado y las voces y la charla mutaron en susurros temerosos que pronto se convirtieron en gritos de auxilio.

Madame Russo no pudo aguantar más y se asomó con cautela para echar un vistazo. Y lo que vio la dejó sobrecogida. Una estampa que podría haber salido fácilmente de uno de los pasajes de *El infierno* de Dante se desarrolló frente a sus ojos cansados y lechosos.

Una legión de jinetes con máscaras de la peste negra llegó a caballo, arrasando con todos los puestos del mercado y sembrando el pánico y el caos entre los presentes. Algunos trataron de huir, pero enseguida les cerraron el paso.

—¡Buscamos a una mujer a la que llaman Madame Russo! Entregádnosla y no os haremos daño — clamó uno de ellos, el que llevaba las capas más ostentosas y parecía ser el líder de la comitiva, helando la sangre de la anciana con sus palabras.

Tenía que escapar de allí como fuera. Pero la plaza estaba rodeada, ¿cómo lo haría sin ser vista? ¿Debía arriesgarse? Empezó a sudar, sintiéndose acorralada.

Ahora ya no tenía dudas, aquello solo podía ser obra de Francesco.

El líder volvió a pronunciarse al ver que nadie decía nada.

—Volveré a repetirlo: entregadme a esa mujer y no sufriréis daño alguno, de lo contrario cortaré vuestros cuellos y los clavaré en picas por toda la plaza mayor. Serán un bonito añadido de decoración para el carnaval — amenazó y de inmediato se oyeron jadeos de conmoción.

La mujer recogió a toda prisa lo más indispensable, ya resuelta a escapar. Si no lo hacía, no saldría de allí con vida.

De súbito, una mano tapó su boca desde atrás enviando oleadas de pánico a sus ancianos huesos. Intentó forcejar, hasta que la voz de su captor la detuvo con una simple advertencia que hizo que se relajara.

—Shh, silencio. Hemos venido a ayudarla, pero no haga ruido. Tiene que estar muy callada, ¿lo entiende?

Asintió, aliviada.

El joven la liberó. Era alto, guapo y vestía todo de oscuro; al igual que la mujer que lo acompañaba.

Madame Russo se dio cuenta enseguida de que estaba embarazada. Y sonrió. Su instinto le decía que podía confiar en ellos.

Los cascos de los caballos resonaron más cerca, indicándoles así que se estaban acercando. No había tiempo.

—A la de tres, quiero que corra sin mirar atrás. ¿Podrá hacer eso? Espérenos en ese callejón — indicó y ella se mostró resuelta. No tenía otra opción.

—¿Dónde está esa perra? Al primero que la encuentre y la mate le daré más de lo que pueda ganar en un año de feria.

Se oyó, cada vez más cerca.

—Ahora — la instó Bruno.

La mujer echó a correr todo lo deprisa que le permitieron sus cansadas piernas y no se paró. Ni siquiera cuando resonó la primera ráfaga de disparos, mezclándose con los gritos de los transeúntes, que huían despavoridos.

Contra todo pronóstico, logró llegar hasta el callejón y se ocultó allí, esperando...el corazón le latía al borde de la taquicardia. Los disparos no cesaban. Madame Russo no supo cuánto tiempo pasó así, presa del pánico, hasta que la pareja regresó. Estaban ilesos.

Y le bastó un vistazo a la plaza para divisar todos los cadáveres que yacían en el suelo. Dejó escapar el aire contenido. El peligro ya había pasado.

—Gracias. Os debo la vida — dijo, esperando. Sabía que si estaban allí era por algo.

—Soy Bruno Santorini y esta es mi mujer. Mire, no tenemos mucho tiempo así que iré al grano; sabemos que Silvina Ricardi era su hija —. Bruno lo soltó sin paños calientes, calibrando la reacción de la anciana.

Su revelación no lo sorprendió. Era la viva imagen de su padre. Y que supiera su secreto, tampoco. Algo en su interior le decía que sucedería, tarde o temprano.

—Así es. Han hablado con Ofelia, ¿no es así? ¿Cómo le va a mi vieja amiga? — quiso saber. Pero en cuanto el semblante de ambos se ensombreció tragó saliva.

—Ofelia ha sido asesinada. Lo sentimos. — Ella cerró los ojos, pesarosa.
— Ha sido Francesco, también ha raptado a mucha gente que nos es querida
— explicó Bruno, llegando poco a poco al meollo de la cuestión.

—Lamento oír eso. ¿Cómo puedo ayudarlos? Solo soy una pobre vieja y él un monstruo... sabía que estaba vivo, aunque solo lo he visto en sueños.

Su voz se volvió más grave, con una nota de misticismo que le erizó el vello a Stella. Aquellas cosas le daban bastante respeto.

—¿Y sabe dónde se esconde? Sabemos que utiliza unas galerías subterráneas como guarida, pero no conocemos la entrada.

Esperaban que pudiera ayudarles. Ella había vivido más tiempo y conocía la ciudad como la palma de su mano, porque se ganaba la vida allí.

La mujer estuvo cavilando unos minutos, tratando de hacer memoria.

—Hay una zona subterránea en los suburbios donde se hallan las criptas abandonadas de la ciudad. Se rumorea que el lugar está embrujado, lleno de fantasmas por todos los gritos que se escuchan desde el exterior. — La voz

de la anciana estaba teñida de respeto y temor reverencial. Y sin darse cuenta Stella entrelazó los dedos con los de Bruno, quien por suerte no se apartó — Uno de los últimos cardenales tapió las galerías, pero conociendo a ese maldito de Francesco, es seguro que se las ha ingeniado para usarlas en sus macabros propósitos. Tened mucho cuidado, veo una nube oscura cerniéndose sobre la ciudad...trae destrucción y muerte, las cosas van a cambiar — advirtió, aterrorizada.

—Muchas gracias por su ayuda, madame Russo. Deje que la acompañemos a su casa, enciérrese y no salga por nada del mundo — le pidió Bruno, muy serio.

La buena mujer asintió y se empeñó en darles la bendición antes de que se marcharan, tras ponerla a salvo. Sus últimas palabras, sin embargo, no los abandonaron aquella noche.

Apenas la hubieron dejado, Bruno llamó a Carlos para informarle del posible paradero de los túneles de Francesco. Por la descripción de la vidente, su ubicación se hallaba próxima a la mansión.

Carlos tardó en contestar, pues estaba torturando al único Diablo rojo que capturaron con vida.

No obstante, era un tipo duro que estaba realmente bien entrenado y no había podido sacarle nada. A pesar de que lo había intentado con esmero, empleando las peores de las torturas. Pero nada.

Estaba a punto de perder la cordura cuando Bruno lo llamó, así que contestó de malas formas.

Su expresión, sin embargo, cambió drásticamente ante las buenas noticias que tenía el Santorini.

—Bien, iremos para allá — vaciló, pero finalmente se obligó a decirlo —. Gracias.

Colgó sin darle tiempo a contestar.

—¿Buenas noticias? — quiso saber Marcello, impaciente.

El ambiente olía a sangre y sudor fruto de la carnicería que había provocado Carlos con ese hombre. Realmente era un experto con las torturas, porque de otra forma no podía explicarse cómo ese desdichado seguía con vida.

En cualquier caso, eso estaba a punto de cambiar.

Con una expresión demente en el rostro, Carlos asintió. Marcello se apartó de su camino cuando avanzó hacia el mercenario. Había quedado reducido a una masa ensangrentada de carne. Le faltaba un ojo, las dos manos y varios dedos de los pies. Por no hablar de todos los cortes y quemaduras que le había infligido.

—Ya no me sirves para una mierda, así que espero que disfrutes ardiendo en el infierno — soltó y veloz como el pensamiento, sin pensárselo un segundo, trazó un giro perpendicular con el cuchillo de carnicero que esgrimía y dejó sus vísceras al descubierto.

Su pecho subía y bajaba muy deprisa debido a la adrenalina que siempre sentía al matar.

—Joder, Carlos — se quejó Marcello, tenso. Nunca se acostumbraría al salvajismo del mexicano.

Angelo, en cambio, estaba entusiasmado.

—Eres todo un carnicero, me encanta.

—He sido rápido porque por desgracia no puedo perder más el tiempo con este perro. Bruno me ha dicho dónde están los túneles, la madre de Silvina nos ha sido de utilidad.

—¿Dónde? — se apresuró a preguntar Thiago, deseoso por entrar en acción.

—En las criptas subterráneas — informó, recargando varias metralletas —. No tenemos tiempo que perder, que alguien llame a Enrico. Nos vendrá

bien la ayuda de la Interpol, seguro que ese nido de ratas está infestado de sicarios. Ese Francesco es un cobarde.

—Lo haré yo — se ofreció Angelo.

—Espero que tus cócteles molotov surtan efecto, porque voy a volar la guarida de ese cerdo por los aires en cuanto saque a mi mujer — le dijo a Fabrizio, que fue a traer a los perros para que buscaran rastros de Alessandra. Catarina se había encargado de coger algunas prendas de ropa de la joven para que las usaran.

El aludido sonrió, de una manera muy parecida a como lo hacía su hermano mayor. La arrogancia era el sello distintivo de los Salvatore.

—Créeme, son a prueba de bombas — soltó, con sátira.

Carlos se rio, de buen talante.

Voy a por ti, diavolessa, aguanta.

Un día le prometió que quemaría el mundo si fuera necesario para llegar hasta ella y había llegado el momento de cumplir esa promesa.

Las palabras de Francesco la dejaron petrificada. ¡Estaba loco! Ella no podía elegir, porque la salvación de uno supondría la condena de los demás y no estaba dispuesta a dejar que recayera sobre su conciencia.

Pero, por otra parte, nada le garantizaba que Francesco o Enzo no los torturaran a todos como represalia.

—El tiempo corre — la apremió Enzo, con una sonrisa demente en el rostro. Tenía las pupilas tan dilatadas que prácticamente solo se veía el blanco de sus ojos.

—¡Que te jodan! ¡No les hagas daño a ninguno! — le gritó, al borde del colapso.

No podía más. Chiara acababa de volver en sí y Matteo ya había vomitado dos veces. Benedetta se mantenía fuerte por él, pero sabía que estaba aterrorizada. Y Mauro...

—Alessandra, escógeme a mí. Podré soportarlo, no te preocupes — aseveró, para eximirle de la responsabilidad que su maldito padre había dejado recaer sobre sus hombros. Otra de sus muchas torturas psicológicas.

—Mauro, por favor...

Ella no quería que le hicieran daño, pero al mismo tiempo sabía que tenía razón. Las dos mujeres y el niño eran más vulnerables.

Mauro se veía tan resignado, tan roto...que se le encogió el corazón. Y le pidió perdón en silencio por lo que estaba a punto de hacer.

—Está bien — claudicó. Por dentro, su corazón estaba sangrando.

—Enzo, ya sabes qué hacer.

Francesco dio la orden y ella luchó por mantener la entereza. Si les mostraba debilidad, se cebarían todavía más.

Enzo era una sombra victoriosa que se cernió sobre su gemelo con un ansia voraz en los ojos. Con parsimonia, empezó a vendarse las manos. Y Alessandra supo lo que venía en cuanto el primer golpe llegó, impactando de lleno en la mandíbula de un Mauro que esgrimió una valentía casi suicida, llenando su pecho de orgullo.

Chiara no tardó en suplicar que parara y cada vez que lo hacía, Mauro azuzaba a Enzo con más ahínco para que no se desquitara con la chica. A Alessandra solo le bastó una mirada para saber que Chiara Santorini jamás volvería a ser la misma si lograban salir de allí con vida. Dudaba que alguno de ellos pudiera. Aquella era una experiencia dantesca.

Y cuando Francesco le tendió el látigo para que uno de sus hijos golpeará a su propio hermano, se sintió más impotente que nunca. Las lágrimas espesas y calientes se deslizaron por sus mejillas sin que pudiera evitarlo con cada restallido del cuero contra la espalda desnuda del chico. Los verdugones no tardaron en salir, así como los gritos descarnados de un Mauro que no pudo soportar el dolor y tuvo que dejar el orgullo de lado.

—Ya casi estamos terminando, no te quejes tanto. ¿Sabías que tengo unos iguales? Ahora sí que será imposible distinguirnos, hermanito — soltó Enzo, con una normalidad sobrecogedora.

Aquello era inhumano...

Perdió la cuenta de los mordiscos del cuero que impactaron contra la espalda de Mauro. A aquellas alturas, ya no gritaba. Su cuerpo estaba flácido y su cabeza caía ladeada hacia un lado, demasiado débil para resistir aquella tortura.

El olor nauseabundo de la sangre estaba por todas partes. Enzo había amordazado a Chiara al ver que no dejaba de chillar de pura desesperación, intentando en vano salvar a Mauro.

Lo peor era la expresión de Francesco, quien la miraba directamente con esos ojos crueles que parecían querer susurrarle en la conciencia que era culpa suya, pues fue su elección.

Y llegó un punto en el que no pudo soportarlo más.

Sin pensar en lo que hacía, intervino. Solo quería que parara de golpearlo, si seguía así lo mataría...

—¡¡Basta ya!! Es suficiente, me cambio por él. Hazme sufrir a mí — clamó, desafiante. Podía soportar el dolor, lo haría por protegerlos.

A ella no la doblegarían.

De inmediato, Enzo se giró para consultarle a su padre. La sorpresa era notoria en sus ojos, como si no se esperara que Alessandra se sacrificara por los demás.

Francesco, en cambio, no perdió la sonrisa. Lentamente, se acercó a ella. El contacto de su mano acariciando su mejilla sedosa asqueó a la Grimaldi. Su mirada era fuego y él se echó a reír.

—Tengo otros planes para ti, pequeña. Enzo, llévala a una habitación más cómoda para que le llevemos su regalito — indicó.

Aunque la incertidumbre la dominaba, no se permitió el lujo de mostrarle su desconcierto. Caería como Emilio, como una reina.

—¿Qué vas a hacer con ella? — quiso saber Mauro, con las pocas fuerzas que le quedaban. Estaba luchando por no perder la conciencia y eso hablaba de su fortaleza.

—Me han dicho que es una extraordinaria guerrera, veamos cómo se desenvuelve con algunos de nuestros mejores hombres. Si los vence, os dejaremos marchar. ¿Qué dices, Alessandra?

Ella rio. Aquello era otro de sus juegos. Todos sabían que nunca los dejaría salir de aquellos túneles con vida. Pero disfrutaba dándoles esperanzas para luego cortarlas de cuajo.

—Lo haré — dijo, levantando la barbilla con altivez. Si pensaba que iba a acobardarse lo llevaba claro.

Si tenía que pelear por su vida y la de sus seres queridos, lo haría encantada. Con cuántos hombres tendría que enfrentarse era irrelevante. Estaba entrenada para el combate y conocía sus habilidades, solo tenía que ser más rápida y más lista que ellos.

—No les hagáis daño — advirtió, dejando que Enzo le quitara las cadenas de nuevo.

—Tranquila, de momento nos interesas tú. Pero no hagas tonterías, te vamos a estar observando — apostilló Enzo, señalando las cámaras que tenían instaladas por cada rincón. Le vendó los ojos y la sacó a rastras, todavía esposada.

Habría querido dedicarles una mirada de aliento, decirles que todo estaría bien, pero no se lo permitieron. Y se dijo a sí misma que no haría falta, volvería a verlos.

Tuvo que andar a ciegas, poniendo cuidado en dónde pisaba para no volver a caer en otra de las malditas trampas. Enzo tampoco era especialmente delicado y la arrastraba sin miramientos.

En una ocasión intentó atacarlo dándole un cabezazo, pero él era demasiado rápido y ágil y la esquivó. A cambio, la sujetó por el cuello y la acorraló contra la pared. Presionó un cuchillo contra su garganta con saña y ella se revolvió a ciegas, como una leona.

—Nunca vuelvas a hacer eso o te mataré. Me da igual lo que diga mi padre — le soltó, entreteniéndose unos segundos de más con el cuchillo en la piel sensible de su cuello.

Cuando finalmente la liberó, se mentalizó para lo que quiera que la estuviera esperando allí donde la llevaba. Apostaba todo lo que tenía a que no sería agradable.

Enzo la empujó a una habitación más amplia que parecía una mazmorra, quitándole la venda de malos modos. A su alrededor, unas antorchas iluminaban la estancia umbría y castigada por el paso del tiempo. Su sangre se congeló al notar que era una cripta.

—Enseguida irán entrando, no te pongas demasiado cómoda — se mofó y solo entonces se dio cuenta de que le había quitado las esposas. Quiso arremeter pero fue demasiado tarde, la puerta se cerró con estrépito.

Un pequeño cuchillo reposaba en el suelo y lo cogió. Esa sería su única arma, pero con ella y su mente bastaría. Saldría de aquel agujero costara lo que costara.

Las lecciones de Carlos vinieron a su mente y cerró los ojos, agudizando los sentidos y esperando su momento. Como había dicho Enzo, no tardarían en entrar y ella los estaría aguardando. Pero primero tenía que dejar salir a una Alessandra que llevaba tiempo dormida en su interior. La más letal e implacable y la que los conduciría directamente a la libertad.

—¡Joder, una rata!

El quejido de Demetrio provocó que Carlos pusiera los ojos en blanco.

—Acabamos de entrar en unas jodidas catacumbas llenas de huesos y tú te quejas de las ratas. Eres increíble — bufó. Pero el maldito pelirrojo se lo tomó como un cumplido y le dio las gracias.

Lo dejó por imposible y siguió avanzando, liderando la comitiva.

Los cócteles molotov de Fabrizio habían sido de lo más eficaces a la hora de entrar. Sin embargo, recelaba de tanta calma.

Era imposible que no los hubieran oído desde dentro, especialmente siendo Francesco un tipo tan astuto.

—¿Por qué cojones está todo tan tranquilo? — preguntó Angelo, dando voz a sus pensamientos.

—Creía que eran solo cosas mías, pero ya veo que no — secundó Thiago, exprimiéndose el cerebro para ponerse en la piel de Francesco por un momento.

—O está demasiado ocupado con sus prisioneros como para darse cuenta, o es una trampa — lo simplificó Carlos, el brazo con que sujetaba su ametralladora más tenso que nunca.

—¿Y qué hacemos? — preguntó Sandro, mirando alrededor con gesto aprensivo.

Aquel lugar daba mala espina. Usaron antorchas para combatir la oscuridad que reinaba en las galerías, pero aun así había algo raro flotando en el ambiente. Quizá fueran los muertos, que habían visto profanado su descanso y los maldecían.

—Seguimos. Me da igual si es una trampa, de aquí no nos vamos sin rescatarlos a todos con vida. Además, estamos preparados para luchar, ¿Enrico se ha comunicado? — inquirió, apretando cada vez más el paso.

—Sí, se están movilizando hacia aquí. Espero que no se pierda la señal, porque esto parece un laberinto — protestó Bruno, molesto.

Catarina y Stella iban cogidas de la mano. Se habían empeñado en acompañarlos y Bruno accedió con la condición de que no se separaran de ellos. Estaban acojonadas con aquel lugar.

—Bien, yo iré delante en todo momento. Sospecho que podría haber trampas disuasorias para visitantes no deseados — comentó, curvando los labios hacia arriba.

Tal vez Fancesco pensaba que podría conducirlos directamente al matadero, pero se equivocaba. Él estaba entrenado para situaciones de alto riesgo como aquella e identificar un puñado de triquiñuelas sería como un juego de niños para él.

Un grito resonó a través de la distancia, cortando en seco la réplica de Angelo.

—Es Alessandra — confirmó, frenando a Marcello por el pecho cuando trató de correr en la dirección del sonido—. Yo iré delante, si es seguro os avisaré por el intercomunicador. Manteneos juntos, Demetrio está al mando en mi ausencia.

Alessandra estaba bañada en sangre de pies a cabeza. Una ira primitiva y salvaje, como no había sentido jamás en su vida, la consumía. Respiraba como una bestia y el sudor se pegaba a su cuerpo como una segunda piel después de haber acabado con tantos enemigos que había perdido la cuenta.

Los cadáveres se apilaban a sus pies y una sonrisa sádica se dibujó en sus labios al admirar su trabajo. Carlos estaría orgulloso.

La pelea había sido reñida y brutal, sin embargo se las ingenió para salir victoriosa. Había podido con todos, pero todavía no tenía suficiente. Quería

más cuerpos con los que desfogarse. Se sentía invencible, poderosa... enloquecida de deseos de venganza.

Y sabía lo que quería.

—¡¡Enzo!! Ven aquí, cobarde, pelea conmigo. ¿No dices que eres una máquina de matar? Pues demuéstalo — chilló, descontrolada.

Como era de esperar, solo obtuvo el silencio por respuesta. Enzo no era un cobarde, pero sí demasiado inteligente como para caer en esa provocación.

Sabía que Alessandra era peligrosa y haría lo que fuera con tal de escapar ahora que la había liberado.

Golpeó los barrotes de la celda, asumiendo que de momento le tocaba esperar. Pero en cuanto viera una mínima oportunidad, la aprovecharía. Podía ser su único pasaje de vuelta con su familia. Y con él.

Siempre con él.



Carlos tenía que reconocer que las trampas estaban bien elaboradas y meticulosamente ocultas. Sin embargo, nada que le supusiera demasiada dificultad.

Fue atravesándolas una a una e informando a sus compañeros de dónde se encontraban. No quería contratiempos.

Había avanzado un trecho considerable y ni rastro de sus enemigos. Ni siquiera un solo Diabolo.

Eso confirmaba sus sospechas. Francesco los estaba esperando. Y muy pronto iban a encontrarse frente a frente.

—Suelta a los perros, Massimo — le pidió al menor de los hermanos Salvatore. Los animales estaban inquietos y enseguida empezaron a olisquear y a correr, frenéticos.

Sabía que serían los primeros en oler la sangre y los llevarían derechos hasta Francesco.

—Parece que ya lo tienen — comentó Fabrizio, entre carcajadas. Estaba impaciente por derramar sangre, pero no tanto como Carlos.

Le hizo una seña a Massimo para que volviera a ponerles el collar. No podían arriesgarse a que se asustaran y salieran despavoridos si las cosas se ponían feas. Eran rottweilers de pura raza y se comerían vivos a esos bastardos si se lo ordenaban.

—Déjame ir delante contigo — le dijo Angelo, a través del intercomunicador. Apenas si distinguía su espalda en la lejanía de lo deprisa que avanzaba, siguiendo el camino que habían tomado los animales.

—No, demasiado arriesgado. Después de mí eres el mejor luchador, les serás más útil a ellos.

—¡Maldita sea, odio las arañas! — oyeron protestar nuevamente a Demetrio a lo lejos.

Carlos se rio. Si algún día entendía cómo el muy quejica había llegado a ser sicario, más valía que le dieran una medalla.

La sonrisa murió en sus labios cuando divisó la primera bifurcación. A la izquierda el camino seguía, mientras que a la derecha había una especie de mausoleo que, a juzgar por sus dimensiones, debía de haber pertenecido a alguien importante. Unas escaleras de caracol asomaban desde dentro, como una invitación para que se adentrara en sus profundidades.

Su instinto le dijo que debía entrar, así que no se lo pensó y tras mandar a los demás a investigar la otra dirección, reventó el candado de un tiro y profanó aquel lugar sagrado. Si es que no lo estaba ya.

Supo que había dado en el clavo en cuanto unos gritos amortiguados le llegaron desde aquel laberinto abisal. En aquella ocasión, eran de Chiara.

Se apresuró, corriendo con el arma a punto. El más mínimo movimiento y dispararía a bocajarro.

—¡Hijos de perra, nos estaban esperando! — escuchó maldecir a Angelo, profiriendo insultos en italiano. Supo así que había hecho bien en desviarse, pues mientras los demás se deshacían de los mercenarios de Francesco perderían un tiempo precioso que él pensaba aprovechar con creces.

Confiaba en las habilidades de sus compañeros, pero no pudo evitar preguntarse si ese cerdo de Francesco no habría previsto que él acudiría por su cuenta.

Fuera como fuese, estaba preparado para cualquier sorpresa.

Las escaleras parecían interminables, pero cuando al fin acabó de descender se encontró frente a tres panteones cerrados.

—Venga Carlos, escoge a cuál de todos tus amigos vas a salvar. Pero solo tendrás una oportunidad, en cuanto abras una celda Enzo disparará.

Esa voz...

Carlos se giró en todas direcciones, tenso como el arco de un violín. Su voz había resonado demasiado cerca, pero no lograba encontrarlo. Probablemente estuviera amparado en la oscuridad como una sombra.

—¿Dónde estás, hijo de puta? Da la cara — gritó y su voz reverberó como un trueno. Quería que Alessandra lo escuchara y diera señales de vida, necesitaba saber ya dónde se encontraba.

—¿La estás buscando? Ella no está aquí, mi hijo se ha encargado de mantenerla ocupada.

Su tono burlón y las palabras que salieron de su boca acabaron por hacer que perdiera el escaso autocontrol que le quedaba.

—Dime dónde está o te prometo que te desollaré vivo delante de tu hijo — gruñó, cerrando el puño libre.

Francesco se rio.

—Me gustabas porque eras frío como un témpano de hielo. ¿Qué te ha pasado, Carlos?

Estaba firmando su sentencia de muerte...

—Que no soy un monstruo como tú — contestó y, veloz como el pensamiento, ahora que ya había hecho un cálculo aproximado de dónde se encontraba gracias a que se había encargado de darle conversación, disparó a la oscuridad.

El tiro impactó en la pared, justo como él quería y contó cinco segundos — tiempo suficiente para que Francesco se moviera buscando ponerse a salvo — antes de volver a la carga.

Aquella vez sí le dio, lo supo por el quejido que emitió. Una sonrisa oscura adornó sus labios. Había subestimado su puntería. Primer error.

—¡Carlos! — oyó la voz de Matteo y su corazón dio un vuelco. Provenía de la tercera celda.

Disparó al candado y la puerta se abrió. No tenía tiempo que perder. Francesco había caído al suelo, probablemente porque le dio en la pierna, pero no podía confiarse.

—Salid, vamos. Liberad a Mauro y Chiara, al final del mausoleo hay un camino a la derecha. Os encontraréis con los demás. Yo tengo que ir a por mi mujer y llevarle un regalito — gruñó, subiendo las escaleras en busca de Francesco.

—¡Carlos cuidado! — advirtió Benedetta, asomada desde la puerta y sin atreverse a salir con su hijo por miedo a quedar en medio de un fuego cruzado.

El mexicano reaccionó deprisa, agachándose con una rapidez de reflejos increíble y saltando de tres en tres los escalones para llegar a Francesco antes de que volviera a disparar.

Lo logró justo a tiempo, desviando la trayectoria del segundo disparo con una patada a la pistola, que cayó rodando peldaños abajo.

Aprovechando su desconcierto, le propinó un cabezazo salvaje y presionó en la herida abierta de su pierna, haciéndolo aullar de dolor. Aun así, intentó clavarle los dedos en los ojos, pero Carlos se revolvió y le estrelló la cabeza contra la pared. La máscara que ocultaba su cara se rompió debido al brutal impacto y por fin pudo verlo tal cual era.

El tejido quemado de su piel le daba un aspecto todavía más monstruoso, pero eso era lo de menos porque nada se comparaba con la podredumbre de su interior. Y eso Carlos lo sabía mejor que nadie, pues tenía el cuerpo plagado de cicatrices.

—¡Corre Benedetta! — instó, presionando su garganta con el antebrazo y colocándole la pistola en la sien. Todavía lo necesitaba con vida para encontrar a su mujer, eliminar a Enzo y salir de allí.

Francesco se echó a reír con carcajadas dementes al ver escapar a la joven con el pequeño Matteo, a quien tuvo que llevarse en brazos porque quería ir a ayudar a Carlos. Este sonrió con orgullo por la valentía del niño.

—¿De verdad crees que vas a salir de aquí con vida, Carlos? —Se mofó, con malicia.

Algo más tenía planeado.

Le tomó todo lo que tenía controlarse para no arrancarle el corazón con sus propias manos.

—¿Dónde está Alessandra? — clamó, comenzando a sentir la ira calentándole las venas.

—Allí la tienes.

Francesco estaba disfrutando con aquello. Y cuando Carlos alzó la mirada y vio a Enzo bajar con su mujer a punta de pistola, sintió que colapsaría.

Ella estaba cubierta de sangre de pies a cabeza y al principio eso lo alarmó. Hasta que pronto vio que la mayor parte no era suya, excepto cortes superficiales en brazos y piernas y una herida en la pantorrilla, cuyos cortes afilados parecían producidos por un cepo.

Apretó los dientes, encañonando con más fiereza a Francesco.

—Suelta la pistola si quieres que tu Alessandra viva — lo amenazó Enzo, al que él antes había conocido como Sombra. Ese maldito lo había engañado muy bien. Ahora lo reconocía del enfrentamiento en casa del viejo Caprisi, fue él.

—Suéltala tú y no mataré a tu padre — replicó, con el mismo brío. Estaban en una encrucijada juntos y no pensaba soltar a su único as en la manga porque sabía perfectamente que hacerlo sería firmar su sentencia de muerte.

—Yo creo que no. Te conviene ver esto — apostilló Enzo, tirándole un móvil con habilidad. Él lo atrapó al vuelo con la mano izquierda y reprodujo el vídeo que se estaba transmitiendo en directo desde una IP anónima en el servidor.

En cuanto reconoció la plaza de San Marcos todas sus alarmas se activaron.

Estaba atestada de gente riendo y bailando mientras celebraba el último día del carnaval. De repente, la cámara se acercaba sospechosamente para enfocar la estatua del león alado. Luego, un hombre disfrazado de doctor de la peste empezaba a hablar.

—La bomba está lista señor, activamos la cuenta atrás. Pronto todo el mundo volará en pedazos.

Y con una risa estridente y rebosante de maldad, se interrumpía la conexión ante la mirada satisfecha de Francesco.

—¿Qué dices ahora, Carlos? ¿Vas a dejar que todo el mundo muera por salvar a una mujer? — lo provocó Enzo.

A lo que el aludido sonrió, indolente.

—No es cualquier mujer. Es *mi* mujer —recalcó, dando a entender que no le importaba.

—¡No Carlos, no por mí! —suplicó Alessandra, impactada. ¿Cómo iba a cargar con tantas muertes en su conciencia solo para que ella pudiera seguir respirando? Prefería morir.

—Te prometí que pondría a arder el mundo por ti, *diavolessa*. ¿No lo recuerdas? — soltó, firme.

Francesco empezó a sudar, sintiéndose acorralado. Se había equivocado con Carlos.

—Basta de charla, padre. Déjame matarla y acabemos con esto, por la causa — soltó Enzo, decidido. Pero claro, Francesco no estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo. No era como su hijo.

Y eso no le gustó al chico.

—¿Padre?

Se estaba poniendo nervioso.

—Es un cobarde Enzo, ¿vas a permitir que lo estropee todo? — lo azuzó Alessandra, reconociendo que aquella era su única oportunidad. Enzo temblaba de ira. Se estaba desequilibrando y eso era bueno.

—Mata a Carlos Enzo — ordenó su padre, con terror en la voz. Un terror que causó una inmensa satisfacción en Alessandra.

Cuánto había deseado que aquel momento llegara.

Carlos no movió ni un músculo, sino que se mantuvo imperturbable.

Antes de que Enzo pudiera reaccionar, la figura de Mauro salió de la nada — Benedetta había abierto la puerta de su celda y aprovechando un descuido había subido hasta el mausoleo, esperando su oportunidad para atacar a Enzo — y se lanzó contra su hermano, quien no se lo esperaba y cayó al suelo.

Alessandra aprovechó la oportunidad para escapar y corrió hasta ellos dispuesta a acabar con Francesco. Pero un Diablo rojo salió de la nada y golpeó a Carlos por la espalda, obligándolo a soltar a su jefe.

—¡No! — chilló Alessandra, lanzándose a un lado en el último momento para esquivar la bala que iba directa a su cabeza.

Enzo y Mauro peleaban como bestias y aunque el primero era muy superior en combate, su gemelo estaba dando guerra.

Los sesos del sicario salieron disparados cuando Angelo Salvatore le encajó un tiro en la cabeza.

—¿Me echabas de menos, *amore*? — soltó, con su habitual talante provocador, antes de lanzarle su Glock para que se defendiera.

Marcello llegó enseguida y se lanzó directo a los brazos de su hermana. Había pasado un miedo indescriptible, creyendo que nunca más volvería a verla.

—¿Estás bien? Dime que sí, por favor —suplicó, besándola y abrazándola con desesperación. Ella asintió, aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—Sí, estoy bien. Pero tenemos que darnos prisa, Marcello. Ese loco va a volar la plaza mayor en plenas celebraciones — lo puso al tanto, desesperada.

—Enrico se ha ocupado de eso, recibieron una llamada anónima alertando a los artificieros —indicó Thiago, dejándola sorprendida.

Francesco maldijo, intentando escapar aprovechando la distracción sin preocuparse siquiera por socorrer a su hijo.

—Ni hablar, cabrón — soltó ella, disparándole hasta tres veces en brazos y piernas.

Los bramidos descarnados que emitió fueron música para sus oídos y sonrió, contenta de ver que Carlos volvía en sí justo a tiempo para el espectáculo.

—¿Quedan más sicarios? — preguntó, para asegurarse.

—Los demás están en retaguardia, encargándose — informó Angelo, con una sonrisa de seguridad.

Carlos asintió y fue a echarle una mano a Mauro, quien ya no podía más. Enzo lo estaba golpeando sin piedad.

—No lo mates sin mí, *diavolessa* — indicó, refiriéndose a Francesco.

—¡Chiara, ya puedes salir, ven! — llamó ella a la joven, a quien Marcello ayudó. Ella tenía derecho a ver cómo torturaba a ese malnacido, por lo que le había hecho a su padre.

Francesco chillaba como un animal al que conducían al matadero, intentando arrastrarse por el suelo como la alimaña que era. El impacto de bala le había volado una mano y un pie. Alessandra le puso el pie desnudo sobre la tráquea, saboreando su miedo como el más adictivo de los éxtasis.

Chiara apenas podía mantenerse en pie y se debía más al shock de las experiencias vividas que a un daño físico. Aunque Alessandra temía lo que podría haberle hecho Enzo en el tiempo que estuvo con ella a solas.

Aun así, se las arregló para sostener la pistola que le tendió Angelo y avanzó, decidida.

Marcello sostuvo a Mauro, quien a duras penas podía mantener la consciencia.

Entretanto, una pelea encarnizada estaba teniendo lugar entre Enzo y Carlos. Una pelea que por el momento estaba siendo pareja.

—Por mi padre.

Alessandra le disparó en la otra mano, provocando que el muñón volara por los aires ante los gritos agónicos de Francesco. Música para los oídos de la Grimaldi.

Chiara abrió los ojos, horrorizada.

Alessandra siguió con su cuenta atrás.

—Por nuestra madre — anunció, esta vez mirando a Marcello, quien le disparó a la otra pierna sin el menor rastro de vacilación en la expresión.

—Por Phillippo —continuó Alessandra, dándole un asentimiento a Benedetta, que estaba llorando.

Disparó en el estómago de Francesco, que a aquellas alturas era un desastre ensangrentado y se mantenía consciente a duras penas. Aun así, no suplicó clemencia. Solo se reía, orgulloso de sus actos y de lo lejos que había llegado.

—Por mi madre, Isabella Ricci y por Ofelia — siguió Catarina, disparándole en el hombro.

Oyeron los rugidos de Enzo, luchando contra Carlos con todo lo que tenía para socorrer a su padre. Pero este no le daba tregua. Le dio una patada que

impactó en su rostro y se lanzó directo a su yugular, pero Enzo era rápido y lo repelió con un puñetazo que dio en su sien.

Rodaron por el suelo, bramando como animales.

—Por Donna, tú la corrompiste —. Bruno y Thiago se situaron juntos frente a aquel monstruo y dispararon en su pecho.

El tiempo se acababa, así que Alessandra continuó de inmediato.

—Por Emilio, el *Capo di tutti capo* — soltó, escupiendo en su cara.

Y disparó en su entrepierna.

—Repite conmigo: nunca fuiste nadie en vida y morirás siendo nadie, solo un asesino demente que destrozó muchas vidas. Y ten por seguro que ni en el infierno descansarás por tus pecados, nadie te recordará, Francesco Ventura...bastardo — saboreó la última palabra, presionando con sus dedos la herida abierta en su pecho hasta embadurnarse las manos por completo.

Hasta que expiró su último aliento, con un rictus de rabia e impotencia en el rostro que le dio la victoria a Alessandra.

Una victoria que no pudo saborear plenamente, pues se giró a contemplar la violenta pelea que estaba teniendo lugar a pocos metros.

Carlos lanzó el cuerpo de Enzo contra la pared, que se agrietó por el brutal impacto. Luego se abalanzó con intenciones de estrellarle la cabeza contra la misma, pero este le plantó los dos pies en el pecho.

Los dos cargaron hacia delante, bramando como animales, y se asieron por el cuello, apretando en un agarre mortal.

Enzo se había llevado la peor parte de la pelea, pues Carlos era mucho más fuerte, pero estaba mostrando una resistencia mayor a lo esperable. Alessandra se inquietó.

Hasta que el mexicano le asestó un cabezazo que lo obligó a aflojar el agarre. Se situó a horcajadas sobre él y empezó a pegarle puñetazos sin

control, hasta que estuvo a punto de perder el sentido.

Entonces Demetrio le lanzó su cuchillo y Alessandra acudió junto a él.

—Lo haremos juntos, *diavolessa* — invitó, extendiendo el mango para ella, que sonrió emocionada.

Tomó el cuchillo y él puso su mano sobre la de ella, indicándole dónde tenía que cortar.

El calor del momento impidió que se dieran cuenta de que Enzo se hacía con la pistola que la joven llevaba colgada del cinto y en un movimiento rápido y sorpresivo le disparaba a Carlos en el pecho.

Todo sucedió a cámara lenta. El soldado se llevó las manos a la zona herida, con los ojos ligeramente abiertos por la sorpresa genuina que lo invadió, mientras Alessandra soltaba un grito desgarrador que ponía los pelos de punta y, en un acto reflejo, para que Enzo no volviera a disparar, bajó el cuchillo hasta rasgar sus tripas de lado a lado.

Todavía podía sentir la mano caliente de Carlos, guiando sus movimientos antes de caer hacia atrás. Perdía demasiada sangre.

Alessandra se quitó de encima el cadáver caliente de Enzo y corrió a socorrer a su hombre, sintiendo que se volvería loca de angustia. Estaba tan pálido y había tanta sangre...

—La ambulancia ya viene, Alessandra. Un helicóptero está sobrevolando la zona, tienes que dejar que se ocupen — oyó que le decía Marcello, entre la neblina caótica que inundaba su mente.

No podía ser. Habían vencido a sus enemigos, él tenía que levantarse. Era el hombre más fiero y fuerte que había conocido, ¡tenía que estar bien!

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que llegó la ayuda, solo que no permitió que nadie la separara de su soldado.

A pesar de las heridas y el cansancio, no permitió que la atendieran hasta que no se ocuparan de él primero.

Una chispa de reconocimiento floreció en sus pupilas y convulsionó, ardiendo en fiebre.

—No...no lo dejéis morir, por favor...— fue todo lo que atinó a decir mientras le suministraban un calmante para sacarlos a los dos de ahí en camilla.

Marcello no se separó de su lado, con el corazón encogido y el shock de lo que acababan de vivir impreso en su sistema. Sabía que lo despertaría en pesadillas durante el resto de su vida.

Pero al menos ellos habían sobrevivido para contarlo. Habían sobrevivido al juego del asesino.

Solo esperaba que Carlos resistiera. Estaba en deuda con él por salvar a su hermana.

Qué equivocado había estado, claro que era para ella.

Era el peón capaz de conquistar a la reina. Y juntos habían demostrado ser capaces de poner en jaque al mundo.

—Varón de veinticuatro años, herida de bala en el pecho. Necesita cirugía, ya.

Esas palabras se le habían quedado grabadas a Alessandra.

Despertó a la mañana siguiente, sobresaltada. Le costó mucho levantarse y todavía más lograr centrarse y recordar todo lo acontecido, pero al final lo logró. Habían limpiado y vendado la herida de su pierna mientras ella dormía, para eliminar los rastros de sangre.

Se sintió mejor físicamente, pero su mente era un hervidero que no se calmaría hasta que no viera a Carlos. Sabía que él saldría adelante, porque no podía ser de otra manera tratándose de un guerrero como él. Pero le preocupaba cómo estaría, si despertaba y no la encontraba después de lo que habían pasado...

Con mucho esfuerzo se arrancó las vías de las manos, provocando que brotara un hilo de sangre y bajó de la cama, acomodándose la bata de hospital.

Ni siquiera sabía en qué habitación lo tenían, pero no le importaba. Lo buscaría por todo el hospital si era preciso.

No hizo falta, porque en la puerta se topó con Marcello y Enrico, quienes sostenían un vaso de café cada uno. A su espalda, en la sala de espera, estaban también Bruno, Thiago y Demetrio.

Sonrió débilmente al verlos. Le alegraba que estuvieran bien después de la pesadilla vivida.

—Alessandra, ¿qué haces fuera de la cama? Necesitas reposo — alegó Marcello, preocupado, intentando ponerle una mano en el hombro para guiarla de vuelta a la habitación. Pero ella se deshizo de su contacto, impaciente.

—No Marcello, quiero verlo. Llévame con él — dijo, firme. Dejó que su mirada le transmitiera que estaba decidida y no se daría por vencida hasta estar con su hombre —. Por favor — se obligó a añadir, sintiendo la boca seca. Tenía mucha sed.

—Está bien — Marcello cedió, soltando un suspiro resignado. —Vamos.

Sonrió, siguiéndolo por el corredor tras dedicarles una sonrisa breve a los demás. Luego hablaría con ellos.

—Te advierto que...está fuertemente restringido y sedado —. Al ver la alarma en los ojos de su hermano, Marcello se apresuró a explicarse — anoche se despertó tras la operación y se volvió loco, Alessandra. No dejaba de gritar tu nombre y que quería verte. Pero estaba demasiado débil, así que no lo dejaron. Perdió la cabeza, noqueó a tres enfermeros y destrozó toda la habitación antes de que consiguieran reducirlo. Deberías haberlo visto, el personal está acojonado...— explicó, parpadeando algo confundido al verla sonreír.

—Quería verme...

—Sí, pero ¿no has escuchado todo lo demás? — inquirió, atónito.

Se sorprendió cuando ella lo abrazó, contenta.

—Eso no importa, Marcello. ¡Está vivo! Voy a casarme con ese hombre — clamó, dejándolo de piedra.

—Ahora empiezo a pensar que eres tú la que ha perdido la cabeza, hermana.

Ella se echó a reír. Si se lo hubieran dicho hacía solo unos meses, habría pensado lo mismo. Pero ya no.

Estaba segura de sus sentimientos, aunque también la aterraban por ser algo nuevo para ella. Y lo que más miedo le daba era que sabía que Carlos no podía corresponderla, porque no sabía amar. Pero la necesitaba, la protegía

y la cuidaba...con eso bastaba. Además, quién no le decía que en el futuro lograba confiar en ella lo suficiente como para desarrollar lazos más fuertes.

Valía la pena intentarlo.

—Estaré fuera por si me necesitas — dijo Marcello, en cuanto llegaron a la habitación. Nada más abrir la puerta comprobó que su hermano no exageraba. Los sanitarios habían hecho lo que pudieron, pero estaba hecha un desastre.

—Gracias — musitó, acercándose al hombre que yacía sedado en la cama, con las manos esposadas a los lados de la misma por precaución.

Le acarició la áspera barba de la mejilla, tragando saliva.

—Hola soldado, sabía que sobrevivirías. Eres duro de matar — bromeó, para ocultar esa molesta vulnerabilidad que era desconocida para ella y que la desarmaba —. Estoy aquí, no me iré a ninguna parte — prometió, acariciando cada centímetro de su cuerpo.

Se pasó horas allí con él, hablándole. Sabía que podía escucharla.

Enrico entró al poco, para interesarse por el estado de ambos. Y Alessandra le dio las gracias de corazón por su ayuda.

—Sin ti no habríamos salido de allí, enviaste la ayuda aérea y movilizaste a los artificieros — dijo, separándose de su abrazo con una sonrisa.

¿Quién iba a pensar que le tomaría tanto aprecio luego de tantas veces en que lo había maldecido cuando pensaba que era Luca? Quien, por cierto, había descubierto que había muerto en un tiroteo con una mafia rival. Así lo supo Enrico y aprovechó para suplantarle, pues el joven mafioso había pasado tiempo fuera del país y nadie lo reconocería, además eran físicamente parecidos.

—Solo hice mi trabajo — le restó importancia el agente, con humildad. Pero luego le dijo algo que la sorprendió —. Pero todo fue gracias a la llamada anónima que recibimos para darnos el aviso.

—¿Cómo? ¿No fue cosa tuya?

—No — rebatió, haciendo que frunciera el ceño.

—¿Entonces quién...?

No pudo decir más, porque en ese momento una figura vestida toda de oscuro se abrió paso en la estancia pese a las protestas de Marcello.

Alessandra se tensó, lista para pelear con el intruso si hacía falta. Hasta que vio su cara. Y se quedó de piedra.

Era Carlos, pero en una versión más adulta y elegante.

Tenía su mismo pelo negro azabache, los ojos castaños y duros y una barba considerablemente más poblada. Su cuerpo era un poco más musculoso y sus modales más refinados. Además de una sonrisa misteriosa idéntica a la de su hermano.

Alessandra sonrió, entendiendo que la llamada había sido cosa suya.

—¿Tú eres...? —Calló, cohibida. Su presencia infundía respeto.

—Theo — se presentó, extendiéndole una mano llena de tatuajes muy similares a los de Carlos. Su apretón era cálido y firme, su expresión era más legible que la de su hermano menor y le pareció que se alegraba de conocerla.

—Alessandra — correspondió a su saludo, algo timorata. Tenía muchas preguntas, pero no quería ser maleducada —. Tranquilo Marcello, estaremos bien — calmó a su hermano, que se relajó y con un asentimiento cerró la puerta tras de sí.

Enrico también se retiró, satisfecho. Su papel allí había acabado. Todavía tenía que coger a los dos hermanos Greco, pues esos miserables habían logrado salir del país y estaban en busca y captura.

—Si necesitáis algo, sabéis cómo encontrarme — se despidió.

—Gracias por todo, Enrico — dijo Alessandra, sentándose con Theo en las sillas contiguas a la cama donde descansaba Carlos.

—Bueno, creo que tendrás muchas preguntas y es natural. Así que adelante — enunció él, perspicaz.

Alessandra se admiró. Era tan bueno leyendo a las personas como su hermano.

—¿Cómo supiste lo que estaba pasando? ¿Carlos te avisó? — quiso saber, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—No, fue Demetrio —arguyó él, dejándola estupefacta y maravillada al mismo tiempo. Se recordó salir ahí fuera más tarde y darle un abrazo al pelirrojo. Theo había sido crucial en aquella locura.

—Me alegra que estés aquí — vaciló, le daba vergüenza lo que estaba a punto de pedirle pero su mirada afable le dio valor. Por alguna razón, ese hombre le inspiraba confianza—. ¿Podrías...hablarme un poco de Carlos? Me gustaría saber más de él. Es tan misterioso y reservado...

Theo se rio, dándole la razón.

—Te diré todo lo que sé y me corresponde — aseguró, apretando sus manos con gentileza. Se sintió reconfortada de inmediato—. No hace mucho que le encontré, pues pasé muchos años en busca de su paradero. Nos separaron de pequeños, cuando él nació...mi madre lo abandonó en un contenedor de basura y...solo puedo decirte que su infancia y adolescencia fueron un infierno. De eso te hablará el algún día, si está preparado. Pero de cómo nos encontramos...sí puedo hablarte, solo que es una larga historia — la previno, con la voz algo más ronca y tensa.

A Alessandra se le encogió el corazón por sus palabras. Ya conocía esa parte de la historia, pero era tan cruel que dolía. Carlos había vivido un auténtico infierno y lo que más la aterraba era lo que todavía no sabía. No podía culparlo si no quería hablar de ello.

Recordó las palabras del médico cuando entró a supervisarlo y ella lo interrogó.

«Él no está bien, señorita Grimaldi. Estaba fuera de sí cuando despertó, creyó que éramos enemigos que iban a atacarlo. Su fuerza...nunca había visto algo igual y menos estando tan herido. Vimos sus cicatrices y...le daré un consejo que espero no tome a mal, pero creo que a ese hombre le vendría bien visitar a un profesional que pueda ayudarlo. Por lo visto, ha sufrido muchos traumas en su vida. Piénselo».

Ella le aseguró que hablaría con él al respecto, pero que la decisión era solo suya. Si Carlos no quería ir a terapia, debía respetarlo.

El asunto de sus cicatrices seguía dándole vueltas en la cabeza. No solo por las palabras del doctor, sino por la expresión grave y tensa de Theo al hacer alusión al infierno que vivió y la reacción de Carlos cuando ella las tocó. Por no hablar de su obsesión con el dolor cada vez que mantenían sexo. Y una teoría terrible empezó a rondar por su cabeza.

Sintió ganas de vomitar, pero aun así se juró a sí misma que no tocaría ese tema con él a menos que se mostrara abierto a contarle su horrible pasado.

Por el momento, prefirió escuchar la historia que tenía para contarle Theo. Lo que fuera que pudiera saber de él, le bastaba.

—Te escucho.

En ningún momento, durante todo el relato, se soltaron las manos. Especialmente cuando vino la peor parte.



Carlos estuvo tan irascible durante los días que tuvo que pasar en el hospital que tenía atemorizados a todos los médicos y enfermeras. Tanto así que evitaban entrar en su habitación salvo para lo justo e imprescindible.

Aunque Alessandra iba a visitarlo a diario – a veces incluso la acompañaban Marcello o Mauro – y se pasaba horas allí, odiaba estar en esa maldita cama sin poder moverse. Necesitaba salir de allí cuanto antes o se volvería loco.

Unos golpes resonaron en la puerta y gruñó, pensando que sería alguna enfermera para traerle el desayuno y comprobar que todo estuviera bien. Todas las mañanas lo mismo.

—¡No tengo hambre, lárgate! — bramó, antes de que alguien entrara.

Sin embargo, quienquiera que fuera, o tenía problemas auditivos o quería morir joven, porque hizo caso omiso y entró.

Él se tensó como una pantera; listo para atacar.

Y entonces...

—¿Así es como recibes a todas tus visitas? Normal que no haya nadie en la sala de espera.

La incredulidad lo inundó y alzó la vista para encontrarse con una figura que conocía bien...y que había echado de menos, aunque su orgullo le impidiera admitirlo.

—Theo — pronunció su nombre como si fuera un espejismo. ¿De verdad había ido a verlo?

Su hermano sonrió y dio unos pasos dentro de la estancia, hasta situarse a pocos metros de la cama. Y entonces atisbó a Alessandra ahí parada en el umbral y se dio cuenta, por la sonrisa cómplice que le estaba dedicando, de que ella ya había conocido a Theo.

Apretó la mandíbula para contenerse...por razones poco usuales. ¿Se estaba poniendo sentimental? ¿Él?

Debían ser las secuelas del disparo...

—El mismo, ¿te piensas quedar ahí como un pasmarote o vas a dejar que te dé un abrazo? — bromeó, tomándole el pelo.

Se rio, a su pesar.

—Anda ven aquí, sé que lo estás deseando — exclamó, con el mismo sarcasmo.

Lo cierto era que hasta que Theo no había aparecido allí no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba ese abrazo.

Y cuando ambos se fundieron en ese gesto fraternal, no pudo evitar dejarse llevar.

Theo lo estrechaba contra su cuerpo como si no quisiera separarse de él y lo entendió, porque le pasaba lo mismo. Habían sido demasiados años...

Al cabo de un rato, lo soltó y se sentó sobre un lado de la cama con cuidado. Lo estudiaba con atención y se puso a la defensiva.

—¿Qué?

—Tienes un aspecto horrible, ¿qué pasa? ¿No has estado durmiendo bien?
— lo interrogó. Ya empezaba...

—Theo...— intentó protestar, pero lo acalló.

—Nada de Theo, vamos duerme un rato. Tu mujer y yo no nos moveremos de aquí — le aseguró, a lo que Alessandra sonrió al oír la palabra. Su mujer...sonaba bien.

—No quiero dormir — protestó, dándole igual comportarse como un niño pequeño con una rabieta —. Quiero estar con vosotros...irme a casa. Paso de esta mierda de hospital — soltó, haciendo amago de levantarse.

Pero su hermano, que lo conocía bien, lo sujetó antes de que pudiera moverse.

Gruñó, forcejeando.

—He dicho que me largo.

—Estate quieto, tú no vas a ningún lado — le ordenó, provocando que empezara a enfadarse —. Soy tu hermano mayor y digo que no te vas hasta que estés totalmente recuperado, ¿te enteras?

Alessandra sonrió al verlos pelear. Tenían un carácter parecido, solo que Carlos era más temerario y explosivo.

Pero parecía que Theo sabía cómo controlarlo, porque acabó cediendo.

—Chúpamela — espetó, por puro orgullo.

Los dos se rieron a carcajadas, lo que pareció enrabietarlo más.

—Eso, venga, reiros de mí.

Se pasó al menos veinte minutos enfurruñado, tumbado de lado y fingiendo dormir. No podía, no quería despertarse y comprobar que todo había sido un sueño.

Entonces entró una enfermera a revisarlo y resopló, de mal talante.

—¿Cómo está el paciente? — oyó que preguntaba y, acallando la respuesta de Alessandra, soltó:

—¡Hasta los cojones! ¿Cuándo voy a poder irme de esta mierda de...?

—Ya lo ve —lo interrumpió Theo, con habilidad—. Encantador como siempre.

Le enseñó el dedo corazón.

—Vaya, es una lástima, porque le traía una visita...— dejó las palabras en el aire, acentuando un suspense que amenazó con desquiciarlo.

Logró incorporarse y se dio cuenta de que todos sonreían...hasta que un borrón de cabello castaño y sonrisa deslumbrante entró como un vendaval para echársele a los brazos.

Valentina.

—¡Papá! ¡Tenía muchas ganas de verte!

Sonrió y estrechó a la pequeña contra sí, sintiendo esa conexión tan especial que siempre lo embargaba cuando la tenía cerca. Era un sentimiento de protección y ternura que jamás había experimentado y que seguía poniéndolo nervioso, porque al ser nuevo para él no sabía cómo actuar.

Gimió levemente cuando la niña lo estrechó con demasiada fuerza y ella se alarmó, abriendo sus ojitos de par en par.

—¿Te duele mucho? Mamá me trajo el otro día con el tío Marcello y el tío Theo, pero estabas dormido —inquirió, acariciándole el pelo y jugando con sus mechones rebeldes. Lo había echado mucho de menos y también a Alessandra, pero los Moretti la habían tratado muy bien. Incluso el idiota de Fabio, que solo tenía tres años más que ella y disfrutaba haciéndola rabiar.

—El tío Theo, ¿eh? —repitió Carlos, paladeando lo bien que se sentía eso. Por un momento, los imaginó a todos juntos felices...su sobrina Ana María

y su cuñada Lisa.

Aunque sabía que no podía ser y que Theo tendría que marcharse pronto. Bastante se había arriesgado ya yendo allí por él.

—Estoy bien, preciosa. Soy duro como una roca...y tengo siete vidas — aseguró, intentando incorporarse. Theo lo ayudó.

Valentina seguía aferrada a su brazo como a un salvavidas y la estrechó contra sí, de manera que apoyara la cabeza en su hombro bueno.

—¡Ahora podemos ser una familia! ¿verdad mamá?

Alessandra no creía que hubiera nada mejor en el mundo que ese ángel llamándola mamá a ella. Y es que Valentina había logrado lo que antes creía imposible; despertar su instinto maternal.

La abrazó desde atrás, quedando los tres entrelazados ante la mirada enternecida de Marcello y un Theo que intentaba hacerse el duro, sin mucho éxito.

—Sí, princesa. Ahora que ya ha pasado el peligro, vivirás con nosotros y te adoptaremos formalmente — le aseguró la Grimaldi, sintiéndose más nostálgica que nunca pensando en lo felices que habrían sido sus padres de poder presenciar aquella estampa.

Angelo cumplió su palabra y le trajo las cenizas de Baldassare, que reposaban en el panteón familiar junto con los restos de Constanza.

Emilio y Donna estaban al lado. Fue difícil, pero al final los tres hermanos decidieron por unanimidad que independientemente de su traición, Donna descansaría junto al hombre que tanto amó en vida y que nunca pudo corresponderla del modo en que ella quería.

No necesitaban más rencor.

Estaban lo suficientemente consumidos después de que Thiago cumpliera su promesa y desterrara a Catarina, a quien consiguió una casa en Florencia.

Solo podría visitar a Stella y al bebé en territorio neutral, pues no quería volver a verla.

Por su parte, Stella y Bruno se casaron por lo civil, sin celebración alguna. Y Bruno se aseguró de dejar claro que todo lo hacía por el niño. Su rechazo destrozó a Stella, que apenas levantó cabeza tras tener que enterrar a su madre y despedirse de su prima.

Pero la que más preocupaba era Chiara. Lo que sucedió la traumatizó hasta el punto de que no podía estar en el mismo espacio que Mauro sin ponerse a gritar, confundiéndolo con su gemelo; Enzo. Ya estaba recibiendo ayuda psicológica.

Los cadáveres de Francesco y de Enzo fueron quemados en la plaza mayor junto con sus esbirros y todo el pueblo supo lo que trataban de hacer. Una advertencia para todo aquel que se atreviera a desafiarlos.

Valentina aplaudió, contenta.

—El tío Theo me ha dicho que hoy te dan el alta, papá. ¿Podemos tomar un chocolate caliente todos juntos? — sugirió, zalamera, besándolo en la mejilla.

Carlos miró a Alessandra en busca de ayuda, pero ella parecía dispuesta a complacer todos los caprichos de su pequeña. Y ni hablar del traidor de su hermano, que estaba sonriente.

—Supongo que sí —cedió, con una sonrisa tirando de sus comisuras.

—Te ayudaré a vestirme, ¿quieres esperar fuera con tío Theo, corazón? — le pidió a Valentina, guiñándole el ojo.

—¡Sii! — exclamó la pequeña, feliz —. Tío, ¿es verdad que tienes una hija? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama? ¿Podremos jugar juntas algún día? — le disparó las preguntas una tras otra, tomada de su mano.

Alessandra se rio y Carlos tuvo que imitarla, porque ahora era Theo el que les pedía ayuda con la mirada.

—Las preguntas de una en una, Valentina — indicó Alessandra, con porte risueño. Aquella niña iba a devolverles la felicidad perdida, apostaba todo lo que tenía.

Sin embargo, no podía engañarse. Venían tiempos difíciles.

No obstante, una cosa tenía clara; juntos eran capaces de superar cualquier adversidad.

—¿Sabes las ganas que tenía de que estuviéramos a solas, *diavolessa*? — gimió Carlos, pegado a su boca.

—Tu hija está ahí fuera, semental — bromeó, pero ya estaba bajándole los pantalones y palpando su erección.

Había cosas que nunca cambiaban.

EPÍLOGO

Un mes había transcurrido desde que vencieron a Francesco y a Enzo. Y muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Valentina ya era oficialmente una Grimaldi y la alegría que irradiaba era contagiosa. Sus risas y sus juegos llenaban de vida la mansión, al fin disfrutaba de la infancia que le había sido arrebatada.

De vez en cuando, le preguntaba a Maurizio y Sandro por su amigo Fabio – el hijo de la hermana de Maurizio, con quien la niña había establecido una estrecha relación durante su estancia allí – y Carlos gruñía un poco. Era un padre muy protector.

También preguntaba por su tío Theo, que tuvo que volver a México a los pocos días de que Carlos recibiera el alta.

Sin embargo, mantenían contacto paulatino y Carlos le prometió que acabarían pronto con el cártel para que él y su familia dejaran de esconderse. Era lo que más deseaba.

Giovanni Greco ingresó en una prisión de máxima seguridad y lograron dismantelar muchos de los garitos que poseía, donde se explotaba sexualmente a mujeres. Lamentablemente, la Interpol no había conseguido dar con el paradero de Andrea ni de Guido, por lo que no podían confiarse.

Corría el riesgo de que buscaran venganza por lo sucedido. Aunque Alessandra no lo creía, pues estarían demasiado ocupados siendo unos prófugos de la justicia.

El funeral de Emilio transcurrió con honores. Asistió toda la ciudad, para despedirse del hombre poderoso y magnífico al que muchos envidiaban y admiraban en secreto.

La alianza con la Camorra iba viento en popa. Angelo recibió Cerdeña y un cargamento con armas y drogas de la mejor calidad en compensación por su

ayuda, que fue vital. Y además, Alessandra los invitó al cumpleaños número doce de Valentina, que se celebraría aquella tarde después de la reunión con el Consejo de ancianos, donde se procedería a leer las últimas voluntades de Emilio y así decidir quién ostentaría su cargo de ahora en adelante.

—¿Estás lista? — preguntó Carlos, abrochándole la cremallera del vestido rojo pasión a su mujer y acariciando la zona sensible de su cuello con los labios.

Hacía poco que se había quitado el cabestrillo de la pierna, por lo que podría lucir tan imponente como siempre. En cuanto a él, todavía llevaba vendas en el pecho y le dolía la herida, pero nada que no pudiera soportar.

A fin de cuentas, ¿qué le hacía una raya más al tigre?

—Siempre lo estoy, *amore* — replicó, al más puro estilo Grimaldi, echando la cabeza hacia atrás para invitarlo a besar su cuello.

La complació, por supuesto.

—Esa es mi mujer — susurró y tras fundir sus labios con los de ella le tendió su mano para que salieran al jardín, donde los esperaban Thiago y Bruno.

Marcello había salido de compras con Valentina, para consentirla por el día de su cumpleaños. Su hermano adoraba a esa niña y a Alessandra se le inundaba de calidez el pecho cada vez que los veía.

No dejaba de pensar en el gran abuelo que habría sido Baldassare si estuviera con vida. Y ni hablar de Emilio, que la habría consentido hasta malcriarla.

Incluso Bruno y Thiago estaban embelesados con ella. Y no era para menos. Valentina era luz.

—¿Listos para patearles el culo a esos viejos del consejo? — saludó Thiago, nada más verlos salir por la puerta con el porte de dos faraones.

Una pareja que inspiraba miedo y respeto allá por donde pasaba.

—No veo la hora — replicó Alessandra, con el mismo tono de satisfacción.



Los seis ancianos tenían cara de haberse tragado un limón cuando vieron entrar a Alessandra Grimaldi del brazo de su guardaespaldas.

Aquello era una vergüenza para las tradiciones italianas. Si Ludovico Santorini estuviera vivo...

—Buenos días, caballeros —saludó ella, altiva y orgullosa como siempre.

Correspondieron al saludo con falsedad, provocando con sus miradas despectivas que Carlos tuviera que contenerse para no cortarles la lengua.

Tomaron asiento. Thiago y Bruno a la cabecera de la mesa y la pareja a ambos lados de los Santorini, mientras los seis se contentaban con puestos desperdigados. Algo a lo que tampoco estaban acostumbrados, pero lo harían si querían conservar sus vidas.

—Como saben, estamos aquí para leer las últimas voluntades de Emilio Santorini, hijo natural del Don de la Cosa Nostra, Ludovico Santorini. Si están de acuerdo, procederé a la lectura — anunció Bruno, con todo el protocolo que la ocasión requería.

Leyó la carta que había dejado escrita su padre en voz baja, previendo cuál sería el nombre que aparecería como su sucesor. Y una cosa tenía clara: no sería el suyo. No porque su padre no lo quisiera, sino porque sabía que había otra persona más indicada para el cargo.

Consciente de que todas las miradas recaían sobre él con impaciencia y avidez, se puso en pie y anunció:

—Por Alessandra Grimaldi, la nueva Doña de la Cosa Nostra.

La conmoción no se hizo de esperar.

Brunelli fue el primero de los ancianos en protestar.

—Eso es imposible, al morir el padre el cargo corresponde por derecho a uno de sus hijos. Déjame ver eso, chico.

Alessandra enarcó las cejas, disfrutando del momento.

No negaba que le sabía mal por Bruno y Thiago, pero ellos no parecían furiosos con la decisión de su padre, sino todo lo contrario. Su estado emocional no era el mejor para encargarse de ostentar un cargo tan importante.

Se puso en pie a su vez, secundada por Carlos y Thiago.

—¿Les recuerdo que el difunto Ludovico dejó estipulado que su hijo no heredara el cargo de Don? Si él hizo eso, no veo por qué Emilio no podía escoger a quien le diera la gana para ostentar el cargo de *Doña* — recalcó la palabra, para darles justo en su maldita misoginia —. Si hay alguien que se oponga a mi nombramiento, puede decirlo ahora. Tengo entendido que eso se llama alta traición, ¿no Carlos?

Él dejó ver sus navajas alemanas, con una expresión que hizo a los ancianos tragar saliva y volver a sus asientos.

—Al que diga algo en contra de mi mujer, la Doña de la Cosa Nostra, le corto la lengua y se la echo a los perros — gruñó, avanzando en su dirección.

—No hará falta, juramos fidelidad a la Doña de la Cosa Nostra, Alessandra Grimaldi — proclamó Brunelli, acobardado. Y enseguida los otros cinco lo imitaron, deleitando a la aludida.

No esperó más y, tomando la mano de su hombre, anunció a los cuatro vientos una desión que sin duda levantaría polémica, pero que le importaba un bledo.

—Señores, os presento al Don de la Cosa Nostra y mi futuro marido. Carlos Reyes, el único rey capaz de complacer a esta reina.

—Bruno y Thiago, a partir de hoy os nombro Capo y Consigliere de la Organización, no confío en nadie más que en vosotros para este cargo y sé que lo afrontaréis con responsabilidad.

Todos inclinaron la cabeza en señal de respeto, pero sabía que solo Thiago y Bruno eran sinceros. Sin embargo, el miedo era una herramienta poderosa y sabía que esos ancianos decrepitos no se atreverían a ir contra ellos abiertamente porque llevaban las de perder.

Aun así, no se confiarían.

Lo peor ya había pasado, ahora quedaba lo fácil.

Ellos, que habían luchado contra un asesino despiadado en un carnaval de sangre, hasta que solo quedó un carnaval de cenizas, saldrían adelante. Porque llevaban la fortaleza en la sangre y cual ave fénix, pelearían por resurgir de ellas hasta alcanzar la cima de la que nadie nunca más volvería a destronarlos.

Porque juntos eran invencibles.

—Y ahora, tenemos un cumpleaños que celebrar. Y un nuevo nombramiento también. Están todos invitados a nuestra mansión, pero el que hable mal del Don se lleva un tiro entre las cejas. Buenos días —soltó Alessandra, con una sonrisa deslumbrante.

No perdió más tiempo y se fue con su hombre. A casa, donde los esperaba el mayor regalo que la vida habría podido darles. Su hija Valentina Grimaldi Reyes, heredera de todo su legado.

EXTRA I

Seis meses después

Valentina se aferraba a la mano de Carlos, oteando insegura los alrededores y evitando posar la vista en el jet privado que aguardara a que embarcaran.

Alessandra sonrió, enternecida, dándose cuenta de que la niña tenía miedo a volar pero estaba tratando de disimularlo.

Carlos le acarició el pelo con toquecitos suaves de su mano libre. En todo aquel tiempo, había sido un padre maravilloso para la pequeña. Aunque al principio se mostró cauto e inseguro con ella por temor a que su carácter brusco saliera a flote, enseguida comprobó que le salía de manera natural ser cariñoso con ella.

Y ni hablar de Alessandra, que estaba loca de contento con la niña. La maquillaba, la peinaba y se pasaban horas en los centros comerciales o viendo películas.

Congeniaron desde el principio. Valentina era una niña con una dulzura y una sensibilidad excepcional que solo necesitaba un poco de amor y ellos se estaban encargando de que lo obtuviera con creces.

Poco a poco se estaba poniendo al día con sus estudios. Eso sí, por el momento habían acordado que fuera educada en casa, ya que lo sucedido en el carnaval estaba demasiado reciente y no querían exponerla a un peligro innecesario.

—¿Qué pasa, cielo? ¿No te gusta volar? La primera vez es normal sentir un poco de miedo...— la tranquilizó Alessandra, con una leve sonrisa al prever cuál sería su respuesta.

—No tengo miedo...es solo respeto — se apresuró a aclarar, con la mayor dignidad posible pero sin soltar la mano de su padre. Hasta él tuvo que

reprimir una pequeña sonrisa.

—Ella no tiene miedo, es una niña muy valiente ¿verdad? — La niña sonrió, satisfecha con sus palabras — Además, estando con nosotros jamás te pasará nada — le prometió, revolviendo sus cabello con su mano derecha. Ella la tomó, entre risas, examinando por milésima vez sus tatuajes. Estaba fascinada con ellos.

Alessandra no tenía duda de que esa sensación llena de calidez que experimentó en el pecho se llamaba felicidad.

Había perdido a una familia, pero había ganado a otra en el proceso y eso era más de lo que había soñado. Su familia.

—¿Y de verdad vamos a ir a la playa? — inquirió, con los ojitos abiertos por la emoción.

—De verdad — le aseguró su madre, besándola en la frente con ternura. Era tan feliz e inocente que quería protegerla de todo mal. Si alguien se atrevía a hacerle daño le sacaría los ojos con sus propias manos.

—A ver si nuestros pasajeros se dignan en llegar...— apostilló Carlos, algo molesto. De sobra era sabido que su paciencia era nula, pero - a pesar de que todavía no había nacido - el pequeño Emilio les daba mucha guerra a Stella y Bruno, que no pasaban ni de lejos por su mejor momento como matrimonio.

Fue todo un gesto de su parte, sin embargo, decidir llamarlo así en cuanto supieron el sexo, en honor al Capo.

A pesar de todo, Alessandra lamentaba la ausencia de Catarina en sus vidas. Thiago estaba más solo e irascible que nunca y era notorio que no atravesaba una buena racha. Pero no se dejaba ayudar. Allí estaba, ya ocupando su sitio y distraído con su *Macbook*. Solo se había entretenido un rato abrazando a Valentina, quien era la única que podía suavizar un poco su mal genio.

Marcello no tardaría en llegar. Había viajado desde Múnich para pasar las vacaciones con ellos y Alessandra no veía la hora de volver a encontrarse con su hermano.

Se fue dos meses después de lo sucedido, cuando ya pudieron reponerse un poco de las traumáticas pérdidas. Y, aunque le dolió verlo partir, sabía que no tenía derecho a retenerlo, tenía derecho a cumplir su sueño.

De hecho, mantenían el contacto diario y sabía que le estaba yendo de maravilla en sus prácticas. Su corazón latía henchido de orgullo por él. Y era el mejor tío para Valentina, a pesar de la distancia y aunque su puesto estuviera muy reñido con Theo, al que no habían podido volver a ver todavía debido a que era demasiado peligroso por la condición de prófugo que tenía junto con su familia.

La pequeña Valentina no paraba de preguntar cuándo podría conocer a su prima y a Alessandra se le rompía el corazón por tener que darle evasivas. Carlos también se sentía muy impotente, pero de momento no podía hacer nada por su hermano. Aunque esperaba que eso cambiara pronto.

—Marcello está en camino, respira hondo — le susurró Alessandra, dándole un pequeño beso en los labios, apenas un pico pero que bastó para que Valentina aplaudiera emocionada, juntándolos a los tres en un abrazo de oso.

Lo que más le gustaba a la Grimaldi de ella era lo cariñosa que se mostraba a pesar de la infancia tan terrible que había tenido por culpa del monstruo que se había hecho llamar su padre. Y ambos se esforzaban porque eso no cambiara, porque a pesar del mundo en el que vivían siguiera manteniendo esa bondad que la caracterizaba.

—¡Allí están tío Bruno y tía Stella! — exclamó Valentina, emocionada. Los llamaba tíos por cariño y nadie pensaba corregirla, pues a fin de cuentas todos eran una familia.

Alessandra y la niña corrieron a abrazar a Stella, dejando a Carlos y a Bruno frente a frente. Aunque la tirantez entre ambos se había mitigado

considerablemente, todavía no eran precisamente amigos. Pero a la Grimaldi le parecía suficiente, poco a poco se llevarían mejor.

Observó cómo se estrechaban las manos, orgullosa de su hombre. Desde que habían adquirido el cargo de Don y Doña de la mafia no había hecho más que sorprenderla gratamente por lo bien que se había adaptado a su nuevo estatus y a su posición. Había pasado de ser un simple soldado a ostentar el cargo más alto de la Cúspide y ahora todos lo temían y respetaban allá donde iba.

Sin embargo, estaba tranquila porque sabía que si él percibía la más mínima falta de respeto no dudaría en encargarse de aplicarle un castigo ejemplar al responsable. Tenía el carácter idóneo para ser un líder, su complemento perfecto.

—Hermano, llegando tarde como siempre — oyeron la voz de Thiago, que se había dignado a bajar del avión al fin y saludaba a su hermano con un apretón de manos.

—Ya me conoces, me gusta hacerme de rogar — le contestó Bruno, haciendo gala de su antiguo talante bromista.

Esos escasos momentos en los que salía a flote el hombre que solía ser eran un pequeño alivio, pero Alessandra sabía que ni él ni Thiago – ni siquiera Chiara – volverían a ser los mismos tras lo ocurrido.

—Stella, ¿cómo está el pequeño? — Thiago saludó a su cuñada, un poco más seco que antaño. Pero la aludida le sonrió con cariño y puso su mano sobre su barriga para que él mismo se diera cuenta.

—Dando guerra, ya lo ves. Emilio será todo un torbellino — exclamó, con los ojos llenos de ternura, haciéndolos reír a todos.

—Vaya, parece que habéis empezado la fiesta sin mí — se oyó una voz familiar a lo lejos y Alessandra echó a correr al percatarse de que se trataba de Marcello.

Su hermano la alzó en volandas, fundiéndose ambos en un emotivo abrazo. Lo había extrañado cada segundo.

—¿Cómo está la Doña de la Cosa Nostra? — le preguntó, estrechándola contra sí.

El orgullo podía palparse en su voz y es que, si bien él estaba haciendo su vida ya lejos de la Organización, eso no quitaba que admirase profundamente a su hermana por la responsabilidad que había asumido con la dignidad y la entereza de una reina. Ella sí había nacido para eso y no se le ocurría nadie mejor que Carlos para gobernar Venecia de su mano.

Alessandra se rio al oírlo.

—Deseando que empiecen estas vacaciones, necesito relajarme.

Carlos apareció tras ella, con una sonrisa pícaro.

—En eso espero poder ayudarte — soltó, con descaro. No estaba en su naturaleza ser sutil y de todos modos su cuñado ya estaba acostumbrado.

Le extendió la mano, pero Marcello lo abrazó, para su sorpresa. Ya lo había aceptado por completo y aunque eso lo alegraba, no sabía cómo debía comportarse con él. Carlos nunca había tenido una familia antes y todo aquello le resultaba extraño, como tener unas vacaciones, algo antes impensable para él.

—Cuñado, no me digas que vas a pilotar hoy — inquirió Marcello, buscando un tema para conversar. Alessandra puso una mano en su hombro en señal de agradecimiento.

Le encantaba verlos interactuar así.

Carlos curvó las comisuras hacia arriba y atrapó en el aire a Valentina, que acudió como un bólido a abrazar a su tío. Cuando la interceptó y la cargó sobre su regazo — a pesar de que era delgada, ya tenía casi trece años, pero él apenas notaba su peso — ella empezó a reírse, encantada.

—Podría hacerlo, pero hoy prefiero disfrutar de mis mujeres. ¿Verdad, Valentina?

—Siii — exclamó ella, contenta —. Así podremos ver todos juntos Disney plus con la cuenta que me ha comprado el tío Marcello, ¿verdad?

De inmediato dos pares de ojos se clavaron en el aludido, que se declaró culpable.

—Ha sido mi regalo de cumpleaños tardío — declaró, guiñándole el ojo a la niña, quien corrió a sus brazos ahora que su padre la había bajado del suelo.

Alessandra miró a Carlos, divertida.

—No me digas que tienes celos, papá — bromeó, pero su gesto serio le indicó que había dado en el clavo.

—Pff, no — sopló él, rascándose la nuca.

Sin embargo, no habían pasado ni dos minutos cuando intervino.

—Pero te gustó más nuestro regalo, ¿verdad? — afirmó, más que preguntó.

Alessandra alisó el pelo de la niña, realmente disfrutando del momento. Carlos era tan protector con ella que lo amaba todavía más. Y él...estaba haciendo algunos progresos, aunque había rechazado tajantemente la sugerencia que Alessandra – haciendo caso a las recomendaciones del doctor – le hizo sobre ir al psicólogo y tampoco quiso hablar con ella de su pasado, cosa que por supuesto respetó. No volvieron a tocar el tema porque, como había dicho, era su decisión y ella no tenía nada que opinar.

Valentina se sonrojó, pero al final ante la mirada de Marcello, que le indicó que estaba bien, ella asintió.

—Claro, fue la mejor fiesta de disfraces de mi vida e hice muchos amigos — clamó, orgullosa.

Y es que sus padres habían tirado la casa por la ventana para su cumpleaños. Entre esos amigos que ella mencionaba se hallaba Matteo, con

quien la pequeña había congeniado de inmediato pues solo le llevaba unos pocos años.

Aunque Fabio se mostró más distante con ella de lo que había esperado y secretamente eso la atormentaba porque el adolescente le gustaba, a pesar de que se habían llevado como perros y gatos durante el tiempo que estuvo en su casa.

Carlos enarcó las cejas, triunfante.

—Voy a saludar a los demás, pero no sé qué vas a hacer cuando Valentina tenga novio. Lo compadezco...— dejó caer Marcello, provocando que los músculos de los brazos de Carlos se tensaran y se pusiera lívido.

Todo lo contrario que Alessandra, que estalló en carcajadas.

—Mi pequeña ya es toda una rompecorazones —susurró, guiñándole el ojo con complicidad.

—¿Qué demonios dices, mujer?! Es una niña, que piensa en juguetes y esas cosas... nada de hombres. Voy a estar vigilando — soltó, enfadado incluso.

Valentina miró a su madre, entre confundida y temerosa. Pero enseguida, al ver que ella le restaba importancia, las dos se rieron en cuanto se dio la vuelta.

Carlos se detuvo de inmediato, fulminándolos a todos con la mirada antes de subir al jet ladrándole indicaciones al pobre piloto.

Incluso despertaron a la pobre Chiara, que estaba dormitando en su asiento, pues las pesadillas no le daban tregua y apenas había podido pegar ojo durante la noche.

Ella se incorporó algo adormilada y se sorprendió cuando Carlos le preguntó directamente:

—Chiara, ¿tú crees que Valentina ya está en edad para pensar en...novios?
— pronunció la última palabra como si le diera alergia y su mandíbula

estaba en tensión.

La joven vaciló. Luego vio a Marcello tras él negando reiteradas veces con la cabeza, disimuladamente y entendió.

—Ah... ¡no! Claro que no, es...es una niña todavía — se apresuró a mentir, intentando con todas sus fuerzas contener la risa.

En secreto, le agradeció a Carlos por aquello, pues últimamente no encontraba motivos suficientes para reír. Desde lo sucedido en aquello malditos túneles que la atormentaban en sueños, todo había sido tristeza y oscuridad. Había evitado a Mauro como la peste, pues aunque su mente le decía una y otra vez que él era una víctima más, su instinto solo le gritaba peligro al confundirlo irremediablemente con el maníaco Enzo.

Y esa era la razón de que él no los acompañara. Por su culpa, también Mauro sufría. Pero no podía evitar sentir lo que sentía, y eso la estaba matando.

—¿Ves? Lo que yo decía — las palabras cargadas de alivio de Carlos la sacaron de su trance y se obligó a sonreír —. Bueno, despegaremos enseguida.

Sin otra palabra, se fue a supervisar.

Chiara y Marcello se quedaron charlando y enseguida fueron entrando los demás. Valentina no tardó en adueñarse de las pantallas de viaje y con ayuda de Alessandra conectó el Disney plus. Se la veía tan contenta que hasta Thiago tuvo que sonreír cuando puso *El lago de los cisnes*.

—Esa también es mi favorita, choca los cinco con tío Demetrio — añadió jocoso el pelirrojo, haciendo poner los ojos en blanco a Carlos.

—¿Desde cuándo somos una familia tan amplia? — preguntó, irónico, pero en el fondo todos sabían que le alegraba aquello. Lo demostró la leve sonrisa que le dedicó a Demetrio, quien estaba acostumbrado a su carácter fuerte.

—¡Desde que nos vamos a las jodidas Bahamas! — exclamó este de vuelta, pletórico. Carlos le dio un codazo y solo entonces reparó en la niña —. Perdona, Valentina.

Ella le restó importancia.

—Shh, va a empezar la peli — puso orden enseguida.

—Digna hija de su padre — bromeó Bruno, haciendo que Valentina le sacara la lengua. Todos enmudecieron y en cuanto el avión despegó, las manos de Carlos y Alessandra se entrelazaron. Valentina estaba en el asiento de en medio y se apoyaba en el pecho de su padre, mientras que sostenía la otra mano a su madre.

Los dos compartieron una mirada cómplice. Y pensar que todo empezó por un simple calentón en una boda.



—¡¡Hemos llegado!! —chilló Valentina, emocionada, cuando finalmente llegaron al hotel tras largas horas de vuelo y el posterior viaje en taxi desde el aeropuerto.

Habían reservado el hotel más lujoso de las Bahamas, situado como no podía ser de otro modo a pie de playa y a pocos kilómetros de isla Paradise, que Alessandra moría de ganas por visitar.

Pero primero tenía algo pendiente con Carlos...y es que se habían estado conteniendo durante todo el viaje por Valentina, pero seguro que Marcello o Thiago podían quedarse con ella un rato. Incluso Demetrio.

El lugar era de ensueño; rodeado de naturaleza exótica, respiraba vida por los cuatro costados. Les habían dado una suite de lujo y Alessandra aprovechó para relajarse en el jacuzzi mientras Carlos servía un poco de champán en sendas copas.

Como la niña estaba empeñada en bajar a dar una vuelta por la playa, Chiara y Marcello se la llevaron, prometiendo que la cuidarían bien.

Así que estaban solos y Alessandra le hizo señas con el dedo para que se acercara. Lo necesitaba pegado a ella por completo, lo antes posible.

Adoraba a Valentina con todo su corazón, pero tenía que admitir que echaba de menos tener aquellos encuentros sexuales que tanto la estimulaban.

Y aquel le parecía el momento perfecto para retomarlos.

Se sumergió en la bañera, sonriendo ante la gloriosa visión de su mujer en un ajustado bikini, relajándose con las burbujas. Con movimientos lentos y eróticos, dejó las copas a un lado con cuidado y la atrajo hacia su boca, enredando las manos en su larga melena sedosa y fundiéndose en un beso intenso y apasionado como ellos mismos.

—Por fin estamos solos — dijo Alessandra, agitada, en cuanto se separaron para tomar aliento. Aprovechó y tomó un sorbo de su bebida para refrescarse.

Él la imitó, sin quitarle los ojos de encima ni un segundo. Su vista se paseó despacio por toda su anatomía y se aseguró de que ella percibiera la dureza que aquella magnífica estampa provocó en su entrepierna.

—No sabes las ganas que tenía de que este momento llegara, *diavolessa* — susurró, aferrando sus caderas desde atrás y dejando que sus manos traviesas se sumergieran en el agua...hasta trazar un camino descendente

por su ombligo mojado y acabar jugando con el elástico de la parte inferior de su bikini, tentándola.

Ella arqueó la espalda, apoyándose en la pared como asidero y dándole una vista privilegiada de sus piernas abiertas sobre las escaleras del *jacuzzi*. Las burbujas flotaban entre ellos como un afrodisíaco para su deseo y ella jadeó, sujetando su mano para invitarlo a avanzar en sus movimientos hasta el punto álgido de su cuerpo, mostrándole cuán preparada estaba para él.

—¿Y qué vas a hacer ahora que me tienes toda para ti, soldado? — replicó ella, siempre provocadora.

Sus labios entreabiertos y jadeantes le dieron la bienvenida cuando su lengua se coló en ellos y jugaron en un baile frenético y sensual que pronto los tuvo a los dos frotándose, enrojecidos y con ganas de sentirse piel con piel.

Él no tardó en liberarse del ajustado bañador que llevaba y lo tiró a un lado sin miramientos, acercando la punta de su longitud a su sexo empapado.

Sin embargo, se tomó su tiempo, jugando con su autocontrol.

Ella le echó los brazos al cuello y le rodeó la cintura con las piernas, marcando el camino descendente de su espalda a sus nalgas con sus largas uñas.

Por toda respuesta, él le metió dos dedos y soltó un gruñido de éxtasis al notar la humedad que se adhirió a los mismos y que era el más claro indicativo de su deseo.

Inclinó la cabeza hacia atrás, sintiendo oleadas de placer magnificando todos sus sentidos. Aquel condenado hombre se superaba cada vez más a sí mismo en el sexo y pudo confirmarlo cuando enterró la cabeza en su pecho y empezó a mordisquear y a chupar a su antojo, sin dejar por ello de bambolear sus dos dedos en su interior hasta que ella le regaló un cántico de gemidos bien audibles de los que después se avergonzó.

—Dios mío, Valentina...

—Shhh — Carlos depositó un dedo sobre sus labios y cuando ella los abrió con una sonrisa maliciosa, le dio a probar el néctar de su ambrosía, metiéndoselo y sacándoselo con deliberada lentitud—. Valentina está muy entretenida con Chiara y Marcello. Así que, ¿en qué estábamos? — Él mismo se ocupó de responder por los dos cuando bamboleó su miembro hinchado y caliente delante de ella — mencionabas a Dios, no me digas que la Doña quiere rezar. — la tentó, con ese tono crudo y erótico que la enloquecía.

Sentía la piel tan caliente que podría haber ardido y ansiaba desesperadamente darle la bienvenida con su boca.

—Es que de repente me he vuelto bastante devota y quiero que mi Don me ponga de rodillas — confesó, acercándose hasta que sus frentes se juntaron y sus alientos se entremezclaron —. Pero que no se acostumbre, después invertiremos los papeles — aclaró, mordisqueando el lóbulo de su oreja mientras él hacía malabarismos para contener la lujuria que lo invadía. Siempre tan provocadora.

—Me parece justo — dijo, sujetando su largo cabello entre las manos mientras ella abría la boca lista para recibirlo.

Sin embargo, tuvieron que detenerse a medio camino cuando unos golpes resonaron tras la puerta.

—¡Alessandra! ¡Carlos! Valentina insiste en que quiere que vayamos a la playa todos juntos, ahora —. Era Chiara y sus palabras fueron como un jarro de agua fría para ambos.

A regañadientes, los dos se separaron; ella dejó escapar un resoplido de molestia, cerrando los ojos y tomando respiraciones para que su cuerpo volviera a la normalidad mientras Carlos maldecía sin reprimirse.

La pobre Chiara no sabía si insistir o marcharse, hasta que al final Alessandra le dijo que saldrían en unos minutos.

Si no lo hacían Valentina era muy capaz de ir a buscarlos personalmente, pues en su entusiasmo infantil no se imaginaba lo que estaban haciendo.

—Retomaremos esto, *diavolessa*.

Era una orden y a ella le encantó.

—No te quepa duda, pero entretanto espero que tu soldado se relaje. No queremos traumatizar a Valentina, ¿verdad? — comentó, divertida, mientras se secaba y se ponía un vestido de playa por encima del bikini mojado.

Carlos, por el contrario, no se cubrió. Y eso la hizo sentir orgullosa, pues al principio había tratado de ocultar sus cicatrices delante de la niña. Algo que, por razones obvias no funcionó durante mucho tiempo.

Cuando él intentó que no se asustara, ella negó lentamente con la cabeza y su mirada de comprensión pareció la de una adulta cuando dijo:

Lo entiendo, tu papá también era un hombre malo. ¿Verdad?

Tuvo que hacer de tripas corazón para mantenerse estoico. No valía la pena puntualizar de qué se había tratado, la experiencia de la pequeña la había marcado lo suficiente.

Se adecentaron lo máximo posible antes de salir y en la puerta los aguardaba su pequeño torbellino, embutida en un bikini rosa y portando una enorme pamelita en la cabeza y unas gafas de sol que sin duda pertenecían a Chiara.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Tengo muchas ganas de ver el mar — exclamó, con un entusiasmo contagioso que hizo reír a Alessandra.

—Vamos a solucionar eso ahora mismo, señorita — dijo, ofreciéndole su mano.

Ella la tomó, emocionada y acto seguido extendió la otra para que Carlos se sumara. Una media sonrisa apareció en sus labios y entrelazó su mano grande y callosa con los delicados dedos de su princesa.

Chiara, Marcello, Thiago, Bruno y Stella iban en retaguardia, disfrutando de aquel excelente día de verano que quedaría para el recuerdo, a pesar de las marcadas ausencias que enturbiaban un poco el ánimo.

—¿El pequeño Emilio tiene ganas de un buen baño? — inquirió Bruno, sorprendiéndolos a todos. Las pocas interacciones que tenía con su esposa delante de ellos no eran precisamente cordiales, pero parecía que quería tener unos días de tregua y Stella le dedicó una sonrisa resplandeciente antes de asentir.

—Sabe que su padre lo protegerá de todo incluso ahora — contestó y Bruno simuló estar echando un vistazo a los alrededores para ocultar cuánto lo había emocionado eso.

Incluso Thiago parecía haberse ablandado un poco. Alessandra se preguntó si extrañaría a Catarina.

—¿Cuando nazca podré jugar con él? — preguntó Valentina, con timidez.

—Claro que sí, cielo — aseguró Stella, acariciando su mejilla con ternura. Estaba tan emocional con el embarazo...

—Ya solo falta que Marcello nos presente a una guapa mujer — bromeó Chiara, quien hacía rato que había superado su enamoramiento juvenil por él y lo veía como a un buen amigo.

El aludido se puso colorado, especialmente tras los comentarios que Alessandra soltó en respuesta sobre las ganas que tenía de tener una cuñada.

—Bueno, ya llegará la indicada. De momento prefiero disfrutar con mi familia — le quitó importancia al asunto, pues estaba convencido de que el amor no llega cuando lo esperas, sino que te sorprende con la guardia baja.

—Yo opino lo mismo, tío — se mostró de acuerdo Valentina, provocando que Carlos – quien ya estaba mirando con cara asesina a varios curiosos que no quitaban ojo a sus cicatrices, despertando sus instintos dormidos – girara la cabeza ciento ochenta grados para mirarla de hito en hito.

—Y pienso encargarme de que no tengas novio hasta que tengas cuarenta años, señorita — espetó, muy serio. Tanto que todos se echaron a reír y la pequeña le dio una sonrisa de disculpa. Si supiera que Fabio le había robado su primer beso las cosas se pondrían feas para él...

—Bah, no seas exagerado, Carlos. La chica será una rompecorazones como su madre, ¿verdad Alessandra? — intervino Demetrio.

—Por supuesto — corroboró ella, satisfecha.

Carlos estaba lívido de rabia.

—Demetrio...te partiré las piernas si vuelves a repetir eso delante de mí — le gruñó, pero el pelirrojo se echó a reír, ya acostumbrado a su mal genio.

Alessandra y Valentina lo aplacaron, llenándolo de besos.

—Sois demasiado zalameras cuando os conviene — soltó, aún enfadado.

—Pero nos quieres — alegó la pequeña, batiendo las pestañas.

Descarada como Alessandra, no había duda.

Tuvo que ceder después de aquello, tomando las manos de ambas para entrar en la playa a darse un buen chapuzón. Bruno ayudó a Stella y Thiago acarició su vientre para saludar al pequeño Emilio.

Chiara se sumergió, dispuesta a nadar un poco. Marcello, en cambio, se empeñó en dejar que se secara su crema solar antes de bañarse. Y Demetrio estaba rondando por la orilla en busca de alguna conquista.

Solo cuando estuvieron a solas los tres, Carlos corroboró la afirmación de Valentina.

—Os quiero con mi vida, pequeña.

Y se juró por lo más sagrado que si alguien intentaba lastimarlas lo haría conocer de primera mano el infierno que llevaba dentro.

Ahora tenía una familia que proteger. Una familia de verdad.

Y por primera vez supo lo que era la auténtica felicidad.

EXTRA II

—¡

¡Ya es Navidad, despertad!!

Los gritos de Valentina resonaron por toda la mansión, hasta que acabó irrumpiendo en el dormitorio de Carlos y Alessandra con sus chillidos emocionados.

Los dos se incorporaron, algo aturridos y también aliviados de que no los hubiera sorprendido haciendo nada demasiado comprometido.

Aquellas iban a ser las primeras navidades que Valentina celebraba en sus trece años de vida y ellos pensaban encargarse de que fueran inolvidables.

También eran las primeras para Carlos, a decir verdad. Todavía no sabía cómo se suponía que debía actuar en determinados momentos, pero ahí estaba siempre Alessandra para echarle un cable. No porque fuera experta en niños, todo lo contrario, sino porque ella una vez tuvo su edad y sabía lo que podría gustarle.

—Está bien, ya vamos — se rio ella, anudándose la bata de seda mientras Carlos se ponía una camiseta.

—¿Cómo sabes que te han traído regalos? ¿Es que has sido buena? — inquirió, como si lo pusiera en duda.

Ella puso los brazos en jarras.

—Claro que sí — se defendió, poniendo cara de angelito.

Carlos puso los ojos en blanco, pero le estaba tomando el pelo y lo demostró enseguida en cuanto sonrió.

—¿Ah, sí? Pues entonces vamos a verlo.

No tuvo que decirlo dos veces, porque ella salió disparada hacia el recibidor, donde tenían montado un enorme árbol de navidad que Alessandra y Valentina habían decorado personalmente. Carlos se negó terminantemente a participar y no pudieron convencerlo. Aunque la pequeña de la casa aseguraba que al año siguiente no podría resistirse a sus dotes de convicción.

—¿Crees que le gustará lo que hemos escogido?

Alessandra no tenía la menor duda.

—Hemos tirado la casa por la ventana, amore, ¿tú qué crees?

Eso lo relajó. Solo quería que Valentina tuviera la infancia que él no pudo tener.

Como si le leyera el pensamiento, su mujer lo abrazó por detrás. Le encantaba hacer eso y la verdad era que lo calmaba en momentos como aquel.

—Tranquilo, la hemos salvado. Le daremos todo lo mejor.

—Lo sé. Es solo que ahora tenemos tantas responsabilidades...

Era cierto. No habían parado desde su nombramiento y de hecho estaban planeando su enlace, que sería el acontecimiento más aclamado de la década. Eso podían jurarlo.

Afortunadamente, las cosas habían estado tranquilas desde el carnaval y nadie en la Organización había osado cuestionar el cargo de Carlos, ni mucho menos de Alessandra. No eran tan idiotas.

Pero tenían muchos compromisos y reuniones y aunque hasta ahora se las habían arreglado bien, no querían que Valentina se sintiera desplazada. Ahora eran una familia y ella su prioridad.

Alessandra seguía asombrándose por lo bien que se habían adaptado a los numerosos cambios.

—Podremos con todo, somos el Don y la Doña, todos nos temen — le recordó y la sonrisa torcida y oscura que él esbozó fue suficiente. Ya había recobrado la seguridad.

—¡¡No puede ser, me han traído muchisisisimas cosas!! ¡Tenéis que ver esto! Dios mío, ¿es para mí? ¡Mamá, papá!

La euforia de Valentina fue el mejor regalo para ellos.

—Será mejor que vayamos, o sabes que vendrá ella — dijo Alessandra, divertida.

Cuando llegaron al salón lo encontraron todo como lo habían dejado: lleno a rebosar de regalos de todas las clases y tamaños. Había desde ropa, maquillaje y perfumes exclusivos hasta libros – Valentina era una ávida lectora – y una Tablet, ordenador y hasta un *Ebook* electrónico, además de una televisión destinada expresamente a ser instalada en su cuarto y unos patines.

Pero lo que más resaltaba era la pequeña bola de pelo blanco que Valentina sostenía entre sus brazos con un cuidado y mimo extremo. Aquello confirmó las sospechas de sus padres; sabían que le encantaría tener una gatita de angora porque amaba a los animales.

—Mirad la gatita tan preciosa que me han traído, ¡no puedo creerlo! Acaríciala, mamá, es súper tranquila — la invitó. No cabía en sí de gozo.

Alessandra lo hizo, sintiéndose plena por verla tan contenta con la sorpresa. Le recordó a ella misma de pequeña cada veinticinco de diciembre.

—¿Y ya has pensado en un nombre? — inquirió Carlos, acercándose también para examinar al animal, que los miraba a todos con pereza desde el regazo de la niña.

Valentina respondió de inmediato.

—Sí, la llamaré Perséfone. ¿Os gusta?

—Nos encanta — dijo Alessandra, por los dos. Si ella estaba feliz entonces no había más que hablar.

La felicidad de la niña era inmensa, no dejaba de saltar, reír y chillar mostrando todos sus obsequios. Incluso lloró de entusiasmo y es que no estaba acostumbrada a nada de aquello.

—No puedo creer que me hayan traído todo esto, ¿y los demás niños? — inquirió, secándose las lágrimas con el pañuelo que le tendió Carlos. Odiaba verla llorar, aunque fuera de alegría.

—Fácil, eso es en compensación por todos estos años. Además, mamá tiene sus contactos — bromeó, soltando una exclamación cuando ella se lanzó a sus brazos.

Después se empeñó en que Carlos se uniera y él acabó estrechándolas protectoramente contra sí. La gata bajó al suelo y empezó a curiosearlo todo.

—Os quiero mucho.

Aquellas tres simples palabras fueron como un tesoro para ellos. Alessandra se emocionó y Carlos, aunque mantuvo el semblante duro, parpadeó.

—Y nosotros, *principessa* — dijeron a la vez, sentándose a terminar de desenvolver sus regalos.

Ahora vivían todos juntos, pues habían ampliado y remodelado la mansión para incluir un ala para ellos, pues Stella y Bruno tenían la suya propia y el resto de habitantes de la mansión sus habitaciones.

Ahora eran una gran familia unida.

Una noticia en la televisión a sus espaldas llamó la atención de Carlos al oír dos nombres familiares que le recordaron el pasado.

Se incorporó para subir el volumen, con una media sonrisa que captó el interés de sus mujeres, quienes dejaron lo que estaban haciendo para escuchar junto a él.

—Los inspectores Dalia White y Axel Wood, del departamento de homicidios de Nueva Orleans, reciben hoy una medalla al valor tras la captura de un peligroso asesino serial que ha tenido en jaque a la ciudad desde hace meses...

La noticia, de carácter internacional, seguía pero con eso a Carlos le bastó. Ponía además que habían celebrado su matrimonio hacía poco y se rio.

—Al final lo han hecho oficial...— dijo en voz alta, rascándose el mentón. A ella la recordaba con cariño y en cuanto a él tenía sentimientos encontrados, pero era un tío duro y lo respetaba. Se preguntó si seguirían buscándole o ya habrían retirado el cartel de *se busca* con su cara.

—¿Los conoces? — se interesó Alessandra.

—Sí, digamos que son viejos conocidos del pasado — contestó, con tono enigmático.

—¿Os apetece un chocolate caliente y una peli? Es navidad, después de todo — propuso la Grimaldi y enseguida Valentina dejó de lado su curiosidad y asintió repetidas veces.

Ya hablaría con Carlos de aquello en otro momento, si quería. Sospechaba que aquella era una historia no apta para menores de edad. Y él le dedicó una mirada cómplice que no hizo más que confirmárselo.

—Siiii y después estrenamos mis regalos, ¿trato?

—Está hecha toda una negociadora — bromeó Carlos y Alessandra reclinó la cabeza en su pecho mientras Valentina iba a pedirle el chocolate a Benedetta.

—Es una digna hija de sus padres. ¿Elijo yo?

—Mejor será, no tengo experiencia con películas para niños.

El aire adquirió un matiz sensual después de aquello.

—Ya veremos nosotros una para adultos esta noche — susurró, traviesa.

Valentina llegó justo cuando él empezaba a ponerse a tono. Y venía con Matteo, pues los dos se habían vuelto unos amigos inseparables desde el primer momento. Si además tenían en cuenta que el niño adoraba a Carlos, entonces no había más que hablar.

—¿Puede quedarse Matteo con nosotros? —pidió permiso Valentina.

—Claro — accedió enseguida Alessandra, encantada con que su hija tuviera un amigo con quien poder jugar.

—Benedetta me ha dicho que preguntara y que si hay algún problema se lo lleva, pero eso son tonterías porque nosotros somos los mejores amigos, ¿verdad Matteo?

—Sí — corroboró él, con una sonrisa tímida al tiempo en que se sentaba al lado de Valentina.

Carlos vigiló que hubiera separación entre ambos, pues lo protector no se le quitaba ni siquiera con Matteo.

—¿Has visto mis regalos?

—Son muy chulos, enhorabuena — contestó él, francamente impresionado. Y luego se fijó en la gatita que se subió entre las piernas de su dueña con un porte muy digno —. Ala, ¿puedo tocarla?

—Claro, se llama Perséfone — dijo ella, orgullosa. Los dos le hicieron carantoñas al animal.

Alessandra se sintió mal porque él no tuviera ninguno y entonces se le ocurrió una idea.

—¿Te gusta *Disney Plus*, Matteo? He pensado que podrías compartir la cuenta con Val y venir a ver películas con ella cuando te apetezca — propuso y el niño abrió los ojos de par en par, impresionado.

—Me encanta, pero...esto...no quiero abusar...

Se le veía azorado.

Carlos entendía mejor que nadie cómo se sentía y de inmediato intervino.

—No digas tonterías, eso es lo que hacen los amigos. Es un regalo, así que no tiene nada de malo que lo aceptes.

Y no hizo falta más para convencerlo.

—Gracias — dijo él, más contento que nunca.

Pronto dio comienzo la película, aunque los niños estaban tan entusiasmados que no se callaron en todo el tiempo.

Al cabo de un rato, Alessandra se inclinó para decirle algo a Carlos.

—Eres un gran padre, Valentina tiene suerte.

De inmediato, él dejó de prestar atención a la pantalla y como siempre su atención recayó en ella; la mujer que había puesto su vida patas arriba, pero que también la había recompuesto cuando pensó que no quedaba esperanza para él, que todo lo que le quedaba era seguir yendo por ahí de misión en misión y matando sin control.

Ahora, aunque su naturaleza seguía intacta porque eso era algo que ni un milagro podría cambiar después de todo lo que había tenido que pasar y aunque las cicatrices siguieran ardiendo en su interior, las pesadillas siguieran atormentando sus sueños y las ansias de venganza le corroyeran las entrañas a veces; tenía una vida mejor.

Y pensaba disfrutarla.

—Ya lo creo, porque tú eres la mejor madre y la mejor mujer que podría haber soñado. De eso estoy seguro, *diavolessa*.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

Escribir los agradecimientos de mis libros siempre me hace sentir nostálgica porque no quiero que llegue el momento de tener que decir adiós a esos personajes de los que tanto me encariño. Y esta es muy especial.

Siempre he soñado con visitar Venecia, mi inspiración para la bilogía, y ahora tengo la certeza de que si lo hago será pensando en esa historia que me tuvo largas noches en vela dándole a las teclas sin parar, que me hizo suspirar, llorar, reír y explorar una faceta como escritora que hasta entonces me era desconocida.

Espero que Carlos, Alessandra y compañía os hayan transportado a su universo durante la lectura, si es así por favor hacédmelo saber con una reseña o valoración. ¡Lo apreciaría de corazón!

Y por último, si os habéis quedado con ganas de más, tengo buenas noticias: aunque la historia de Carlos y Alessandra acaba aquí, hay muchos personajes secundarios que necesitan contar su historia. Hay mafia italiana para rato y solo me queda pedirlos que estéis al pendiente y daros las gracias por haber llegado hasta aquí.

Con amor,

Lena.